

© J.M. Lara

Depósito Legal Reg. Prop. Intelec. N° V-302-16

ISBN: 978-84-617-5272-0

www.dondenadienada.com

ele.jota@hotmail.com

Diseño y composición: Miriam Nocelli

El autor aclara que, por tratarse de una obra de ficción, en primer lugar no comparte necesariamente lo que sus personajes puedan pensar, decir o hacer. Y que, por supuesto, cualquier similitud con hechos o personas reales sería fruto de la más absoluta casualidad.

Las

Pasarelas

Jorge Lara

CATCH 21

Hay quien sale a dar una vuelta. Como quien dice a caminar un rato, unas cuadritas. Hasta las vías, o el A.C.V., o a comprar la prensa. Una escapadita apenas. Y de repente ve venir un taxi. Y lo detiene. Y se sube a él. Y le indica que vuelva hasta el quiosco, donde se baja para recoger un par de bolsos. Gracias, Don Cosme, por guardarmelos. No, gracias, puedo sola. Y al taxista también que no, gracias, los llevo acá atrás, en el asiento conmigo. A calle Pringles, por favor, al 147. No, no es Junior's. Ahí es Barrio General Paz todavía. A media cuadra de la 24 de Setiembre.

Es media mañana y está lloviendo. No demasiado fuerte, pero sí tupido. Por eso baja primero los bolsos, hasta el zaguán techado, antes de volverse a pagar el viaje. Después apura el paso, porque el pasillo es largo hasta el departamento tres, el último al fondo. Levanta apenas el baldosín de la ventanita lateral y saca la llave. Al entrar ve las cartas en el piso, que el cartero habría tirado por debajo de la puerta. Pero están un poco más allá, como si las hubieran empujado con el pie. Va a recogerlas, para que no se mojen, y se detiene. En ese momento se le ocurre la idea.

Llama en voz alta, un par de veces, sin respuesta. Normal, debe estar trabajando. Sin embargo el olor de cigarrillo es como muy reciente aún. Desde el living pasa por las dos habitaciones, el baño, y sale, evitando los charcos del patio, hacia la cocina. La misma sensación con los olores de allí. Al tocar la pava nota que está tibia. Es raro. Por si acaso, vuelve a calzarse la capucha del impermeable antes de subir trotando la escalera. En la pieza chiquita nada. En la otra, donde escribe, sí. Es notorio que ha dormido allí. La cama está revuelta y tiene su olor. Se queda unos segundos con la cabeza hundida en la almohada. De alguna manera

confirma, y completa, lo que se le había ocurrido al entrar. Pero primero tiene que cerrar abajo, y disimular su paso.

Desciende con cuidado para no resbalar. Saca un trapo de piso y el palo, que estaban al lado del piletón externo, y se dirige a cerrar la puerta de calle desde adentro. Luego se trepa a una silla, abre la ventana, vuelve a guardar la llave bajo el dintel, y cierra también esa pista. Desde ahí hasta el baño repasa con el trapo sus pisadas marcha atrás. Hace lo mismo en la cocina, y deja donde encontró el enser de limpieza. Mientras tanto había llenado una botella de agua, y guardado un vaso en el bolsillo. Hace un viaje por la escalera con cada bolso, y en el tercero acomoda botella y vaso en la mesita de luz, antes de dejarse caer en la cama y encender un cigarrillo.

No es que no hubiera dormido bien esa noche. Calcula que si sumara las horas en que lo consiguió apenas, en la última semana, tampoco le darían los números ni el cansancio. Muy bien. Mejor que fuera él quien despertara con un beso a la agotada durmiente. Le gustaba la idea. Además que, en cuanto se envolvió con las mantas y su aroma, un lento sollozo la acompañó hasta el sueño.

Rato después –ni siquiera tuvo fuerzas para mirar la hora-, algo como ruidos suaves, y música de violín, le hicieron abrir los ojos. Habría venido a comer, en el descanso de medio día. Dudó entre asomarse a la baranda, o llamar desde allí. Desechó ambas cosas. Si esconderse, para darle la sorpresa, estaba bien, matarlo de un susto ya no lo estaría tanto. Quizás subiera a descansar un poco. Eso sí le pareció agradable, y dulce. Por lo visto tan dulce que volvió a quedarse dormida. Hasta que un grito la sobresaltó. Y después el cerrarse de la puerta de calle. Ya no volvería hasta la noche. Se puteó por no haber reaccionado antes. Pero, quizás fuera mejor así. Si descansaba unas horas más, se hallaría con fuerzas suficientes para bajar a preparar algo, poner unas velas en la mesa de la cocina... Se tapó hasta la cabeza, imaginando los detalles del reencuentro. Sólo un poquito más.

¿Entonces..., fue así...?

¡Eh, eh...! ¡Parece mentira! ¡Todavía no han entendido cuál es el esquema de las Catch...? Los que no sabemos debemos imaginar, o hipotetizar. Desde el lado de ella no tenemos la menor información. Por eso discutimos entre nosotros, nos negamos o afirmamos en según qué visión probable. Nos contradecemos, inventamos... Aproximaciones, che. Sólo aproximaciones a lo que puede haber pasado. Sí, eso, como en la lotería. ¿El número bueno? ¿El Gordo de Primavera...? A lo mejor, alguno de ellos... A lo mejor sí. A lo peor no. En este quiosco sólo vendemos los que nos llegan, o los que se nos ocurren. ¿Tramposos...? ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Recién ahora han traducido catch? Ni muy cultos, ni muy cinéfilos parecen. Esto no es más que irle dando una vuelta, y otra, y otra, a la tuerquita, hasta que se acabe el día. Y hablando de vueltas...

Hay quien sale, a dar una vuelta. Y se da cuenta, mientras camina, que esa vuelta le puede dar vuelta la vida. Bueno, o malo, sólo ella lo sabrá. Por eso decimos que: Hay quien sale a dar una vuelta, y a veces llega. Pero también hay quien sale a dar una vuelta, borra con cansancio las primeras pisadas en la vereda, y pega la vuelta.

PASARELAS

Mirá adelante, si no te querés marear. Aunque más que zigzagueante, o profundo, el panorama te altera por desconocido. Y no importa que forme parte de lo arrastrado, en sueños y deseos de tantos años. Sí, es verdad, quizá llegado el momento, hasta el menor detalle guarde el lugar y el peso proyectados. Pero eso no es todo, y lo sabés muy bien. Hacia dónde, cómo, por qué, son las preguntas que ahora no podrías responder. Así que, hacele caso a la sensata recomendación del subconsciente. Ya has revisado de sobra el cargamento. Gracias a eso estás aquí, y de esta forma. Mirá adelante, sólo hacia adelante. De esa fijeza, y esa concentración, dependerá que la suerte te acompañe. Al fin y al cabo, la suerte no es más que estar dispuesto a llegar. Por el resto no te preocupés. Los mareos los provoca el miedo, o la ansiedad. No les des cancha y listo. Arrellanate y disfrutá del viaje, porque en cuanto llegués a Córdoba empezará el batuque.

El enanito portavoz de la sensatez una maravilla, como siempre. Y los de archivos relacionantes, efectivos y discretos en su muestra paralela. Escucharon mareos, miedo, ansiedad, comprobaron acción física de traslado en autobús, y metieron ipso facto el lejano antecedente. Tan lejano como catorce años, si no sacaba mal las cuentas. Aquello sí que eran mareos, y no los metafóricos de ahora. Un caudaloso río de vómitos y diarreas, a causa de sus primeros y largos viajes en colectivo, en la época que casi diariamente iba con su madre, a acondicionar la casa que acababan de adquirir. La joda es que lo iban a enfermar en serio con tanta meticulosidad. Se le había llenado la boca de saliva, al recordar cada una de aquellas asquerosas sensaciones.

Mientras vivieron en el centro sólo había subido a los tranvías. Encantado por su apariencia de trencito de juguete, por los duros y

combados asientos de listones de madera, las ventanillas casi siempre bajadas y a la altura de las cabezas de los transeúntes. Paseos en línea recta, lentos, con el conductor a los mandos en la plataforma abierta de adelante; en la otra el Guarda, espantando a los chiquilines que intentaban trepar a la parrilla, y expidiendo boletos desde su cajita metálica, haciendo sonar la campanilla, o bajando a cambiar el trole en los finales de recorrido.

Un espectáculo metropolitano que iba desapareciendo, ante las nuevas empresas de transporte automotor. Y que para él desapareció por completo, al trasladarse a Residencial América. No estaba preparado para el progreso. Mucho menos su estómago, en permanente estado de digestión. Ya que a causa de su lentitud para comer, y la brutal abundancia en que debía hacerlo, realmente era muy poco el tiempo que transcurría, entre cada una de las cinco ingestas diarias. Las amenazas, golpes y castigos, no ayudaban precisamente al proceso. Así que cuando el padre volvía a trabajar, inmediatamente después del almuerzo de medio día, la madre lo arrastraba hasta el ómnibus, con la fruta o el postre aun danzándole en la boca.

El progreso tenía olor a plástico, tela, y caucho recalentados, en un inmenso espacio cerrado, y atiborrado de gente de pie en el pasillo. No alcanzaba a ver por las ventanillas, sucias del polvo del camino, más que el cielo o las copas de los árboles. Aunque a los cinco o diez minutos de haber subido dejaba de ver cualquier cosa, porque aparecían los síntomas. Y faltaba media hora, para que aquello acabara en la salvadora llegada al mil seiscientos de la Avenida Alem.

Como síntomas los fue reconociendo después. Las primeras veces eran terror, desconcierto, asustadas miradas hacia la madre, que lo apretaba contra el asiento y le decía que se estuviera quieto. Pero cómo quedarse quieto ante lo que sentía. El ómnibus no se quedaba quieto. Todo lo contrario: aceleraba de golpe, como en una carrera, doblaba pegando barquinazos por los baches, frenaba también de golpe, con ese sistema de resoplidos y sacudidas. Cada dos o tres cuerdas tenía una parada. Pero siempre llegaba a ellas como si se hubiera olvidado, como

si se la pensara saltar, o como si ese acelerar, esquivar, y frenar, fuera el imprescindible método para que no se apagara el motor. Con el tiempo aprendería, como el resto de la gente, a clavar las piernas y agarrarse con ambas manos del asiento o los pasamanos. Sólo que entonces tenía ocho años. Y aun no pertenecía a aquel colectivo que viaja en colectivo. No sabía del vertiginoso progreso. Era un niño con el estómago revuelto, que en cuanto terminaba de caer, aplastado por la inercia del arranque, contra ese olor caliente del respaldo, ya estaba yéndose otra vez hacia adelante, en varias etapas de sí pero no, por las detenciones.

No estaba aquello entre sus recuerdos más claros. Y se agradece. Lo había sufrido cada vez, rogando que no se repitiera. Con pánico, con vergüenza. Sintiendo responsable del asco, y la conmiseración, con que lo trataban aquellos a quienes salpicaba, o a quienes había que apartar corriendo, y bajarse a mitad del trayecto. Culpable de los reproches maternos, de su acusación de hacerlo para no ayudarla. “¡Ale, sigue devolviendo por todos lados, así no terminaré nunca de limpiar esta puñetera casa!”

Se pasó la mano por la cara. Mejor borrarlo. No agregaba nada, a todo lo sabido y revisado. Y probablemente fue menos de un mes. Aprendió a respirar hondo, no cerrar los ojos, y mirar sólo hacia adelante. Aprender o morir. Aprender o marearse. Marcelo le hubiera dado la perfecta explicación clínica. Ése no se mareaba. Ése conducía su propio auto. Y ahora mismo hubiera dicho que él tampoco, porque los robots no se marean. Estaría elogiando la seguridad y firmeza de decisiones del robot. Envidiando, con algo de pesadumbre, que esa claridad de ideas le permitiera, olímpicamente, abandonar el idílico descanso que compartían.

No sabés con qué alegría salí cagando de allá y me subí a este bondi de mierda. A vos te jode la frasecita, pero no tenía más remedio, salamón. Fueron tres días. Y eso para mí, en este momento, es demasiado. No me lo puedo permitir, si de verdad quiero lo que quiero. Los que no tenemos guita para conseguir un bulín, una habitación piojosa, debemos laburar como energúmenos. Y ya viste: A veces lo hacemos, y ni por esas. O sea que otra vez a buscar algo, y quemar días, meses más bien, hasta

juntar la cantidad necesaria. Y buscar también esa piojosa habitación, que sólo en las películas aparece tan resplandeciente, y tan como el protagonista soñaba.

El cochambroso proyecto de robot que magnificás, de pedo que protagoniza su propia vida. No tiene más remedio, ¿viste? Es un pobre idiota, metido en más quilombos de los que querría. O, bueno, si se ha metido solito es su responsabilidad, ¿no...? Pero eso sí, le hace caso a su subconsciente y mira fijo hacia adelante. ¿La ansiedad, el miedo, los mareos...? Lo siento, che, no puedo perder tiempo verificando la mochila. Acabamos de llegar a la terminal, y habrá que ver por dónde empiezo. Deje, Señora, ya le alcanzo yo el bolso. No, no pesa tanto. Es que... Soy un robot, ¿sabe...?

CABILDO

Glorioso edificio, de patrióticas gestas. Arquitectura colonial, que orgullosos mostramos al turista. O sea, les enseñamos aquello que sus bisabuelos levantaron –mano de obra aborigen, claro- a imagen y semejanza de lo que tenían en casa. Y que ellos están hartos de ver, o ya han tirado abajo, en pos del altísimo y cementero progreso. ¿O era progreso de cementerio...? ¡Mire, che, qué bonita la capilla de Candonga! Y si te sale un gallego respondón, diciendo que allá, en cada pueblo, tienen dos o tres como ésa, te quedás mirando al norte, y pensando que no hay nada que hacer, siempre serán igual de brutos e insensibles.

¿Y qué querés..., que les mostremos las tolderías? Ya no quedan. Acordate que, después de echar a los invasores extranjeros, exterminamos la indiada local. ¡Viva la Patria! ¡Libertad e Independencia! ¡Argentino hasta la muerte! ¿Argentino...? ¿Quién? ¿Hablás de los que habitaban esta tierra, y genocidiamos? ¿O de los hijos y sobrinos de los invasores, que escribieron la oficial historia? Y en cuanto a lo de las autóctonas tolderías, tenemos cien mil Villas Miseria. Ahí sí: Pobres y jodidos hasta la muerte. La otra manera de ser argentino que, salvo si los grones nos salvan al fútbol, no publicitamos ni conocemos.

Empecemos de nuevo. Cabildo: Eso que nos hacían dibujar todos los años en el colegio. No, las calaveras del culón no. Esas en octubre. Las rayitas de puntos, el perfil de los continentes, las velitas con la cruz de malta. Otra yerba, masónica y caballeresca, entonces. Aunque lo de mate y mate a los infieles, estaba incluido en el paquete de los descubrimientos. Pero no, el cabildo lo dibujábamos para el 25 de Mayo. Doce próceres, diciendole al Virrey de España que se rajara, porque queríamos ser argentinos hasta la muerte. Mate y mate, ¿no les dije...? Moreno, el

Secretario de esa Junta Patria, lo consiguió rápido. Y lo tiraron, igual de rápido, al mar. También te suena, de ahorita mismo, ¿no? Somos animales de costumbres. Las malas lenguas apuntan que quien lo apuntó a aquél fue el Presidente de la misma Junta, Don Cornelio Saavedra. Militar, por supuesto. Con ese nombre... El otro Secretario dijo: Yo, Paso. Hay chistes peores. Llamarle República, a lo que resultó, es uno de ellos. Y que, desde entonces, gobernarán los parientes y servidores de los dueños del dinero, tampoco es que tenga demasiada gracia.

O sea que quienes poblaban el Cabildo, según la española y castellana nomenclatura, eran los rebeldes y subversivos. Igual que ahora, sólo que con algunas diferencias en el trato. La Historia Oficial se reserva los cambios de concepto en el idioma. Bueno, en realidad se reserva el cambiar la realidad tantas veces como le convenga. Para eso están los legisladores, señor mío.

No, de acuerdo, así no vamos a llegar nunca al cabildo. A lo peor es eso. Que no queremos llegar. Y mucho menos entrar a las lóbregas estancias, donde salir es incierto y quedarse siniestro. Tomémonos un descanso, che. Si no hay más remedio lo haremos. Pero dejémos respirar, y pensar que estamos lejos. Que es sólo un relato, de cómodos historiadores no oficiales, para servirle a nuestro protagonista lo que él no quisiera recordar. Solidarios y traumatizados que somos. Nos vamos de los lugares del miedo. Pero el miedo está ahí. Grabado en colores, olores, y horrores, que nada tienen que ver con aquellos dibujitos del colegio.

SOMBRAS

En el extremo de la plaza, sentado sobre uno de los bancos de madera, había un muchacho leyendo el diario. Cuando pasó la furgoneta, aminorando la marcha hasta estacionar, metros antes de la esquina, plegó el diario y se encaminó hacia ella sin apuro. Era, claramente, una camioneta de trabajo, con dos escaleras atadas en la parrilla superior, y llena de abolladuras y manchas de pintura. El conductor le hizo señas con el pulgar de que subiera por detrás. En cuanto lo hizo, arrancaron.

-Ya era hora –masculló, acomodándose sobre unos bultos.

-¿Me he demorado? –el otro miró el reloj del tablero, y luego por el retrovisor.

-Dos meses.

-No seás boludo. He llegado a la hora que te dije. Y de eso otro ya hablaremos después.

-Escuchame, Novari...

-No. Ya te he dicho que después. Tendremos tiempo de sobra. Ahora quiero que nos concentremos bien en esto.

-Obedezco y callo, Jefe. Pero conste que me has tenido cortando clavos con el culo.

-¿A eso le llamás callarse, vos? Y no se te ocurra encender un pucho. Ahí atrás, no –acababa de ver por el espejo cómo extraía uno de la etiqueta-. Después, acá delante, todo lo que quieras.

-¿Llevamos algo...?

-Sí. Es muy difícil, pero mejor no tentar la suerte. Podés aguantar unos minutos, supongo.

-Tendré que hacerme a la idea. Después hablamos, después fumo... ¿Qué pasa...?

-Nada –el llamado Novari detuvo el coche y apagó el motor-. Te cuido. Todavía me servís. Y pretender que te cambiés, arriesgando un bache, y que te vayás de jeta contra la carrocería, no sería buen negocio.

Habían entrado a un barrio nuevo, en construcción. Por todos lados se veían camiones, obreros trabajando, un par de topadoras, y furgonetas similares a la suya. Se detuvo a casi tres manzanas de aquello, en zona ya asfaltada, pero con los baldíos apenas desbrozados. Le indicó el bolso, donde estaba lo que se tenía que poner y, mientras el otro lo hacía, él sí encendió un cigarro y bajó la ventanilla de su lado. Al quedar en camiseta se apreciaba la musculatura del chico. No era alto, pero sí fornido, y el cabello, castaño y rulado, lo hacía más joven aún. No debía superar los veinticinco años. En cambio el otro, aunque la gorra y los lentes de sol dificultaban el cálculo, era notoriamente mayor. En las sienes y patillas su pelo oscuro estaba veteado de canas. Controlaba, por los retrovisores laterales, que nadie se hubiera fijado especialmente en su presencia allí. Sacó de la guantera una cajita y una botella de agua. Bebió y le ofreció al otro, que negó con la cabeza. Ya tenía por encima un mameluco azul, y una gorra, idénticos a los de él hasta en las manchas de grasa y pintura.

-Esperá... Quitate la gorra y metete de esto –le alcanzó un pomo de fijador y un peine-. Ahí tenés agua en el bidón. Engominate y estíralo bien –el otro obedecía, aunque rezongando por lo bajo-. Te has puesto el huevadón, ¿no?

-No te preocupés. Ya no jodo más con eso –Novari lo escuchaba, y asentía enarcando las cejas.

-Ya no jodés más con eso –le hizo el eco-. Sos rápido para entender, vos.

-Más vale tarde... –recitaba, entrecerrando los ojos por los tirones con que iba domando la espesa pelambre.

-Sí, más vale. ¿Te falta mucho?

-No, aguantá... Es que los cordones de estas botas son un incordio –ahora se hallaba peleando con el entrecruzado en los broches de los botines, y estirando luego por encima la botamanga del pantalón.

-Vos sí que sos un incordio. El día que no te estés quejando por todo, no te van a conocer –giró el cuerpo, para observarlo-. A ver..., ponete la gorra y mirame –frunció apreciativamente la boca, y le pasó la cajita que antes había sacado de la guantera-. Muy pendejo todavía. ¿No pensás crecer nunca, che?

-Me faltan las virtudes de cierta gente, que siempre tienen la edad y la pinta adecuada. Menos mal que soy yo el quejoso. ¿Qué es esto que me has dado?

-Un tegobi –alzó la mano-. No empecés a protestar. Colocáelo con cuidado. Distribuí primero la crema esa, y apretalo bien, desde el centro hacia los costados.

-Che, Nova, tiene los pelos muy largos –hacía gestos de asco-. Se me va a meter en la boca.

-Ya sé. Tendrás que hablar sin abrirla apenas. Eso te cambiará también la voz y los gestos. Se trata de que no seás vos. ¿Estamos de acuerdo...?

-Sí, claro... Vos estás acostumbrado a todas esas pelotudeces, pero yo...

-La parte de adentro de la cajita tiene espejo. Mirate ahí, y practicá el peinarlo, desde abajo, con dos dedos. Eso es. No lo hagás muy seguido, pero, de vez en cuando, te ayudará a soportarlo, y parecerá un gesto normal.

-Lo que parezco es una morsa. Debe ser genial comer tallarines con unos bigotes así.

-Te diré que conozco más de cuatro que lo hacen. Guardá tu ropa en la bolsa verde de la izquierda. Y consolate: Dentro de dos o tres horas te lo quitás, y nunca más.

-¿No era que no íbamos a hablar ahora de eso?

-Yo sólo hablaba del bigote. Dale, Turquito, vení para acá, que a mí ya me está agarrando tortícolis –el otro bajó, dio la vuelta, y ocupó el lugar del acompañante. Novari lo esperaba, con un cigarro asomando de la etiqueta-. ¿Querés un pucho?

PASARELAS

Cagó el ciborg. Lo chapó la Barbarella y lo hizo de goma. Una Barbarella made in Córdoba nomás, sin traje de caucho ajustado, ni accesorios intergalácticos. Apenas un equipo de gimnasia azul, buzo y pollerita acampanada, champions y calcetines blancos... Sí, lo que todos están pensando: El uniforme con que las Lolitas matan depravados. Y nuestro depravado venía de haberse pasado el domingo cuadrando remitos, facturas, y libros de Caja, porque al día siguiente era primero de mes, y los balances de las tres únicas contabilidades que subsistían habría que llevárselos en cuanto abrieran. Dato necesario para entender sus reacciones. O la posible falta de ellas.

Lo habíamos dejado bajando del ómnibus de Carlos Paz. Y pensábamos omitir el intermedio, por aquello de las elipsis necesarias. No veíamos mayor aventura en su carrera a encerrarse en el Despacho de la Galería Omega. Por mucha responsabilidad laboral que esto significara en pleno domingo. Nos sigue pareciendo más bien esclavacho y aburrido. Difícil constatar lo que él opinara al respecto. Porque, aunque iba de una mesa a otra, de una carpeta a otra, renegaba con las máquinas y las tiras de papel, o llenaba planillas, su expresión era la de otra máquina más. No tomaremos en cuenta el repostaje, ya que llamar así a una latita de duraznos al natural que sacó de su cajón, trasegada en tres o cuatro cucharadas distraídas, sería insistir en el demoníaco estado de su libido. Apuntemos sólo que anochecía cuando guardó todo en el maletín rígido, cargó también con la mochila, y enfiló el kilómetro y pico hacia Cofico.

En cuanto a lo que decíamos de sus reacciones... Veamos, ahora sí, en detalle: Tras tocar el timbre, el cuello y los hombros iniciaron ese movimiento, de estirarse y rotar, que avisa del cansancio acumulado por

el peso. Lo iniciaron. El resto escapó por completo a cualquier planning de lógica continuidad. La fierecilla que saltó sobre él, al abrirse la puerta, habría convertido en un charco al Perito Moreno. Probablemente al glaciarse también. O al menos hubiera dejado un humeante hueco en su centro. Considerando que Jorge no optaba a esas gélidas condiciones, minimizaremos su debilidad. Recordando además que tenía la mochila en la espalda, y el dichoso maletín colgando del brazo derecho. Lo otro era Graciela, claro. Una Barbarella más baja, pero no menos exuberante y explosiva, que la que tan bien dibujaban en los cómic.

En realidad mucho más carnal y realista. Tan bella como puede ser el rostro de una mujer, anegado en la furia y el llanto del deseo. Reprochando, demandando, suplicando, gimiendo, besándolo con un hambre de serpiente, que le anudaba la lengua y buscaba su garganta. Mordiéndolo en el cuello, en la cara. Aunque de golpe se detenía, lo miraba con fijeza a través de las lágrimas, como queriéndose convencer de algo. Y entonces ese corazón hinchado que era su boca lacrababa con suavidad los ojos de él. Le decía su amor, de una manera que ninguno de los dos habría podido repetir con palabras. Pero la paz duraba lo que ese instante de agotada desesperación.

Con pausas y traslados, eso sí. Las primeras, imprescindibles. Ayudó el que las piernas de ella, que rodeaban engarfiadas la cintura de él, chocaran incómodamente con la mochila, y al descender con pesar desparramaran el maletín y su contenido por el césped de la entrada. Jorge intentó arrodillarse, a recoger y acomodar los papeles antes que se mancharan. Sin embargo, esa especie de torbellino rubio se le había adelantado en el rescate, y lo empujaba hacia adentro, liberándolo a tirones de la mochila.

Lo que no ayudó en absoluto –nos referimos a que él recobrarla la serenidad–, fue notar palpablemente, muy palpablemente, que bajo el suave buzo de ella sus suaves pechos estaban libres y desnudos. El primer impulso fue meter las manos por debajo, llenarse de esa llenez que lo llamaba, responder al gesto con que –alzándose en puntas de pie– Graciela se ofrecía. Pero, apretando su cintura, tratando de calmarla,

miró a su alrededor. Demasiado tranquilo todo, demasiado solos. ¿Qué pasaba ahí...? Ella, nerviosa, negó con la cabeza. La madre estaba encerrada en su habitación, y no saldría. ¿Y Marisa...? Tampoco vendría hasta la hora de cenar. Vení, vamos afuera, no puedo más.

La mano que tiraba de él temblaba. Atravesaron la cocina y salieron al patio, pero Graciela no se detenía. Rodearon en el garaje el coche de la madre, y saltó hasta sentarse en el capó, atrayendo su cabeza hacia donde había estado a punto de hundirla un momento antes. Se había levantado el buzo, y lo apretaba contra los hinchados senos.

-Sí, por favor... Besame, lameme, chupame. Mordeme, si querés. ¿No ves que me van a reventar? Te necesito. Con sólo pensar en vos, se me ponen así y me duelen. Todo el cuerpo me duele, de lo que te extraño. Creía que me iba a morir. Nunca me he masturbado tanto como estos días. Y sólo servía para atontarme, o dormir un rato. Pero enseguida volvías a estar ahí, a quemarme de arriba abajo. Por más que tratara de hacer cosas, o me tocara... ¡Aahh, mi amor...! ¿No ves...? Nunca podría hacerlo así, como vos.

Jorge, sin dejar de beber en la miel caliente de sus pezones, había empezado a subir con la mano abierta entre las piernas. El terciopelo fresco de esos muslos siempre lo había vuelto loco. Le gustaba demorarse en cada curva, alejarse del centro que esperaba, apretando, para volver a separarlos, hasta que el quejido húmedo de la prenda interior, y de ella misma, nombraran el destino que los dedos bordearían, para jugar con los primeros pliegues del sexo. Sin embargo esta vez el gemido fue de ambos, unísono y casi brutal en su contención electrizada. Él, porque no había previsto que bajo la falda tampoco llevara nada. Ella, porque en el triunfo de esa ardiente sorpresa, supo que no se conformaba con la profunda caricia, y casi cayó hacia delante, mordiéndolo en el vientre, mientras desprendía impaciente el pantalón, y buscaba el miembro que también, ciegamente, la buscaba. Con la boca llena del palpitante sabor extraño, empujó el slip y los vaqueros, usando el tirante asidero para erguirse y encabalgarse, de la misma y enloquecida forma que lo hiciera al llegar. Sólo que ahora lo estaba recibiendo. Ahora sí que lo estaba recibiendo, y tomándolo para sí, como todos esos días soñara. Recostada

de espaldas sobre el capó, con las piernas firmemente enlazadas en la espalda de él, sintiendo lo que de ninguna otra forma podría sentir. Estuvo a punto de gritar cuando el inflamado glande traspasó la primera barrera de su carne. Él también notó la torpeza, el salvaje envión con que se había tirado sobre ella, la involuntaria resistencia de ese cuerpo que lo llamaba. Se sostuvo, apoyando las palmas en el coche, y la besó pidiendo perdón, amordazando una queja que los delataría. Pero ella no quería treguas ni disculpas. Y se lo hizo saber arqueando la cintura, mientras empujaba con todas sus fuerzas.

-No me importa. Quiero que me hagás daño, que me marqués, que me destrocés. Que me hagás pedazos por dentro. No volvés a detenerte. No me hagás eso. Me voy a volver loca. Estoy gozando desde que lo pusiste ahí, y no quiero que se acabe nunca. Sacudime, enterrate. Soy tuya, necesito ver que vos también lo sabés, que... ¡Oohh, sí, sí...! Tomame de todas las formas que quieras. Volvé a entrar ahora. ¡Más, más...! ¡Te adoro!

También él había explotado de placer, en cuanto lo atrajo al principio. Y se había mantenido, obediente y mareado, en el enloquecido vaivén de orgasmos que ella le nombraba. Creyó que se le iba a derretir el sexo en su interior. Pero escucharla ahí, tan junto a su oído, ver lo que el rostro amado expresaba y exigía, lo que sus labios y lengua hacían en su boca, lo llevaron a un punto en que sí, quería lacerarla, poseerla como al bello animal que era, llevarla a suplicar que se detuviera. Por eso se apartó, y la hizo girar de bruces sobre el coche. Alzando la pollera, le dibujó con las manos las caderas y los blancos glúteos. No hizo falta más, porque fue Graciela quien alzó su culo pidiendo la embestida, que esta vez la arrastró y la removió contra la carrocería a la que se agarraba con los brazos extendidos.

Ninguno de los dos sabría cuánto duró aquello. El salvajismo con que se entregaron a gozar, y decirse insensateces, superaba lo vivido hasta entonces, y anulaba cualquier medida o recuento posterior. Sí supieron, después, que a ninguno de los dos les hubiera importado que apareciera la familia entera. No había castigo que pudiera robarles ese momento. Una insensatez más del estado en que se hallaban. Sólo que

tuvieron suerte. Nadie acudió a la ofrenda. Ellos mismos se rindieron al placer y el cansancio. Se abrazaron y se besaron, conscientes del vapor humeante que rodeaba aquel abrazo. Graciela fue hasta el baño de la casa, recuperando prendas estratégicamente guardadas. Jorge se metió al de servicio, poniendo los ojos en blanco a cada enjuague sobre el lavabo, e intentando después borrar las salpicaduras del pantalón. Finalmente se dejó la camiseta por fuera, con lo cual el gastado vaquero no estaría peor de lo que siempre estaba. Entre los dos, con sendos trapos, borraron posibles huellas incriminatorias sobre el coche o el piso. O sea que limpiaron el lugar de autos.

Tras lo cual Jorge cayó, como una bolsa de papas, sobre el sillón del living, diciendose que ahora entendía por qué a los ciclones, más bien terremotos, les ponían nombre de mujer. Graciela estaba preparando algo en la cocina. Ojalá fuera café. Y al entrar con la bandeja, escucharía su pregunta.

PASARELAS

-¿Me vas a dejar?

-Mmm... –frunciendo los labios, Jorge se tomaba su tiempo para contestar, mientras sumergía un par de cucharadas de crema en la taza olímpica que Graciela acababa de ponerle delante-. Depende cómo esté el café. Hay prestaciones de fundamental importancia. ¿Lo comprendés, no...? Por ejemplo, las de hace un rato, yo...

-¿Debo repetir el examen? Decime que sí –de rodillas en el sillón, entre las piernas de él, rascaba con el índice el pote de crema chantilly, le dibujaba un sobborde en la boca y despaciosamente, con la lengua y los labios, lo lavaba-. Yo también me quedé con la sensación de... No sé, como de incompleto, ¿no...? ¡Uy, se me acaba de ocurrir algo –esto con un copo de crema en el dedo, que miraba fijamente, e iba bajando-. ¿Sabías que es astringente? Ideal para ciertas irritaciones.

Jorge casi saltó hacia un costado, obligándola a sentarse a prudencial distancia, y haciendo con las palmas al frente claros gestos de moderación y paciencia. Ella lo observaba, componiendo una actitud sumisa, sin dejar de lamerse y saborear gatunamente el dedo, a medias introducido entre los labios.

-No me has contestado. Y si tengo que esperar que terminés de dar vueltas con la cucharita, cumplimos las bodas de oro.

-Lo cual sería la mejor respuesta. Festejo incluido.

-Visto así... ¿No se habrá echado a perder en cincuenta años? –miró otra vez hacia la mesa-. Dale, alcanzámela, no seas malo. De verdad que es astringente. Podemos ir festejando, hasta que decidás lo del café. Vos lo removés y yo...

-Graciela... Como no abandonés vos, a mí tendrían que matarme. No sé de dónde has sacado esa idea.

-¿No...? Hacé como decís siempre: Tratá de verlo desde acá. En los últimos quince días has venido un par de veces. Yo me porté como una idiota a pedal, mintiendo y ensuciando todo...

-Yo también. Eramos dos los que embarrábamos.

-No, Jorge. Ahora estamos hablando en serio. Al principio trataste de ayudarme. La cagué yo solita. No sé lo que me pasó. Todavía no lo sé. Más lo pienso y más estoy convencida que seguiría actuando igual. No es un día, o una resbalada, soy así. Te quiero. No sabés cómo y cuánto te quiero. Pero no sé, o no puedo ser cómo necesitás. En eso, al menos. Entiendo lo que decís. Me parece perfecto, y muy lindo. ¿Hay algo más lindo que decir siempre la verdad a la persona que se ama? Sí, no me interrumpás, ya sé que no sólo a esa persona. Te he dicho que lo entiendo. Que en cuanto lo ponés sobre la mesa, y lo estirás, y lo estudiás por todos lados, es tan clarito, tan simple. Es tan boludo lo otro. Me ha sobrado el tiempo para pensar, y comparar, y tener ganas de salir corriendo a buscarte, y prometer... -abría las manos con impotencia, como si se le hubiera escapado lo que tenía ahí.

-Prometete a vos misma intentarlo. Por ahora, entre nosotros sólo. Nadie se hace de nuevo en dos días. Sí, sería lindo. A lo mejor, poco a poco, notarías que vamos siendo cada vez más amigos.

-¿Ves que vas a dejarme? Querés convencerme de que seamos amigos. ¿Por qué no lo decís de una y ya está? Yo sí me he puesto en tu lugar. He sumado aquello con la estafa de mi vieja, que te ha robado seis meses de trabajo y de vida. He visto cómo tenías que tachar la ilusión del bulín, mientras acá yo te ayudaba a tachar -no aguantó, se le quebró la voz y rompió a llorar de nuevo.

-Vení, calmate -Jorge la abrazó y besó, secándole el rostro con cuidado, con una servilleta de papel-. Ya pasó todo eso. Yo también estuve pensando un montón.

-¡Seguro que sí! Eso es lo que me da miedo. ¿Dónde te metiste? Nadie sabía nada de vos.

-Me fui a Carlos Paz, con Marcelo.

-Entonces ya está claro: "Salvate, Jorge. Rajá ya mismo de esa casa y esa pendejita boluda." ¡No, no te hagás el payaso -él se había tirado hacia atrás, con los ojos desorbitados-, no hace falta ser bruja para adivinarlo! Es inteligente, es tu amigo, te quiere. No podía decir otra cosa.

-No sé si me gustás más por bruja, o por esos instantes de lucidez. Y ahora callate un rato. Es verdad, repitió varias veces eso. Pero no es lo único de lo que hablamos, ni algo que yo tuviera que decidir. Grabátelo, por favor: Yo de esta casa me iré cuando vos me echés. Si vos aguantás, nos iremos juntos. Y no quiero que, ni en broma, se vuelva a tocar el asunto. ¿De acuerdo...? ¿Qué te parece si empezamos a construir, en lugar de seguir llorando contra el muro?

-No veo los ladrillos.

-Yo tampoco. Esa es la joda. No tengo ni los planos todavía.

-¿Nos volvemos al muro?

-Ya no está. Mirá, Muñeca, sé que te voy a parecer más loco que nunca. Pero, aunque me hallo parado en medio de ninguna parte, y no sé en realidad hacia dónde tendré que salir, confío en lo que me está pasando.

-Y yo confío en vos. Pero no entiendo demasiado.

-El trabajo del Despacho se acaba. Ya viste que lo han convertido en Asesoría Legal y Tributaria. Los comerciantes contratan peritos mercantiles como yo, y los hacen llevar la contabilidad además de atender al público. Todo por el mismo sueldo. A la mierda esa parte.

-Para lo que te pagaban...

-Al menos esos diez mil mangos me servían para el ómnibus y los puchos. Y encima con lo que he manguado en estos meses, para aguantar mientras laburaba con tu vieja, le debo guita hasta a los canillitas. O sea que tengo que devolver eso, y juntar como para una temporada de alquiler. Está fácil, ¿no...?

-Dame algo con qué mantener la confianza.

-Esperá a mañana y te cuento. Voy a pedirle a los de estadísticas que me tiren con esas encuestas que nadie quiere hacer. Hay que irse hasta donde el diablo perdió el poncho, relevar áreas que no están ni marcadas en el mapa, o completar estudios entre los rancheríos. Trabajo inútil y matador por lo general, pero más o menos bien pagado.

-¿Y por qué decís que no lo quiere hacer nadie?

-Porque podés tirarte un mes y pico, cada vez, sin volver a casa. Chupando viajes, polvo, rechazos... Nada, pelotudeces de quienes nos podemos rebuscar con otras cosas. Ahora voy con los ojos cerrados, y calculando cómo ahorrar en dietas y otros gastos pagos.

-¿O sea que voy a tener que seguir jugando a la viudita triste?

-Y yo a hacer dedo, comer salteado, y dormir en los lugares más rasposos que encuentre. La necesidad tiene cara de demos gracias si lo consigo. Hacete a la idea de cuatro o cinco meses así. Calculo que en ese tiempo, y yendo a full, podría reunir lo justito. Miralo por el lado bueno: Cada vez que venga, vamos a tener un montón de qué hablar.

-¿Hablar...? ¡Te voy a descoser!

-Sí, cierto... Ya tuve un adelanto hoy. Aunque no creo que esté siempre la casa así de tranquila. ¿Qué ha pasado?

-No lo sé. Marisa está aprovechando que la hija de Elba tiene una profe particular de inglés, y dos tardes a la semana se queda hasta la hora de cenar allá. Eso ha sido casualidad. Lo de mi vieja..., que está rarísima. Ni me pelea casi. Trabajo y órdenes todo el día, como siempre. Pero ni una palabra más. Una sola vez, el jueves creo, se ve que no pudo aguantar más y me soltó: “¿Qué..., ya no tenés más visitas?” La joda es que no lo esperaba, y me chapó blandita. En lugar de reaccionar, y mandarla a la mierda, me puse a llorar. De puro boluda, y calculando que ahí nomás aprovecharía para largar porquería contra vos y hurgar a fondo. No me lo puedo creer. Agachó la cabeza, se fue a lo de Elba, y no ha vuelto a tocar el tema. Por eso no me extrañó cuando esta tarde tocaste vos los dos timbrecitos, y nos cruzamos a la carrera en el pasillo. Dijo algo así como ahí lo tenés, se encerró en la pieza, y encendió la tele. Creo que tiene miedo de intervenir, y que se le desbarate el conjuro. No soy yo sola. Me parece que acá todos estábamos convencidos que no vendrías más. O que vendrías a despedirte y listo –tuvo que manotear la servilleta-. No, no me des bola, sigo blandita. Y esa variante, del trabajo en la Cochinchina, no me levanta mucho el ánimo, qué querés que te diga. ¿Por qué no hablamos, mejor, de la mansión que pensás alquilar? ¿Tiene que ser en el Centro...? ¿No hay un lugar más caro, y más difícil de encontrar? ¿Por qué sumás dificultades?

-Para restar dificultades, bobotrónica. En Barrio Yofre consigo mañana mismo. Una hora y pico para ir, una y pico para volver, si los ómnibus te están esperando... Sonate los mocos y pensá. Tiene que quedar, a lo sumo, a media hora a pata de acá. Para que podás rajarte a dejar una nota, o disfrutar un rato de intimidad y tranquilidad, en alguna escapada. ¿Contás con robar más de un par de horas, en el mejor de

los casos? Ya sé que va a ser difícil, pero lo encontraré. Aunque sea un sucucho, o un sótano de tres metros. Sobre todo en eso, confiá en mí. Ese sucucho va a ser mi casa, y te va a gustar.

-¿Querés que hable con Bolita y Bolón? Ya sabés que ellas trabajan para una inmobiliaria. Mientras viajás podríamos adelantar buscando algo. Total, con unos mimos que les hagás te perdonan la comisión.

-¿Qué estás diciendo, Graciela...?

-Dale, ahora poné cara de sorprendido. Las ganas que te tienen son de campeonato. Sería una inversión.

-¿Me equivoco, o te estás convirtiendo en mi cafiola?

-Soy tu socia. Te vas a aguantar seis meses, pasando hambre por ahí, para juntar el dinero. A ellas en una tardecita las dejás contentas, y hasta te regalarían las cortinas para la ventana. Porque tendrá alguna ventana el bulín, ¿no...? Lo del sótano supongo que lo habrás dicho en broma.

-Y yo supongo que la que está hablando en broma sos vos. Porque además me tirás a las dos juntas.

-Las que te quieren tirar son ellas. Y su fantasía, como buenas hermanas, es hacerlo las dos juntas. Acordate que, hasta que te decidiste a darme bola, pasé bastante tiempo con tu barra del Molino. Entonces no tenían problema de hablar delante mío. Podría ampliar bastante la lista y los datos..., escabrosos. Sólo que me lo guardo, no vaya a ser que te entusiasmes.

-No, fijate que no. Esas dos gorditas no me entusiasman, ni pagándome el alquiler completo. Aparte que otra vez se te ha escapado un detalle trivial. Con menage, o sin él, antes de entrar al bulín tu madre ya tendría la dirección, y hasta una copia de la llave –esta vez Graciela cerró los ojos y se tapó la boca-. Eso mismo. Eso es lo que tenés que hacer con este asunto. Cualquiera que lo sepa, fuera de nosotros dos, y la cagamos. Va a ser largo y difícil, mi amor. Ayúdame teniendo paciencia. De todas formas nos quedan más de dos años de aguantar acá. Espero que esto esté solucionado mucho antes, y nos sirva para sobrellevarlo. Escuchá, ahí llega tu viejo. Todos los conjuros se rompen en algún momento. Pongámonos a charlar de cualquier otra cosa. Pero antes, deseame suerte para mañana. Me hará falta.

SOMBRAS

-¿Cómo lo ves? –el muchacho practicaba el movimiento de peinarse el bigote.

-Bien. Sí, sería algo así.

-No, me refiero a lo del tipo éste. Nechi, se llama, ¿no?

-Sí –Novari suspiró, frenando con lo justo para que pasara una moto con el suicida de turno-. Qué se yo, Turco. Lo de siempre. Un mal rato para todos. Acordate que somos eso: Los mensajeros de las malas noticias.

-¡Dejate de joder! ¡Somos los que vamos a salvarle la vida!

-A costa de que pierdan todo. Tratá de ponerte en su lugar. Tenés una casa, una vida, unos amigos, una familia... Y unos guasos vienen a decirte que guardés cuatro cosas en una bolsa y te despedás, quizás para siempre. Más allá de nuestras intenciones, y de los resultados, los estamos echando, los expulsamos de su pequeño paraíso.

-¡Me cago en el paraíso! ¡Y no somos nosotros quienes los echan!

-Por favor, Turquito... Vos seguís jodido por lo de la última vez. Te he dicho que te pongás en su lugar, no en el nuestro.

-De acuerdo, Nova: Vos venís, y me avisás que esta noche está planificado un operativo policial, para secuestrarme y casi seguramente matarme. ¿Yo no sé cuáles son mis actividades? ¿No sé en el país que vivo? ¿No soy capaz de sumar esas dos cosas y entender el favorazo que me hacés, incluso arriesgándote vos? Explicame qué culpa tenemos nosotros, y dónde entra ahí lo del paraíso.

-Llamalo de cualquier otra forma si querés. El asunto es que te piden que abandonés ese lugar. Y tus libros, tus muebles, tus discos, todo lo que deseaste y juntaste, mango a mango, laburando como un animal hasta ese momento. ¿Te creés que es tan fácil de entender? ¿De aceptar?

Lo he pensado un millón de veces, Turco. Porque yo también me pongo como un energúmeno cuando empiezan a vacilar, a mirar la mesa, la heladera, la foto con los muchachos de la barra...

-¡No me recordés lo de las fotos! Los viejos aquellos, juntando sus álbumes y llorando, hasta que...

-Está bien, está bien... No me di cuenta. ¿Qué te parece si nos dejamos de discutir huevadas? Siempre hacemos lo mismo. Cerrado el candado. Que ya estamos cerca. Hoy vamos con tiempo de sobra. Con un poco de suerte terminamos de día. ¿Averiguaste lo de la familia?

-Sí. Lo normal es que estén los tres. El chico no ha cumplido los cinco años. Y no son de los que cargan a los abuelos con la crianza. En este caso, malo, ¿no?

-Bueno... -Novari se encogió de hombros-. Es decisión de ellos, che. ¿Lo decís por el traslado?

-¿A vos qué te parece...? Si se empeñan en llevar al pibe, de pedo habría lugar para un bulto más. Casi que los documentos y gracias. Lo hablé con el Carioca. Aquél se reía, y decía que bien apretaditos... Se ríe todo el tiempo el desgraciado, y le entiendo la mitad de lo que dice. ¿Es indio el Carioca?

-Mitad y mitad. El padre indio y la madre negra. ¿Por qué lo preguntás?

-No, por la idea estúpida que tenemos nosotros de los indios. Es un fenómeno el grone. Aterrizó en doscientos metros. Maneja el pajarito ese como si fuera un karting. Lo metió entre el galpón grande y la alameda, con el hocico apuntando a la salida.

-Todos los brasileños, y más de esa zona, se hacen upite las avionetas. No hay pilotos como ellos en el mundo. Andá a saber cuál es la relación que tienen con el bicho. Lo seguro es que no es de miedo, como nosotros. Están relocazos.

-¿Como nosotros...? -el Turco lo miraba sonriendo-. ¿Quién sacó a la Gringa hasta Paraguay, en el Cordobazo?

-Nada que ver -Novari negaba, mientras esperaban en el atasco frente a las vías del tren-. Estaba más cagado que vaca en viaje. ¿Qué querías que hiciera? El boludo este se había roto una pierna. Y con lo conocida que era ella, intentarlo por ruta era entregarse con las manos en alto.

-Pero sólo habías hecho las mismas prácticas que yo.

-Y no vuelvo a hacerlo ni mamado. Te juro que me dolían los ojos de mirar el horizonte, suplicando que no se hiciera de noche. Ma qué los ojos... Me dolía hasta la urpila, de la fuerza que hacía por los baches del viento. Ni sé cómo aterricé. Carreteaba, y carreteaba, y no se paraba. Cuando noté que se acercaba la arboleda, cerré los ojos. Debe haberse detenido solo, o se fundió el motor, o que se yo...

-¿La Gringa aguantó?

-Ella estaba de paseo. Yo le había dicho que ese viaje lo hacía siempre. Que nos sacudiríamos un poco, por el viento de la cordillera, pero que no se preocupara. En realidad, lo mismo que me había dicho el Carioca a mí, muerto de risa al ver cómo temblaba.

-Pero volviste ahí nomás. De noche.

-Porque me trajo El Loco, que estaba allá. Otro que se tiraba al piso, cuando notó que no podía ni caminar derecho. Me dejó en las salinas. Y de ahí me acercó el Mencho. Fijate, fue en esta misma furgona. Cosas de la vida.

-El Loco... -el Turco cerraba los ojos, y se mordía el labio inferior-. ¿Qué se ha hecho de él?

-Retirado y feliz. No lo conocerías si lo ves. Tan tranquilo y apacible como un monje.

-¿Y vos no has pensado en...?

-Lo que estoy pensando -Novari lo cortó, pegando en el volante-, es cómo conseguir que no me llevés, constantemente, hacia otro lado. Ayúdame, Turco, hay que hacer esto.

-Perdón, Nova... Sabés cómo estoy.

-Sí, lo sé. Pero esta gente nos necesita con la cabeza limpia. ¿Me entendés...?

-Está bien. Tenés razón. Se acabó -cuadró los hombros y se puso los lentes de sol que el otro le alcanzaba-. ¿No es ahí?

-Sí -Novari continuó, a marcha normal-. Vamos a doblar más allá, para volver por la calle de atrás. Entraremos por el fondo, desde la casa colindante. Los dueños trabajan, y no vuelven hasta las nueve de la noche. Son relativamente nuevos y poco sociables. Así que, si alguien nos viera entrar, pueden pensar que estamos contratados por ellos. De todas formas esperaremos que no haya nadie, y yo estacionaré delante

de la verja, por si me cuesta abrir. Bajamos los tachos y el bolso grande, como si fuéramos a laburar en el patio lateral. Ante cualquier cosa rara, me avisás y rajamos.

-No te preocupés –el Turco lo miró serio y cabeceando-. Ya estoy.

-Bien –Novari le pegó, con afecto, en el hombro-. La idea es que saquemos por la tapia, hasta acá, al guaso. Y que la mujer, con el pibe, vayan con el carrito de la compra por la puerta de delante. Si no hay nadie vigilando, la hacemos subir cuando doblen, tres cuadras más allá, hacia el mercadito.

-Dijiste antes que habías metido algo ahí atrás, ¿no?

-Sí. Una carga suave, pero suficiente para armar quilombo y que se queme la furgona. Lo mismo que hemos llevado otras veces. Supongo que no hará falta. Sin embargo serviría para distraer si la cosa se complica, y borrar lo poco que pudieran sacar de acá. Nosotros, ya sabés, barriendo, y en dos direcciones, para abrirlos. ¿Te acordás dónde está el otro coche, no?

-Te he dicho que ya estoy –el Turco sacó del bolsillo superior, con dos dedos, una llave, y la volvió a guardar-. Quedate tranquilo. Yo tampoco creo que pase nada. Falta mucho para que se haga de noche. Y esos monos, de día...

Ya habían estacionado, y no pasaba un alma por la calle. Fueron con parsimonia hasta la puerta trasera, la abrieron, y el Turco sacó un par de tachos de pintura a la vereda. Novari, arrodillado en el interior, levantó la goma del piso, recorrió un compartimento, y metió en el bolso grande dos fusiles automáticos y cargas de repuesto. Comprobaron también una pistola para cada uno, que engarzaron en la funda dispuesta para ello en el bolsillo de sus mamelucos. Todavía Novari manipuló un dispositivo, antes de volver a cerrar el compartimento, e introdujo en su bolsillo superior el mando a distancia.

Mientras bajaban la puerta de atrás, volvieron a comprobar la ausencia de miradas curiosas. Por el momento la cosa pintaba bien. La verja tampoco les costó nada. En realidad, cualquiera que los hubiera visto, sólo podría relacionarlos con la pareja de pintores, algo desastrados y

cansinos, que representaban. El mayor empujaba al otro, que trastabillaba con los tachos, y arrastraba un balde con pinceletas y un bolso, con más herramientas seguramente, en la otra mano. Así, bromeando, y con la pachorra de quienes llevan todo el día trabajando, desaparecieron por el patio lateral.

CABILDO

Muy bien. Cabildo Dos. Claqueta y padelante. Del de Córdoba hablamos. Al lado mismo de la impresionante Catedral. ¿Impresionante, no...? Lo de que estén tan juntitas esas dos cosas. Como si hubiera profundos significados de cercanía y ceremonias. Frente a la Plaza San Martín, puro y exacto centro de la ciudad. Con la ecuestre estatua del militar, señalando con el brazo y el dedo índice bien extendidos, hacia donde nos tendríamos que ir. Un cartógrafo amigo trazó la imaginaria línea de puntos: fuerza inicial, trayectoria, aprovechamiento de los vientos del pueblo, inercia, caída, etc. Y aseguraba que la intencionalidad del gesto aterrizaba mucho más allá de nuestras fronteras. El preciso dato aportado, de Boulogne-sur-mer, pienso que es una exageración, facilitada por la biografía del galopante visionario. Aun aceptando que el argentino, si sueña con escapar, sueña en francés.

Sí, el cabildo, el cabildo... Dejemos a San Martín tranquilo. No te enojés, pero la calle por la que llegamos al cabildo también se llama San Martín. Qué querés que le haga. Paguece seg que los que mueguen pog allá, optan a más y mejogues placas en el callejogo. Y ahí mismo, en el plano, me tendría que fijar para aportar el nombre del callejón, que separa cabildo y catedral. Sino, hacé vos la prueba. Preguntale a cualquier cordobés cómo se llama. Hasta habrá quienes, asustados, ni siquiera sepan decirte si había un paso por ahí. ¿Cuándo viste a alguien atravesar el empedrado sendero? Y, por supuesto, me refiero a alguien que no llevaran a los patadones cuatro monos de uniforme.

Exacto, hemos llegado a donde teníamos que llegar, pero temíamos llegar. El Cabildo de la Docta Ciudad de Córdoba, alberga la Jefatura Central de Policía. El bello edificio, de piedra, ladrillo, madera,

y enjabelgadas paredes, cobija las dependencias de la fealdad y el pánico. Qué cosa esto de las palabras. Qué justas caen a veces. En el monumento a la independencia, nombramos sus habitaciones como dependencias. Cosa que resulta un eufemismo de lo más elegante, a pesar de todo. Porque esas habitaciones... No, ni habitables ni deseables. Habitadas sí, por la fuerza. U ocupadas –otra palabrita- por las fuerzas del orden. Y no es lo mismo. Quienes, forzados, temporalmente las habitan, quisieran huir. Y los ocupantes se ocupan de impedirlo. Distintas ocupaciones, dirán algunos, rizando el rizo. Los putos rizos de Don Niccolo, que inventó para el hombre el oficio de uniformado perro.

Aclarando, que es gerundio, aparte de confuso el comentario. Y que propiamente inventar, en estos asuntos, no es que se haya inventado mucho. Más bien se reglamenta, se estatuye, se da nombre legal a lo ignominioso conocido. Virtudes creativas largamente probadas, y cálidamente empolladas bajo la pelambreira de Don Nicolás Maquiavelo. Todo un Don el hombre, ya entonces. Y entre sus dones, el de asesorar Príncipes en los principios que aseguraran sus regias existencias. Tristemente adjetivado en el habla común, aunque filosóficamente ensalzado por quienes deciden y depuran las filosofías. Nadie se detiene a pensar que sólo transcribió milenarias enseñanzas orientales. A éste, como a los de La Biblia, no se le aplica lo de tradduttore tradditore. Pequeñas contradicciones de la historia oficial, ¿se acuerdan...?

O sea que no inventó, pero sí instituyó el primer cuerpo de policía de nuestros modernos Estados Occidentales. Más precisamente en Florencia, sede en que donaba sus dones a Lorenzos y Catalinas, si no nos falla la meromia. Así que, como precisando estamos –que no necesitando-, recordemos a un tal Micheletto, o Miguel Angel Corella –español de nacimiento-, llevado por Don Niccolo al cargo de Jefe de Policía de la nombrada ciudad de los Médici. ¿Y de dónde venía este señor...? De las mazmorras de Roma. Donde sus numerosos y archisabidos crímenes lo habían sepultado, tras la envenenada caída del Papa Borgia. No, esa poción, de clerical limpieza –o sustitución más bien-, no contaba entre sus acusaciones. Pero sí la de haber sido el brazo derecho de César Borgia, ínclito modelo del libresco Príncipe. Bueno,

quien dice brazo quiere decir puñal, espada, lazo de estrangular, y demás variantes del buen guardaespaldas de tal personaje, a quien libró de hermanos, cuñados, y rivales, a tajo limpio. Es un decir lo de limpio, espero que nos entendamos.

Pues sí, este Micheletto fue elegido por Maquiavelo, y aprobado por sus Príncipes, para comandar las fuerzas del orden de la ciudad modelo de los futuros Estados. Empezaba bien la cosa. Y siguió mejor, como tal vez veamos. ¿Al Cabildo lo ven? Poco florentino, reconozcamos. Aunque los arcos sucesivos, en la techada galería de la entrada frontal, tienen un aire por lo menos. Todo el dibujo de las dos plantas, torre incluida, guarda esa línea. Y hay más arcos en las galerías internas. Considerando lo que hay que considerar, se agradecen las curvas y el aire. Pero ahí se acabaron los agradecimientos.

Llamemos cuartos, piezas, u oficinas, al resto. Parece que una manada de locos hubiera ido derribando y construyendo, dividiendo estancias y niveles, tapiando ventanas y colocando mesas, sillas y bancadas; convirtiendo aquello en un laberinto, donde lo de respirar o mantener el norte fuera un extraño y perdido recuerdo. Ya hemos dicho que entrar allí no se entra por gusto. Pero pensar en moverse, o salir, sin alguien que te guíe, paralizaría a Kafka. Eficaz prueba para demostrar que el hombre erige a su alrededor las formas que dominan su cerebro.

Cuevas, diría uno. Y lo son. Mucho más cuando nos acercamos a las celdas, o al subsuelo, los sótanos, que es donde se cumplen las “tareas”, nombre en clave para interrogatorios y tortura. Nadie sabe hasta qué nivel llegan estas mazmorras, ni cuántas salas son, ni por dónde sale a veces lo difícil de camouflar, tras las tareas cumplidas. Siempre se habló de túneles, pasadizos secretos. Y es posible que los haya. Dicen que ya en la construcción inicial, iglesias, conventos, y ciertas casonas, se comunicaban subterráneamente. Que en la actualidad, desaparecidos aquellos planos, sólo se tiene acceso o conocimiento de una parte de aquellos corredores. Dejemos en su lobreguez la leyenda. Empieza a avanzar la claustrofobia de estar hablando de esto. Vamos a quedarnos en la primera planta, frente a una oficina algo más amplia que la mayoría, y hasta con una ventana que da a la plaza. Es la que buscábamos desde un

principio. En el cristal de la puerta pone Comisario Jefe Nicasio Gambetta. Ni caso, che. Con lo que le habría gustado ser tocayo del Maquia. Claro que para eso aparte de la oficial tendría que saber Historia. Y... Mejor cortamos ahí. Ya volveremos en otro momento. Esto es como bucear a pelo. No hay quien lo aguante tanto tiempo.

PASARELAS

El calefón a gas o el de leña. Sufrir o no sufrir, that is the question. El parpadeo shakesperiano, con que se despierta, puede inducir a error. No es el esfuerzo de trasladar las bolsas de recortes de cartón, encender el fuego, y esperar que el depósito alcance la temperatura adecuada, lo que se valora como sufrimiento, en contrapartida a activar el piloto y ducharse en el baño principal. El balance real especula sobre cuál de ambas posibilidades minimizaría reyertas y tropiezos. Ya que en esa casa cualquier decisión, sobre cualquier cosa, casi necesariamente los provoca. Para los extraños dicha actitud meditabunda sonará a exageración mañanera. Sí, para los extraños, piensa él, tras el segundo parpadeo.

Otea el panorama, sin destaparse siquiera. Siete y media de la mañana. El hermano ya partió hacia el colegio. Por la puesta en marcha del pantógrafo, comprueba que su padre inicia la jornada en el taller. Puede que la madre se halle en el otro taller, compartido con el garaje, recibiendo a sus empleadas y distribuyéndoles el trabajo. Eso le concedería diez o quince minutos de bonificación. Así que salta de la cama, enciende el piloto a gas, y se zambulle al baño interno.

La ventaja del calefón a leña hubiera sido que no se le puede imputar más gasto que el del agua consumida. Y se ha acostumbrado incluso a cerrar el grifo mientras se enjabona. Pero las bolsas de recortes, con los restos de cartón que dejan las escalas, se guardan en un rincón del taller paterno. Ir allí, o cruzárselo en el patio mientras alimenta el fuego, sería como activar una silenciosa bomba de neutrones y cargarse de tensión, en un día que necesita todo lo contrario.

El recuento reflexivo no impide un primer remojón, rápido, cerrar la llave, y darle con tutti al champú y la esponja enjabonada. Antes

de abrir otra vez, para enjuagarse y relajar el cuerpo, aguza el oído y mira hacia el picaporte. Parece que esta vez se va a salvar de la siempre belicosa irrupción materna. Por si acaso, había desechado el inútil gesto de cerrar el pasador interior. Todos acababan rotos, o doblados, por las patadas y empujones de aquella bestia. Lo increíble era que el padre se encargara después, una vez tras otra, de lijar el estropicio y arreglarlo, o colocar uno nuevo. Bueno, entre ellos dos, y con las visitas, lo respetaban. Pero si los que habían entrado al baño eran él, o su hermano, a lo que fuera, la atracción de acoso y derribo de esa mujer parecía irresistible. “¡Qué haces...! ¿Por qué cierras...? ¿Cuánto tiempo llevas ya ahí adentro...?” Absurda la histeria de los alaridos. Tanto, como la acusación de ir a ese lugar, a hacer lo que en ese lugar normalmente se hace. Nunca hubo explicación, o justificación, de la policial arremetida. En todo caso el repetido argumento sobre estar perdiendo el tiempo, o gastando agua y gas. “Y ya sabes que eso, a tu padre lo pone que se lo llevan los demonios.” Si por lo menos fuera cierto, y se lo hubieran llevado ya. Se ve que la Jefa de Patrulla lo salvaba. Todos los demonios se quedaban en su cuerpo, y allá iba a hacer saltar las puertas, como en los tristemente famosos allanamientos paraestatales.

Jorge le había enseñado al hermano, si estaba sentado en el inodoro, a adelantar los pies, no agachar demasiado la cabeza, y tampoco ir jamás descalzo. El riesgo de infarto no lo evitarían, pero un puertazo en plena jeta sí. Él, hasta que midió bien estas cuestiones, había ligado algunos en rodillas y espalda. Recordó aquello de que la curiosidad mata al hombre. Pero no estaba seguro que se refirieran a la curiosidad de su madre, o a la de las madres en general. En una de esas sí. Al fin y al cabo era un refrán español. Pero, bueno, hoy no había sucedido. Y ya volvía, envuelto en el toallón, hacia su pieza. Otra oportunidad, para los de afuera, de mover dubitativamente la cabeza, ante sus cuidados y temores.

Cerró con sigilo la puerta, colgó el toallón en el respaldo de la silla del escritorio, y fue hasta el ropero. Con el Negro Olmos daba igual, pero si por ser lunes estaban organizando rutas con el Doctor Comisso, convenía cuidar la presencia. Sacó el blazer azul, y revisó entre las pocas

camisas una que jugara sin exagerar, porque corbata no se pondría ni mamado. Ya bastante le jodía desechar las zapatillas. Y encima tendría que limpiar un poco los mocasines. Pantalones de vestir, poquito que elegir. Bien, los grises de sarga y listo. Puta, parecía el uniforme del colegio. Si se mojaba y estiraba un poco hacia atrás el pelo, le faltaría el portafolios nomás. Tampoco, porque llevaba el de los balances. Lo puso de inmediato sobre el escritorio, no se fuera a olvidar. Estaba subiéndose los calzoncillos, cuando ocurrió la conflagración.

-¡Qué haces...! ¡Qué es esto de tener la puerta cerrada!

Ya no estaba cerrada, claro. Estaba rebotando aun el pobre chapado contra la pared. Por si alguien tenía dudas, pensó resignado. ¿De verdad necesitaba pegarle semejante patada? Algún día se rompería un dedo. ¿Y gritar así...? Igual que las malas actrices de los peores teleteatros. Había entrado como si se estuviera quemando la casa.

-Buenos días, Mamá. Yo también estoy contento de verte.

-Pues no es que se te vea mucho el pelo por aquí.

-Eso que ganamos todos –sacó unos calcetines del cajón, y se sentó en la cama, de espaldas a ella, para ponérselos-. En tranquilidad, me refiero. Te evitas lo de ir desfondando puertas.

-Si tú no las cerraras... Y te he preguntado qué estás haciendo –los brazos en jarras, los puños en la cintura, irguiendo la barbilla. No, era peor que en los teleteatros, le recordaba las ridículas posturas chulescas de las zarzuelas. Con razón a ella le gustaban tanto.

-Estoy haciendo algo rarísimo y peligroso. Tengo la soez costumbre, después de bañarme, de secarme y vestirme. Por favor, Mamá..., ¿quieres calmarte un poco? No sé qué te pasa, pero yo no te he hecho nada. Estaba desnudo. Cerré la puerta. Ya está. No es tan grave, ¿no?

-¿Y por eso tienes que cerrar? ¿Te crees que voy a ver algo nuevo?

-Seguro que no –levantó los brazos, como dispuesto a ser inspeccionado, mientras iba hacia el pantalón-. Además, cualquier cosa que vieras, ya tendría veintidós años de uso. Así que nuevo, nuevo, difícil. ¿Pero el concepto de privacidad, de intimidad, te suena...?

-¡Aquí no necesitas de eso! Y sabes perfectamente que no nos gusta que tú, ni tu hermano, cerréis la puerta de la habitación.

-Una razón de peso. Y, por cierto, ¿estás más delgada?

-¿Tú crees...? –se relajó un tanto, y hasta giró de perfil.

-¡No, Mamá..., fue una broma! –la cara de ella estaba granate-. Y ya veo que acá lo del humor...

-Nosotros no tenemos tiempo, ni ganas, de ese humor tuyo.

-Ustedes no tienen tiempo para nada, que no sea trabajar, odiar y gritar. Hace rato que se salieron del tiempo y de la vida.

-¿Ah, sí...? ¿Y tú de dónde te crees que has salido?

-Yo todavía estoy tratando de salir. Cuando lo consiga te aviso. ¿Qué te parece esta camisa? Tengo que impresionar al Jefe.

-¿Sigues buscando de esos trabajos por ahí? Con lo poco que te costaría trabajar con tu padre.

-A él le costaría poco. Le saldría gratis, como siempre. Como los más de doce años que me explotó con cara de asco. ¿Vos trabajás gratis? No. ¿Él trabaja gratis? No. ¿Por qué yo tendría que hacerlo?

-Porque aquí no te falta de nada.

-¡Eso sí que es humor! Más que negro, sangriento. Chapá un lápiz y hacé la lista de lo que acá me falta: Paz, intimidad, respeto, amor, reconocimiento, comprensión, justicia, libertad, independencia, tranquilidad, buenos ejemplos, veracidad, posibilidad de hablar racionalmente como seres humanos... Y paro, porque tu furiosa neurona no ha llegado ni a la segunda. Pero agregá el dinero. Eso que ustedes acumulan y acumulan a nuestra costa. Y ni se te ocurra poner cara rara. No te olvidés que hasta hace muy poco, fui yo quien llevó todas las cuentas, facturaciones, cobros, y trámites bancarios. Sé de sobra de lo que hablo, además de tener carpetas llenas de comprobantes. Es exactamente al revés de lo que decís. Aquí, aparte de esta ropa –se había puesto la camisa, y estaba limpiando con un cepillo los mocasines-, la cama, y lo que malamente como cuando vengo, no tengo nada. A nada bueno me refiero. Nada que justifique seguirlos aguantando. Y mucho menos, volver a dejarme currar por aquel infeliz.

-¡No digas eso! ¡Es tu padre!

-A vos te he escuchado decirle así miles de veces, cuando hablás de él con los demás.

-¡Pero yo soy su mujer!

-Da gusto razonar con vos. Sos de una coherencia...

-¡Yo no necesito de ninguna coherencia!

-¡Claro que no! O sos Madre, o sos Mujer. Y ambos roles te exigen de veracidad, coherencia, justicia, y todo lo que se cruce. Y él, como para mí es Padre, tiene derecho a hacerme trabajar sin darme un centavo.

-¡Te quejarás...!

-¡Noo..., yo no! ¿Sabés quienes se quejan...? El chofer del ómnibus, el dueño del quiosco, la boletera del teatro o el cine, los mozos de bar, los dueños de las tiendas, los taxistas, los puesteros de choripanes... No sé qué pasa, pero hay una multitud de gente que no entienden si no les pago. Probá vos a explicarles que no me tienen que cobrar, porque trabajo con mi viejo y no me suelta un mango.

-Bueno... Tú ya sabes cómo es.

-Y vos también, por lo visto. Pero los demás, aunque lo supieran, me dirían que poniendo estaba la gansa. Mirá, ni siquiera sé por qué vuelvo a tratar de razonar con vos sobre este tema, que ambos sabemos que no tiene solución. Todas las veces me ensartás, y yo todas las veces pico. Probablemente pensás que machacándome me irás llevando a aceptar. Y yo, tontamente, creo que mostrándote la realidad la verás. Aunque ya esté decidido, no dejo de necesitar que me entiendas. No te lo merecés, ninguno de los dos se lo merece, pero me gustaría tanto una despedida pacífica. Fijate que no digo comprensiva, ni afectiva. Me conformaría con un: Bueno, está bien. Si quieres hacer tu vida, allá tú. ¿No es tanto pedir, no? El reconocimiento de que sí, que tengo derecho a probar, a buscar una forma de existencia que aquí...

-Cómo has cambiado, hijo –movía la cabeza, con una pesadumbre que presagiaba el llanto-. Antes nunca me hubieras dicho cosas tan feas.

-¿Feas...? ¿Pero, qué...? –se interrumpió, mirando al techo-. No, claro, caigo siempre. Cuando no tenés respuesta, cuando no querés admitir lo comprobado, o razonado, simplemente soltás una acusación cualquiera, un puente de huida. Y yo, por bruta y absurda que sea, empiezo a defender, a paliar un dolor que no existe.

-No sé... No entiendo lo que dices, hijo –las lágrimas ya estaban ahí, junto al corazón desgarrado-, pero es verdad que has cambiado mucho. Antes...

-Ya, ya... Vos ganás. Sentate ahí, haceme el favor –le señalaba la silla del escritorio, mientras él lo hacía en la cama, y encendía un cigarrillo.

-¿Vas a fumar, hijo...?

-¡Por los pulpos del desierto! ¡Qué manía de preguntar, siempre, si uno va a hacer lo que ya está haciendo –dio dos vueltas a la cama, imitándola como un pato gordo-. ¿Vas a fumar? ¿Estás cagando? ¿Te vas? ¿Te he despertado? Vos, como adivina te cagarías de hambre. Y metiéndole hijo, siempre al final, porque sos la mater amantísima y dolorosísima. Podés tirar mocos hasta por las orejas. Hace rato que ya no te cree nadie –increíblemente levantó los ojos con rabia y, aunque brillaban, estaban secos-. ¿No ves que te traiciona el físico? –ahora se quedó inmóvil y escuchando, provocando la risa triste de él-. No, no sólo porque el grifo ya a vos tampoco te funciona como antes. Es que estás tan gorda que, más que la mater amantísima, parecés los doce apóstoles amontonadísimos.

-¿Disfrutas haciéndome daño, hijo...?

-Así me gusta. No cambiés el disco. Yo tampoco lo voy a cambiar. Porque tengo que darte la razón. ¡Aah, cómo parás los auriculares de golpe! Sí, señora, hemos cambiado mucho todos. Y ya, desde acá, no te va a gustar tanto. Porque la realidad no te gusta. Y lo que ha sucedido es eso: que ha pasado el tiempo. Y los cambios que eso produce altera las relaciones de poder. ¿Muy abstracto, quizás...? Bene, acá va la versión simplificada: Antes era un renacuajo, al que podías moler a patadas cada vez que te daba el revire. Consecuencia: O te callas o te mato. Calladito. De aquí no te muevas, porque te zurro. Inmóvil el guaso. La puerta abierta, o la tiro abajo, y a ti también. La puerta de par en par, y yo rezando. ¿Qué ha pasado ahora...? Ya te dije, ha pasado el tiempo. El chico ha crecido, y sabe que se lo van a pensar muy bien, antes de emplear una violencia que se les puede dar vuelta. No es un cambio en la forma de ser, o de pensar. Es que ustedes ya no tienen el cobarde poder que tenían, para amenazar y castigar. Puedo decir lo que antes callaba, y hacer lo que antes me reprimían. Lo increíble es que, en la llamada humanidad, aunque eso venga sucediendo desde el principio de los tiempos, el que es grande se aprovecha, y maltrata al que aún es chico, sin querer ver que el crecimiento del otro, y el seguro o posible decrecimiento propio, invertirá la situación. Con lo cual, y por lógica, se convertirá en el maltratado, y se quejará amargamente, sin recordar tampoco que grabó y propició esa conducta.

-¿Quiere decir, que has estado esperando todos estos años para tratarme así?

-Cuando te interesa, sos capaz de seguir cualquier idea, ¿eh...? Aprovechá para extrapolarla, y ver que ese error se comete en todos los órdenes de la vida. Que nuestra sociedad es hoy te piso yo y me río. Mañana, si me pisás vos, grito y lloro la injusticia. O al revés. Da lo mismo. El orden de los factores...

-Tus ideas comunistas no me gustan nada. Y no has contestado a lo que te pregunté.

-Lo que no te gustan son las verdades, vengan de donde vengan. Te contesto: Lo que he estado esperando, todos estos años, es que mis padres me quisieran y me comprendieran. Como sabrás, espera inútil. Y en segundo lugar, el cuadro es este: Quien hasta ayer te explotaba, tiranizaba, pegaba, encerraba, etc., aprovechándose de su poder y tu debilidad, hoy, perdido aquel poder, dice: ¡Hijo, ayúdame. Te necesito tanto...!

-¡No te burles, tú también te harás viejo!

-Y me moriré, como todos. Sólo espero no hacer el daño que han hecho ustedes. No grabar en nadie el odio y el resentimiento, que con su egoísmo nos han metido. Así que menos quejas de cómo has cambiado, hijo. Al niño destrozado que fui, y que por debajo aun llevo, le debo el no olvidar. Es un acto de justicia con él, no dejarse engañar por los chantajes de los tiranos venidos a menos. Recordar siempre el gesto de desprecio, con que me negaban todo, cuando hoy me piden algo.

-Eres vengativo.

-No acertás ni una. Vengativo sería, si provocara yo la situación, para decir ahora jodete. Por eso cometo la idiotez de explicártelo. Para que me evités el chantajeo y la respuesta. ¿No lo ves...? ¿No te he dicho que preferiría un consenso tranquilo? ¿Hemos llegado a un punto imposible? Bueno, reconozcámoslo así, y cada cual por su lado. No nos hagamos más daño al pedo. En serio. Eso, al menos, se podría evitar –probablemente, quien más cerca se hallaba de llorar era él. Había juntado las manos y miraba hacia el piso-. Hagamos un esfuerzo, ¿querés...?

-¿Sabes lo que veo...? Que con todas esas ideas, que a saber quienes te han metido en la cabeza, el que no ve la realidad eres tú –a cada palabra, la madre se erguía del asiento, y empujaba como barriendo,

las cosas de él que estaban sobre la mesa-. No te das cuenta, que aquí sigues siendo una mierda debajo de un plato –él también se levantó de la cama, mirándola incrédulo.

-¡No, Mamá, por favor! ¡La vas a cagar!

-¿Que yo la voy a cagar...? ¡Tú sí que la has cagado! Te crees que soltando todas esas gilipollices del tiempo que pasa, el poder o no sé qué, y demás palabrejas, estás por encima nuestro. No sé lo que te imagines, pero estás muy equivocado. Ni tu padre ni yo somos ningunos viejos.

-No he dicho eso. Y bajá la voz, por favor.

-¡Estoy en mi casa, y grito todo lo que quiero! ¡Ya está bien de tanto por favor!

-De acuerdo –Jorge lo volvió a intentar, ahora señalándola-, vamos a dejarnos de tonterías y cambiar el tono: ¡Te estoy advirtiéndote que, si seguís por ahí, vas a meter la pata hasta el fondo!

-¿Me estás advirtiéndote...? ¡Já –volvió al gesto de los puños en la cintura-, ¿pero tú quién te crees que eres...? ¡En esta casa mandamos nosotros! Aquí no ha cambiado nada, ni va a cambiar nada. Tú aquí no tienes poder ni para limpiarte el culo, si yo no quiero. ¡A ver si te enteras! ¡Y que vuelva a ver yo una puerta cerrada! De ahora en adelante estarás aquí en horarios decentes –acababa de agarrar el llavero, que él había dejado sobre el escritorio, y se lo metió al bolsillo del batón-, y tendrás que llamar todas las veces para que te abramos. Y más vale que te vayas bajando de la parra, porque tendremos que hablar de muchas más cosas, y mucho más en serio.

Jorge fue hasta el blazer, se lo puso, y con una calma algo extraña, pasó junto a la madre, para recoger el maletín. Al girar, la tomó suavemente por los hombros, y volvió a sentarla en la silla. Ella también percibió, que la fuerza con que lo había hecho no aconsejaba reacciones estúpidas. Además, enrojeció de bronca, al abrir él su maletín y sacar, jugando con la argolla, otro llavero, idéntico al que acababa de arrebatarle.

-Yo hago copias de todo, Señora –la frialdad con que sonreía ahora, no se la conocía. Y la forma en que le dijo Señora, tampoco-. Aunque lo mencioné, creo que usted no se quedó con ese dato antes. Normal, usted sólo escucha lo que quiere. Por eso se ha perdido, y seguirá perdiendo todo.

-¡Oye...!

-Más le vale que cierre la boca, y no la vuelva a abrir hasta que yo termine –el dedo que le puso en los labios, tampoco lo conocía-. Y vaya dejando esas llaves donde estaban. Porque de ahora en adelante, como usted decía, las cosas van a cambiar en serio. No sé cuánto aun vaya a usar esta casa, pero no quiero ni que respiren cerca mío. No van a volver a decirme una palabra, si yo no les digo que lo hagan. Para entrar a mi pieza, o donde esté, llaman despacito, y si no contesto se van –hizo chasquear los dedos, mirándola a los ojos-. En resumen, no me van a molestar más. ¿Y sabe por qué no lo van a hacer? Porque van a estar muy cagados de que yo me enoje. Porque si los denuncio, y presento a los departamentos estatales pertinentes, toda la información documentada, que pacientemente he guardado en lugar seguro, les van a caer encima tantas inspecciones y juicios, que no les van a alcanzar las manos para cavar un pozo y enterrarse. O sea: tóquenme los huevos, y yo los dejo en pelotas.

Pareció que la madre iba a decir algo, pero sólo atinó a sacar el llavero del bolsillo y levantarlo hacia él, como si esperara haber oído mal, o que sólo fuera una broma.

-¿Qué le ha pasado a la gordita de las posturas cancheras? ¿Por qué no seguís alzando la triple papada, y soltando dictámenes? ¿Por qué no hablás de tu moral católica y el trabajo honrado? Desde que llegaron a este país, que generosamente los acogió, no han hecho más que defraudar al Fisco. Jamás han aportado, en relación a sus bienes e ingresos. Coche, propiedades, maquinaria industrial de dos talleres, millones en cuentas de inversión, dos empleadas tuyas cobrando en negro y sin ningún tipo de aportes o coberturas sociales. Pero vos, dando cursos en la iglesia de comportamiento cristiano. Y anualmente declaran que aquí sólo hay un ama de casa, y un pobre trabajador manual, a destajo, del calzado. ¿Tenés miedo, Gordita...? Lo entiendo. Los delincuentes siempre tienen miedo de ser descubiertos algún día. Lo que no entiendo es la suprema idiotez de que, dos delincuentes como ustedes, maltraten hasta el límite a quien conoce y maneja sus secretos. Muy bien. Yo ya estoy al límite. Vos me has puesto ahí. Tenés dos posibilidades: Tocame el botón, y mañana están los Juzgados dándote vuelta esto. O: como buena delincuente que

sos, quedate en el molde, y viví con el miedo que algún día me levante cruzado. ¡Che, se me hace tarde! –cerró el maletín, y la miró de reojo, antes de abandonar la habitación-. A pesar del mal ejemplo, yo todavía prefiero un trabajo legal. Antes no te lo quería decir, pero trabajar con tu marido, que es un ladrón, me convertiría en cómplice –se santiguó aparatosamente-. ¡Dios me libre de ciertas compañías! Andá, andá a contarle a tu compinche, cómo has puesto las cosas. ¡Ah, y no te tomés el trabajo de dejarme comida por ahí! ¡No me fío de ustedes!

21 : 09 : 72

12 : 42 : 15

Antes de dejarlo marchar Eva lo detuvo por un brazo. La única que hablaba era ella. Lo hacía despacio y mirándolo a los ojos, como si no estuviera demasiado convencida de ser escuchada. Él afirmaba sonriendo, abandonado a las recomendaciones y cuidados. Mientras tanto, ella le arreglaba el cuello de la camisa y un poco el pelo, todavía húmedo. Si no hubiera sido por el beso, tan largo y tan apretada a él, habría resultado una escena casi maternal. Pero la sensación final era que lo despedía para un largo viaje.

A medida que se internaba en la galería volvió un par de veces la cabeza. Pero Jorge, detenido aún en la acera, ya no la miraba. No miraba a nadie en realidad. Si su vista estaba en alguna parte sería en el viaje. Las palabras de ella, el calor de su cuerpo, lo seguían envolviendo, pero ese viaje era sólo de él. Al cabo de unos instantes se echó el piloto sobre el hombro y arrancó. Sin apuro. En las escalinatas del Bossa Nova un lustrabotas le decía a su cliente que si a él un hembrón así le metía ese beso, minga que se iba. Hay tipos que no se merecen la suerte que tienen.

De haberlo escuchado, Jorge le daría la razón. Pero ya iba en dirección a la Nueve de Julio, y totalmente aislado en su escafandra. Pensando que tendría que mantener el ritmo, estirar al máximo los parches, tensar los tientos del tiempo. Había que encontrar un vado. Evitar desvíos y desvaríos. Sí, desviar el río. Aquél en el que se ahogaría,

si no tomaba conciencia de su caudal, su turbia profundidad, la enorme distancia que aún lo separaba de la orilla. Tenía que moverse, sobre todo moverse, para que no se instalara la angustia, de brazos cruzados, a hacerle las pertinentes preguntas del penitente día. Tenía que inventar nuevas maneras de escapar a su propio acoso.

Al pasar por delante del Molino enfocó el largo pasillo entre las mesas. No, no lo hacía como respuesta a sus necesidades. No buscaba allí nada en especial. Navegaba, un tanto perdido, con los reflejos de la memoria que encallaban, de vez en cuando, en viejos atracaderos. Se preguntaba si era posible que hubiera pasado tantas horas sentado en ese lugar. Sí, claro que lo era, y además rodeado de aquella manga de tarados, que en cuanto tuvieron la oportunidad le llenaron de agujeros el esquiife. Motín a bordo, capitán. Desde luego, no podía vanagloriarse de su tripulación. Ni del ánimo o las intenciones con que los reclutó. Al pensarlo se sentía como esos viejos marineros que, después de años dando la vuelta al mundo, si les piden que cuenten algo de esa vida, te miran con los ojos vacíos, se encogen de hombros, y siguen bebiendo.

A su favor que estaba sobrio. Y también que el tema ya había naufragado en los charcos de la mañana. No tenía demasiado sentido seguirse dando manija por ese lado. Como tampoco lo tenía quedarse allí, mirando hacia atrás con ira. Juzgando un espacio, por el panorama que él tenía desde el puente. Al fin y al cabo ese bar, como casi todos los otros de la ciudad, estaba vacío, polvoriento, y triste. Y no porque se lo merecieran, o tuvieran que pagar la participación en sus desdichas. Era el Día de la Primavera, el Día del Estudiante. La población más viva y bulliciosa se había fugado al campo. El tráfico urbano era de zombies, que ahora salían del trabajo. Mas algún sonámbulo, como él, al que había que recordarle la fecha, para que se reubicara en la derrota.

Curiosa palabra ésta. ¿Por cuál de sus significados la agarraba? Creía recordar que ya lo había atacado a traición poco antes. Pero mejor volverse a encoger de hombros. Porque coincidir en que todo camino es una derrota no lo ayudaría a moverse. Y lo que necesitaba ahora era

eso. Aunque no supiera hacia dónde. Bueno, no había demasiado para elegir. Tenía que volver a casa. Coming home, como en la letra de tantos blues. Encarar el regreso silbando, improvisando, hasta que saliera algo en limpio. Eva lo había ayudado a descargar, a limpiar la zona más confusa, más escondida, de los miedos de ese día. Hasta lo que podría haber terminado muy mal, y acabó bien: el desagradable encuentro con aquel jodido policía, le había servido para sacudirse del todo la modorra. Una mañana intensa, sin duda.

Caminatas, lluvia, un buen peloteo de preguntas y respuestas. Lo que su aislamiento y sus embotados reflejos necesitaban. La joda era notar que, tras dejarla, no avanzaba en él ese cansancio, relajante y agradecido, del entrenamiento disputado a conciencia. Se hallaba excitado, nervioso, como si sólo fuera un entretiempo en el partido. Sonrió, sacudiendo la cabeza. Es que lo era. Y menos aún. Apenas el calentamiento previo. Algo más forzado, por ciertas circunstancias, pero sólo un precalentamiento matinal. La falta de costumbre provocaba ese desajuste mental. Hay una parte que no termina de encontrar el botón de stop. Demasiado tiempo alejado del confrontamiento con sus propias fuerzas. Preocupado por él, por su sufrimiento, se había olvidado de él. Ahora el riesgo era extralimitarse. Arriesgar una lesión del alma en esa carrera, que no podía, o no sabía cómo detener.

PASARELAS

Los cuarenta minutos del viaje en ómnibus –tuvo la suerte de chapar uno en cuanto llegó a la parada- no le alcanzaron como túnel de descompresión. Ni la caminata por el Centro, distribuyendo los balances. Fue hasta el Despacho, a dejar el maletín vacío, y estuvo tentado de tirarse en un sillón y que pasaran las horas. Le daba asco haberse portado así. Él no sería capaz de hacer lo que había dicho. Prefería pensar que no. Sin embargo, mientras hablaba, lo sentía verdaderamente de esa forma. Es cierto que estaba al límite. Ya con Graciela lo había notado. Reaccionaba como el robot que Marcelo denunciaba. Y la primera ley parecía ser: no dejes que te aparten de tu camino. Esos días en el lago habían cambiado muchas cosas. ¿Para bien...? La respuesta fulguró casi antes de terminar de hacerse la pregunta: Lo sabrás cuando estés en esa habitación tuya, y puedas respaldarte a pensar, sin prisas ni remordimientos.

Arrancó hacia la calle, como si la ducha hiciera efecto recién ahora. Ni siquiera se planteó la distancia que había hasta la Ciudad Universitaria. Se echó la chaqueta a la espalda, colgando de un dedo, y enfiló por General Paz en dirección al Parque. Por la vereda de sombra estaba fresco, y no veía que cambiara mucho llegar media hora antes o después. Le gustó esa tranquilidad nueva. Lo que tuviera que suceder, sucedería de todas formas. Y no, no lo apartaría de su camino. La madre, el padre, aquella casa, lo habían retenido demasiado. Más como coartada que como refugio, estaba claro. Pero también que, hasta esas conveniencias, lo alejaban de él mismo. Había un resabio de satisfacción, junto a cierto temor, por la certeza de lo que iba repitiendo. Conocerse, si eso es lo que iba a lograr, le provocaba una especie de vértigo. Tanta naturalidad espontánea amenazaba con sacarlo de los cauces acostumbrados. Intentó analizar lo sucedido un rato antes.

Bien, aceptado que no sería tan hijo de puta como actuadamente se mostrara. Pero había cortado con el tipo de discusión absurda, y siempre dolorosa, a la que permanentemente lo arrastraba la madre. Él mismo lo había dicho: Si no había solución –y ambos sabían que no la había-, ¿por qué no asumirlo y dejar que cada cual hiciera su vida? Sí, ahí se pudrió la cosa. Ellos no quieren que los demás hagan su vida. En casi todo es así. Los Ellos matarán, si es necesario, para evitar que te escapés del rebaño. Agradecé que con sólo asustarlos puedas conseguirlo. Sabés que no siempre es suficiente. Y que es tu derecho defenderte. La lucha no acaba nunca. Hacete a la idea. En todo caso deberá crecer tu capacidad de engañarlos, y de vivir al margen de sus controles. Eso también es una elección. Quizás la única posible. ¿Cerramos las culpetas y remordimientos de hijo pródigo? Acordate que a ése, cuando se iba, le dieron la parte de la herencia que le tocaba. Se la pulió en timba y viva la joda. Y como volvió llorando le hicieron fiesta de bienvenida. Jodete, por no pertenecer a la colectividad. Vos sos más bien el hijo prodigio, que se va en pelotas y con el gorro frigio. O el hijo prolijo, que no vuelve fijo. ¿Te gustaron los versitos...? Bueno, entonces concéntrate en convencer a los que te tienen que dar ese trabajo. Despacito, loco... Sin apuro. Tenés que llegar fresquito y bien arreglado.

Subió las escaleras decidido, contento, acomodándose, con una sacudida de marota, el gorro frigio. No sabía de dónde sacaba el enanito consejero esas pelotudeces, pero era un troesma para colocarlas a tiempo. ¿Cómo le iban a negar trabajo al hermano de la República? A sus pies el Departamento de Estadísticas. Fue directamente al bar. Al Negro Olmos era más fácil encontrarlo allí que en la oficina. Diana perfecta, vio al hermano menor sentado en una de las mesas del fondo, con el periódico y una pila de formularios. Estaba de lo más concentrado, escribiendo. Aunque, si la concentración era real, lo que estaría rellenando sería el crucigrama. Casi mejor que fuera Olmitos. Para un mangazo de laburo con él había más posibilidades. Cuando Pety lo llevó éste también empezaba, así que fueron compañeros bastante tiempo. Después el hermano lo metió de secretario y supervisor. Pero, quitando el traje y corbata, o el engominado con que se sujetaba las clinas, no había cambiado demasiado.

-¡Hola, Miranda...! ¡Un siglo que no venías por acá! Vos seguro que lo sabés. Martingala, pálpito, de seis letras.

-Probá con cábala. ¿Cómo andás, Jefecito?

-Ya ves..., laburando, como siempre. Ajá..., puede ser. Pero entonces tengo mal la segunda vertical.

-¿Las cervicales, che...? Cuidate, debe ser por el esfuerzo.

-¿Lo qué...? No empecemos. ¿Recién llegás y ya me estás cargando?

-Dejalo, era una joda. Contame qué están haciendo ahora. Necesito que me pasés algo. Lo que sea. Todo este tiempo me metí en un negocio, y salió para la mierda.

-Algo nos dijo Pety. De una ricachona de Cofico, que te quería como... socio, o algo así. Vos no le das tregua al pendorcho, eh?

-Y ustedes a la lengua tampoco, me parece. Ya lo voy a agarrar al narigón aquél. No te pienso contar la historia, porque te cagarías de risa.

-Te prometo que no. Dale..., que llevo una mañana más aburrida que el carajo. Había una hija por en medio también, ¿no...?

-¡Joder, con las comadres...! Al final van a saber más que yo del asunto. De acuerdo..., si el laburo que me das es bueno, te la pinto en colores. Pero en serio, me hace falta guita. No tengo ni para puchos. Así que anotame en todo lo que salga. Están de suerte: El mejor encuestador del Conade ha vuelto a casa.

-Me estás tomando el pelo.

-No, boludo, te juro que hablo en serio. Estoy regalado. Salgo ya mismo para donde me manden.

-No, si no lo digo por eso. ¿De verdad no lo sabías? ¿Vos no leés los diarios...? Han disuelto el grupo de encuestadores.

-Dejá de hablar macanas -le estaría devolviendo la broma-. No pueden hacerlo. Desde acá le sacábamos todo el trabajo del interior del país -pensó un momento-. ¿Y qué tienen que ver los diarios...? No, yo no los leo, pero... ¿Además, qué hacés vos acá, si lo han disuelto?

-Nos han dejado a mi hermano y a mí, para procesar los datos que vienen de Buenos Aires. Laburo administrativo nada más. Un embole. Y tampoco lo tenemos muy claro, no vayás a creer -se levantó, con el plato y la taza vacíos en la mano-. ¿Querés un café?

-Bueno, un cortado por favor.

La cara de Olmitos no era la de quien está haciendo una joda. Más bien todo lo contrario. Debían haberse mandado una cagada bien grande para que sucediera eso. Pero no podía imaginarse cuál. Los recortes de presupuesto no podía ser. Ese área era imprescindible para Hacienda, y para los negociados que tejían desde la Capital. A lo mejor querían renovar el plantel, con gente recomendada, o algo así. En ese caso lo tendría difícil. Pero, mientras estuvieran los Olmos, habría que intentarlo. Lo vio volver del mostrador con las tazas. Tenía que dejarlo hablar y ver por dónde le entraba.

-Vos sí que vivís bien, Jorgito. No lees los diarios, no te enterás de nada... ¿Te acordás de la piba Lenza, y del Gordo Carrillo?

-Claro -notó una cosquilla fría en las sienes. Se puso a desenvolver los terrones de azúcar, para no mirarlo al otro-. ¿Eran novios, no...? En realidad me acuerdo más de ella, por las minifaldas. ¿Por qué, che?

-No te digo que estás en babia... ¡Eran Montoneros! Por lo menos sabrás quienes son los Montoneros.

-¡Estás en pedo...! ¡Qué mierda van a ser Montoneros!

El salto que pegó en la silla fue casi real. Lo estaba esperando, pero al mismo tiempo rogando que fuera otra cosa, cualquier otra cosa. La comparación con la madre de Graciela fue inmediata. Con ella también se decía que no lo haga, que no lo haga. Y en el momento que sucede, lo acometía esa amargura de comprobar que, mientras dependiera de la inteligencia o estupidez de los demás, siempre se acertaba apostando a lo peor. Pobres chicos, ¿en qué habrían metido la pata?

-¡Te juro que sí! ¡Salieron las fotos en primera plana! Se ve que agarraron a uno, que pertenecía a la misma célula, y los vendió a ellos y a tres más. Nosotros tampoco nos lo queríamos creer. No sabés el revuelo que se armó acá. Comisso lo llamó a mi hermano, y se encerraron con el Decano y otros guasos que vinieron de la Capi. A la tarde ya era oficial. Liquidado el grupo de encuestadores de Córdoba.

-¡Se rayaron para la remierdaza! No entiendo nada. ¿Quién les va a hacer todo el trabajo en las provincias?

-Qué se yo... Tengo entendido que formarán gente en Buenos Aires y lo sacarán desde allá. Yo también pienso que es un disparate, por los gastos y por todo, pero están súper calientes.

-¿Y la pagamos nosotros...?

-Qué querés... Dicen que Córdoba es el principal foco de subversión. Ya sabés la fama que nos hicimos desde el Cordobazo. Encima estos dos, que se les escapan, después de trabajar acá la pila de años...

-Ah, ¿pero no los agarraron?

-Noo..., qué los van a agarrar. Están prófugos. Esa es la bronca que tienen. Quieren descubrir lo que hicieron, aprovechándose del laburo. Tené en cuenta que, con ese carnet, nosotros entrábamos donde se nos daba la gana.

-Sí, ya sé, pero... -fingió comprenderlo de pronto- ¡Carajo, tenés razón...!

-Lo vas entendiendo, ¿no...? La mayoría, por costumbre, ni pensamos en eso. Pero lo pone bien grande y bien clarito: Secretaría de la Presidencia de la Nación, Consejo Nacional de Desarrollo. ¿Cuándo has tenido problemas, vos, para que te reciban en algún lado?

-Callate..., ¿sabés lo que hacía yo...? Bueno, eso me lo enseñó Pety. En los hoteles, cuando me pedían los datos, lo primero que ponía sobre el mostrador era el carnet -lo que ponía ahora era cara de asustado por haberse atrevido a tanto-. Y como quien no quiere la cosa les decía que no era seguro, pero a lo mejor me llegaba un paquete, con encuestas de inspección sobre hostelería. Que por favor me los guardaran. Nunca me cobraban el teléfono, me hacían unos descuentos de la puta, y encima te trataban como un rey.

-Bah, no te agrandés... Eso lo hacíamos todos.

-¿En serio...? Y yo, que me sentía de lo más vivo y corrupto.

-No, huevón... Sos más inocente... Eso es normal. Ojalá se tratara de cosas así. La pesada viene por otro lado. Acordate que casi todos los años recorríamos la mitad del país con los estudios sobre industria. Pensá en los datos que sacábamos de cada empresa. Les entrábamos hasta la cocina.

-¿O sea que esos datos...?

-Exacto... Esos datos, además del Ministerio y Hacienda, ahora están en poder de Los Montoneros, por ejemplo. O sea que saben cómo robar, cómo sabotear, o secuestrar al que quieran. Protegido y pagado por Secretaría de Presidencia. ¿Qué te parece...? ¿Tienen motivo para estar calientes?

-Supongo que sí -lo dijo tras pegar un resoplido y buscar, con gesto de esfuerzo mental, los cigarrillos-. Pero a mí lo que me revienta es que por culpa de eso me quedo sin empleo. Y en un momento que, te juro, estoy casi en la vía.

-Lo siento, macho, pero así están las cosas. Yo no puedo hacer nada. En todo caso te daría un consejo -bajó la voz, en tono conspirativo-: La cosa no acaba con disolver el equipo. Mi hermano me ha dicho que nos tienen a todos en capilla. Así que, cuidadito con lo que hacés, y con quienes te juntás. Porque a la mínima que encontraran, sí que la pagaríamos en serio.

Después de un rato, de la misma reconfortante charla, se despidió del Olmos chico y salió a la calle puteando. Joder con los servicios de inteligencia. Más que calientes estarían al rojo vivo. Sólo habían tardado cinco años en descubrir a esos dos. Y de pedo. Recordó todas las maniobras personales, a lo largo de ese tiempo, para evitar coincidir con ellos ni siquiera en áreas cercanas. Hasta había rechazado estudios por esa causa. Que lo parió. Ojalá tuvieran suerte, y se mandaran a guardar una temporada. Dentro de todo no era el peor momento. Las rencillas internas entre las cúpulas militares frenaban en parte la represión. No se definían con el modelo a seguir. Oscilaban entre continuar con la mano dura o una débil apertura de tanteo, forzada desde el exterior, hacia un posible proceso de democratización. Nada que permitiera albergar demasiadas esperanzas, pero sí una especie de respiro controlado.

De cualquier manera, era cierto que habría que cuidarse. Aun sabiendo que si se habían limitado a dejarlos en la calle era porque estaban más limpios que una patena. Esos no se conformaban, y menos después de lo sucedido, con la intimidación. Les habrían revisado hasta el promedio de notas en el secundario. Otro motivo para alegrarse de haber dejado Derecho. Con los líos en las Facultades, ser estudiante le habría otorgado puntos en contra. Pero, bueno, lo sucedido era inalterable. Genial, pensó, sigan tirando al muñeco. Todos juntos, que para eso estamos. A ver, enanito sabihondo, ¿y ahora qué hago...? ¿Sigo mirando adelante, con cara de triunfador del futuro, o chapo el gorro frigio y me lo pierdo en el culo? Porque acabo de tomarme un

café en el velorio del Grupo de Encuestadores Córdoba. Si hace un rato jodías con que lo teníamos difícil, fijate qué nombre le ponés a esto.

No, no tenía ganas de bromear el chico. Cada piedrita que pateaba era un peligro. Mientras se trató de los verdes prados que rodeaban la Ciudad Universitaria, los árboles, y la escasa presencia humana, dejaban la cosa en apagados impactos. Pero al bajar por el veredón, hacia el Museo Provincial, los coches estacionados gemían chaposa y abolladamente. Uno solo, que hubiera tenido al conductor encima, y se armaba. No consta si lo entendió, o se le acabaron los proyectiles diseminados.

Puede que lo distrajeran las antiguas mansiones, con sus paredes cubiertas de enredaderas. El recuerdo del amigo. O la familia del amigo. Porque ahí estaba el caserón de Paul Etché. El manzano enrejado de los Echeverría Funes, predio de la abuela. Lejos de Marcelo que, si había regresado, estaría en el departamento del Edificio Ames. Muy lejos de su bronca de pequeño buscador de trabajo fracasado. Bordea la Plaza España. Cruzarla, arriesgarse en el circular tráfico, es casi un suicidio. Y todavía no está para eso. Ni para exiliarse, cien metros más allá, en la otra casona de principios de siglo, que alberga el Consulado Español. No está para nada. Como le dijera a Graciela: paradito en medio de ninguna parte. Y eso que le gustaría vivir por acá. Sin pretensiones. Con la casilla del perro, allá, en el fondo de cualquiera de los jardines, se conformaría. O la del cuidador. O un garaje abandonado. Seguro que habría cien habitaciones independientes sin uso. ¿Sabés lo que te digo...? Que sí, me gusta la zona. A diez cuadras del centro centro y mucho más tranquila. ¿Ves...? Caminar entre los Palos Borrachos del Bulevar Chacabuco también me gusta. Tomen nota, che. Hasta el Mercado Sur..., o un poco más. Lo siento acá, en el cuore. Estoy cerca de casa. Y me importa una mierda lo que piensen los del Despacho, o aquellos boludos cagones de Ciencias Económicas. Con gorro, o sin gorro, veo hacia adelante. ¿Por qué estaría temblando así, si no...?

El temblor debe ser interno, porque no se nota. Aunque sí la forma alucinada con que mide las veredas, estudia el frente de las casas, los balcones abiertos o cerrados. Ha sufrido uno de esos arranques que

últimamente lo catapultan del pozo a la superficie. Externamente podría calificarse de euforia tranquila. Indiferente gozo de caminar. Pero no un paseo cualquiera. Atraviesa el otro bulevar, desnivelado, de Junín, saludando el entorno. Adelantándose a lo que desea, o a lo que ya sabe. Va a vivir por aquí. Sí, señor, en pleno Centro. ¡Qué pasa...! Acaba de decidirlo. Y tampoco importa lo que tarde en suceder eso. Cuando ciertos límites se cierran, hasta el punto de bloquearle el camino, es cuando más claro ve. Solo se trata de entender que aquello funciona como las pruebas, que en las leyendas se interponían al paso del héroe. Y él es el héroe de su propia vida.

Sonríe, ahora sí, reconociendo lo disparatado y atractivo de la idea. No, no es la primera vez que se siente así. Lo de atrás ya está atrás. Sin metafísica ni tonterías. Hasta las noticias de Olmos chico son el pasado. Pura realidad, reloj en mano. Pues bien, solo hay que dar el próximo paso. Los demás vendrán a su tiempo. Va cortando hacia el Centro, por las callejuelas del Mercado. Ese empedrado sucio, esas cortadas de los almacenes sirios, van a ser su camino habitual. Desde fuera es difícil anotarse a tanto optimismo. Como si confiar en lo que se quiere, o se necesita, fuera realmente el paso directo a la solución. Como si fuera un gesto de los dedos. Pura prestidigitación y pañuelo invisible. La energía en movimiento y listo. Como quien mete la mano a la galera, y en lugar de un conejo extrae el papelito con la respuesta. Nada por aquí, nada por allá...

Él, un tanto metafóricamente, había metido la mano al bolsillo del saco y, sin detenerse, hurgaba en la billetera. Dinero no había mucho que contar. Eso habría sido más un milagro que magia. Pero lo que Jorge hacía ahora, sin perder de vista las irregulares baldosas, era leer la dirección impresa en la tarjeta de Sigfrido.

CABILDO

Lo sentimos mucho. Íbamos derecho al Jefe, para empezar con brío y señorío, y resulta que hay que hacer cola. Después nos enojamos si nos llaman tercer mundo, subdesarrollados, y todo eso. Habría que ubicarse, estamos en una Repartición Pública. Sí, seguimos con las palabrejas múltiples. Porque acá en lo de repartir se reparte tupido, eh. Cuando quieren son más socialistas que Palacios. Otro apellido que suena a broma, como en España el de Iglesias. ¿Tenían que llamarse así los próceres de la Izquierda? Bueno, nuestro Primer Trabajador era Domingo. La rebelión del hombre contra sus apelativos legales. Podríamos escribir una tesis sobre el asunto.

No, dejen de temblar, es sólo una idea. Estábamos con lo de la Repartición. Ya verán que no es nada caprichosa la nota al margen. El embole es que tenemos una fila de guasos delante, y hasta llegar a Gambetta nos va a salir barba. Parecen los lejanísimos tiempos en que veníamos a sacar nuestro primer documento de identidad. Con doce años, y el fresco desconocimiento de dónde nos metíamos. Aunque eso se producía por las entradas sobre Deán Funes. Igual de enquilombado todo, pero con apariencia de oficina pública. Nosotros tan contentos de que nos sacaran fotos de frente y perfil, nos midieran mientras nos estirábamos al mango, y nos tintaran los dedos, para esa primera cédula plastificada. Felices de ingresar a sus archivos. Happiness is a warm gun, baby.

Rogamos consideren que si hay que esperar es porque cita previa no podíamos pedir. No llega a tanto la omnisciencia que nos atribuye el prota. Por suerte, entre los Zonales que atestan la sala y el pasillo, anda también Jiménez, que aportará lo suyo. En este momento de lo

más atareado, coordinando el vaciamiento de la habitación del fondo. Salen estanterías, montañas de carpetas y legajos, y mesas metálicas. Entran dos sillones de cuero, sillón con ruedas, mesa de madera lustrada, biblioteca a juego, teléfonos, una cortina para la ventana, antes cubierta por los ficheros... Si no estuviera tan arrinconado, pensaríamos que es un nuevo reducto para el Jefe.

Para Jiménez seguro que no. Todavía no ha logrado la posición por la que pelea. Debe conformarse con el escritorio más grande entre los que lo rodean en la sala, en recta dirección a la puerta de Gambetta. Evidentemente algo va progresando. Se nota en la manera de dar órdenes. Con suavidad aún, como quien pide por favor, o sólo las transmite, desde su fino bigote y su delgadez vigilante. Sí, otra más: Vigilante, acá, o agente, son sinónimos de policía. Él no era policía. No empezó como eso queremos decir. Estudiaba en la escuela de Suboficiales del Ejército. Posiblemente descubrió que, por su baja extracción social, no pasaría de ahí. A dónde, o a qué podría llegar con el cambio, sólo él nos lo podría aclarar. Las razones dadas al ingresar a la Academia de Policía, y luego ante Gambetta, son tan melifluas y de informe protocolar, que ni siquiera las consideraremos. Que es con toda probabilidad lo que hizo Gambetta, tras mirarlo con sorna y agregarlo a su departamento.

Se le respetó el grado de Sargento que traía, y el destacado expediente, tan elogioso como el obtenido al finalizar la nueva carrera. Querría, como todos, el puesto que tenía enfrente. Pero, a diferencia de los demás, no mostraba el menor apremio ni doblaba la cintura. Casi que era demasiado rígido y correcto. Buen juego para ambos, ya que el Jefe tampoco tenía ninguna prisa en abandonar su posición. En el año y pico que llevaba a su servicio ya se lo consideraba la voz externa de Gambetta. Con la ventaja, que marcamos antes, de no usar su tono metálico y seco. Hablar de amistad allí, o compañerismo, sería no saber de qué se habla. Sin embargo, al sentirse respetados en el trato, los otros también lo respetaban, e incluso preferían que fuera él el alcahuete del Jefe. Hasta los Zonales, que estaban de paso ahora, rezongaban, pero le echaban una mano en el traslado que hacía, ante sus humildes pedidos de ayuda.

Si quisiera hablar, la mejor información sobre eso de los Zonales nos la podría dar el Gordo Muñoz. El que ven sentado sobre la esquina del escritorio de Jiménez. Sí, el que empuña la botella de coca-cola como si fuera un tubito de análisis y fuma. Al único que no le han pedido ayuda en la movida de muebles. La antigüedad siempre es un grado. Y este oso enorme debe tener la edad de Gambetta. Aunque nadie sabe con certeza qué hace, aparte de su visita mensual y confianzuda con el Jefe. Bueno, si espera siempre a que hayan entrado todos, chapa dos cocas, se sumerge en el acuario, y resuenan de a ratos sus risotadas, más o menos se supone el fato. Pero no han podido sacarle jamás una palabra al respecto de sus ocupaciones. “¿Yo...? Ando por ahí, controlando la mersada. Soy el mejor pesquisa que tienen, así que cuídenme. Como paso inadvertido, puedo meterme en todos lados.” Y su peculiar carcajada asmática, contagia a los frustrados interrogadores. Atesora un millón de salidas del mismo tenor y chispa para cualquier tema. Ya dijimos: si él quisiera hablar de lo que nos interesa. Que no es el caso, ni su costumbre.

En lo que mentimos, o más bien olvidamos, fue al incluir a Jiménez entre los ignorantes. Posiblemente porque éste tampoco suelta mucho. El Gordo, que lo sabe, trataba de tirarle de la lengua: “Che, Pibe, ¿qué están haciendo allá...? ¿Te trasladás? El Jefe va a tener que poner un timbre para llamarte.” Ni siquiera palabras consiguió. Negó, con risitas y humildad lo último, abrió los ojos y los brazos, significando yo sólo obedezco; y no paró en ningún momento de acomodar material para los que se lo llevaban. Este va a hacer carrera, debió pensar Muñoz, por cómo cabeceaba y tiraba el humo hacia arriba. Sabe perfectamente lo que está haciendo. Pero también sabe hacerse el pelotudo. Tiene razón Gambetta. El Pibe promete.

Cuando un rato después se lo comentó al Comisario, éste le contestó que no, que aún no le había dicho para qué le estaba haciendo arreglar esa pieza. “Fijate que yo creo que sí lo sabe.” Pero como el otro se encogió de hombros, volvieron a lo suyo y pesquisa cortada. Ninguno de los dos habría pasado por mucho los cuarenta, pero eran un zorro viejo y un oso experimentado. El cachorro de afuera movía la cola y los seguía, a prudencial distancia.

Sabía de sobra para qué estaba adecentando esa pieza. Y sabía también lo que era obligatorio no saber, ni comentar, sobre los Zonales. Algo que a su vez sospechaba el Jefe, y le importaba un carajo, mientras se comportara como hasta ahora. Sutilezas cabildeantes. Códigos de una legalidad que tan bien nos lleva.

SOMBRAS

Para el Turco era su última misión. Llevaba dos días –desde que Novari lo volvió a contactar- con esa frase resonando en la cabeza; igual que sucede con aquellos estribillos tontos, de una propaganda o canción de moda, que repetimos involuntariamente y sin saber cómo entraron. Claro, que esto lo sabía. Desde mucho antes que se produjera. Ahí estaba la causa de su resonancia actual. Con la contradictoria sensación de desearlo y temerlo. También está claro que el otro lo entendía. El tacto, y la paciencia con que lo trataba, provenían de ese conocimiento. Interiormente tal vez se repitiera algo similar. Le consolaría que se lo dijera. Porque no volverían a verse. Y esa seguridad le destrozaba el ánimo.

Le avergonzaba comprender que el motivo fundamental, de la demora en plantearlo, provenía de ahí. Casi un año, estirando la decisión. Se negaba a abandonarlo, a dejarlo solo. Le inquietaba la idea. Por los riesgos que contenía. Y porque intuía en el otro un proceder, de ahí en adelante, radicalmente distinto y peligroso. Estaba convencido de haber funcionado como un freno de sensatez y prudencia en muchos casos. Y no porque detentara esas virtudes. Todo lo contrario. Pero al ser tan belicoso, tan visceral, provocaba en su compañero esas reacciones, de medido equilibrio, que optimizaban la dupla. Por supuesto, lo más probable es que Novari no necesitara de este juego. Tenía muestras de sobra de la maquinaria que lo componía. Y era la maquinaria más precisa que conocía. Tampoco lo necesitaba a él, en realidad. Y no hacía falta preguntárselo. Le diría que, para transportar un tronco de cuatro metros, entre dos lo agarrarían, uno de cada punta, y en diez minutos listo. Si estaba solo, cortarían el tronco por la mitad, y lo llevaría en dos veces. Media hora, quizás. O sea: más esfuerzo y más tiempo. Pero nada más.

Lo malo de aquella convicción, tan racional, es que los nuevos factores no alterarían su accionar. O sí, su accionar sí, pero no la decisión de enfrentarlos y resolverlos. Esa era la parte que más le inquietaba. Saber que seguiría luchando. Y, además, liberado de la responsabilidad por un compañero. Todo lo que pudiera pasar, sólo le podía pasar a él. Imaginaba la tranquilidad que eso le daría. Pero no le gustaba nada imaginar lo que esa máquina tranquila podía atreverse a hacer. Y quien la pondría en marcha, con esas características, sería él. Lo agobiaba la culpa. Le pinchaba en la sangre el desasosiego de pensar que, en las próximas acciones, no estaría. Le rayaba las meninges el hecho concreto de no volver a compartir el nerviosismo, las discusiones, o las simples y largas charlas, con ese amigo, del que tanto aprendió, y tanto tiempo disfrutó.

Lo otro... No, lo otro no le importaba ni lejanamente igual. Estaba harto. Decirlo de otra forma le parecía hipócrita. La realidad actual no tenía nada que ver con aquella, en que se impusieron la labor de defender un proceso, muy difícil, pero a escala de hombre. El nuevo, totalmente delirante para él, se disparaba –nunca mejor dicho–, a escala de ejércitos. Y ellos no lo eran, ni pretendieron serlo nunca. De la manera en que se estaban dando las cosas, se verían sobrepasados de inmediato. Y tan de inmediato. Ya lo estaban. Todo el andamiaje de su funcionamiento se había estructurado como protección de casos especiales amenazados. Pero ahora la amenaza abarcaba al ochenta por ciento de la población. Minga de casos especiales. La gente marcada componía una lista interminable, que incluía a cualquiera. No era imprescindible disentir, molestar, o combatir al régimen. La política del terrorismo de estado imprime justamente eso en la conciencia del pueblo. Puede caerle el palo al más inocente. Así que mudos y debajo de la cama, que en una de esas...

No renegaría jamás de lo hecho. Pero continuar era inútil. El tren de salida, que montaron, había servido para birlar un buen número de objetivos a la represión. Sólo que aquellas personas trabajaban pacíficamente –así y todo, jugándose la vida–, para mejorar, palmo a palmo, un nivel de existencia y de conciencia colectiva. Necesitaban del esfuerzo, y los riesgos, que también ellos corrieron. Hoy harían falta mil trenes, y diez mil especialistas como ellos, para intentarlo. Para sólo

intentarlo. Sin garantizar, mínimamente, los resultados anteriores. Ya estaba bien, che. Pedía el cambio. El relevo generacional, o como prefirieran llamarlo. Si esta otra gente había optado por un desafío abierto, lo primero hubiera sido prever que no sólo a ellos los perseguirían. Que entrarían a machacar a todos los virtuales apoyos, contactos, abogados, mensajeros, ideólogos, compañeros de viaje... O sea, a esa larga lista, de la que ya estaban tachando nombres a mansalva. Muy bien lo de la lucha popular. Muy valientes y abnegados todos. Pero, ¿quién protegía al pueblo? Y no sólo porque era el deber primero, de quien se arroga que lucha en nombre de él. Táctica y estratégicamente es un error, de ceguera absoluta. ¿De dónde vas a sacar tus efectivos? ¿Quién te va a esconder y alimentar? ¿Aquellos a los que secuestran, torturan, y matan, sin defensa alguna por tu parte, cada vez que les tocás los huevos a los poderosos? Lo cortés no quita lo valiente, dicen. Y la mínima cortesía hubiera sido disponer cuadros de defensa. Pero, claro, no hay tiempo para esas menudencias. La victoria final está a la vuelta de la esquina.

Cuando se ponía así, Novari lo recagaba a pedos. Le decía que ya le había salido el enano fascista de adentro. Le recordaba la cantidad de amigos y compañeros que tenían entre esa gente. Lo desmedido de pretender juzgarlos desde fuera, desconociendo la infinidad de presiones y problemas que seguramente afrontaban. Le repetía que cualquier comparación, con su propia estructura, era absurda. Ante todo, ellos habían contado con tiempo de sobra para organizarse. Habían discutido, y planificado cada paso, antes de ponerse en movimiento. Ningún grupo tenía más de cuatro o cinco personas. Nunca salieron del anonimato. La compartimentación, entre ellos mismos, era casi absoluta. Su efectividad, y su subsistencia, se basaban, precisamente, en esas diferencias de partida. Cuestiones que lo silenciaban –por respeto–, pero seguía con la misma calentura que al principio. No veía por qué, lo que les iba bien a cinco, no se podía aplicar a quinientos. Y tampoco se olvidaba de la cantidad de veces que había asistido a discusiones del Nova con aquellos. Del inaudito desprecio, incluso agresividad, con que rechazaban la menor sugerencia, o crítica, sobre evidentes errores. Por suerte, él jamás entraba en esa parte. Mejor ni pensar en la que se hubiera armado. Y mérito, sin duda alguna, de una organización –aquí sí, en ellos sí– inteligente y práctica.

Su rol, en el dúo, siempre había sido el del compañero mudo. De común acuerdo, estaban decididos los dos vectores de acción. Novari se concentraba en el eje, y él en la periferia. Si los detalles, o posibles variantes del entorno, estaban controlados, quien se dedicaba a la operación central quedaba libre de distracciones. Como la mayoría de sus planteos, era impecable. Cuando le daba por tomarle el pelo, también. No siempre estaba de tan buen humor, pero le sobraba ácido. Si tocaba remarcar su papel, lo gastaba hasta la lisura: “Vos venís a ser el pibe de los Testículos de Jehová –así los llamaba él-. ¿Viste que siempre van dos, y el más viejo es el que habla, mientras el otro pone cara de boludo agradecido, dice que sí con la cabeza, y se ríe todo el tiempo? Bueno, convencé a todos de que sos ese boludo, y marcales hasta la respiración. La cara te ayuda. Y yo confío en vos. Ya está. Los tenemos fritos, viejo.”

No siempre, la gran puta que lo parió. No siempre. El planteo, y el maldito planteador, sí. Pero el cumpa... A lo mejor, la última parte, lo de viejo. También se lo decía en broma últimamente. Que era pura bronca y mala leche. Que se estaba haciendo viejo. Y él, sintiendo que era cierto, se negaba a claudicar lo que dentro suyo tenía vencida la fecha. Quizás hubiera hecho bien, al dejar que pasaran dos meses. No para que recapitara. Ambos comprendieron que la decisión de dejarlo era correcta y necesaria. Debíó calcular que el tiempo le ayudaría a diluir lo peor de aquel suceso. Que, si lo lograba, la despedida sería menos difícil y dolorosa. No lo sabía. Y tampoco había dejado de revivir, casi cada noche, los putos detalles que lo atormentaban. Los llorosos viejos, abrazados y temblando en un rincón. Los cinco cuerpos, sacudiéndose bajo los disparos. El ruido abismal de la puerta, cuando la echaron abajo. Su estúpido, estúpido error, al no cachearles las piernas. Pero, sobre todo, y como un flash que se repetía sin parar, aquel estampido, y el cuerpo de su compañero que caía, con los brazos abiertos, hacia atrás. No había conseguido quitarse de la cabeza la muerte de Novari, por su culpa.

A pesar de las evidencias, y los dos meses, y la puta que lo parió, no se lo podía quitar. Ya había venido mal barajado el asunto. Les avisaron tardísimo. Contactar, y conseguir que volara el Carioca, les comió el doble de tiempo de lo normal. Y resultaba imprescindible. Porque el crítico de

cine y articulista era un rostro acostumbrado en la tele. No bastaba con sacarlo de la provincia. Ni siquiera en Uruguay estaría seguro. Tanto él, como su compañero –también profesor, y ensayista premiado–, eran demasiado conocidos. A causa de ello, las órdenes de la patrulla consistían en despacharlos derecho viejo. Arrestarlos hubiera significado una batalla con la prensa, la opinión pública, y presiones internacionales. El plan era simple: Basándose en la condición homosexual de la pareja, lo disfrazarían de crimen pasional, llevado a cabo por algún degenerado como ellos, en venganza, o un arranque de celos. No sería la primera, ni la segunda vez que usarían con éxito ese argumento. Ya se sabe que el que mal anda...

Una vez listos, Novari y él acudieron, casi oscureciendo, a avisarles y convencerlos de huir con ellos. Contaban con que esos procedimientos policiales, normalmente no se ejecutaban hasta medianoche, para evitar testigos molestos. Pero, así y todo, el margen no daba para demoras sentimentales. Los hombres, dentro del shock producido, y el pánico, lo entendieron. No obstante se quedaban, de golpe, mirando objetos, dudando entre qué llevar o dejar. Desaparecían en una habitación, y tenía que ir el Nova a buscarlos, porque discutían sobre un álbum de fotos, carpetas de manuscritos, o sencillamente lloraban, abrazados y sin fuerza para más. Esas secuencias previas, largas y repetidas, se le mezclaban. Con el fondo de la paciente voz de Novari, insistiendo en la urgencia, y que, por favor, no más de un bolso pequeño cada uno, con lo indispensable. Tampoco recuerda qué misterioso reflejo los llevó a ellos dos hasta la puerta, para echar un vistazo afuera. Probablemente ya lo habían hecho en más de una ocasión. Y fue lo que los salvó. Ni siquiera eran las diez aún. Sin embargo el tropel de pasos, y las patadas que la abrieron, mostraron que ya estaban ahí.

Una jauría desenfrenada. Por suerte eran eso. La facilidad con que voltearon la puerta pareció espolearlos, y se lanzaron en avalancha hacia delante. Ellos habían quedado a sus espaldas, a ambos lados de la abertura. El grito, para que tiraran las armas, y se pusieran contra la pared, inmovilizó a los lobos. Eran cinco, de uniforme, y temblando de furia y miedo. Probablemente, también, porque lo que se habrían metido

antes al cuerpo los tenía así. Sabían perfectamente la potencia de los fierros que los encañonaban, pero les costaba estarse quietos. No habían venido para que los aplastaran así contra la pared, los cachearan, y luego los hicieran tirarse boca abajo al piso. Y el más grande, probablemente el jefe, reaccionó, cuando Novari iba a esposarlo.

El salto que pegó fue espectacular, y arrastró al otro consigo, en un forcejeo cuerpo a cuerpo, rodando por el living. Al verse sorprendido, Novari alcanzó a tirar su arma hacia el compañero, para evitar que se la arrebatará. El Turco la pateó, junto a las otras, a un costado suyo, sin dejar de apuntar al resto, advirtiéndoles que al menor movimiento los quemaba. Pero con el gigantón no podía intervenir. Los constantes cambios de posición en la pelea, arriesgaban el que hiriera a Novari. Éste, al menos conseguía, en sus fintas, mantener la lucha alejada de su posición. Claro que a costa de no poder emplearse a fondo, en lances que le habría convenido. El espacio era pequeño, y los golpes iban y venían, en un acecho mutuo, buscando el impacto decisivo. Los dos viejos se habían asomado, por detrás de los sillones, y estaban aterrorizados. Puede que eso lo distrajera un segundo, y se perdió el movimiento con que Novari había ganado distancia para usar las piernas. La primera patada, en el plexo del grandote, lo dobló sin aire. Y la segunda, entre el cuello y la cabeza, consiguió enviarlo por encima de la mesa baja del medio.

El Turco no sabía por qué no le disparó en ese momento. Fue la noche de sus errores. No imaginó que se repusiera, con tanta rapidez, de semejante golpe. Ni imaginó antes, al cachearlos, que siendo cinco, para boletear a dos pobres viejos, añadieran, al brutal armamento que traían, la incomodidad de un revolver en la bota. Como acababa de caer, desparramado, tras la mesita, cuando lo vio disparar ya era tarde. Novari, que avanzaba, salió despedido hacia atrás, resbalando, con los brazos abiertos, contra la pared.

Y desde ahí, sólo confusión. Con el dedo engarfiado en el gatillo, que trepidaba, y sintiendo asco, vergüenza, dolor, y la determinación de acabar con todos y con todo. Lo habían matado por su culpa. La cabeza del gigantón explotó, antes de saber siquiera si había alcanzado al otro.

Al resto los veía retorcerse, como serpientes borrachas. Y no sabía si ellos también estaban buscando algún arma oculta, o era el baile de muerte que él no paraba de marcarles. Sí notó que se quedaba sin munición. Y veladamente recordaba haber tirado su rifle al montón, mientras recogía dos de las metras de ellos, y continuaba barriendo, con ambos brazos, los cuerpos de la jauría, hasta agotar nuevamente las balas. Estaba seguro que habría agarrado las otras dos. Y habría matado a los viejos, que lo miraban desorbitados, como sabiéndolo. También ellos eran culpables, igual que él, que se volaría los podridos sesos al final, porque ya no aguantaba más.

Fue la mano de Novari lo que lo detuvo. No su voz, la mano, sosteniendo el proyectil. Imposible asegurar si lo recogió para complicar las pesquisas, o sólo para hacerle entender. Sí, claro, el chaleco. Él también lo llevaba puesto, gracias a la insistencia del otro. A lo mejor era eso lo que le estaba diciendo: ¿Ves..., pelotudo? Pero no hablaba. El gesto con que apretaba la boca podía ser de furia, tanto como de dolor. Señaló los fusiles ajenos usados, para que los limpiara y los dejara ahí. A los viejos sólo tuvo que indicarles la puerta y, aunque tropezando aún de pavora, no hizo falta más. A él tampoco. Salió corriendo, agazapado, hacia la calle, dispuesto a cargarse lo que se cruzara. Ni sombras. La gente sabe que, cuando hay petardos, conviene bajar la persiana y seguir viendo la tele. El pueblo unido, jamás será vencido. Vayan a cantarles eso a Gardel, la puta que los reparió. El Falcon también vació. Lo que él había pensado, de la jauría confiada. Mejor para todos. Rápida idea, que desapareció de inmediato. Esa noche no había mejor que valga.

Sí, rajaron como locos hasta el campito. Metieron a los viejos en la avioneta. Volvieron, en el mismo silencio aturdido que lo envolvía. Trató mil veces de explicarle lo que había pasado. Y lo que hubiera pasado si no surgía, como el fantasma mudo que seguía siendo. Trató y no pudo. Porque Novari lo silenciaba, y cabeceaba apenas, asintiendo, pero chito. También asintió cuando le dijo que lo dejaba, que no podía más. Sólo habló al final. Luego de cambiarse y guardar todo, y llevarlo hasta cerca de su casa. Le dijo que de acuerdo, que descansara, y ya lo charlarían con tranquilidad, para liquidar bien eso. Por el mantenimiento de las

contraseñas acordadas, supuso que no hubieron complicaciones, cosa que había temido, por su actitud y lo encorvado que caminaba. Y ahora, dos meses después, le preguntaba si lo acompañaba en una última misión, aparentemente fácil, y después se despedían. Estaba harto de ese remaldito insensible. Y lo peor era que sí, que lo iba a extrañar tanto.

PASARELAS

Sonará contradictorio, pero los desgraciados tienen suerte. Eso tan relativo de que la vida aprieta pero no ahoga. Al menos a éste, cada vez que empezaba a boquear, le aparecía un tubo de oxígeno suplementario. Más aún si recordamos que, en la misma noche de su definitiva caída en desgracia con la entonces socia, entre los personajes secundarios del vodevil estuvieron Claudia y Sigfrido, eslabones decisivos del nuevo rumbo que tomaría todo para él.

De todas formas, mientras miraba la tarjeta e iba hacía allí, no podía imaginarlo. Ni siquiera confiaba demasiado en la utilidad de la visita. Era consciente que la invitación se había dado en un momento de pullas y bromas intrascendentes. Quizás, a esta altura, ni se acordara ya de él. Pero había sido lo primero que se le ocurrió, tras el cambio de ánimo, y también lo único que le quedaba por hacer, en una mañana con tan mal comienzo.

Meses después estaría de acuerdo con el postulado inicial. Sólo su especial fortuna podía haber producido aquello. Desde el accidentado encuentro en Río Cuarto, hasta la desagradable sorpresa de la disolución del grupo de encuestadores. Sin lo cual jamás habría recurrido a Sigfrido. Porque buscar a aquél tipo, y para semejante trabajo... No nos engañemos. Maldita la gracia que le hacía la idea de responder a lo que para él era, por encima de todo, la invitación de un homosexual. Sí, muy revolucionario nuestro Jorgito, pero acudió a la entrevista con el culo apretado. Y el discurso de retirada listo, por si olía condiciones ambiguas, o insinuaciones, que preanunciaran otra de esas noches en que había que echar al patrón de turno de la habitación.

-A ver, querido... En primer lugar, no te quedés ahí parado -de tan rígido daba pena. Sigfrido le señaló con el brazo los sillones que estaban

delante de su escritorio-, parece que tuvieras apuro por irte. Y supongo que no lo tenés.

-No, no... Yo...

-Bueno, yo tampoco, así que... ¡Norma, por favor -llamó a la secretaria, que había acompañado a Jorge hasta el despacho, y a la que podían ver porque éste dejó a propósito la puerta abierta-, traenos café! Y cerrá la puerta, querés. Porque tenemos que hablar de cosas importantes. Muy bien, Jorge -se volvió hacia él, respaldándose con calma- qué tal si guardás esa tarjeta. Una vuelta más que le des entre los dedos y me voy a poner a gritar. No hacía falta que la trajeras. Nunca me olvido de una persona que me gusta. ¡Gracias, cariño... -Jorge se quedó con los ojos como platos, porque la chica acababa de dejar sobre el escritorio una bandeja, con los pocillos humeando y la azucarera-. Tranquilizate, Norma es así de eficiente. Además ya me estaba preparando uno a mí cuando llegaste.

-Claro -Jorge sonreía y cabeceaba, nervioso-, gracias...

-Okey... Ahora vamos al segundo punto que, por lo que veo, es conveniente aclarar rapidito. Cuando digo persona -recalcó el término- que me gusta, y relacionada con una proposición laboral, sólo estoy hablando de eso. No acostumbro mezclar el amor, o como prefieras llamarle, con los negocios. Aparte que, modestamente, y en contra de lo que prefiere pensar la gente, por lo general los homosexuales no necesitamos perseguir, ni forzar a nadie. Más bien nos vemos obligados a rechazar ofertas, que superan ampliamente la demanda. No creás, no acostumbro incluir este speech en... Perdoname, pero... ¿Te pasa algo en esa mano...? Antes con la tarjeta, y ahora con la cucharita. Digo yo que ya se habrá disuelto el azúcar, no...?

-Ah, sí... No..., es que para mi gusto está caliente, y entonces...

-¿Querés leche fría, un cubito de hielo...? ¿Un poco de crema?
¡Cualquier cosa, con tal que dejés en paz ese café!

-No, no, gracias -había empezado a hacerse crujir los dedos, pero lo dejó rápidamente-. Tenés razón... Soy un boludo, y estoy bastante nervioso. Últimamente no me van muy bien las cosas. Veo fantasmas por todos lados y... Encima, para serte franco, no creo que sirva para esto. Lo que pasa es que necesito trabajar. Llevo una mañana horrenda. Lo que hacía con mi suegra se fue al carajo. Y después... -miró el café,

calculando si ya podría levantar la taza, sin esparcir el contenido por la mesa-. Bueno..., no importa, es un poco largo y complicado de explicar.

-No te preocupés. Por lo presenciado esa noche, Claudia y yo estábamos seguros que terminaría mal el asunto. Hablamos hasta tarde después. ¿Así que tenías un grupo de rock...?

-Sí... -el salto de tema lo desestabilizó-. Cantaba en un grupo.

-¿Estás puntualizando algo, o me parece?

-Bah..., quiero decir que no era el jefe. Mi Grupo... No, no era mi banda. En realidad los músicos eran ellos. Yo gritaba lo mejor que podía.

-Claudia no opina lo mismo.

-Versión femenina. El gusto de las mujeres, ya sabés -se encogió de hombros.

-Dejá de hacerte el humilde. Que eso no te da puntos.

-De acuerdo -le había molestado la tranquilidad canchera con que lo descubrió el otro-. ¿Y qué me los daría...?

-Contestar la verdad, toda la verdad, y sólo la verdad.

-¡Juro! -puso una mano sobre la taza de café, y la otra con la palma hacia arriba.

-Perfecto. Ella dice que estaba trabajando en Carlos Paz, para una revista de modas de Buenos Aires. Y que se conocieron esa noche, porque desfilaron en el local donde ustedes actuaban.

-Es cierto -contestó con el ceño fruncido. No sabía a dónde carajo iban con aquello, ni qué importaba.

-¿Qué pasó con el director de la revista?

-Ya te lo habrá contado ella, ¿no...?

-Versión femenina -aunque con cierta gracia, el tipo se burlaba de sus poses-. Las mujeres, ya sabés...

-Tocado y hundido -era rápido aquel guaso. Tenía que relajarse, o lo iba a revolver-. De acuerdo, vamos con la versión del bobo masculino: El hombre este me dijo que trabajaba en Canal 9. Me propuso un contrato, con él de representante, para cantar allá.

-¿Y...?

-Lo sabés. Le contesté que no.

-¿Te cagaste...?

-Ponele -Jorge se removió inquieto en el sillón-. Bueno... Digamos que sí, puede verse así.

-¿Cuánto hace de eso?

-Mucho -lo pensó un momento-. No sé... Cinco años, más o menos.

-Supongo que sabés que ahora podrías ser Palito Ortega, o uno de esos, en lugar de estarme pidiendo trabajo.

-Claro... Y grabando deliciosos temas a la novia que se muere en el altar. Con violines y ritmo de taquirari. O podrían haberme escupido a la calle, después de un par de meses con los pantalones bajados por los pasillos del Canal.

-¡Qué obsesión con el asunto...! Pero, bueno..., ¿entonces fueron esas las razones de la negativa?

-Más o menos. Lo que no entiendo es qué importan ahora. ¿Querés hacerme cantar en los desfiles? No sería buena idea, te lo aseguro.

-Las preguntas las hacía yo, ¿te acordás...? Esto es una entrevista de trabajo, querido, y vos juraste...

-Me negué a ir porque el contrato era para mí solo -Jorge recitaba de un tirón y calentito-. Lo que me gustaba era cantar con ellos. Éramos un grupo, ¿te acordás vos de lo que dije...? Sonábamos bien, y disfrutábamos actuando juntos. Me importaba una mierda todo el panorama que pintaba aquel tipo. Sin ellos no iba a ninguna parte. Ya sé que Claudia piensa que hice mal. Ellos dijeron lo mismo. Pero guardo aquella época entre mis mejores recuerdos. Puede que fuera inmadurez, o romanticismo, o falta de ambiciones, o qué se yo... Vos sabrás lo que estabas evaluando con eso.

-A vos -se levantó y lo invitó a seguirlo-. Sos un bicho raro, pero... No le des tanta importancia. En realidad sentía curiosidad por esa anécdota. Llamalo, si querés, mi parte de curiosidad femenina. ¿Ves...? Vos sos raro de una forma, y yo de otra. Qué le vamos a hacer. Vení, que te enseñe el resto del Despacho.

CABILDO

En un principio el Comisario había recelado de la función que pudiera estar cumpliendo Jiménez allí. Esto fue a partir de las conversaciones mantenidas con el Teniente Daneri, del Tercer Cuerpo de Ejército, coordinador en Córdoba de las acciones conjuntas anti terroristas. Ambos eran los responsables, cada uno en su ámbito, de la lucha contra la subversión. De un buen entendimiento y colaboración planificada es de lo que se trataba, a la vista de los inconvenientes sufridos hasta entonces. Fue el militar quien, conocedor de que entre los hombres de Gambetta se hallaba el Sargento, sugirió la conveniencia de usarlo como enlace. Lo conocía y apreciaba por haberlo tenido de alumno en la Academia. Y lo definía como un cuadro disciplinado y valioso, que les allanaría problemas de lenguaje o metodología.

Lo cierto es que ese matiz de desconfianza se produjo, fundamentalmente, porque el otro se le había adelantado en la recomendación. Él pensaba lo mismo. No le gustaba nada trabajar con milicos, y menos reconociendo a éste como su superior en las decisiones. Jiménez era ideal para comerse la soberbia de ambos, y traducir de la forma correcta lo esencial. Manejaba de puta madre todas las posturitas y taconeos que a ellos les gustan. Hasta los convencería que era su hombre en Jefatura. Muy bien, si lo había dicho era porque ya estaba convencido. Pero quien le daba las órdenes, a quien debía obediencia, era a él. No sería la primera vez que le daba vuelta las cartas a alguien. Fijate bien, Daneri, porque a lo mejor es mi hombre en los cuarteles.

En el tiempo transcurrido desde entonces lo había puesto a prueba en más de una ocasión, algunas complicadas, y siempre respondió a full. Empezaba a creer que toda esa estructura de reserva y miradas

fijas, escondía menos de lo que le había parecido. Era un buen elemento. Lo suficientemente vivo como para callarse cuando le conviene, o intervenir si le dejan un espacio. ¿Ambicioso...? Yo en su lugar, y cuando me tocó, también lo fui. Si tiene paciencia, y no se equivoca al mover piezas, llegará. A Jiménez lo primero le sobraba. Y en cuanto al tablero, reconocía perfectamente su ubicación de Peón flotante. Con lo del Gordo Muñoz la había usado.

El Teniente Daneri asintió, casi paternalmente, cuando le preguntó si podía acceder allí a los antecedentes de este hombre, que le inquietaba un tanto. “Mafia, Sargento. Ya sabe que acá a las cosas las llamamos por su nombre.” La mueca era despectiva, aunque con un visaje de resignación, mientras lo acompañaba hasta el amplio archivo correspondiente. “Me tranquiliza que le preocupen esas situaciones. Usted sabrá, pero si quiere un consejo, manténgase tan alejado como pueda.” Encendió una lámpara, y le puso sobre la mesa varios legajos voluminosos, con el nombre del Gordo. Jiménez volvió a componer el asustado parpadeo de cuando había escuchado lo de Mafia. “Tranquílcese. Tampoco es para tanto. Conductas que a nosotros –lo incluyó en el ademán– no nos gustan demasiado, pero... Dinero, Sargento. Los vaivenes del dinero y la política. Estúdielo. Tiene para un buen rato. Pero ya le digo, mientras lo sepa y lo controle a distancia, nada de qué preocuparse. En realidad, y salvo por eso –señalando las carpetas–, Muñoz es un buen policía.

Bueno, sí. Eso es lo que figuraba en su foja de servicios. Había hecho toda su carrera en Buenos Aires, hasta detentar el cargo de Sub Comisario, en una de las principales circunscripciones de Capital. Y se elogiaba, artículos periodísticos incluidos, la cantidad de casos de importancia solucionados con su participación. Pero el resto de recortes de prensa, informes, y declaraciones o testimonios presentados en el proceso incoado contra él, eran abrumadoramente superiores y definitivos en su contenido. Pasó media tarde revisando aquello. Debió ser peliagudo, porque algunos Jueces renunciaron al caso, otros fueron recusados, pero los últimos se habían ensañado. Se lo acusaba de extorsión, chantaje, soborno, amenazas encubiertas, uso indebido del uniforme, y mil lindezas más. Aunque se resaltaba en varias partes –alguien lo había

subrayado con tinta- que se había negado sistemáticamente a dar ningún nombre de compañeros o superiores, implicados en las acusaciones. Es más, lo negaba tajantemente, así como se declaró hasta el final, inocente de todos los cargos.

A medida que avanzaba en la lectura, y confirmaba lo supuesto aquí sobre los Zonales, sonreía imaginando el desparpajo y las posibles risas con que habría rematado aquél sus alegatos de inocencia. La terminología procesal, y los vericuetos e interrupciones en las declaraciones, componían un embrollo interminable. Pero lo definitivo era lo que había dicho Daneri. Por un lado visitaba Bancos, Grandes Empresas, e Industriales, y con la retórica de hay que cuidar a quienes te cuidan, o fíjese, che, lo mal pagados que estamos los agentes del orden, sugería la conveniencia de que, generosa y voluntariamente, les hicieran periódicas donaciones de ayuda. Después amplió la requisitoria a medianos y pequeños comerciantes. O sea que cada fin de mes –vaya a saber cómo llamarían allá a los Zonales- pasaban las brigadas de recogida en busca del sobrecito de regalo.

Y no era lo peor. En la segunda parte de la acusación se demostraba, merced a testimonios protegidos de delincuentes encarcelados, u otros que en vía de proceso negociaban reducciones de pena, la directa relación que Muñoz había establecido con ellos. En síntesis: los protegía, o garantizaba el mirar hacia otro lado, mientras entendieran que aquí sí, allá no, a estos sí, a estos no, hoy sí, mañana no, etc. Pasando prácticamente a controlar el tráfico de drogas, prostitución, contrabando... Bah, la delincuencia en general. Y, por supuesto, cobrar también por ello el porcentaje correspondiente. Con el añadido de haber usado a elementos de estos gangs para secuestros, intimidaciones, ruptura de asambleas sindicales o estudiantiles, apalear manifestantes, más etc.

Llegado un punto la cantidad de etcéteras ya no le sorprendía. Aunque sí el que se hubiera llevado a cabo un ejercicio tan detallado, y contra un personaje de tamaña importancia. Fue Daneri quien le explicó, que eso había sucedido cuando los sucesivos gobiernos militares

decidieron la apertura política, y convocaron elecciones. Asumió Frondizi, de los Radicales Intransigentes, y se pusieron intransigentes en su política de limpieza institucional. Con lo cual la gente en general, muchos empresarios, y hasta la Mafia, consideraron que era el momento de acogerse a dicha limpieza y reorganización. Evidentemente, no fue esta la mayor equivocación de los Radicales. Hubo muchas más, y de mayor signo, que nos obligaron a sacarlos, y restituir el orden en el País.

Mientras escuchaba respetuosamente la disertación política de su profesor, recordaba que la condena de doce años, sentenciada a Muñoz, había levantado protestas en acusadores y defensores. Era raro, pero no constaba allí si la había cumplido ni dónde. Y lo próximo que él sabía era que, cuando llegó al Departamento, ya estaba tomando coca-colas y fumando. Tampoco constaba que se lo hubiera desposeído del cargo, o rehabilitado en Córdoba. Aunque lo cierto era que, de alguna manera, Gambetta había hecho eso último. Y mejor no definir las funciones del Gordo. Ese mismo que ahora, tras cerrar delicadamente la puerta de vidrio, le hace señas con el pulgar hacia atrás, de que el próximo turno es suyo. El Jefe lo espera.

SOMBRAS

A mitad del pasillo aceleraron el paso, hasta la tapia del fondo, que treparon, dejando en un repecho y a la vista el bolso. En el patio vecino, donde descendieron de un salto, se hallaba el hombre de espaldas, jugando con su hijo. Notó la irrupción porque el chico levantó su mirada sobre él, que estaba acuclillado, y los señaló. Ante su reacción, protegiendo al niño, abrieron los brazos y le hicieron claras señas de que no alzara la voz.

Novari se encargaba de tranquilizar al padre, y tratar de explicarle la situación. Difícil lo tenés, pensaba el Turco. Y el pobre flaco aquel se iba poniendo más duro y más lívido. Lo malo es que le preguntaba quiénes eran ellos, y cómo sabían todo eso. ¿Qué quería? ¿Que le mostraran los documentos, una foto de los buchones que los alertaban? No, claro, lo que hacía era manotear desesperado, por si en una de esas se despertaba. Nada de buenas nuevas. Pura pesadilla real, y cinco minutos para asumirla, confiar en esos perfectos extraños, y rajarse con su familia vaya a saber dónde. El Nova, con calma, le daba la razón en sus aprensiones, pero lo instaba a comprender que no era momento para discutir, sino para evaluar el peligro que todos corrían.

Por desgracia el tal Nechi mantenía la actitud de quien ha sido invadido, y no parecía querer transar hacia la amistad. No era la primera vez que respondían así. Cada cual se defiende como puede. Y éste elegía esa forma. Novari, con las manos en los bolsillos, y la cabeza baja, contestaba pacientemente a las inquisitorias. Él decidió abrirse un poco, porque la espuma ya le estaba subiendo. Mejor dedicarse a lo suyo, de acompañante sordo, mudo, y boludito. Probó a congraciarse con el pibe, empujando apenas con el pie la pelota en su dirección. Pero éste la agarró de inmediato contra el pecho y salió corriendo hacia la casa.

Todo un éxito. Hasta el padre lo miró con asco. Debía ser ese bigote de mierda. Dónde se había visto una morsa jugando al fútbol. Pero el gesto de Novari lo devolvió a sus funciones. Era el colmo, que el otro tuviera que advertirle esas cosas. Si el chico entraba asustado, y la madre se contagiaba, viendo al marido con dos guasos caídos del cielo en el patio, podía salir a buscar ayuda a la calle, y se les podría el asunto. La joda era que salir cagando detrás del niño tampoco serviría para congraciarse con Nechi. Iba a hacerlo, de todas formas, para evitar males mayores, cuando vio que la mujer salía de la cocina –evidentemente llevaba rato observándolos desde allí–, y alzando al chico en brazos se acercaba, con expresión recelosa, hasta quedar a un costado del marido.

Novari, que seguía hablando, inclinó con respeto la cabeza y repitió ante ella las disculpas, por lo incómodo y terrible que resultaba aquello. El tipo lo interrumpió, como marcando que las informaciones a su mujer se las daba él.

–Estos señores quieren que dejemos todo, y nos vayamos del país –la esposa apretaba al hijo y los miraba asustada, sin entender.

–Nechi... –Novari negaba, corrigiendo-. No es lo que queremos. Es lo que les ofrecemos, para que no los maten –ahora ella ahogó un grito, tapándose la boca-. De todas formas, no sé si con el chico delante...

–¿Me va a decir también lo que tengo que hacer con mi hijo?

El Turco se concentró en la peinadita del bigote. Aquello se iba al carajo. Desde que apareció la mina el flaco había recobrado el color, y no hacía más que sacar pecho. Su última misión, y tenía que tocarles un tipo así. ¿Ése era el sindicalista que había desquiciado a los de la Thompson? Bueno... Podés ser un goleador de primera, y después un desastre haciendo asados. Además, si les discutía a sus jefes poniendo esa cara, y esas alzadas de pera, casi entendía que lo quisieran matar. Aunque, a lo mejor, sin la mujer al lado... Porque sólo le faltaba balancearse a lo John Wayne. Ahora había hecho girar las cosas hasta deducir que, si lo que buscaban era quitarlo de enmedio, por su combatividad sindical, al fin y al cabo era lo que ellos intentaban. Novari lo miró con lástima:

–¿De verdad piensa lo que está diciendo...? ¿Cree que alguien perdería dos segundos, discutiendo con usted, si quisiera quitarlo de

enmedio? No insulte a la inteligencia, che. Y, por favor, le repito que baje la voz. No convendría que los vecinos se enteren de lo que estamos hablando.

-¡Estoy en mi casa! Agradezca que no haya llamado a la policía. Y... ¿Qué hace...?

Por suerte su compañero se adelantó, porque el Turco iba a agarrar del cogote al jetón aquel y sacudirlo, hasta que entendiera de modales. Pero Novari echó a andar hacia la cocina, sin sacar las manos de los bolsillos, ni decir una palabra. Era un troesma de las acciones efectivas. La familia feliz lo siguió, casi al trote, sin terminarse de creer lo que hacía ese tipo. Abrió la puerta, separó una silla y se sentó, al otro lado de la mesa, indicando, con ademán de anfitrión, que podían imitarlo. Ante el gesto, de negativa ofendida con que respondieron, encogió los hombros y aprobó el movimiento con que el Turco cerraba la puerta y, cruzado de brazos, se apoyaba de espaldas contra ella.

-Esto ya es otra cosa. Aunque, así y todo, mejor que no grite -y esta vez el consejo sonaba a advertencia. Al Turco le brillaban los ojos: ése era su chico, carajo-. Preguntarle otra vez si piensa lo que dice hasta a mí me aburre. Veamos: Para llamar a la policía tendría que hacer cinco cuadras hacia el teléfono público más cercano, en la estación de servicio. Que casi nunca funciona, por otra parte. ¿Se da cuenta que, para entonces, nosotros dos -señaló al alegre custodio de la puerta-, ya estaríamos tomando mate en nuestra casa? ¿Y que la policía, de lo más agradecida por cómo les facilita las cosas, vendrían a buscarlos, para que hicieran la denuncia en la seccional? Nechi, yo lo admiro como sindicalista. Y por eso nos estamos jugando la vida para salvar la de ustedes. Pero veo que cuando se pone nervioso... Le rogaría que deje de atacarnos, y junten sus cosas, como le había dicho.

-¡Yo no estoy nervioso! ¡Ni tengo por qué sentir miedo! Defender mis derechos, y los de mis compañeros, es absolutamente legal.

-¿Qué quiere? ¿Que lo aplauda...? Yo estoy de acuerdo con eso. Quienes no lo están, para nada, son sus Jefes. Ellos son los que han presionado para que lo secuestren esta noche -la mujer volvió a taparse la boca, asustada, mirando de uno a otro-. Lo siento, Señora, pero es así. A su esposo ya se lo había dicho, pero no me escucha. En realidad es Míster

Randall, el encargado de la Central en Buenos Aires, quien movió sus influencias allá –Nechi giró hacia él, sorprendido-. Sí, el Gran Jefe, que ha viajado desde la Capital, para la discusión amistosa que iban a tener mañana. Y seguimos con las preguntas tontas: ¿De verdad creía que esta gente quiere discutir amistosamente, y en un plano de igualdad, con el Delegado Sindical que les está parando la producción, hasta acordar las reivindicaciones?

-¡Se trata de un comedor decente para los obreros, y que paguen las horas extras! ¡Le digo que es absolutamente lógico y legal! En el Convenio dice...

-En el Convenio, que todas estas empresas tienen con el gobierno, dice que, a todos los que molesten sus intereses hay que borrarlos del mapa. ¿Qué parte del artículo no entiende? ¿Le hago un dibujito, para verlo mejor...?

-Le repito que no tengo miedo. Estoy acostumbrado a las amenazas del sistema. A mí no van a doblarme porque me encarcelen. Mis compañeros no lo permitirán.

El Turco miró con rabia, y desilusión, hacia abajo, mordiéndose los labios. No había nada que hacer con ese tipo. Laburaba a jornada completa en la construcción de su propia estatua. Mientras estuviera delante la mujer, seguiría alzando la barbilla y complicando las cosas. ¿Pero, quién se creía que era...? ¿Tosco...? A la mañana siguiente, sus compañeros estarían tan cagados ante la noticia que laburarian gratis hasta navidad. Se congratuló del rol mudo que le tocaba. Notó que el Nova consultaba su reloj, antes de contestar.

-Espero que no se refiera a Gallardo –el matiz escéptico exaltó más al otro.

-Gallardo representa a un sindicato rival, pero se trata de un oponente digno y honesto. ¡Usted no lo conoce!

-Me apena comprobar que quien no lo conoce es usted –Novari movía la cabeza, posiblemente pensando lo mismo que su compañero-. No me consta que haya intervenido en la trama, pero se halla perfectamente al tanto de lo que va a ocurrir esta noche, si no lo evitamos. Y sabe también lo que va a firmar mañana, al ponerse en su lugar. Nechi, le juro que me duele todo lo que le estoy diciendo. No es agradable este papel.

Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, porque valoro la lucha que ha desarrollado, tanto en su empresa como en el sindicato. Lo que no podemos olvidar es el país en que estamos, y la dictadura militar que lo gobierna. Ellos también lo valoran, sólo que desde otra óptica. No sea ingenuo, no lo quieren encarcelar –miró hacia la mujer, frenandose-. Digamos que..., son otras las órdenes que traen. Supongo que lo acusarán de tener material subversivo, resistirse...

–¡Yo nunca he tenido un arma, ni contactos con...!

–¡Y yo le creo! ¡Es más: Yo lo sé! ¡Por favor, ya está bien, deje de discutirme a mí! Porque con ellos le aseguro que no llegará ni a la segunda palabra, y menos en ese tono. ¡Despiertese de una vez! Sacarán una foto ahí –señaló la mesa-, con el arsenal requisado en el domicilio del peligroso extremista abatido. No podrá explicarle a nadie que son las armas que traían ellos. Los vecinos, como siempre, dirán mirá vos, quién lo hubiera pensado, parecía tan buen chico... Y se pondrán a discutir del próximo clásico entre Belgrano e Instituto. Por última vez, Nechi... Aunque sea, considere la posibilidad que saquemos a su esposa y su hijo.

–¡No pienso huir! Con todos sus defectos, este es mi país. Y esta es mi casa, y esta mi mujer, y ese mi hijo. En las buenas y en las malas estaremos juntos. ¿Usted no puede entender eso, no...?

–Reconozco que no –se había quitado los lentes, y lo observaba con fijeza. Sus ojos eran casi tan negros como el pelo-. Yo pienso que, para luchar, hay que estar vivo. Y parece que tampoco valoramos igual las palabras. Ese mí, tan posesivo que usa, suena idéntico a cuando su Jefe dice Mi Empresa, Mis Intereses, Mis Ganancias... A lo peor, se va a dejar matar porque piensa que son distintos. Y en una de esas no lo son tanto.

–¡Escuchame, pelotudo, ojo con lo que hacés! –el Turco había saltado hacia delante, porque el otro también se adelantaba, ofendido, como para atacar a Novari, que detuvo a ambos, abriendo los brazos; aunque en la mano que señalaba a su compañero había juntado dos dedos. Éste se frenó en seco, adoptando una posición rígida, y separando su mano del bolsillo al que la había dirigido-. ¡Perdón, Señor! ¡Pero sólo falta que este infeliz nos agrede! ¡Dígale lo que le van a hacer a la mujer y al chico..., dígaselo!

-¡Basta! ¡Ya está bien! –la orden fue brusca, y la forma en que el otro retornó a su postura de acompañante también. Nechi los miraba, entre sorprendido y desafiante.

-Ustedes... –los señalaba, con mano temblorosa-. ¡Ustedes son militares!

-No agregue más tonterías, che –Novari movía la cabeza, cansado-. Ya ha dicho bastantes.

-¡Pero él le ha dicho Señor...! ¡Yo lo oí! Y además... –les miraba los borceguíes, que asomaban bajo el mameluco.

-Nechi...

-¡Y los dos tienen bigote!

-¡Nunca había escuchado tantas idioteces juntas! ¿Está borracho...? ¿Qué le pasa? ¡Usted también usa bigote! Y yo lo primero que le dije esta tarde fue Señor. No me salga ahora con que es militar, y no sabíamos nada.

-¡No es lo mismo!

-No..., seguro que no. De lo que no estoy tan seguro es de que, cuando mi cumpa le dijo pelotudo, no tuviera toda la razón. Y añadió algo desagradable, sobre lo que va a pasar. Nada de lo cual parece haber oído, o que le importe. ¡No, mejor que no! Le ruego que lo dejemos ahí –abortó con firmeza la andanada que el otro ya tenía en la boca, y el gesto de avanzar-. Tranquilícese, nos vamos –volvió a mirar el reloj con aprensión-. No sé..., cualquier cosa que dijera sonaría hipócrita o agresiva. Sólo le recomendaría que se olviden de nosotros. Mencionarnos, ante sus visitas de esta noche, los pondría más furiosos aún. Y eso, a ustedes, no los ayudaría en nada.

En tres o cuatro zancadas estaban sobre la tapia, donde recogieron el bolso antes de saltar y perderse en el silencio de la tarde. Por el oeste avanzaba un tono gris, de nubes densas, presagiando la temible oscuridad y sus jaurías.

PASARELAS

El departamento era grande, iluminado, y arreglado con gusto. Estaba dividido por secciones. Lo primero la Oficina Técnica, a cargo de los proyectos de arquitectura. Un muchacho fijaba con chinchas unos planos rebeldes sobre su mesa inclinada. En el aire flotaba el olor ácido del revelado. La habitación de enfrente también tenía dos mesas, y estantes hasta el techo, repletos de catálogos, revistas, y elementos de trabajo. Allí diseñaban la decoración de vidrieras y locales comerciales, o encargos privados de interiorismo. En realidad es lo que nos mantiene, le explicó Sigfrido. Una clientela fija, y el sector de ricachones que cada tanto nos llaman. Eso permite capear temporadas bajas, y experimentar con otras cosas. En la parte más amplia, del fondo, tenían el taller de alta costura, con el que estaban probando suerte desde un par de años atrás. A Jorge le llamó la atención el orden y la limpieza reinantes, a pesar de tanta actividad y la cantidad de materiales desperdigados. También notar que la gente hacía bromas, opinaba, o pasaba informes a su paso, en el mismo tono de desenfadada camaradería que Sigfrido había usado con él desde un principio. Cuando volvieron a su escritorio el arquitecto le pidió disculpas por el interrogatorio anterior. Insistió en que, sobre todo, lo había hecho para que se distendiera. Y lamentaba la ausencia de Claudia, porque seguramente hubiera ayudado.

-Te aprecia mucho. Cosa rara habiendo existido una relación íntima. Lo cual habla a favor de los dos. Es una piba muy buena, y muy seria como profesional. Este tema, de aggiornar los desfiles, fue una idea que surgió charlando con ella. Confío a ciegas en su criterio. Y según ese criterio vos encajarías perfectamente en el proyecto. Aunque no hubieras venido, teníamos pensado buscarte.

-Eso me halaga -aceptó el cigarrillo que el otro le ofrecía, a él le quedaba media etiqueta y debía alargarla-. Bueno, en realidad creo que

me sorprende más de lo que me halaga. Porque sigo creyendo que yo... No sé, ¿por qué mejor no me contás de qué se trata?

-Mirá, la cosa es simple. Precisamente su probable éxito consiste en eso. En presentar las próximas colecciones de una manera nueva. Prescindiendo del glamour y los figurones de pasarela. Ya viste las chicas que desfilaban allá. Excepto Claudia es toda gente que hemos formado nosotros. Están muy bien, pero mantienen la sensación de que te las podés encontrar por la peatonal, o en tu barrio. Que las mujeres piensen que podrían ser ellas, con unos kilitos menos. Eso siempre se agradece. Lo otro que buscamos es la forma de exhibir las creaciones. Desmarcarnos del muestreo frío, abriendo y cerrando la ropa. Una alternativa es lo que viste, usando la música no sólo como fondo, sino marcando pasos, bailando... No sé, todavía estamos probando, pero va por ahí. Si encontramos el punto, sé que funcionará. Y ojo, cuando digo que funcionará me refiero a que podríamos copar un montón de contratos en el interior. Con Buenos Aires no me meto. Sé dónde están mis límites. Pero acá tengo contactos de sobra. Y si los convengo, contaremos con seis meses para explotar el invento. Más allá ni me preocupo. Ya veremos. Lo normal es que, si gusta, nos copien. O que, pasada la temporada, también pase la novedad y chau picho. El mundo de la moda es así. Pero ya te digo, eso no me preocupa. Por ahora es un negocio, que dejaría sus buenas ganancias a corto plazo. Ya ves, yo tampoco pretendo dispararme a la fama. Me atrae la idea de hacer algo distinto, que nos divirtamos con ello, y el bolsillo también se divierta. ¿Qué te parece...?

-Por ahora te escucho y me parece bien. Pero lo que no sé todavía, es dónde entro yo en la idea.

-Igual de simple que lo otro. Se nos ocurrió aquella misma noche. Cuando bailaban. Me gusta cómo te movés, cómo caminás... Ya has estado sobre un escenario...

-Hace tiempo de eso. Aparte que no es lo mismo.

-No. Es verdad. Pero, sea por aquella experiencia, o por lo que sea, tenés soltura -estiró una mano hacia delante, cortando cualquier reacción de Jorge-. No te agrandés, ni me contestés pelotudeces, para que te dore el ego. Estamos hablando en serio. No sos ninguna bomba, ni medís dos metros. Estás bien, un chico corriente, que en movimiento gana mucho. Querés gustar, ése es el secreto. Bah, todos queremos gustar.

Pero la mayoría no sabe cómo hacerlo, o se le nota y queda espantoso. Los buenos te convencen de que no les importa. Que sí, son conscientes, pero qué le vamos a hacer, ¿no...? ¿Te suena...? Bien, eso es. Si querés, llamamos a cualquiera de los que te presenté recién, y les preguntamos si te ven como posible modelo para el proyecto.

-No, por favor... No me hagás eso. Ya he cargado las baterías para un par de meses por lo menos. Me conformo con algunos piropos más y saber qué haría exactamente. Porque no tengo ni idea de desfilas.

-Olvidate, eso es lo de menos. Son cuatro trucos, algunos pasos, los giros, y después lo que vayás incorporando personalmente. Yo no tengo dudas. Lo vas a hacer bien.

-Pero, habrá más tipos, ¿no...?

-No es la idea. Por ahora tenemos de sobra con vos. Ya has visto que en el interior casi no hay modelos masculinos. Y los que hay... No, no, yo quiero un contraste fuerte con las chicas. Nada de muchachitos con las nalgas flojas, y caminando de perfil como los egipcios. Esas sí que debían ser locas. Todas Nefertitis y Tutankamonas, con las manitas así. No me digás... No, ya somos bastantes de este lado del taller. En la alfombra quiero alguien que motive a las chicas. Que les mire en serio el culo y las tetas, que las persiga cuando se cambian... ¡Eh, eh, es una forma de decir, dejá de frotarte las manos!

-¡No me he movido!

-Ni falta que hace. Se te han puesto de lo más obscenos los ojos. Pero bueno, aunque con moderación prefiero eso. Que se note ese clima, que haya provocación, tensiones dando vueltas. Si está ahí, se le transmite a la gente. Como en el teatro, ¿viste...? ¿Qué pasa...?

-No, nada... Bueno, sí: Ya antes dijiste una palabra, y te tendría que haber preguntado. Y ahora lo del teatro...

-¿Qué palabra?

-Creo que fue ayornar.

-Ponerse al día. No me des bola. Por ahí yo también me agrando, y voy de políglota. Cada uno hace pinta con lo que puede.

-No, si el bruto soy yo. Claro, a giorno, qué boludo.

-¿Y lo del teatro...?

-Que entendí lo que querías decir. Pero, si me callo, puede parecer que pretendo saber más de lo que sé. Y no, tampoco hondeo nada de teatro.

-¿No te gusta?

-No se trata de eso. Creo que sí. En realidad sólo he ido algunas veces, al Rivera Indarte. Porque tenía una novia, que el padre era Jefe de Maquinistas. Pero en general me aburría. Muy... Como si recitaran. Y hablando al público, aunque tuvieran los otros actores al lado.

-Los apartes.

-¿Qué...?

-Se llaman así. Apartes. Cuando informan a la gente de algo que, supuestamente, el de al lado no escucha.

-Ah... Pero es muy poco natural, ¿no?

-Lo natural, y no natural, en el arte... A ver -Sigfrido ladeó la cabeza, y prefirió seguirlo estudiando-. ¿Cuándo lo verías como natural?

-A lo mejor, más que natural es vivo lo que quiero decir. Que de verdad te lo creas -vio que aquél cabeceaba, aprobando, y eso lo animó-. Una cosa sí me gustó. No todo, pero... Fuimos a un Festival de Teatro Nacional. Compañías de chicos jóvenes casi todas. Te vas a burlar, pero de la mayoría no entendí nada. Aunque ya eran otra cosa.

-¿Y de qué me iba a burlar? Dejalo, decime qué fue lo que te gustó.

-En general, la polenta que tenían. Y una obra muy linda. Un Sabor de Miel, creo que se llamaba.

-A Miel.

-Tenés razón -le maravilló lo que sabía ese tipo-. Un Sabor a Miel. Como el tema de Los Beatles. Terminé llorando.

-Yo también. Deberían haberle dado a ésa el premio.

-¡A que sí...! La chica era buenísima -que coincidieran lo tenía entusiasmado-. Te olvidabas de las luces, de los cuatro trapos del decorado, porque la forma en que hablaba, cómo se movía...

-¿Ves lo que te decía antes...? Lo natural está en el intérprete. O, a veces, en cómo lo dirijan.

-Sí, ya... Pero hay que tener... Me parece tan difícil -dudó entre decir o no lo que estaba pensando-. ¿Sabés qué pasa...? Yo soy muy duro para obedecer. Siempre me estoy peleando y discutiéndolo todo. No te rías -el otro no se había podido contener-. No te lo iba a decir, pero una vez, hace años, me metieron en una obrita. Nada que ver con el teatro en serio que estábamos hablando.

-Olvidate de eso -todavía risueño, pero de lo más interesado-.
¿Qué pasó...?

-Terminamos a los patadones con el que la dirigía. Ya te dije que soy un desastre. Por eso me da miedo todo esto.

-¿Cuál era la obra?

-Da igual. Lo que importa es que me parecía mal todo lo que me pedía que hiciera -Sigfrido lo seguía mirando, a la espera-. Está bien: La Tercera Palabra.

-¡Uy, Alejandro Casona...! ¿Y dónde la hacían? ¿En la Parroquia?

-Algo así -le costó disimular la sorpresa. No sólo se sabía el autor, sino que había adivinado también lo otro-. Yo entonces era de las Juventudes de la Acción Católica. Por favor, no. No empecés a reírte de nuevo. Me obligaba mi vieja.

-Perdoname -estaba seriamente tentado-. No lo hubiera imaginado. Aunque empiezo a juntar algunas cosas. Supongo que ya hablaremos de todo eso. Ahora quitame una duda: ¿Ese chico, el que decís que la dirigía, era...?

-Sí. Bueno... -se frenó a tiempo-. Tampoco lo puedo asegurar. Pero...

-Se le quebraba la mano -Sigfrido hizo el gesto imaginario de llevar una bandeja.

-Se le quebraba mucho -ahora fue Jorge el que tuvo que reírse.

-Y vos tenías que ser un gorila, que levanta a las Tías por el aire, y camina como si las botas estuvieran llenas de cemento.

-¿Vos has hecho esa obra...? ¿Cómo sabés...? Una de las que hacía de Tía pesaba como ochenta quilos. ¡Y sí, justo..., él quería que la revolcara! Cada vez que lo intentaba nos caíamos de culo los dos.

-No, no la he hecho -estaban a las carcajadas. La secretaria, que entró a traerles más café, los miraba y no entendía nada-. Aunque me hubiera gustado el papel del Apoderado.

-¡Andá a la mierda...! ¡Ése es el que hacía él! Con la bandeja y ceceando. ¡Por favor, che...!

-Normal, Jorge. Era tu oponente. Sansón y Nefertiti.

-¿No eran Sansón y Dalila?

-En este caso... Ya te lo iré explicando. Poco a poco. Así que ése era tu Director.

-¡Era mi torturador! Quería que caminara... Bueno, vos lo dijiste. Y que me aprendiera hasta las comas. ¡Nadie habla así! Ni mueve los brazos como él quería, cuando enamoraba a la chica. Bah, entendeme... No sé si se hace así, o no. Yo no podía. Nunca, en mi vida, he puesto las manos de esa forma -las levantó, como un karateka, señalando el cielo-, para convencer de algo a una mina. Te juro que al principio se lo dije por las buenas. Traté que comprendiera. Le di alternativas...

-Calmate... -la mirada de Sigfrido no estaba claro si era de compasión, o simpatía. Probablemente ambas cosas-, ya está bien. Yo te he entendido. Y también que no resultara. Quizás no te hayas dado cuenta, pero acabás de exponer lo que yo te estaba planteando antes. Ahora falta que seás vos quien entienda, que acá nadie te va a pedir que hagás cosas raras. Concedeme un poco de inteligencia. Te busqué por cómo sos. Sería idiota tratar de cambiarte. Al contrario, quiero que aportés ideas, y me vayás mostrando tu forma de hacerlo. Tranquilizate, con eso no habrá problemas. Y en cuanto a lo otro, de que fueras el único, es una razón de orden práctico. No pretendo hacer una broma fácil, pero éste no es un mundo de hombres. Todavía no se explota eso. A los tipos es más difícil convencerlos para que renueven y cambien constantemente, su vestuario. Personalmente no me importa. Ni quiero reivindicar nada. Pienso en el negocio, y acepto sus reglas. Pero en dos pasadas, comprendeme, con cuatro modelos masculinos, mostraríamos todo lo que hay que mostrar. No tiene sentido, ni va por ahí lo que buscamos. No hay una variedad tan grande de moda para hombres que imponer. Además, te habrás fijado que todo nuestro diseño es para mujer. Así que pasarías lo mejorcito, o las tendencias más avanzadas, de alguna casa de acá a la que le saquemos la exclusiva y listo. Al fin y al cabo lo que queremos es el matiz nuevo de un tipo, rompiendo la monotonía del paso de las chicas. Llevándolas a otro ritmo, a otras historias, o lo que sea. Tendrías que funcionar como el nexo entre las distintas salidas. Una especie de presentador desde adentro, algo... Sí, no digás nada -Jorge, más metido, levantaba a cada momento un dedo, o movía la cucharita en la taza vacía-. Suena como si faltara lo esencial. Pero sabemos que en cuanto te pongas a trabajar, surgirá solo.

-¿Sabemos...?

-Sí... Me refiero a Claudia y a mí.

-¡Ah...!

-Ella está segura. Y yo ahora también. Falta tu parte. Que empiece por decir que sí. No te voy a apurar. Tomate unos días para pensarlo. Y en cuanto lo decidas me llamas, para juntarnos los tres a charlar en serio. Lo del sueldo lo arreglarás con Norma, que es la que se encarga de esas cosas. Tenemos un mínimo de dos, y un máximo de tres meses, para empezar justo con los pases de la próxima temporada. Mi propuesta es que cobrés un fijo por ese tiempo, prescindiendo de los resultados. Si el proyecto queda a gusto de todos, que es lo que esperamos, negociamos un porcentaje, aparte del sueldo, por lo que dure el negocio. Me parece lo más justo y razonable. Pero ya hablaremos de eso. Ahora te vas, lo consultás con la almohada, y me llamas. Me encantaría que aceptés, Jorge. Te aseguro que no te arrepentirás.

Eso nunca se sabe, pensaba él. Tenía que haber una trampa en algún lado. No podía ser todo tan claro, tan limpio, incluso tan repentino. Volvió a dar vueltas por el centro. No quería sentarse en un bar. Se había pasado la mañana sentado, y tomando un café atrás de otro. Necesitaba reflexionar. No, mentira, lo que necesitaba era serenarse. Mientras el otro hablaba le había sobrado tiempo para analizar lo escuchado. Ojalá no se le hubiera notado demasiado, pero la decisión era firme a los quince minutos. A pesar del recelo inicial le gustaba aquel tipo. Le gustaba cómo encaraba las cosas, sus conocimientos, su organización, y su franqueza. Se solucionaba lo del dinero. Podría pagar todas las deudas. Y si marchaba bien, ahorraría para ponerse por fin a la caza de un alquiler. De cualquier manera, se alegraba de haberse contenido. Un poco por la imagen, pero también al notar la excesiva euforia que le contagió. Ahí podía estar la trampa. No en el otro, sino en él mismo. Demasiado contento con los halagos. Demasiado convencido del acierto en lo que pensaban de él. Bajate del caballo, James Dean. Parala un poco con eso de mirarte en todas las vidrieras, y sonreír esquinado cada vez que pasa una mina cerca. Sosegate, querés. Sólo te faltaba algo así, para volverte más insoportable. ¿Estás seguro que podés hacerlo como un trabajo? ¿Con seriedad? ¿Que te entusiasma más el proyecto que los piropos? ¿Que vas a lograr desprenderte de toda esta estupidez, y darles lo que ellos esperan? ¿Es realmente el trabajo que buscabas...?

No, no lo era. Para qué engañarse. Nunca se le hubiera ocurrido desfilarse ropa. Por más revolución que le metieran a las formas. Aunque, si lo pensaba bien, tampoco sumar y cuadrar números, o andar haciendo preguntas y rellenando formularios, eran el sueño de su vida. ¿Y cuál lo era...? Ni puta idea. Por el momento mejor no entrar ahí. Sabía que buscaba algo, pero no el qué.

De acuerdo, ya estaba algo más tranquilo. Le entusiasmaba, porque encerraba un desafío. Tenía que encontrar soluciones, y adaptarse a un grupo de gente que sí sabían lo que estaban haciendo. Iba a aprender cosas nuevas. Debería estar alerta, controlar lo que podía y lo que no podía sacar de adentro. Que lo parió..., ojalá Claudia lo ayudara, porque sentía las ganas y el tembleque subirle desde los pies. Está bien, una vidriera más y nos vamos al Despacho. Hasta las seis o siete de la tarde no llegaban los Contadores. Tendría un buen rato para descansar. Y después se iría a lo de Graciela, a contarle las novedades. Empezaban a ocurrírsele ideas. Ma qué consulta con la almohada. Se conocía. Iba a reventar el sillón de tanto dar vueltas. Pero eso sí, sin despeinarse, che. Hay que cuidar el material.

CABILDO

-¿Cómo va la cosa, Jiménez? ¿Ha podido adecentar aquello?

-Limpio y con todo lo que Usted me pidió que llevara. ¿Eran dos teléfonos?

-Sí, dos –Gambetta no lo miraba, ocupado en reordenar el despacho, llenar el canasto de bollitos de papel y puchos, y despejar al menos su escritorio-. Vaya, traigase el termo y los cachivaches, que tenemos para un rato. Me imagino que querrá saber para qué lo he hecho trabajar tanto.

El otro asintió, con un giro cómico de curiosidad. Lo justo como para satisfacer al Jefe, mientras buscaba en su armario la valijita del mate. Puro verso. Daneri ya lo había puesto al tanto de todo. No obstante, el acuerdo era no mostrar jamás la existencia de esas ventajas, para evitar problemas. “Nunca puede saber más que un superior, ni antes que él, aunque sea así, como ahora. Y entiéndalo como regla absoluta. No hay excepción que justifique saltársela. Sí, ha entendido bien, conmigo también vale.” El Peón discreto. Cebando mate, y esperando a pasarle el segundo, para que lo informe del misterio.

-De Buenos Aires nos mandan un Técnico Yanqui. Caprichitos de su amigo.

-¿Un Técnico, Señor? –el extrañamiento de Jiménez había incluido la sonrisita de aceptación resignada sobre lo del amigo.

-No me tire de la lengua, che. El mate está buenísimo, como siempre, pero no me atonta. Ya sabe a lo que me refiero. Va a ser la primera vez que instalan uno acá. En una de esas hasta nos sirve. Vamos a ver si es cierta toda la propaganda que se hacen. ¿Usted se maneja bien con el inglés, ¿no?

-Bueno... Lo entiendo mejor de lo que lo hablo.

-No importa. Eso es práctica. Y mejor todavía. Porque podrá hacerse el boludo, para ganar tiempo cuando le convenga. Va a ser mi intérprete.

-¡Pero, si Usted...!

-¡No...! –el comisario negaba, cerrando los ojos-. No, Mijo, yo no entiendo nada de ese chamuyo. Tenga en cuenta que nos ven, a los del interior sobre todo, como indios con pluma y taparrabos. No lo vamos a defraudar, ¿no le parece? Usted será el de la generación más joven, que ha pasado por el ejército, y tiene que aguantar a las viejas bestias como yo.

-¡Señor...!

-No se me altere. También acá sabe de lo que le estoy hablando. Quiero que confíe en usted como el único... ¿Cómo le dicen al que está en su nivel, el que los entiende?

-¿Interlocutor válido?

-¿Ve...? Ha picado. Pero muy bien. Si lo decía yo, me salía del papel.

-O sea que Usted será... –adecuado visaje admirativo, pero sin calificar.

-¡No, ojo, retardado no! Sabe que va a trabajar conmigo, y se habrá empapado de historial y antecedentes. Un poco bruto y desfasado nomás. Me interesa que se vea obligado a hablar con mucha claridad. Tenemos que sacarle la mayor cantidad de información posible. Averiguar lo que realmente saben del asunto, y cómo piensan encararlo. Él buscará lo mismo de nosotros. Hay que ganarle de mano. Llevamos tiempo juntando datos e hipótesis. Ni por puta se lo pienso dar, para que los laureles se los lleven ellos.

-Pero, para eso, tendrían que encontrar lo que nosotros no hemos encontrado.

-Sí, cierto, che. Me estoy adelantando al pedo. Lo que intento es que usted chape bien la parte que le toca. Que pregunte, escuche, ponga esas caras que me pone a mí, y después, entre los dos, ya iremos viendo lo que se hace. Por lo pronto es el chico bueno, convencido que está ayudando a James Bond, y que le consigue lo que el otro quiera. Sí, me refiero a hacerle cómoda y placentera la estadía. Sea lo que sea, usted me pregunta y se lo servimos al espiedo. Él también necesitará un traductor.

Jiménez estuvo a punto de corregir la idea, pero se frenó a tiempo, preguntando qué hacía si el otro pretendía sacarle información confidencial, o quería leer lo acumulado sobre el caso.

-Lo que flota, che. Sólo lo que flota –Gambetta fruncía los labios, advirtiéndole cuál era la actitud a seguir-. Lo que cualquiera de los que están en esto saben. Y papeles, todos los que hay en el archivo rotulado. Al fin y al cabo, lo que tenemos acá, aparte, son ideas, conclusiones, sospechas, que hemos sacado de aquello. No sería propiamente estarle ocultando información, sino evitar confundirlo con especulaciones posiblemente equivocadas. No me mire así. Por supuesto que colaboraremos con él, como con su amigo el Teniente. Pero hay tiempo para eso. Que se lo ganen primero.

-Entendido, Señor. También es factible que necesite algún ayudante. Además de mí quiero decir.

-Sin problema. Ponga a su disposición cuantos pida. Aunque haya que traerlos de otras secciones. Eso sí, a todos me los alecciona primero, y que sepan que tienen que pasarme diariamente un resumen de lo hecho. En lo demás, y sin límite de gastos, provea al Yoni de lo que él pida, o usted vea conveniente. Por ahora es todo. Mañana lo tendremos acá y comenzará el trabajo en serio.

-Perdone, Señor, pero hay otro asunto que me preocupa –Gambetta, con gesto de cansancio, lo autorizó a seguir-. La verdad es que fue el Teniente quien me transmitió su inquietud por el caso del..., del degenerado éste del Parque Las Heras.

-¡El puto milico de mierda! ¡A él qué le importa! –la explosión del comisario rebasaba el mero cansancio del día-. Ni es su jurisdicción, ni tiene por qué meterse. ¡Es problema mío! No tenemos bastante con los periodistas, que han venido de todos lados a tocar las pelotas y convertirlo en un circo, que ahora éste también querrá meter la cuchara.

-Bueno... –Jiménez no sabía cómo calmarlo-. No fue nada oficial. Se limitó a comentar casi lo mismo que usted, sobre el bombo que se le estaba dando, y el temor que le provocaba que lo fueran a utilizar como sinónimo de inseguridad. Me preguntó si teníamos una pista o algo, porque las últimas víctimas, aunque fuera del otro lado del puente, guardaban las mismas características de...

-¡Sí, sí, ya sé lo que dijo –arqueó las cejas, como una vedette-, el

modus operandi! ¿A que dijo el modus operandi...” –por primera vez la risa fue franca entre ambos. Jiménez tosía, y se concentraba en cambiarle la yerba al mate, para disimular la falta de respeto al ausente-. Se le hace de goma la boca cada vez que encuentra la oportunidad de soltarlo. Es abogado también su amigo, ¿no?

-Sí. Ya sabe, ese lenguaje procesal, sobre todo dando clases, se les pega un poco.

-Por mí, que se lo coma vuelta y vuelta, pero... Mire, che, sólo si él se lo vuelve a preguntar, y para que usted pueda seguir guardando las formas, le dice bien clarito que es algo que tengo medio controlado, y le estamos cerrando el cerco. Usted sabe que hemos dispuesto patrullas en la zona.

El Sargento asentía, recordando que las patrullas no habían resultado de ninguna utilidad en dos de los crímenes, y en otro sólo aportaron una confusa persecución que acabó en nada. Además, justamente, en el modus operandi se repetían características preocupantes. Sólo que estaba seguro que Gambetta lo veía tan bien o mejor que él.

-No sé, che, a usted también lo noto asustado con esa tontería. No pasa nada. Lo vamos a agarrar. Una de dos: O lo agarramos, o el loco ése entiende que la mano viene pesada y se manda a guardar. Acuerdese de lo que le digo. La culpa la tienen los reporteros esos de la Capital, que allá se aburren y acá han visto carne fresca. De golpe todos se vienen para Córdoba. Desde El Cordobazo nos ponemos de moda cada dos por tres. Vaya, Jiménez, tómese el resto del día para descansar, que mañana lo quiero fresquito. Y hablando de fresquito, estos mates ya saben a tereré. Muchas gracias, pero lléveselos también.

21 : 09 : 72

12 : 47 : 22

¡Una lesión del alma...! Hay que joderse con el poeta. Se había desgarrado las meninges. Pensando cosas así se merecía la lesión, pero en otro lado. En el ridi culo, ridi pagliacci, reíte de este payaso eléctrico que va soltando chispas. Y no sólo con las huevadas que pergeña, sino con los gestos de loquito que ahora las acompaña. Dejémoslo, puede que sea eso lo que le hace falta. Una grossa sesión complementaria de lo que decía el ruso aquél, sobre el método de las acciones físicas. Que suelte el animal, el ancestro, o como se llame. Esa especie de escritura automática del cuerpo. Que haga el bestia todo lo que quiera. Al fin y al cabo, como también dice el Elejota -o como tan bien dice-, no se sabe de alguien que se haya levantado, sin caerse primero.

Total, el itinerario es el previsto. La peatonal, el cierre de los comercios, la multitud que lo envuelve, para el retorno anónimo y tranquilo. Aunque muy tranquilo no está. Y lo de anónimo es a ratos, y a su pesar. Si no llama excesivamente la atención es porque, entre tantas conversaciones cruzadas, los gritos de los vendedores ambulantes, y el ruido ambiental, se pierden las barbaridades que seguramente irá diciendo. Ya que el naufrago del alma ha incorporado la verba a los manotazos de ahogado. Sólo le falta ponerse a saltar, por encima de los macetones, y subirse a las pérgolas. Espero que no nos haya oído.

Pues no, saltar no salta todavía. Parece Silvestre, colgado de los posibles hilos de la lluvia, que ahora serían los hilos del sol entre las plantas trepadoras. Rayado con eso, o trazando las rayas que dirijan

tanto movimiento. Al menos la expresión es la misma de aquella charla en el bar. Sólo que él gesticula frente a las vidrieras, en lugar de hacerlo desde adentro y contra un ventanal. Vaya a saber las derivaciones que habrá encontrado. Le molesta la música que sale por las puertas, todavía abiertas, de Vértice Musical. Que esté sonando, por millonésima vez, y a todo volumen, el cuartetazo de moda. Le molesta la avalancha de empleados, hambrientos y cansados, que escupen las tiendas. El esperpento institucionalizado de los cieguitos con la guitarra. Le molesta el olor a mostaza quemada de los puestos de panchitos eléctricos. Hot-dogs a pilas. Mondo cane. Hoy le molesta todo. Incluyendo esta florida calle. Su a veces querida Nueve de Julio, pobre muestreo gratis del mundo, en cuatro babilónicas cuadras de muchedumbre ruidosa y enloquecida. Cuestión circunstancialmente molesta, y con altísima electricidad ambiente. ¿La humedad es la culpable?

De todas formas, mientras no le hagan caso no pasará nada. Bueno, corrijamos: no pasará, mientras no se le ocurra hacer este tipo de cosas. ¡Por favor...! ¡Qué bruto..., cómo se va a parar así, de golpe, a mirar para arriba! Tiene suerte que el instinto animal de la horda subsista, y se vayan abriendo, en lugar de pisotearlo, que es lo que se habría merecido. Es curioso el ojal que forman al esquivarlo. No sería de extrañar que lo haya hecho a propósito. Experimentos de masa y resistencia. O de cómo un esquizo profundo, en busca de catarsis liberadora, pone a prueba las reacciones de sus congéneres en horario punta.

Desentrañado el misterio. No descartamos la provocación. Pero la causa principal es otra: Se ha quedado mirando los ventanales del Desván. Sí, ahora la cosa ya no es con El Molino. Cambio del bar de los malos recuerdos, por el Café Concert de los mity y mity. Bueno, precisando más, del local donde en su día estuviera El Desván. Alguien tendría que traerlo de vuelta. Decirle que ahí no hay nada. Que desde que aquello se acabó está vacío. Y no sólo a causa del día del estudiante. No hay quien alquile un lugar tan grande, y tan lleno de fantasmas. Sí, papuchi, sólo fantasmas, y polvo acumulado, desde hace un año. Esa es la verdad de lo que estás viendo. Invocalos, deciles que piedra libre, y que el juego ha terminado. Desalojalos por ocupación indebida, y llevátelos si querés. Pero movete, seguí adelante. Dejalo ya.

¡Por caridad, Señora...! Cuando dijimos lo de traerlo de vuelta, no nos referíamos a algo tan drástico. ¡Vaya maneras! Se le acabó la suerte al guaso. Y también el ensueño. Él debió pensar que se le acababa el mundo. Porque especimen otro, de satisfecho instinto, se salta, con conciencia de prerrogativa especial, las conductas de tropilla en marcha. O sea: madre, portadora de cochecito con prerrogativas mellizas, embiste sin miramientos y por detrás, a especimen detenido en evocadora contemplación.

Consecuencia primera: Lo sienta de culo, y con las patas para arriba, en medio de los mellicitos. Consecuencia segunda: Ella se pregunta si siempre fueron tres. Y, en todo caso, a quién salió éste, tan blanco y rubio. Porque ni ella ni el Blas... Consecuencias tercera y subsiguientes:

-Oiga..., usted, ¿qué hace ahí...?

-Nada. ¿Qué le parece...? Acá..., charlando con sus chicos.

-¡Salga ahora mismo del cochecito! ¡No ve que me los va a aplastar!

-¡Y yo qué culpa tengo! ¡Fue usted la que me atropelló!

-Pues yo iba de lo más tranquila.

-Yo también estaba de lo más tranquilo.

-¡Estaba en medio de la calle!

-En medio de la peatonal, querrá decir, señora.

-¡Me da igual! ¡Y levántese de una vez, no ve cómo lloran los chicos!

-No es verdad. Uno sólo. Y porque usted grita. Que con el otro, si se fija un poco, ya nos estamos haciendo amigos. Mire cómo me ofrece el chupete.

Etc, etc... Hasta que el resto de la manada, mayoritariamente solidarios con la hembra enfurecida, como debe ser y dios manda, lo desincrustan del móvil, se ponen a enderezar las ruedas, y lo increpan para que devuelva el chupete. Habrase visto grandulón aprovechado.

Tendría que servirle de escarmiento. Debe estar pensando en eso, mientras recoge el piloto, lo dobla, y se lo vuelve a colgar sobre el hombro. Nada de experiencia útil, está furioso. No vale la pena, che. Ya sabías que

la gente juzga a partir de los roles. Los hechos no importan. Pero, claro, eso en lugar de alejarlo de sus preocupaciones, lo retrozambulle de cabeza. Mala cosa. Al menor chispazo, va a explotar como un petardo. Mensaje de paz: Desde el puesto de las flores vuela un clavel. Jorge lo chapa en el aire, saluda al Gitano, y cruza Rivera Indarte rengueando un poco. Va masajeándose el glúteo izquierdo, que fue quien llevó la peor parte en el encastre. Puede que la divertida complicidad del Gitano, con quien se conocen de años, lo aplaque un tanto. A veces, gestos así consiguen hasta un premio internacional de fotografía.

CABILDO

-¡Tenía que ser a nosotros! ¿Usted cree que en Buenos Aires se lo bancarían? ¿Qué pasa...? ¿Que soy el hijo de la Pavota, yo? ¿Y qué hace parado ahí? ¿No le dije que trajera el mate...?

Jiménez pensó que no, que no se lo había dicho. Ambos lo sabían, y es lo que menos importaba. Así que salió cagando hacia su armario, chapó la valijita y el calentador, y volvió a cruzar la puerta, que cuatro minutos antes ya habían cruzado. Las cabezas de sus compañeros estaban repentinamente bajas y concentradas. Méndez, con el que se encontró de frente, se apartó sacudiendo los dedos de una mano, porque algo se estaba quemando, o se iba a quemar.

Gambetta ni siquiera se había sentado. Daba vueltas, con los pulgares enganchados en el cinturón, alrededor del escritorio. Corría y volvía a descorrer la cortina de la ventana. Se quitó la gorra, la colgó en el perchero, y se repeinaba, o se masajeaba la cabeza, como si algo fuera a saltarle hacia arriba en cualquier momento. Jiménez había puesto al máximo el calentador, y ya tenía el mate listo. Un prodigio de velocidad y nerviosismo. Esto último corregido igual de rápido, y mirando de reojo, con la mano acuencada que barría el azúcar y yerba derramados, sobre la mesita lateral, hacia el mate. Pero el agua no colaboraba, no entendía de situaciones especiales. Ni humito hacía todavía. El único en la habitación salía de esa cabeza, que ahora observaba la cajita de madera en sus manos, y extraía un habano de primorosa etiqueta. Jiménez no alcanzó a ver con qué le cortaba la punta. Debió morderla, porque algo escupió hacia el canasto, encestando con un apagado plop entre los bollos de papel. Después lo encendió, y esa primera bocanada podría haber empañado toda la ventana.

-¡Cohiba...! ¡No me diga que no ha sido un gesto exquisito, por parte de nuestro nuevo amigo! Un humilde detalle para el Jefe –parodiando voz y movimientos untuosos-. ¡Hasta eso! ¿Notó cómo decía lo de Jefe, no? Faltó que añadiera Jau, con la mano en alto. Hombre blanco venir en son de paz. ¡Pero quién mierda se cree que es, ese lamento borincano! Acá por lo menos no nos hemos mezclado con negros como ellos. Y éste, por más que se haya estirado y teñido el pelo, seguro que lleva de esa sangre. ¡Puros habanos de La Habana! Yo hago así –percutió con los dedos-, y me traen cincuenta cajas en diez minutos. ¡No es mala idea...! Mañana –señaló a Jiménez con el dedo-, a primera hora, antes que venga, le vamos a dejar un par sobre la mesa. Y una botella de Ron. O, mejor, una de ese whisky de Tennessee que consigue Muñoz. Le voy a hablar al Gordo.

-Señor...

-¡Por fin...! ¿Ya ha dejado de sembrar yerba por todo el piso? Como vea una cucaracha en estos días se la voy a hacer comer. El que está caliente soy yo. ¡Deje de temblar, carajo! ¡Putá que lo parió..., esto también está calentito, eh! ¿Qué se piensa, que si me quemó la lengua me voy a callar...?

-No, perdón, Señor. Pero lo que quería decirle es que no me parece muy buena idea lo de dejarle esas cosas mañana.

-¡Muy bien, así me gusta! No, no es lo más adecuado para recibirlo. Tiene razón. No ponga esa cara de boludo. Prefiero que me discuta, a que se calle. De todas formas, lo voy a putear igual.

-Es que..., yo no tengo su experiencia, y podría...

-¡Déjese de mariconadas, che! Yo sí la tengo, y nos sobra. No le he dicho que se agrande y me corrija. Tiene que tomar mucha sopa todavía para eso. Pero acá no está en el Cuartel. Si cree que se me escapa algo, lo suelta y listo. Ya está bien de hacerse el tonto. ¿De acuerdo...?

-De acuerdo, Señor. Tome. Saqué el agua del fuego. Supongo que éste estará mejor.

-A punto –Gambetta sorbió apreciativamente, y por fin se sentó. Jugando con la caja que tenía delante, la abrió y empujó hacia el otro-. ¿Quiere uno?

-Mmm, no, gracias. La verdad es que no sé fumar esas cosas. Lo mío son los Particulares verdes, aunque no huelen tan bien.

-Yo prefiero los rubios. Antes eran los Clifton, o los Kent. Pero desde que salieron los Jockey Club... Estos –hacía rato que tosía tras cada chupada-, ya ve, me olvido que no hay que tragar el humo, y me hacen bosta la garganta –lo apretó con bronca contra el cenicero-. Dígame una cosa: ¿Qué le pareció el tipo?

-Bueno... En realidad, no tengo suficientes datos, a lo mejor...

-¡Jiménez, no empecemos otra vez! ¡Le estoy preguntando en serio!

-Tiene razón. Disculpe –sonrió cabeceando, y acercó su silla a la mesa donde cebaba-. Por lo poco que él habló, y toda la información que nos sirvió el Teniente, creo que es una persona preparada en el tema.

-Lo de Daneri olvídense. Estos hacen un cursito cualquier, de seis meses, en el Canal, y vuelven con la medalla de expertos en contrainsurgencia. Es lo que los otros les venden, por supuesto. Y bien vendido, porque no regalan nada. Y si encima el que viene le había dado algunas clases, cuadro completo para sacar pecho. Todos los elogios, en el fondo, eran para nombrarse, para decir mi amiguito y yo nos las sabemos todas. Hacía rato que no me tragaba una comida tan pesada. ¿Cuánto tiempo duró la “presentación informal”?

-Del aeropuerto salimos a las once y media, y hemos llegado acá –miró su reloj mientras le pasaba el mate-, más o menos a las cinco. O sea..., unas cuatro horas.

-¡Una amansadera de cuatro horas! ¡No se dejó ni un episodio por contar! ¿A quién carajo le importaba lo de los partiditos de Polo? ¿O lo mucho que aprendió del beisbol con su instructor? ¡Déjese de joder, che!

-También detalló el temario, y las clases de táctica y estrategia. No sé..., era una manera de informarnos, además, sobre la capacidad de este hombre. Ponernos en situación.

-¡En situación! ¡No te digo! Habla como el baboso de su Teniente. A mí, en la única situación que me puso fue en la de aburrirme. ¿Lo dejó hablar al otro? Eso sí me habría interesado. Escuchar sus planes, con qué intenciones viene.

-Es cierto que el Teniente Daneri copó la charla. Pero más o menos dejaba claro el cometido que se espera de este hombre. Creo que él, por respeto al anfitrión, lo dejó que llevara la voz cantante. Me pareció discreto. ¿No está mal, no?

-¡Noo, qué va a estar mal! A mí me encanta que los yanquis nos manden un agente bien preparado y discreto. ¿Es lo que esperábamos, no?

-Ehh..., sí –Jiménez notaba el sarcasmo, y no estaba demasiado seguro sobre cómo responder-. Supongo que sí.

-Supone –Gambetta lo miró, como a los chicos tontos que hay que explicarles todo-. ¿Y supone también que, para ayudarnos en la lucha contra la subversión, nos iban a mandar un Cubano...?

PASARELAS

Dos días después de la entrevista ya estaban reunidos en el taller, alrededor de una mesa grande, en la que Sigfrido tenía maquetada la pasarela tipo, y fichas de distintos colores para ilustrar los movimientos. Entre Claudia y él volvieron a explicarle lo básico de la idea. El patrón más o menos clásico que seguían, lo que podían ser sus entradas, y en general todo aquello sobre lo que habría que trabajar. Los ensayos se hacían por la mañana, y primeras horas de la tarde, en el local de unos amigos, que funcionaba como bar y mini-golf en el primer piso de la Galería Libertad. El amplísimo espacio enmoquetado y la instalación de sonido eran ideales. Allí le presentarían, al día siguiente, al resto del grupo, y Claudia se encargaría de irle enseñando los rudimentos del paseo.

-No te preocupés, es facilísimo. No creo que te cueste nada agarrarlos. Después empezaremos a buscar lo que mejor se adapte a tu ritmo. Algunas vueltas, las detenciones...

-No es eso lo que me preocupa. Confío en vos como profa. Son otras las cuestiones que me interesan ahora. Vos me enseñás los pasos. Pero, para saber cómo los uso, tengo que saber qué estoy haciendo.

-¿Cómo qué estás haciendo...? Eso ya vendrá -Sigfrido se acomodó los lentes-, con la música y la relación con las otras chicas. Date tiempo, ¿no?

-No, esperá... -Jorge movió los brazos por encima de la maqueta, aprobando-. Ya sé, eso es el entrenamiento, y está aceptado. Voy más allá. Digo que no das los mismos pasos para patear una pelota, que para saltar un charco.

-Jorge -dijo Claudia-, no te sigo. Estoy de acuerdo con él, me parece que te estás apurando.

-Un momento -Sigfrido la detuvo, con un gesto entre la duda y la sonrisa-. ¿Nos estás poniendo problemas, o sugiriendo soluciones?

-A lo mejor las dos cosas. ¿No hablaban hace un rato de romper con lo de siempre, que la exhibición surja como algo secundario? Vos mencionaste el otro día algo, sobre atrapar a la gente con la tensión de la historia que haya en la pasarela. Como en el teatro dijiste. ¿Te acordás..?

-Creo que sí. Suena bien, así que lo habré dicho yo. Pero...

-Sigfrido estaba casi tirado hacia delante sobre la mesa, mirando a Jorge por encima de los lentes-. ¿Cuál es esa historia...?

-Eso es lo que preguntaba yo.

-No..., dejá de hacerte el cretino, y dispará.

-Bueno. La historia es, que cada pasada tenga su historia.

-¡Ah, menos mal...! -Claudia los miraba a los dos, sin entender nada-. Antes teníamos el problema de la falta de historia. Ahora ya sabemos que cada pasada es un problema. Jorge..., decime que no nos estás tomando el pelo.

-No les estoy tomando el pelo.

-¡Jorge...!

-Nena, este chico que vos has traído -el arquitecto subrayó, con el dedo en plan pistola, la acusación-, no sólo nos está tomando el pelo con una falta total de respeto, sino que va a sacarse de la manga lo que llevamos tiempo buscando. Dale..., date el gusto. Decinos que ya tenés la solución, o te voy a meter una patada que te van a tener que operar para extraer el mocasín.

-Ya que es por las buenas... -Jorge torcía la cabeza, fingiendo un rápido escrutinio por debajo de la mesa hacia el calzado del otro, antes de abrir las manos y declamar-. ¡Reloj, no marques las horas!

-No jugués con mi paciencia...

-Esa no la conozco.

-¿Y a mi mocasín lo conocés...?

-Tampoco me suena. Me parece mucho mejor: Si esta calle fuera mía, de tu mano la vendría a caminar.

-¡Está bien, está bien...! -Claudia detuvo a Sigfrido que, aunque divertido, se había sacado el zapato y amenazaba al otro-. ¿Son letras de canciones, no?

-Y las letras de las canciones son historias -Jorge, tirado hacia atrás, rebosaba. Sobre todo al ver que el arquitecto afirmaba, apretando

los ojos, y masticando la parte delantera de su mocasín-. Qué le vas a hacer... La base de la sabiduría es la simpleza. Ponés la canción, tenés un argumento, y lo actuás desfilando. A partir de ahí, todas las variantes que quieran: Un tipo, en una cita a ciegas, ofreciendo el ramo de flores a cada una de las chicas que pasan. Un ladrón, que las va desvalijando, hasta que la última lo seduce, lo desarma, y se lo lleva esposado. Una pareja en el museo, mirando esculturas, que cobran vida en cuanto ellos se dirigen a otra. El astro, bajando del avión, y las fans y periodistas que lo acosan. El hombre, recorriendo la calle que le trae recuerdos... Qué se yo... En unas seguís las letras, en otras apoyás con música el guión que se nos ocurra, o añadimos gags de relleno. Habría que comprar unos cuantos discos de efectos especiales, para montar sobre la música, como lo del avión, o la lluvia por ejemplo... ¿A que no está mal?

Los otros se habían convertido en estatuas de sal. Sigfrido fue el primero en reaccionar, pidiéndole que parara el chorro, y lo dejara reflexionar. Pero enseguida salió a las disparadas y volvió con Norma, casi patinando detrás suyo.

-Okey, ahora sí. Vos te ponés ahí -la secretaria se sentó, sonriendo pacíficamente, en uno de los sillones. Estaba acostumbrada a los histriónicos arranques de su Jefe. Traía un bloc y lápices en la mano-, y tomás nota de todo lo que te diga este demente. Nosotros vamos a estar en mi escritorio. Enseguida les mando café. ¿Quieren alguna otra cosa? -los dos sacudieron la mano negando-. Entonces, Jorgito, lo que vas a hacer es empezar de nuevo, y contarle a ella todo lo que se te haya ocurrido sobre el asunto. Organizalo y dividilo como se te dé la gana. Cuanto más detallado ahora, más fácil será después montarlo. Ah, y confeccionen también listas de lo que haya que comprar. La música, los efectos esos que decías, lo que sea.

-De acuerdo -intervino Jorge-. Pero, con la música en particular, me gustaría estar cuando se compre, porque pegando una mirada ahí seguro que pueden salir más cosas.

-Tenés piedra libre. Y Norma tiene la guita, así que arréglese como quieran. Si a mediodía todavía están trabajando los invito a comer. Sí, Claudia, a vos también. Pero ahora vámonos para mi despacho, que

estas criaturas quieren estar solas. Ah, miren, ya viene el café. Norma, un consejo: movele vos el azúcar. Es mimoso, ¿sabés...?

Estaba eufórico, y al mismo tiempo enfadado consigo mismo. En primer lugar porque la preocupación de ambos –Claudia y él- había sido buscar la forma de irlo metiendo, en lo que pensaban le resultaría más difícil de aceptar: o sea ponerse a practicar pasos y posturitas. Pero aquel energúmeno no les había permitido usar ni uno solo de los argumentos ensayados. Claudia se reía, diciendo que era mejor así. Al fin y al cabo, al centrarse en la estructura del trabajo, él mismo había pasado por encima de lo otro, facilitándoles la tarea.

-Sí, peor aún. Ni siquiera nos podemos quejar. Tenemos que perdernos por el ojete todas las prevenciones. Y encima nos trata de retrasados, mostrándonos que teníamos delante de los ojos la solución de lo que, hasta hoy, realmente era un problema.

-También reconoció que contaba con la ventaja que es siempre verlo desde afuera. Y partiendo de lo musical. Casi al revés que nosotros. Es bastante lógico que pensara en las letras. Y de ahí a imaginarse el resto...

-No le quitéis méritos. Una vez planteado, el asunto parece de lo más sonso, y hasta superficial. Pero nosotros llevábamos un huevo de tiempo rompiéndonos la cabeza, y ni por casualidad...

-No te olvidés de algo que comentó al principio. Y que yo tampoco le había dado mucha bola. Lo estuvieron charlando con la novia estos dos días. Ni siquiera se le ocurrió solo.

-¡Uy, qué mal te veo...! ¿Por qué será que eso me suena a comentario celoso?

-¡No seas boludo! Lo decía para que no te lo tomés tan a pecho.

-¡Sí, soy yo al que le están latiendo los pechitos! Me convenciste. Y además, me consuela un toco que entre esa pendeja y tu amiguito hayan dejado en ridículo a dos profesionales de la pasarela. El próximo paso será decir que nos vayamos a casa, que ya nos avisará si nos necesita –se acomodó el pelo de las sienes, revisando cosas mentalmente-. ¿Sabés lo que me jode...? Que el otro día, después de hacerme el canchero, porque lo vi nervioso, me quedé convencido de haberlo catalogado a la primera. Y resulta que no, no tenía miedo. Es como el monito del cuento. Temblaba del entusiasmo, porque era la primera vez que se iba a coger un león.

Nosotros meta pensar en no asustarlo, y él se estaba acomodando, para entrar por donde le resultara más fácil. Yo me alegro, pero reconocí que a vos también te sorprendió.

-En esta faceta sí. No imaginé que se enganchara tan rápido. Que se entusiasmara así con los desfiles.

-Puede que me equivoque otra vez, pero creo que no va por ahí la cosa.

-¿Ah, no...?

-Me parece que no. Que le da igual que se trate de pases de modelos o venta de salchichas. Lo que le atrae es el juego, la puesta a prueba de su ingenio. Eso es lo que no entendí el otro día. Es un chico. Un chico demasiado serio, que necesita divertirse.

-No sé... Es cierto que a veces se transforma, que es irónico... Pero yo siempre lo vi como con un fondo triste.

-Sí, ya... Y eso a ustedes, las mujeres, las pone como locas. Enseguida sacan la teta.

-Callate, que a vos también te gustó. Vas vendiendo que yo te convencí, pero el que insistía en que lo buscáramos...

-Stop. Vamos a firmar un acuerdo. Por el bien de todos. Ya sé que ahora empecé yo. Pero hay un proyecto que nos interesa. Y aunque no fuera por el negocio, Jorge confía en que no nos vamos a convertir en su suegra. Yo se lo prometí.

-Pero yo no prometí nada. Entre él y yo ya tenemos nuestras reglas, así que...

-Sos una bruja puta. No te he escuchado. No quiero enterarme de nada. Pero, como Jefe, te advierto que acá no voy a permitir que se lo trate como bola de cambio.

-Si lo he entendido, pavote. Y pienso igual. Pero entonces, si no querés que te claven la agujita, vos tampoco.

-Muy bien. Asunto cerrado. ¿Por qué no te asomás por allá? Ya llevan mucho, ¿no...? ¿Te has fijado lo arregladita que se vino Norma, y cómo lo mira? Yo diría que la flaca...

-Vos para los acuerdos sos de fierro, ¿eh...? Dejalos en paz. Si sigue tan embalado como antes, Norma no debe tener tiempo ni de levantar la cabeza. Mejor terminame de explicar eso del juego. Aunque me suena a tus pretensiones de sicólogo frustrado.

-Gracias, sos un amor cuando te lo proponés. Un poco bruta, pero siempre sutil y cariñosa.

-¿Y el diagnóstico es...?

-El tuyo me lo reservo. Pero el de Jorge, es el de alguien con serias carencias afectivas.

-¡Oh...!

-Sí, reíte. Yo estoy hablando en serio, y no de lo que vos pensás. Necesita que lo vean, que lo quieran y reconozcan por lo que es, más que por lo que parece. Como no está seguro, me refiero a que no está acostumbrado a que eso suceda, lo plantea como un acertijo. ¿No ves que no dijo, tengo la solución? No, nos hizo jugar a las adivinanzas. Siente que no lo van a tomar en serio, entonces pide que jueguen con él. Si nos divierte, a lo mejor no lo rechazamos. A lo mejor aceptamos que haya sido más inteligente si lo convierte en una especie de broma, en una chanza de la que todos participamos.

-Perdone Doctor, pero me ha dejado anonadada. Puede ser, che... Creo que tenés razón. Aunque me sigue pareciendo triste. No él, quiero decir...

-Sí, ya sé lo que querés decir. Y ahí, lo único que podemos hacer es tratarlo como corresponde, sin pelotudeces. Quizás no solucionemos nada, pero le ayudaría. Y él, por lo pronto, sí que nos está ayudando. Acaba de ahorrarnos la mitad del trabajo. Pensalo un poco: Ahora se trata de elegir y pulir las historias, y ponernos a ensayar. Hemos tenido suerte. Ese chico es un hallazgo.

-No hace falta que me lo agradezcas. De verdad, no insistas. En todo caso cuando hablemos de los porcentajes... Para que no te sientas mal, ¿viste...?

-Me parece que con lo de bruja me quedé corto. Conformate con la invitación a comer. Y en serio, que yo estoy cagado de hambre y curiosidad. ¿Vamos a cortarles el chorro...? Deben andar por el quinto café por lo menos. ¿Qué te jugás que Jorge está dale que te dale a la cucharita...?

SOMBRAS

Era temprano aún para el regreso de los vecinos. Y en la calle, hacia la esquina contraria, sólo se veían unos chicos jugando a la pelota. Pero, por las dudas, mientras atravesaban el jardín hacían señas y comentarios en dirección al pasillo del que venían y cargaban como antes el bolso entre los dos. Novari comprobó que la verja quedara bien cerrada, y volvieron a guardar aquello bajo el piso de la furgona, además de desconectar el dispositivo. Después bajaron a su posición normal los asientos de atrás. Y, en cuanto rodaron un par de cuadras, ambos se quitaron las gorras, se arremangaron, y se pusieron sendos sacos blancos de manga corta por encima. Ante un gesto del otro el Turco se desprendió del bigote, devolviéndolo a la cajita. Luego buscó en la guantera, para cambiar sus gafas de sol por otras convexas y más grandes, con los cristales pintados de negro por dentro.

-Supongo que no vamos a buscar el otro coche.

-No, ya me encargaré yo después. A pesar de todo, podríamos hacer el cambio. Pero no me gusta la idea de dejar la furgoneta por acá. Mejor la guardamos rápido. ¿Puedo confiar en que te quedarás calladito y ciego hasta que lleguemos? Vendría bien.

-Callado..., no sé. Me estoy mordiendo, para no putear a los alaridos.

-¿Querés que ponga la radio y cantás?

-No, gracias. ¿No la tendrás sintonizada con los patrulleros, no?

-No, fijese, che. Eso lo hace mi cumpa, que es el técnico. Un técnico un poco raro, que a veces se pone histérico y se olvida de sus funciones.

-De la seña con los dedos no me olvidé. ¿A que lo hice bien?

-Bien, y rápido. Pero sos un calentón de mierda. ¿Ibas a sacar el bufoso?

-¡Qué sé yo lo que iba a hacer! ¿Vos viste la cara de esa pobre mujer...? ¡Ni siquiera se atrevió a hablar! Y el otro posando de héroe patrio. ¿Qué es lo que se cree que va a pasar? ¿Que va a haber manifestaciones mundiales para su liberación? Fuera de la fábrica no es nadie, no lo conoce nadie. Y además lo van a amasijar.

-Es su vida, Turco. Y su decisión.

-¡Pero es que también decide por un chico de cuatro años, que no sabe ni de qué se trata! Y que no lo sabrá. Es muy grande para negociarlo en adopción. Él y la madre son boleta. No van a dejar testigos. ¿Tiene derecho a decidir por ellos? ¡No, no te encojás de hombros! Te lo pregunto en serio: ¿Vos te bancás que el Señor Padre de Familia mande al frente a la mujer y el hijo, porque ya se ve en primera página?

-Estás jodiendo el viaje, Turco. Te exaltás, abris los ojos, y tengo que agregar un millón de vueltas. ¿Querés que salgamos al campo y te tire por ahí?

-No podés. Quedamos en sentarnos a charlar. Me lo prometiste: Despedida y cierre.

-Y vos te estás aprovechando.

-No lo sé, Nova. A lo mejor sí. Pero no a propósito, te lo juro. ¿Nunca has sentido que, en cualquier momento te llaman los altavoces, para embarcar, y estás con alguien que tenés diez mil cosas que aclarar, diez mil que preguntar, o...?

-Hay pesadillas en que sí. Veo turquitos por todos lados, tironeándome del saco. Pero después, al levantarme, me prometo atacar cada cosa cuando toca, para evitarlo.

-¡Pasen y Vean: El Súper Nova...! ¡No se calienta, no juzga, no deja para mañana lo que...!

-¿Vas a cerrar los putos ojos...? -frenó de golpe, en una parada de camiones, y lo encaró-. Ya he cambiado dos veces el recorrido por tu culpa. ¡Empezás a ponerme nervioso!

-¡Ya sé..., ya sé! ¡Perdoname! -apretaba los ojos y bajaba la cabeza, como si se esperara un bollo-. No lo hago más. Aunque..., eso de que te pongás nervioso me consuela un poco. ¡Ay...! -al final ligó el cachetazo en la nuca.

-Mirá... Estoy hasta los huevos de las comparaciones cibernéticas. Últimamente me martirizan hasta los perros con eso. Una más y...

—miró el reloj, y quien cerró los ojos con bronca fue él-. Vamos a hacer una cosa: sacá un lápiz de ahí —señaló la guantera-, y ponéte en la boca. Así..., muy bien. Mordisquealo si querés. Ayuda a descargar tensiones. Pero, sobre todo, y escuchame con atención, te vas a concentrar en la orden de que mientras lo tengás en la boca no podés abrir los ojos. A lo mejor, de esa forma, evitás el automatismo de mirar cuando algo en la charla te excita. Porque callarte...

—¡Sos un capo de los trucos, che! —habían reiniciado la marcha, y él movía el lápiz como si llevara un habano-. Lo tengo. De verdad que lo tengo. Te prometo que ni vuelvo a levantar la cabeza.

—Difícil que el chanco silbe.

—En serio, ya vas a ver. ¿Volvemos a lo del padre de familia?

—Es lo mismo que la religión, Tuqui —consciente de que el otro no lo veía, se permitió sonreír con resignación.

—¿La religión...? ¿Qué tiene que ver la religión en esto?

—La religión, la familia, la política... Todo lo que signifique roles impuestos de dominio. El Poder, ciego y absurdo —resopló, con fuerza y cansancio, controlando de reojo la posición del otro, al cruzar un puente-. Es muy largo de hilvanar. Pero todo está en el mismo corte de tela. Llevo un par de meses haciendo un máster sobre el tema.

—¿Desde que pasó lo de...?

—Sí, en realidad, más o menos desde ahí. Pero no entrés a culparte de huevadas. No tiene nada que ver con aquello.

—¿Seguro...?

—Seguro. Tranquilizate. Eso ya pasó. Tiene que ver con todo. Y no sólo con nuestro todo.

—¿Ah, no...? ¡Estuviste más de dos meses sin llamarme!

—Decime, bestia implume: ¿No acordamos pensar con detenimiento lo que vos mismo planteaste? ¿No te prometí que en cuanto lo tuviera claro te llamaría?

—¡Pero pasaron dos meses!

—¡Parecés una novia, che...! A veces ha pasado más tiempo, por suerte, sin que tuviéramos que juntarnos para nada. Te repito que no fue a causa de aquello. ¿Podrías considerar que yo también tengo, o trato de tener, una vida personal, aparte de este quilombo? ¿Y que, en una de esas, está igual de emputecida...?

-¡Esa noche tampoco me hablabas! ¡No me querías hablar! -debió sentir la furia contenida del otro, sobrevolándole la nuca, porque se encogió-. Sí, ya sé... Había que acomodar aquello, y sacarlos. Pero ni siquiera después de despegar el Carioca me dabas bola.

-¡No podía ni respirar del dolor, infeliz! Tenía el cuerpo hecho moco. Quería pensar con algo de claridad, y un tam-tam en la cabeza no me lo permitía. En cualquier momento empezaría a clarear. Y debía dejarte a vos, guardar todo, cambiarme, buscar un médico y, fundamentalmente, tratar que en el laburo, después, no se notara. ¿Lo vas cazando...? ¡No es que no quisiera hablar con vos, metétele en la sesera! Abría la boca y me dolía, caminaba y me dolía. Tendría que haberme acostado dos días seguidos, y no podía. ¿Vas a seguir lloriqueando...?

-¿Qué tenías? -antes de hablar ya había levantado la mano, en señal de paz y comprensión-. ¿Qué pasó...?

-Nada. Una costilla hundida, y el biabón de antes, pero me arreglaron. El chaleco se portó. Lo que pasa es que a tan poca distancia... ¿Es necesario esto? Me va a empezar a doler de nuevo.

-Soy un boludo. Es cierto lo que dijiste antes. Nunca considero que vos, como cualquiera, existís ahí afuera. Hasta me sonó algo irreal. Que tendrás problemas, mujer, chicos, un trabajo... Que, en todo caso lo irreal es esto, ¿no...?

-No, Turco. Las dos partes son reales. Lo irreal, o más bien lo jodido, es tener que vivirlo separado, escondido. No poder defender tus ideas, tu voluntad de mejorar la cosa, al descubierto. Lo muy jodido es acostumbrarnos a las catacumbas, la clandestinidad, como el único camino. Perder de vista que se trata de un absurdo. Que no hay ninguna ley contra la disidencia. Que quienes violan la ley son quienes la reprimen y persiguen.

-Pero también son los que tienen el poder.

-Sí, papito. Y por eso lo hacen impunemente. Sin los problemas de conciencia, que vos sí te planteás, al luchar contra ellos. El absurdo, la contradicción, la hipocresía, la mentira, la violencia, son cosas que ellos no se cuestionan nunca. Todo es válido en defensa de sus intereses. Como en la religión, o la familia. ¿Te acordás que antes me preguntabas la relación?

-¿Y por qué entonces somos nosotros quienes nos sentimos cansados, sucios, fracasados?

-Por la ética del trabajo.

-O lo ampliás, o me lo traducís.

-Trataré. Aunque te aclaro que es sólo una de las muchas maneras de verlo. Pero sirve, porque si algo nos han metido a full en la cabeza, es el valor de limpieza inmediata que la palabra trabajo conlleva. Y espero que también sirva, para que relativicés otras cosas. Cinco canas, violando todas las leyes y todos los derechos humanos, van a matar a dos viejos, pacíficos e indefensos. ¿Se plantean algo antes, van a tener remordimientos después? Ni en joda. Es su trabajo. Ellos cobran por hacer eso. Van a sacar a dos tipos molestos del medio. Están limpiando, y lo hacen con orgullo y desprecio. En un imposible juicio se cagarían de risa, diciendo que sólo cumplían órdenes. Sólo. ¿Entendés el matiz de limpieza? Porque lo triste es que serviría de eximente. Y antes de darte cuenta, verías que se ha entrado a discutir lo que esos viejos pudieran haber hecho, para justificar las órdenes. Minga de asesinato. Efectos colaterales de la producción, para mantener el sistema. Tecnicismos hijos de puta dirás vos. Por supuesto. Pero el mundo del trabajo tiene sus propias leyes. Y están por encima de todas las demás. ¿No querrá usted un mundo de vagos, no? ¡A dónde iríamos a parar!

-Me das miedo, Nova.

-Lo que te da miedo, es lo imparable de esa bola que ves rodar.

-Perfecto, sí. Creí que me querías levantar el ánimo, al hablar de aquello. Pero... ¿Falta algo, no...?

-Lo que sentís vos. Que no cumplías órdenes, ni cobrás un mango por arriesgar la vida en defensa de los que no se pueden defender. Y, sin embargo, te sentís una mierda por lo que hiciste. Nadie te va a colgar una medalla, ni pagarte extras, como habrían recibido ellos si nos hacían pulpa a todos. Reaccionaste, en legítima defensa, y sin ninguna otra opción, pero te cuesta dormir al recordarlo.

-No sabés cómo lo veo, todavía, por las noches. No sabés... No, no sabés lo que iba a hacer.

-Te vi la cara. Y creo que me lo imagino. A todos, en algún momento, se nos funden los plomos.

-La joda es que yo hacía rato que los traía fundidos. Ya viste hoy que a la menor chispa... Por eso me retiro. Te escucho cuando analizás nuestros escrúpulos. Todo eso de que sigamos pensando, a diferencia de ellos, en términos de justo o injusto, violencia necesaria e innecesaria. ¿Y sabés qué...? Estás hablando de vos. Vos sí que estás en esas coordenadas. Lo has estado siempre. Vos, después del ataque de ese mono lo ibas a reducir y listo. Los hubieras esposado y amordazado a todos. Y los hubieras dormido, cariñosamente, con esas gotitas que llevás. Consciente que al menor descuido te achicharraban. Lo habrías hecho.

-Y vos también.

-No. Antes, sí. Pero me he salido del camino. La única parte que me persigue, que vuelve y me desespera, es pensar que te hubieran matado por mi culpa. Por la cagada de no haberlos cacheado bien. Cuando la verdadera cagada fue no haberte avisado a tiempo que ya venía derrapando fiero –sintió que Novari detenía el coche-. No, esperá, no me cortés. Reconozco que también me hace bosta estar casi seguro de que iba a liquidar a los viejos y pegarme un tiro.

-Calmate, Turco. Yo no creo que...

-¡Y a mí me importa un carajo lo que vos creás! ¡El que estaba chapando la metra era yo! ¡El que veía todo rojo, y quería acabar con eso, era yo! Vos lo paraste. Vos sos el fantasma que cambió la película. Nunca te agradeceré bastante que estés vivo y que lo evitaras. Pero, hasta ahí, todos los demás eramos culpables, y teníamos que pagarlo. Los errores se pagan. La estupidez se paga. Ya está bien de buenudismo. De andar arreglando las cagadas de los demás. Sus vacilaciones, contradicciones, soberbias, y desprecios. Ayudar al que se juega, y valora la ayuda, macanudo. O, de últimas, al puto Nechi, por ejemplo, ¿por qué no lo obligamos a venirse con nosotros y listo?

-No seas animal, che. Eran tres, y con un chico. ¿Cómo ibas a hacer, en pleno día, para que saltaran la tapia y subieran a la furgo, sin que pasara algo? ¿Atándolos, apuntándoles con una pistola en la cabeza?

-Al pibe aquel de la Universidad, que estaban buscando, lo sacaste así.

-Y todavía tengo clavada acá la mirada de terror y de odio –Novari acababa de encender un cigarro y movía la cabeza con pesar-. Hace casi dos años, y la sigo viendo.

-¡Pero lo salvaste! Ahora está en Méjico. Creo que se ha casado, y terminó la carrera. Estoy seguro que, si supiera cómo, nos llenaría de cartas de amor.

-No lo hacemos para que nos escriban cartas de amor. ¿O sí...?

-Lo hacemos porque estamos locos.

-Punto a tu favor. Has optado por la sensatez.

-¿Y vos...?

-Ni idea. Pero en algo estoy de acuerdo con vos: No se puede salvar a nadie en contra de su voluntad.

-Yo no he dicho eso.

-Es verdad. Tenés un matete, y me contagio.

-¿Cuál es el matete...? -mordía el lápiz y hacía fuerza para no levantar la cabeza.

-Puteás, porque la estupidez, o los errores, se pagan. Y después optás por salvarlos, aunque sea a los empujones. Cuando se supone que peleamos contra la imposición, y a favor de la libertad de cada uno para elegir su vida.

-¡O su muerte! No te dejés la parte contraria

-De acuerdo. Suena mal, pero es así. Llevo rato pensándolo. No somos curas, ni mesías. No somos dueños de ninguna verdad absoluta. Y, aunque la tuviéramos, no se la debemos imponer a nadie. Intentamos ayudar. Muy bien. Sabemos y podemos hacerlo. Perfecto. Pero cada quien lo acepta, o no. Y no está equivocado, está haciendo lo que quiere. Porque no nos cree, o porque lo desea, o porque se siente capaz de enfrentarlo y ganar. Vos también has tomado una decisión ahora. Y yo podría no estar de acuerdo. Pero es tu decisión, ¿me entendés...?

-Quedamos en hablar más detenidamente de eso cuando llegáramos. Aunque, ahora que lo pienso, no sé cuándo llegaremos, si seguís haciendo paraditas técnicas y fumando. Tengo el cogote duro, y ya me duelen los ojos de estar así.

-Hace rato que hemos llegado -Novari disimulaba la risa-. Pero, como no querías que te interrumpiera...

PASARELAS

Por esos días aseguraba Sigfrido que el descubrimiento de la rueda debió ser, para el hombre primitivo, algo similar. Aunque quizás con la ventaja, que a la rueda se la podía controlar más fácil que a Jorge. Y no era el único que se quejaba. Claudia decía que había trabajado con modistos, para quienes cada colección era el tema obsesivo de todos sus días. Verdaderos tiranos enloquecidos, que hasta el último minuto de la presentación, martirizaban a los que estaban alrededor. Pero el drama con éste es que te obliga a trabajar por contagio. No había forma de escapar. La hacía sentirse mal si por algo perdía un rato de los ensayos. Nunca le habían arrancado esas ganas de participar en todo, de hacerlo cada vez mejor. Era un castigo. Suponía que tanto para él, como para el resto, el impulso estaría en lo desconocido de las formas, y en la constante improvisación, que los llevaba a sacar cosas hasta entonces ocultas o reprimidas. Ambos calculaban que, una vez marcado todo esto, el ritmo iría decreciendo, junto a la desaparición de la novedad. Claro que un mes después seguían esperando ese descenso.

Jorge los escuchaba protestar y sonreía por lo bajo. Sabía que estaban contentos y confiaban en él. Eso le metía una pila adicional a su entusiasmo. Pero también sabía que, aunque ahora todo pareciera maravilloso y vertiginoso y súper nuevo, como decían las chicas, cuando empezaran a pulir los números, una buena cantidad de ellos se caería por defectos propios, y por los múltiples problemas de última hora que conlleva cualquier montaje. Quizás en ese terreno, como decía Claudia, las sorpresas y condicionantes fueran mínimos, pero él prefería asegurarse. Su idea era redondear las escenas para un par de desfiles, y luego trabajar aparte una serie de sketches, que sirvieran para intercalar, sustituir, o utilizar en pases de promoción más cortos.

El buen ambiente entre las modelos, y la disciplina con que se entregaban a lo que hubiera que hacer, le facilitó las cosas desde el principio. Además estaban fascinadas con los cambios y el juego de interpretar tantos papeles distintos. En cuanto llegaba lo asaltaban, con lo que se les hubiera ocurrido sobre lo trabajado en la jornada anterior. Le preguntaban si no se podía agregar esto o aquello, le avisaban, entre risitas de complicidad y miedo, que dos se habían intercambiado los papeles, si a él no le importaba. Por donde lo mirara le resultaba increíble. Nunca había laburado con tanta tranquilidad y alegría. No se engañaba, sabía que era algo temporal. Por lo que había dicho Sigfrido, y porque a él tampoco le interesaba la idea de llevarlo mucho más allá. Pero al menos, además de lo económico, servía como un respiro, una tregua entre tantas disputas con lo irracional. Servía para saber que también se puede vivir así, trabajar así, relacionarse así, como personas que encuentran el placer, cumpliendo cada una su parte en un proyecto común. Sin importar lo profundo o superficial que sea ese proyecto, sino la felicidad simple de estarlo llevando a cabo, con la energía que el mismo proceso genera.

Era cierto. Se sentía feliz haciendo eso. Algo que nunca hubiera soñado hacer, y que no entraba en absoluto en el cuadro de sus aspiraciones. Sin embargo ahí estaba, preparando desfiles de modelos. Sembrando la revolución en las pasarelas, al incluir la banda de Cantando bajo la lluvia, unas cuantas sombrillas multicolores, y a él mismo, resbalando como un pato entre las chicas que lo esquivan y la moqueta que lo soporta. Podía burlarse amablemente, reírse sin la tristeza de otras veces, porque le gustaba la parte de juego y desafío personal que aquello le ofrecía. Por las noches, cuando iba a ver a Graciela, bromeaban sobre esto. Pero también revisaban juntos lo que él le iba contando, y preparaban nuevas historias, seleccionando canciones o temas musicales que las justificaran. Así, cuando llegaba a los ensayos, tenía el guión completo y hasta cronometrado. En todo caso ése era su fondo añadido: la carga extra de ideas y energía que Graciela le aportaba.

Cada día aparecía con algo nuevo. Y lo exponía con tanto entusiasmo, que la actividad se disparaba. Llevaba a todo el mundo,

incluido él mismo, culo al norte. Borroneaba esquemas de lo que habría que hacer, distribuía tareas, explicaba las historias, discutían la forma de adaptarlas, comprobaba que la música coincidiera con lo calculado, resolvía los problemas y las dudas que se presentaban. Pedía a Claudia que le ayudara a marcar los pasos y los cambios de ritmo, dirigía las improvisaciones, se peleaba con Sigfrido, que tendía a convertir cada argumento en una telenovela, consintiendo en algunos detalles, para que el arquitecto se fuera tranquilo y los dejara continuar en paz. Las chicas estaban asombradas del despliegue y las cosas que les hacía hacer. Trataba igual a todas, dosificando la distancia y los estímulos necesarios. Hasta la modista, y las dos ayudantes del taller, solicitaban su criterio a la hora de combinar ropa, decidir quién la llevaría, o adaptarla.

Claudia reconoció su sorpresa por el giro que había dado aquello, una tarde que se sentaron a tomar algo en el bar, tras el trabajo.

-Con el Sig me hago la canchera, y le digo que ya lo sabía. Pero si te tengo que ser sincera, no te imaginaba funcionando así de bien en esto.

-Si te tengo que ser sincero, yo tampoco.

-Porque a vos no te gusta, ¿no...?

-¿El qué?

-Desfilan.

-No –pensó un momento-. Creo que no. Particularmente lo de desfilan, no. ¿Y a vos...?

-Al principio me gustaba más. Era más excitante y todo eso. Ahora es mi trabajo. Un trabajo fácil, bien pagado, en el que casi siempre te están elogiando. Todavía disfruto con los viajes... Me mantengo aparte de la tontería y las cuestiones raras. Ya te conté algo de eso. Mientras no pisás la línea de alta velocidad no hay problema. No entrás al área de los grandes contratos, ni las tapas de revista, pero tampoco aparece el vértigo, las tentaciones. Bueno..., esa parte que todos conocemos, pero de la que no se habla. No sé, creo que al nivel que yo lo hago, si no pasa nada –cruzó los dedos-, me quedan bastantes años. Voy ahorrando, planteándome poco a poco otras cosas, como lo del grupo de teatro ése con el que estoy laburando hace unos meses. ¿Ves...? Eso también me gusta. Tendrías que venir alguna noche a vernos. Cuando le conté a

nuestro director lo que estabas haciendo con nosotros, me dijo que le gustaría conocerte.

-Sabés que ando siempre a las cagadas. No me alcanza el tiempo para todo lo que quiero hacer.

-La famosa Graciela...

-Ahá..., también la famosa Graciela. Y ese tiempo es innegociable.

-No se me ocurriría discutirlo. ¿Cuándo la vamos a conocer? Me muero de ganas por encontrarle defectos.

-Está difícil la cosa. Lo de sacarla, se entiende.

-Sí, ya sé.

-Como no te lleve a vos de visita allá...

-Le daríamos un alegrón a la Vieja. Debe estar ilusionadísima con verme de nuevo –manoteó en el aire, como alejando la idea-. Che, me he quedado con sed. ¿Qué podría pedir?

-Un licuado. Acá los hacen muy bien. Pedí el de durazno con leche. A vos, que te gustan las cosas dulces, te va a encantar.

-¿Y para vos el de manzana, no?

-Buena memoria –Jorge asintió sonriendo, y le dijo al mozo lo que querían.

-De verdad, ha sido una sorpresa. Estaba segura que no me ibas a hacer quedar mal. Pero no te veía tan... Qué sé yo... Nos has dado vuelta el proyecto. Estás adentro. Entendeme, quiero decir que estás adentro, como si siempre lo hubieras estado. Ya sé que no se trata del misterio de las pirámides. Pero con que no hubieras salido corriendo, y nos dejaras enseñarte lo esencial, sin ponerte duro como un poste, habríamos estado de lo más contentos. Nos venías al pelo para lo que queríamos, eras de confianza, cosa que con tantas chicas nos preocupaba, y estaba claro que tu trabajo con esa mujer tenía los días contados.

-Las horas.

-Ya... Me quedé con una culpa bárbara esa noche. Sigfrido también. Bueno, ya te lo contó él. Pero lo que te decía es que no me puedo acostumbrar a que seas así.

-¿Así,... cómo?

-Yo que sé... Tan loco, y al mismo tiempo tan relajado, con tantas cosas en la cabeza. Tan... elástico.

-A veces juego al fútbol. Y hago gimnasia, sabés.

-Y te burlás siempre de todo el mundo también. Para que nunca sepan por dónde vas a salir.

-Eso no es cierto.

-No. No lo es del todo. Sólo algunas veces. Y con algunas personas. Como ahora.

-Un poquito, nada más.

-¿Pero, por qué?

-No sé. Porque me gusta lo de la sorpresa, y me jode el desconocimiento. Pero esto último me incluye a mí. Tampoco sabía que me iba a implicar así. Creo que se juntó todo. Necesitaba el laburo. En ese sentido, me sacaron del pozo en el momento justo. Y después, la forma en que me lo propusieron, la claridad, la generosidad, el buen ambiente en que se mueven. Estoy de acuerdo con vos en que era algo tan raro, tan tonto, que jamás lo habría buscado. Pero, ¿sabés qué me pasó...? Que Sigfrido lo planteaba como algo en lo que yo ya estaba. ¿Qué era lo que él veía, o sabía de mí, que yo no? Me cuesta mucho entender la realidad. Aceptarla. Pero si se trata de imaginarla es otra cosa. Ahí se disparó el asunto. Pasé, sin darme cuenta, de estar afuera a estar adentro, como vos decías. Graciela tuvo mucho que ver en esto. En cuanto se lo conté pasamos un buen rato riéndonos de todos los tópicos, los prejuicios, mis miedos. Empezamos a parodiar el ridículo que haría, mirando al horizonte, mientras trataba de mostrar el forro de una chaqueta.

-Me lo puedo imaginar, te juro.

-Normal. Pero entonces nos pusimos a buscar la forma de que la atención se dividiera lo suficiente como para pasar por alto esas huevadas. Y fue surgiendo un argumento atrás del otro, vimos que cada canción era un guión, que podían empalmarse, parodiarse. Que era como una película, y que no tenía límites. ¿Qué querés que te diga? Fue así de simple, y de tonto también.

-Dicho así, parece que lo fuera –se quedó pensando un momento, mientras daba el primer trago del enorme copón que acababan de ponerle delante-. Mmm, tenías razón, está riquísimo esto. ¿Cuál es el secreto? Porque cuando yo he tratado de hacerlo me queda con un montón de espuma por arriba, y trocitos flotando, con demasiado gusto a leche...

-Y según en qué boliche lo pidás te puede pasar lo mismo. Te lo recomendé acá porque les salen de puta madre. Supongo que será una súper licuadora, y la práctica, no...? Aparte del tiempo justo, como en todo. Si le das de más, es cuando se llena de espuma. Es un licuado, no un batido. Y las proporciones, claro. El azúcar justa, una pasadita primero a los trozos de fruta, y el detalle del hielo molido, que le da ese toque fresco y más liviano.

-¡Sos un experto!

-¡Qué te parece...! Diplomado en licuados de manzana con leche. Y a punto de licenciarme en pasarelas musicales. Elástico que es uno.

-Sí, reíte si querés, pero has cambiado mucho. Eras más serio, más metido para adentro.

-El amor hace milagros.

-Entonces también estabas enamorado –Jorge la miró, inclinando la cabeza-. No, no me refiero a lo nuestro.

-¿Por qué no...? Sos el amor de mi vida.

-Callate, chanta. Si no te buscaba yo... Pero no importa, de todas formas fue muy lindo. Supongo que también era innegociable lo que había con aquella mujer. Le teníamos una bronca todas...

-¿A Mirta...?

-No sé cómo se llamaba. Pero la odiábamos. Tan linda y tan fina siempre ella. Dándonos todos los metros de ventaja que quisiéramos. Muy segura de vos debía estar. No me negarás que era un caso raro, ¿eh...?

-Era un minón.

-Eso era lo peor. No había por dónde entrarle. Entre nosotras, por la diferencia de edad, la tratábamos de vieja, pero lo que más nos jodía es que estuviera tan buena. Creo que el año pasado vi fotos de ella en las revistas. Es el rostro de Max Factor, o uno de esos. A decir verdad yo no la odiaba, le tenía envidia.

-Te comprendo.

-¡No, boludo, no era por vos! Bueno..., un poquito a lo mejor. Pero sobre todo porque tenía una luz, una cosa alrededor, aunque fuera vestida así nomás y sin maquillaje. Siempre me acuerdo de una vez que entró al boliche, cuando ustedes habían terminado la actuación, y nosotros dos estábamos charlando al fondo, más bien juntitos. No dijo

nada, ni se paró siquiera. Te guiñó el ojo, sonriendo, y siguió, con el chico ese que era el representante del grupo, a ayudarles a guardar las cosas en el coche. Te juro que he ensayado diez mil veces el gesto ese frente al espejo. ¿Qué le podés negar a una mina que te guiña así el ojo?

-Supongo que nada.

-¿Y entonces, qué pasó...?

-Que yo era muy serio, y muy chico, y muy metido para adentro. Y ella era una mujer extraordinaria, que no se merecía los problemas que yo le habría traído. Aparte que, aunque la quería mucho, no estaba enamorado de ella. Puede que tengás razón, era un jodido autista, que salía corriendo si me querían tocar.

-Yo no he dicho eso.

-No importa, lo digo yo. Era así.

-Bueno... -Claudia sonrió con picardía-. Tampoco tengo la sensación que corrieras demasiado rápido.

-Es que vos eras... Tan elástica...

-Me la estabas guardando, ¿eh...? Aunque no sé cómo tomarlo. Porque dicho así, con esa cara de jugador de póker degenerado, la verdad es que suena como lo de las chicas neumáticas del Mundo Feliz.

-Neumática... -Jorge levantó la vista, saboreando el término-. No te enojés, pero es bastante apropiado. Aunque... ¿Qué es eso del mundo feliz?

-Un libro de Aldous Huxley. Tenés que leerlo. Ya te lo voy a pasar.

-Claro que quiero leerlo -bebió de su licuado, con los ojos entrecerrados y sin dejar de ronronear-. Así que neumática..., mmm.

-¡Jorge, te prohíbo que sigás pensando lo que estás pensando! En eso no has cambiado nada. Y por favor -se echó a reír porque él, tras el trago, tenía un círculo de espuma alrededor de los labios-, limpiate la boca, que parecés un chico.

-Limpiámela vos -se había inclinado hacia ella, frunciendo el morro y cerrando del todo los ojos.

-¡Jorge...! -Claudia giró la cabeza, mirando hacia las otras mesas, indecisa.

-... con una servilleta -acotó él, con expresión de inocencia-. Las tenés ahí, de tu lado.

-Perdoná, es que... –sacó una del servilletero, y lo limpió con movimientos nerviosos-, me acordé de la primera vez, aquella noche, y pensé...

-Pues aquella vez no pensaste tanto.

-Bueno, es que estábamos más cerca, y no había servilletas, y además vos... –se echó hacia atrás despacio, las mejillas arreboladas de repente, viendo cómo él se repasaba con la lengua la zona que acababa de limpiarle-. ¡Vos lo que sos es un hijo de puta! ¡Lo hiciste a propósito...!

-¿El qué...? ¡Ya me estás acusando de nuevo! ¿Qué es lo que he hecho ahora...?

-No, ahora no –se detuvo y lo señaló, sacudiendo el índice-. Bueno, sí, ahora también.

-Me estás mareando.

-¡Callate, o te hago comer la servilleta! –Jorge levantó las manos, en son de paz y obediencia-. Vos sos el que me querés marear. ¡Lo hiciste a propósito, degenerado! Ahora, y aquella vez también –al otro se le notaban los mordiscones que se estaba pegando en los carrillos para aguantarse-. Lo debés tener ensayadísimo. Andá a saber las veces que te habrá servido el licuadito de manzana a vos. Y yo, como una estúpida...

-¿Por qué te menospreciás así...? Sólo me has limpiado la boca con una servilleta. Aunque entonces –ya no podía contenerse, y la voz le salía entrecortada por la risa-, fue mucho más espontáneo, y húmedo, más..., neumático, si me permitís el nuevo giro.

-Sos un asqueroso.

-Y vos te ponés divina cuando te enojás.

-Se lo voy a contar a Graciela.

-¿El qué...? ¿Qué se te ponen así los ojos, cuando te acordás...?

-Lo que hacés con el licuado. Para que sepa con el tipo que anda. Que es un manipulador. Un... un... Y no se me ponen de ninguna manera los ojos. Es la bronca por haber sido tan sonsa.

-Calmate, sólo fue una broma. Estoy aprendiendo a jugar. También en eso tenías razón. Antes no sabía, no me hubiera atrevido. Siempre he actuado, es cierto. Pero no hubiera sido capaz de mostrar el truco, para que nos riéramos juntos.

-¡Vos te reís! De mí.

-Vos también te estás riendo ahora.

-Porque no sé cómo lo hacés, pero me provocás una ternura... Es verdad, parecés un chico estrenando juguetes. Eso es lo que siento, ahora lo comprendo, cuando te veo en los ensayos. También a vos se te ponen muy lindos los ojos cuando... –se enderezó y separó un poco la silla, mientras peinaba el flequillo con los dedos-. Paremos un poco, Jorge, esto es peligroso. Y de todas formas, se lo voy a contar a Graciela.

-De acuerdo. Es una buena forma, y limpia, de jugar.

-No sé si entiendo por completo lo que decís. Pero por ahora vamos a dejarlo así. Agradecé la suerte que tenés, de que yo sea tan buena chica, y te quiera tanto. Y por lo que voy viendo, supongo que agradecerás también la suerte de haber encontrado a Graciela.

-Últimamente hago libaciones diarias, por lo general con licuado, a mis hadas de la suerte. Y hablando de eso, hoy invito yo, me siento magnánimo.

-No sé cómo te sentís, pero todavía no has cobrado. Debés tener una cuenta de un kilómetro acá. No me explico cómo te aguantan. Y lo mismo se lo voy a contar a Graciela. A mí no me sobornás con tan poca cosa.

-¡Uy, che...! –Jorge terminó de un sorbo su vaso-. Fijate, ¿no me habrá quedado manchada la boca, no...?

-¡Andate a la mierda!

CABILDO

-¿Qué decís...? ¡No, no es cierto! Mirá lo que me has hecho –el Gordo se sacudía la campera, adonde había llegado la coca-cola que le salía hasta por la nariz, de la risa-. Decime que es una joda.

-Acercate a la oficina del fondo, y vas a ver la joda –Gambetta no se reía en absoluto.

-Así que era para el Supervisor del Norte la piecita. Ya me parecía un poco grande como timba –ni por esas. El Jefe no se había levantado con ganas de joda. Muñoz hizo un gesto hacia el otro lado del vidrio-. Che..., ¿lo saben los muchachos?

-Claro que lo saben. Los reuní anoche para advertirles. ¿Vos qué pensás?

-Que huele mal. Parece una provocación.

-¿Ves...? A mí me pasó lo mismo. Jiménez es el único que lo encuentra de lo más natural. Creo que estaba cagado, por lo de tener que hacer de intérprete. Supongo que para él, cualquiera que venga de allá tiene que ser un fenómeno. No sabés cómo lo miraba.

-No des pelota. Es normal. Además Jiménez es un boludo. Y muy pichón todavía. Hasta que no se sacuda de encima esa formación militar...

-¿Vos creés que...?

-No, para nada. Me he encargado de estudiarlo, y hacerlo vigilar, como pediste. Es una maquinita. Trabajador, obediente... ¿Sabés qué pasa? Como es tan musa y cuidadoso, aparenta tener más en el bocho de lo que tiene. Pura pose, ya te digo. Y ojo, que con lo de boludo quiero decir que no tiene lleca, no lo han cagado a fondo, como a nosotros. Todavía ve las cosas como deberían ser, como le han enseñado. Pero entiende, y va aprendiendo, no te preocupés. Falta que le exploten dos o tres petardos entre las manos. Ahí empezará a desconfiar. Dale tiempo. Y en cuanto a

lo otro, fijate que Daneri también es bastante boludaceo. Pero no tanto como para usar de cuña a alguien que sería tan evidente como éste. Es más, yo te diría que quiere que nosotros pensemos que es así, mientras se trabaja a algún otro, o ya lo tiene metido.

-Debe haber alguno. Las cosas que han pasado...

-Es probable. Pero se descuidará, quedate tranquilo. La cagada es que ahora habrá que centrarse en el Cubanito. Casi preferiría que fuera sólo eso, una provocación. Que, ante la gente que podía venir, hayan elegido éste para romper los huevos. Supongo que habrá que esperar. Que empiece a descartarse él, ¿no?

Los interrumpió un agente, de la planta baja, que necesitaba respuesta sobre la posible excarcelación de una serie de personas, detenidos en doble A, algunos de los cuales ya llevaban un par de días, y tenían a familiares y abogados rompiendo las pelotas en la oficina de entrada. Gambetta rebuscó en la bandeja de la derecha los informes y prontuarios, que ni había mirado desde que llegó. Muñoz le hizo señas de que despachara sin apuro y fue hasta la sala, a sacar un par de botellines de coca de la heladera. Jiménez enarcó las cejas, como preguntándole si se iba calmando el Jefe. A lo que el Gordo respondió, barriendo despacio con la mano en el aire. Entró otra vez al Despacho, dejó la bebida en un rincón de la mesa, y se sentó a esperar. Gambetta pasaba los expedientes, sin ninguna nota especial, y le decía al subalterno que fuera largándolos de a poco, hasta mediodía. El otro saludó, llevándose la mano a la visera, y cargando las carpetas antes de salir y cerrar la puerta como si hubiera gente durmiendo. El Comisario continuó la charla en el mismo punto que la habían dejado. Aquellos detenidos habían tenido suerte.

-No sé, Muñoz. A mí me sigue jodiendo la bromita esta. Llevamos años haciendo declaraciones a la prensa, sobre lo de los cubanos infiltrados. Parate a pensar un poco: ¿Cómo le llamaríamos a esto?

-No es lo mismo, che. Además, ¿quién se va a enterar?

-¡Me importa una mierda quién se entere! ¡Yo, me entero! Y no me banco al tipo ése, revisando nuestras cosas, opinando, dando instrucciones... Metido en la cocina, para arreglar los guisos que sus compadres nos han mandado.

-Pará, Negro. Me parece que la bronca te está rayando un poco. Descartá lo de un juego doble. Es imposible.

-¿Estás seguro...? -Gambetta se echó hacia atrás en el sillón, entrecerrando los ojos.

-Bueno, ni siquiera lo he visto todavía. Pero si viene de La Agencia, estará suficientemente comprobado.

-No me gusta. Qué querés que te diga. No me gusta. Ni siquiera tiene el más puto acento. Y mirá que el cantito de ellos es como el nuestro. Por fuerza que hagás, en algún momento te sale, la cagaste, y te dicen: Cordobés, ¿no?

-Eso ustedes, los cordobeses. Porque nosotros, los porteños, fijate qué natural hablamos -lanzó una de sus risotadas, pero se lo notaba preocupado-. ¿Es morocho?

-Ni eso. Bien blanco. Pelo castaño, casi rubio. Cerca del metro ochenta. Si Daneri no lo vende, hubiera pensado que era yanqui. Explicaron que, además de su capacitación especial, incidió la ventaja de manejarnos en el mismo idioma.

-Es una razón.

-Demasiadas razones. Demasiado bien envuelto todo. Como lo que te decía de su acento. En serio, ya lo verás, habla como un norteamericano que hablara muy bien castellano. Lo justifica con que lleva diez años allá. Ponele que con los yonis le convenga. Pero acá...

-A lo mejor es su manera de decirnos ojo cómo se portan conmigo: Seré cubano, pero Su Superior cubano.

-Dejá que me lo diga a mí. Aunque es vivo, desde el principio me trató de Jefe. Éste viene con el cuchillo bajo el poncho.

-Los cubanos no usan poncho -Muñoz trataba de sacarle punta a lo que fuera, en pos de relajar la charla-. Con el calorón que hace, imaginate.

-Lo traerá en el culo, me da igual -aunque el Gordo le rió la gracia, el otro no transaba-. Nunca me equivoco cuando ficho a alguien. Y este señor Valbuena...

-¿Cómo se llama...?

-Adrián Valbuena. Valbuena, con ve corta -imitó la rigidez de la pose-, me aclaró, para que el cordobés bruto no lo fuera a escribir mal. Vos te creés.

-Qué pena. Porque el apellido no está mal. Pero todos los Adrianes que he conocido, eran más falsos que la puta que lo parió. A ver si terminás teniendo razón.

-Mejor para él que me equivoque. Bastante tenemos con sus amiguitos zurdos.

-Olvidate. Eso es imposible. Ni a los barbudos les interesa nuestra guerrilla. A la larga, nos van a servir más a nosotros que a ellos. Ya te he dicho que te tomás demasiado en serio a estos delirantes. Son cuarenta chicos jugando a la revolución. No tienen ni para empezar. Y además no saben.

-¡Pero nuestro trabajo es controlarlos!

-Y los controlamos. ¿Cuál es el problema? Cada tanto arreamos unos cuantos y listo. Dejalos. Con nosotros no se van a meter.

-Te olvidás de lo que pasó con los que mandamos a buscar a esos maricones de La Universidad.

-No, no me olvido. Ni de los otros casos similares. Hace rato que tiro hilos por ahí, y no consigo averiguar un carajo. Pero no ha sido ninguno de los grupos que conocemos. Eso seguro. Lo habrían reivindicado, habrían pintado algo.

-¡A nosotros nos pintaron bien la cara! ¡Reventaron a cinco policías, y decís que no se meten con nosotros! -Gambetta se había levantado, y fumaba, apoyado en la ventana-. No eran de esta repartición, pero yo los conocía. Un grupo de operaciones bien fogueado. Y el Cabo Amílcar, que...

-Sí, yo también lo conocía. A veces recolectábamos juntos. Para pecharlo necesitabas un tractor. Es raro. Muy raro... Estuve en la casa. Y la única sangre era de ellos. No lo entiendo. Ni siquiera dispararon.

-Amílcar sí. Todavía tenía la pistola en la mano.

-Tenés razón. Estaba pensando en los otros. Él disparó una vez. ¿Pero, por qué con la pistola, si tenía el fusil? Estaban ahí, no se los llevaron. Para mí es un fallo de los que lo hicieron. Si quieren que pensemos que fue la guerrilla, se los tendrían que haber llevado.

-¿Y si no quieren que pensemos eso?

-Mirá, Nica, vos ya has visto cómo es la cabeza de esta gente. Algunos hasta tienen huevos. Pero van a piñón fijo. Alguien nos está escupiendo el asado hace rato. Eso sí me preocupa. Decime una cosa: ¿Por qué te habrías parado vos, y te habrías dejado desarmar?

-En un operativo, pararme, difícil. Pero ya, dejarme desarmar, ni loco.

-¿Y si fuera un superior?

-¡Vos sí que estás loco! ¿Qué estás diciendo?

-No, ya sé..., no tiene demasiado sentido. Pero tuvo que ser algo así. Que te sorprendan, o que te superen en número. Porque si no...

-Pero el Amílcar tenía los nudillos pelados, y tres costillas rotas. Se dio con alguien, antes que le volaran la cabeza. ¿Cómo lo ves...? ¿Le pegó a un superior? Aparte que debió herirlo, porque el proyectil no apareció.

-No, no cuadra nada. Me dijiste antes que fue a partir de eso, que Daneri habló de traerlo al guaso éste, ¿no?

-Ya lo había mencionado, a principio de año, cuando recontamos los que se nos habían escapado, y el caso del agente al que le rompieron las piernas.

-Ah, ya me acuerdo -Muñoz destapaba su tercera coca-cola, y bebía pensativo-. ¿En alguno de los operativos fallidos participaban militares?

-Me parece que en dos, o tres. ¿Por qué lo preguntás?

-Porque siento que nos están haciendo la cama. Y que no es de afuera.

-¡Cómo que no! ¿Vos matarías a tus compañeros?

-Quiero decir que no son las Orgas. Acá hay gente muy preparada. Y, sobre todo, manejan información que muy pocos conocemos. Si juntás las dos cosas...

-Las he juntado. Por eso te llamé. Y veo que llegás a las mismas conclusiones. Mirá, vos no estabas aquí, pero en el Cordobazo ya me encontré con una cantidad de fatos que olían mal, muy mal. Los militares nos usaron de forros. Al principio no permitieron que saliéramos con todo, que hubiera sido lo mejor. Después, tuvimos que aguantar que quemaran y rompieran, encerrados, porque los francotiradores se divertían agujereando las paredes del Cabildo. Y al final, entraron ellos, redoblando los tambores y los fusiles, para llevarse la gloria, como siempre.

-Es su costumbre, ya sabés. Los milicos sólo cogen con forro. Los que cogen, claro -iba a soltar la risa, pero se frenó-. No te creás, ni ellos

sabían que se iba a poner tan peluda la cosa. Pero les vino bien para la removida de cargos de turno. Estaban contentos, aunque algo asustados. Eso es lo que te digo: Dejé que se asusten ellos con el macaneo de los zurdos. O los oligarcones que los mandan. Esos viven asustados.

-¿Y si la cosa ahora es con nosotros?

-¿Con nosotros...? No, Viejo. La parte buena de ser un condón, es que quien se infecta es el que coge, o el cogido. Pase lo que pase, afectará a los políticos, a los milicos; y se llevará por delante a los boluditos que les están sirviendo en bandeja las excusas que necesitan. Sí, los policías somos los muñecos del medio, los encargados de la ropa sucia y acarrear basura. Por eso mismo seguiremos ahí, cuando varios Daneri y compañía estén en retiro forzoso. Y, a nuestra manera, nos arreglamos, ¿no...? –sonrió canchero, moviendo los brazos, en señal de dejalos que se maten-. No se enoje, Jefe. ¿A quién le importa lo que nosotros hagamos o no hagamos?

-Exactamente eso es lo que te estoy preguntando –Gambetta subió una pierna al sillón, y se inclinó como en un interrogatorio-. ¿A quién le importaría, lo suficiente, como para movernos el piso? A vos, en su momento, te lo movieron, ¿no?

-¡Me lo serrucharon! –en medio de la carcajada, se lo quedó mirando fijo-. ¡La puta que te parió! ¡Por eso me llamaste! –el otro asentía, y tiraba el humo con paciencia-. ¿Por qué no empezaste por ahí? Dame un par de días, para revisar y tirar líneas. Y no lo perdás de vista al cubano, que también averiguaré sobre él y Daneri. No lo veo. Sigo sin verlo demasiado claro. Me parece que sería un montaje excesivo. Pero has hecho bien. Porque, si va por ahí, habrá que mover ficha rápido. No, dos veces no me lo van a hacer, te lo aseguro.

21 : 09 : 72

12 : 55 : 31

Con premio de fotografía, o sin él, algo ha cambiado. Si antes era el loco que gesticulaba y hablaba solo, ahora es el renguito malhumorado, con una flor en la mano. Sólo falta que les compre la revista a esos de la guitarra, que lo han parado frente a Modart. Sería la mañana completa. No hay nada que hacerle, Dios los cría y el viento los amontona. Éste, concentrado en el clavel, como si ahora no supiera de dónde ha salido. Y los otros, con su acento de doblaje portorriqueño televisivo, meta cantarle que hay que ser un niño para llegar al cielo. Lenta transición, en el trashumante, desde la flor hacia los rostros que le han interceptado el camino. Claro, lo que no entiende es de dónde ha salido esa pareja de retardados. Y por qué a él. Justamente a él. Duda inmóvil, que aquellos aprovechan para enseñarle, a dúo y entre arpegios, las leyendas subrayadas del cuadernillo, con su olor a imprenta casera. Esperen que se dé cuenta, y van a ver quién se va al cielo.

Ah, no... La concentración tenía sus específicas causas. Perdone Maestro, somos unos mal pensados. En primer lugar lleva la mano del chico un poco más arriba, y en otra posición, sobre el traste de la guitarra. Después rasca él mismo un par de acordes, tarareando el estribillo, para que note la diferencia. Causa estrictamente musical. En segundo lugar, también a la chica le hace una corrección de tono coral. Esto llevando la mano de ella hasta su propia garganta, para que capte el falsete correcto de acompañamiento. Causa inequívocamente sensorial. Porque la piba lo estaba haciendo bien. Y en todo caso, no era necesario que le retuviera tanto la mano, ni la mirara así, de arriba abajo, antes de guiñarle el ojo, y darse vuelta para seguir su camino.

Bueno, lo cierto es que la rubiecita, a pesar de los anteojos. no estaba nada mal. Y la lección improvisada había resultado de una limpieza que no esperábamos. Como decía Sigfrido, el chico tiene futuro. Lo que no tiene hoy es suerte. Porque la pareja, embalados en su particular causa, interpretaron con un exceso de seguridad lo sucedido. O sea que en dos saltos volvieron a ponerse delante de él. Sobre todo la rubia, parpadeando como una muñeca boba, para dar tiempo al guitarrero de meterle otra vez la revistita en las narices. Y encima insistiendo melosa en que: ¡Hey, hermano, te amamos! ¿Cómo avisarles que no estaba la situación para ese tipo de provocaciones? Que ni el momento, ni el ejemplar elegido, eran los adecuados. Y que, por supuesto, tampoco la frase, aunque su modosa intervención los hubiera convencido que sí.

Demasiado tarde para advertencias y arrepentimientos. Él tampoco lo esperaba. Ya iba mirando el piso otra vez. Al igual que lo del cochecito, eran accidentes, que desaparecían de la memoria en cuanto desaparecían del campo visual. En todo caso, quedaba por unos instantes la sensación de haber tropezado, la secuela física de esto, el malestar rebotando cada vez más lejos. No lo esperaba, y estuvo a punto de apartarlos de un manotazo. Quizás el pie de cambio se lo dio la forma en que la chiquita aquella intentaba ser etérea y sensual al mismo tiempo. O la complicidad boluda del otro inconsciente, que además tocaba tan mal la guitarra. La cosa es que, resignado, aceptó el estilo, el tono, y lo que le tiraran. En realidad fue él quien se tiró, literalmente, en sus brazos. En los de la rubia, se entiende. Declamando enronquecido que él también la ama. Here, there, and anywhere. Besándola, nada fraternalmente, e insistiendo: Oh, yeah... Que la ama in the bed, de parados, como ella quiera.

Acá parece que fue donde empezaron a captar que aquello se les iba de las manos. Que sobre todo a él se le iban las manos, por la redondeada geografía ofrecida. Así que entre los dos consiguieron separarlo un poco, para que ella, cubriéndose con la revista balbuceara que sí, jé, jé, qué bien. Te Amamos Brother. Recalcando mucho, y en castellano, el colectivo. Mientras el de la guitarra también já, já, y hermano, y todo eso; pero agarrando ya por el mástil el instrumento, y calculando la posible

eficacia del proverbio sobre el que golpea primero, si aquel energúmeno subdesarrollado seguía en la misma tesitura. Por si acaso, antes le canta a capella, tratando de mantener la calma, y la distancia, que all you need is love, hermano. Pero que hay que ser un niño, para llegar al cielo.

Inmediata respuesta del otro, cabeceando que sí, of course, por él no problema. Hay que hacer un niño, ¿no es eso...? ¡Oh, my darling..! Invocación de semblante iluminado, y brazos extendidos hacia la rubia; que quizás no haya agarrado del todo el juego verbal, pero por las dudas retrocede junto a su compañero, entre más já, já, y sonrisitas de conveniencia, dada la cantidad de curiosos que contemplan la evolución de esa extraña mezcla, entre biblia y kamasutra. Incluso le regalan el cuadernillo, a fondo perdido, para moderar la retirada, teñida de gritos, sonrisas, y Hey, te amamos, hermano. Somos todos niños de Dios, y adiós, adiós... Seguramente pensando que habría que preparar salidas more elegantes para estos accidentes. Consultar con el Maestro. Very dangerous el complejo argentinou de latin lover, brother.

Pero el susodicho pariente está inspirado y caliente. Y como además ya no le duele la pierna, los alcanza en tres zancadas. Hey, hermanos, no nos despedamos así. El primero en volverse, dudando, fue el tipo, y se encontró con la revista que Jorge le devolvía. Gracias very much, pero no sé leer. Por eso me comunico mejor con el tacto. Con la misma expresión beatífica de antes, tanto en la explicación, como en el rápido adiós a la muchacha. Que, además del morreo, fue una demostración de lo antedicho, acariciándole a mano llena el trasero. Tuvo que ser rápido, porque aunque ella ni siquiera atinó a moverse, el otro, olvidando las precauciones, decidió comunicarse también por el tacto, revoleando su guitarra al mejor estilo Di Maggio, cuando mandaba la bola a las tribunas.

La ventaja de la rapidez, y de haberlo previsto, lo ayudó a esquivar el golpe, poniéndose a espaldas del bateador, mientras lo inmovilizaba, sujetándolo por el pelo. ¡No, hermanito...! No hay que ponerse así. A vos también te amo. Menos que a ella. Pero, se comprende, ¿no...? Tenés que aceptarlo, porque con los celos no se va a los cielos. Y la guitarra es para

alabar al Señor de las Estrellas. No para estrellársela a un señor. ¿Lo has captado ya...? Bueno, muy bien, entonces recogela con amor... ¡Y con cuidado! Todo el sermón casi cantando, con estentórea voz de predicador anglicano-cordobés, y mirando a lo alto. Pero sin soltarle el pelo, hasta notar que realmente había asimilado el gospel.

La gente aplaudía y gritaba. Interpósito triunfo sobre los mosquitos del imperio. Jorge los calmó, agradeciendo con una mano, mientras con la otra depositaba el clavel en el agujero de la guitarra, como prenda de paz. A la chica, que seguía inmóvil, sólo le dedicó esta vez una caballerosa inclinación de cabeza. Puede que nos equivoquemos, pero por la expresión de la rubia, una palpadita más y cambiaba de religión. El muchacho, enfurecido y mirando para todos lados, tuvo que tironearla del brazo, para que cerrara la boca y lo siguiera.

Sentimos mucho el espectáculo. La culpa la tuvimos nosotros, por sugerirle lo de las acciones físicas. Perdónalo. Stanislavski. En un día así, y con público delante, era de esperar que se inspirara en el Marlon del tranvía. Él también debe estar avergonzado. Seguramente va pensando en eso al pasar frente al Cine Odeón, donde sus héroes de niño lo miran reprobadoramente, desde los carteles de las marquesinas. Se encoge por enésima vez de hombros, y mete las manos en los bolsillos. Sabe que unos metros más allá, donde termina la peatonal, se olvidará de todo. Donde empieza nuevamente la división entre vereda y calles. Donde lo esperan los bocinazos, el giro hacia la avenida y los coches estacionados. La salida al mundo, después del sobreactuado rol de artista invitado. Con los ruidos de la ciudad a pleno, arrancándole los últimos restos de maquillaje. Dejando al aire su verdadera cara actual, de payaso mustio.

Prefiere pensar que de algo habrá servido tanta explosión de impotencia y mala leche. Que tampoco es de él la culpa. Que será, como escuchó por ahí antes, cosa de la electricidad estática y la humedad ambiente. ¡Válgame Sócrates..., el incomprendido errante! Mejor meterse a algún lado, a ver si se quita esa sequedad rasposa de la garganta. A pedirle una cerveza bien fría al tipo que se aburre detrás del mostrador,

y que no sabe nada de lo que pasó allá afuera. A fumarse, entre trago y trago, un cigarrillo. A juntar fuerzas para lo que viene. Golpear, después de un rato, con las monedas en el vaso, para indicarle al otro que deja ahí el pago. Enderezar la espalda, y alcanzar de un envión ese abismo que es la puerta. Ese chocar de los ojos ante la ya Avenida Olmos, en línea recta a casa. Coming home, brother. Hacia casa, contra este resplandor de mediodía, que sin ninguna necesidad te enceguece.

PASARELAS

-¿Por qué te hace tanta gracia lo de firmar el libro? –Graciela le ayudaba a desenvolver un pliego de hojas transparentes, y disponer sobre la mesa lo que iban sacando del bolso y la mochila-. Y, por cierto, ¿cómo has traído todo esto hasta acá? Me pareció escuchar una moto.

-La Vespa de Norma. Es una maravilla esa chica. Según Sigfrido es la secretaria perfecta. Claro, no te conoce a vos.

-Estafame que me gusta. Podría haber esperado un poco. A mí sí que me gustaría conocer a la chica maravilla.

-Es que va siempre a los santos pedos de un lado para otro –sostuvo con unas pinzas ajustables el plano a la mesa-. Ella es la que se ríe cuando miro el reloj y les aviso que tengo que firmar el libro.

-Qué divertido, ¿no...?

-No seás boba. Son buenas pibas todas. Lo que pasa es que esas frases, a las que estamos acostumbrados, de golpe las mirás con cuidado, y notás la calidad del cordobés para clavar una analogía, convirtiéndola en un lugar común intocable.

-¡Cómo estás hablando, Nene! ¿Dan clases de lengua también? No, no, mirá, prefiero no saberlo. ¿Dónde pongo estas fichas?

-Esas son las chicas. Hacé pilas, por color, junto a los rótulos adhesivos.

-¿Si se cae alguna y la piso, o se la come la perra no importa, cierto?

-No. Tengo un montón en el bolso.

-Qué bien... Mi novio tiene un montón de chicas en el bolso, que se ríen porque él viene a firmar el libro.

-No me digás que la imagen no es genial. En realidad, habría que llorar más que reírse. Y la ironía juega con eso. Con el absurdo de que en 1970, después de tanta revolución social, y sexual, y tutti cuanti, sea la

familia quien siga imponiendo qué días, a qué hora, dónde, cuánto tiempo, a cuántos centímetros de distancia, etc., etc., puede ver el muchachito a su muchachita. ¿Te acordás cuando hablábamos de las formas de la enseñanza? Trece años, entre primaria y secundaria, en los que te están grabando, por encima de todo, la obligatoria conducta laboral. Horario de entrada y salida, asistencia perfecta, disolución de la individualidad, respeto servil a los Jefes, no pensar, no discutir, disciplina, obediencia, uniforme y rangos diferenciales, premio a la producción exigida, y castigo por cualquier falta a lo anterior. Decime la diferencia con esto –Jorge abría las manos, involucrando la casa-: Firmar la planilla de entrada, obediencia a los mandos, aguantar todas las estupideces que te suelten, miedo a mover el pie un centímetro más allá de lo permitido. ¡Es una fábrica! Y mejor no preguntés de qué. Pero con lo que menos tiene que ver es con una relación personal, libremente decidida. Sí, es cierto, me hace gracia la justeza de la frase, porque lo otro...

-Estás cansado de venir acá –ella había depuesto su actitud anterior, y lo escuchaba cabizbaja.

-¿Qué...? –Jorge levantó la vista de lo que estaba armando y comprendió-. No, Graciela, no es eso.

-Sí, sí que lo es. Todo este año he estado pensando cuánto tardarías en cansarte. Vos nunca has aguantado este tipo de cosas.

-Acordate que con Susana estuvimos casi cuatro años de novios. Y desde el primer día fui a su casa.

-No me charlés. Acordate vos que con ella tuve largas conversaciones. Habíamos planeado hasta cómo hacerla amiga de mis padres, para facilitar que nosotros nos viéramos, si al final se tenían que casar.

-No sé cuál de las dos estaba más loca.

-Tampoco sabrás de quién era la culpa, me imagino. Entonces estaba desesperada. No veía las cosas como ahora. Debía quererte mucho ella para tratarme así. Y estoy segura que habría hecho lo que decía.

-Imaginate el campo de operaciones que le habrían servido a tu vieja.

-Sí, eso también. No sé qué hubiera pasado. De todas formas ya no importa. Pero aprendí algo que pensaba recién, cuando te celaba con las minas del grupo.

-No hay verdaderos motivos para eso.

-Sí que los hay –Graciela encerró entre lápices las fichas-. Pero son tontos. Por eso mismo que decís. Por cómo sos. Vos no hacés comparaciones, que a nosotras es lo que más miedo nos da. Esa es tu manera de ser fiel. Porque de la otra..., no lo serás nunca.

-Es que...

-Callate, mejor. Si tratás de explicarlo la arruinás. Vos querés razonar. No, mejor dicho, querés que nosotras razonemos esas razones. Por ahí no funciona nunca. Hay que tenerte al lado, verte actuar, y decirse que bueno, él es así, y si de verdad lo querés no tratés de cambiarlo. Porque al fin y al cabo es... –levantó la cabeza y vio cómo la miraba-. No, ni lo soñés. No pienso decir todo eso que te gustaría escuchar.

-Por favor... Dale... Un poquito nada más. Te juro que no te interrumpo.

-¡Claro que no me interrumpirías! Conformate con saber que te quiero mucho, y que haría cualquier cosa para no perderte. Por eso me da miedo que te estés cansando. Y sé que en casa de Susana esto no te pasó nunca, porque los dejaban hacer lo que se les diera la gana. Antes de poner esa cara, decime si es mentira que ella cerraba con llave su habitación, fingiendo que te habías ido, y te quedabas a dormir. O que se subían al techo, a mirar las estrellas, y bajaban cuando querían. O que podían salir a cualquier lado, y volver cuando se les cantaba. ¡Igualito que acá!

-No, ya hemos hablado de eso. Este infierno no lo viví jamás. Pero en ese infierno estás vos, que sos lo que más quiero. Y si no me echan, seguiré firmando los libros que haga falta, aunque caigan pendorchos de punta.

-El problema no son los pendorchos, sino el tiempo que falta. Exactamente hasta el veintiuno de septiembre del 72. Dos años, cuatro meses y doce días. Vos firmás el libro, pero yo vengo tachando casillas desde hace un año y pico.

-Tu vieja no va a esperar que cambien las asentaderas en el sillón presidencial. No sé cuales sean sus planes mientras tanto, pero en cuanto vea que te acercás a los dieciocho, dará un golpe de estado y chau Jorge.

-No me vas a contar lo que pasó en Río Cuarto, ¿no...?

-No.

-¿Por qué?

-Porque vos no necesitás que lo haga. Es más, no querés.

-Sí que quiero, pero también a eso le tengo miedo. Debe haber sido jodido, para que ella esté como está. ¿Le pegaste...?

-Graciela –Jorge, aunque el gesto era amargo, se atragantaba de la risa-, si empezara a pegarle no paro hasta matarla. No, mi amor, no le pegué.

-Pues asustada está. Y no ha vuelto a hablar con vos a solas. Mientras haya cualquiera de los demás no pasa nada, se porta como siempre.

-O sea igual de rompehuevos, manipuladora, jodida...

-Sí, sí... Pero antes a la menor oportunidad te apartaba, y te soltaba unos interrogatorios y unas amansadoras...

-Y se agradece. Cambios de estrategia, supongo. Ella es tan consciente como vos del tiempo que falta. Pensará que en dos años pueden ocurrir muchas cosas, sin molestarse en gastar munición. La relación podría romperse sola, por ejemplo.

-Si cree eso tendrá que esperar sentada. Pero no imaginés que ahorra balas. Me anda tirando a la cabeza todo el día lo buenísimas que están tus compañeritas de trabajo.

-Son modelos, cariño. Lo raro sería que fueran deformes, o fetangos.

-No, si yo lo entiendo –con una mano acariciaba las fichas, y con la otra las amenazaba a tincazos-. Pero ella insiste que, en cualquier momento, te enganchás con una y me pasás a retiro.

-Macanudo. Seguile el juego. Hacete la celosa y estiramos la tregua. Mientras espere por ese lado, puede que no intente más cosas.

-Sí, ya... Es lo que estoy haciendo.

-Pues no hay más. Es la parte que nos toca en el juego –Jorge le dio la mitad de los rótulos, y puso al medio la lista de títulos-. Esquivar, fingir, y aguantar.

-¿Por qué lo decís así? No, no..., me refiero a esa tranquilidad. Vos también has cambiado. Estás como..., no sé, muy raro, muy resignado. Como si no te importara nada.

-No te equivoqués, Graciela. Todo lo nuestro me importa mucho. Llamalo más bien la euforia del fracaso.

-¿La qué...? Suena un poco contradictorio.

-Lo es. Mirá –se sentó un momento y encendió un cigarrillo-, cuando te aplasta la seguridad de que todo viene en contra, surge una especie de liberación, desde lo más hondo. Como si en un motor de emergencia se encendiera la chispa y sí, contra toda lógica, te pusiera otra vez en movimiento, con más fuerza que antes. ¿Lo chapás...?

-No sé..., pero seguí. A ver si me contagiás el chispazo.

-Ese tipo de electricidad no funciona por contagio. Tenés que saber, o sentir al menos, la tranquilidad de que nada puede empeorar porque te mantengas en tu posición. Que, en los hechos, estás vendido. Yendo al caso: Si tu vieja decidiera echarme, cualquier argumento, cualquier tentativa racional sería inútil. Cuando quien tiene el poder se niega a aceptar, a entender la realidad, tu responsabilidad desaparece. Ya no hay barreras. Volvés a ser libre, porque todo da igual.

-¡No, no da igual!

-Ya sé, cielo. Pero miralo con calma. Si es inútil lo que hagas, da igual hacerlo o no. Hasta ahí te frenabas por un afán de negociar la estabilidad, por temor a las represalias, a la patada en el culo. Puede que el error del circunstancial poderoso, acá tu bruta madre, sea mostrar tan desdeñosamente ese poder y esa irracional amenaza. No contemplar las posibles consecuencias, en la liberación psicológica del antes asustado esclavo.

-Si eso fuera así...

-Sí, ya sé... Generalmente los desdeñados son tan idiotas como los poderosos, y se niegan la fallida negación, para continuar esclavizados.

-¿Sólo yo me estoy mareando...?

-No. Creo que no lo estoy planteando demasiado bien –aplastó el cigarro y se levantó-. Se me escapa algo. ¿Y sabés qué es lo mejor? Que no me importa un carajo. Esta euforia es de primera calidad. Que se preocupen los demás por teorizarla. En según qué campos, ya está bien de pretender que me entiendan. Problema de los otros. Yo haré en cada momento lo que tenga ganas y me parezca bien. Perdido por perdido, nadie me va a decir cómo comportarme. ¿Qué más pueden hacerme...? Que se pierdan por el ocote su ridículo poder. Si la rareza que notás es esa, andate acostumbrando. Yo no provocaré a propósito ningún problema. Pero, sabiendo que están buscando cómo chutearme, no me pienso poner en cuatro patas. ¿Hasta ahí lo ves mejor?

-Claro como el water, Jefe. Ahora... ¿podría decirme cómo encender la chispita mía? Por una cuestión de no quedarme muy atrás suyo, ¿vivo...?

-Te repito que eso está en cada uno. Seguramente tenga que ver con la experiencia y el cansancio acumulado, que en mí es bastante, y no sólo por lo de acá. No me parece correcto desear que te hallés en la misma situación.

-Yo sí creo que estamos en la misma.

-No, existencialmente no. Tendrás que reconocer, o buscar, tus propias chispas de retroalimentación. En esta batalla, jamás pedida, que es cierto que compartimos, vos cumplís el difícil papel de rehén. Y siento decirte que eso es oler a víctima.

-¡Gracias...! Sabía que de alguna forma me levantarías la moral.

-Antes o después debíamos hablar de esto. Perdoname el honesto lenguaje. Y la frialdad del análisis, que es peor aún.

-Entonces no sé si quiero oírlo.

-Ya sé. De eso hablaba recién.

-Me pareció que me mirabas raro, cuando decías lo de la negativa de los que se niegan y no sé qué más.

-Entonces no lo repetiré. Tenés casi dos años y medio para decidir si querés ser víctima o desertora. Dure lo que dure, hemos empezado un partido nuevo. Mirá qué linda camiseta la mía. ¿Sabés qué dice en la espalda? ¡Gane o pierda, váyanse a la mierda! ¿Te gusta...?

-Un poco provocador quizás. ¿Y en la mía qué pone?

-Ni idea, che. Eso es diseño propio, ya te dije.

-Muy bonito. Somos un equipo de lo más unido por lo visto.

-Justamente, mi amor. La unidad del equipo es algo que se tiene que ver en la cancha, en el juego. Las camisetas las venden en cualquier lado. Como los posters del Che Guevara. No te preocupés, yo tengo más ganas que vos de quitarme la camiseta y regalártela. Puede que suene ambiguo, pero sos mi delantera ideal.

-Esperá, todavía no te quitéis nada, porque es hora que llegue mi viejo. Dejame que te cuente lo del Chacal, porque está obsesionado con eso, y seguro que te da la biaba.

CABILDO

Era última hora de la tarde. Llevaban ya un buen rato con el informe sobre el visitante. Jiménez seguía las notas en su libreta, marcando con un lápiz los puntos concluidos, y agregando entre paréntesis las observaciones recibidas.

-¿Además de quejarse hace algo más? Un poco desubicado, ¿no?

-La verdad es que, aunque echa pestes, creo que sabe muy bien cómo estamos. Bueno, al menos yo me encargo de repetirle a cada rato todo lo que usted me dijo. Pero es como si le costara admitirlo. Debió pensar que encontraría un laboratorio como los que tendrán allá, otro de balística, la sala del Forense...

-Y un archivo eléctrico, donde apretamos un botón y salen los legajos ordenaditos –Gambetta alzaba hacia el techo los ojos y las manos, suspirando ruidosamente-. ¿Dónde se cree que está? No le digo que todavía no aterrizó éste.

-Al Cabo Estrasa lo lleva loco con el archivo. No termina de traerle una cosa, que ya le está pidiendo otra. Del año sesenta para acá lo está revisando todo. Y a mitad de mañana se va a los diarios, a buscar en la hemeroteca. Según él hay más datos, y mucho mejor detallados y expresados –esto último lo leyó siguiendo con el dedo las anotaciones-, en la prensa, que en nuestros informes.

-Aclárele que el personal con el que contamos no viene de la Universidad. Que tenemos suerte cuando saben leer y escribir.

-Se lo dije, Señor. No con esas palabras, pero sí, se lo hice notar. Igual que lo de los sueldos, como usted insistió.

-Entonces recuérdale que con que pongan lo que saben, y de la mejor manera que saben, estamos contentos. No necesitamos periodistas que adornen la noticia. Que si piensa darle bola a las hemerotecas, se va

a tragar más de un garrón. Esos inventan para vender. Escribirán muy bonito, pero más de la mitad es verso, y él tendría que saberlo. Parece mentira, che.

-También protestaba por la falta de un buen archivo fotográfico, y la pésima conservación del material. Yo no me había metido nunca a buscar ahí, pero la mayoría de las fotos se están amarilleando, o borrando. Y encontrar los negativos, para hacer una copia nueva, o ampliar las partes que él quería, era imposible si nos íbamos a más de dos años atrás. Sí, le mostré la escasez de espacio, y de personal especializado. Pero tuve que callarme, porque justo estaba revisando lo del operativo aquel, en que mataron a los cinco agentes.

-¿No fue con usted a ver la casa?

-¡Por eso! Los muebles estaban todos cambiados de lugar. La dueña ha puesto ahí el comedor, y llevó los sillones a otra pieza. Aparte que hubo que aguantarla, chillando que ahora no conseguía inquilinos, aunque bajara el alquiler.

-¿Y qué se esperaba éste...? Han pasado casi tres meses. Es la dueña, tiene derecho a hacer lo que quiera. Que vaya a protestarle al Juez, que dio por terminada la instrucción física del caso.

-No, en realidad lo que él lamentaba era no poder reconstruirlo. Las fotos se tomaron después de haber retirado los cuerpos, las armas, y haber movido los sillones y la mesa. Ni marcas con tiza había. Menos mal que le aclaré que eran de otra repartición, y no sabía por qué procedieron así.

-Sí que lo sabe. Se volvieron locos. Acuérdesese que aparecieron en el hospital gritando que los reanimaran. Yo los comprendo. Eran sus compañeros, y se negaban a darlos por muertos. Decían que algunos respiraban todavía. Llevaban más de una hora fritos, y estos encima los sacudían. Yo los hubiera matado a ellos, por descomponer así la escena. Pero, ya le digo, los entiendo. Se rayaron. Yo fui el que pidió después que al menos sacaran fotos del espacio y las manchas de sangre. Pero hasta habían desparramado los muebles, para sacarlos rápido. Una chambonada. Qué le vamos a hacer.

-Imagínese este hombre, tratando de calcular dónde y cómo estaban en el momento del tiroteo; cuántos podían ser los otros, por el espacio para ocultarse cuando ellos entraron. Calcula que apenas había

lugar, y que por lo tanto debían ser pocos. Pero, sin ver la disposición en que quedaron, entender cómo pasó era imposible. Aunque dio vueltas, se tiró al piso, no sé la cantidad de cosas que hizo. Parece bueno –se frenó al ver la expresión del Comisario-. Quiero decir que es un tipo meticoloso, acostumbrado a analizar cualquier detalle.

–¿Y nosotros qué hacemos...? ¿Silbamos chacareras? Jiménez, se está dejando comer el bocho por un pipirulo, con mucho estudio, pero que si tiene que resolver algo acá tendrá que hacerlo en las mismas condiciones que nosotros. Comparar con su Pentágono es muy fácil. Trate de bajarlo del caballo, porque así no vamos a ninguna parte. Si de verdad nos quiere ayudar, que demuestre su capacidad de análisis –dijo esto parodiando el énfasis admirativo del otro-, y se deje de protestas de niño malcriado. A ver: ¿Qué otras cosas han hecho?

–En esto no pude solucionarle mucho –el sargento tachó lo anterior, y bajó a lo que tenía entre interrogantes-. Porque quería que le dijera si había otro grupo insurgente que...

–¿Un grupo qué...? –Gambetta se reía, oscilando la mano como si espantara moscas.

–Sí, ya... –Jiménez copió el sarcasmo-. Así les dice él: Insurgentes, a los terroristas.

–No, si lo que quiere decir lo sé. Pero, insurgentes... Al final será mejicano, en lugar de cubano. ¿Y qué es lo que quiere...? ¿No le alcanza con los que tenemos? ¿Se aburre el señor...?

–Anda buscando alguno que se haya disuelto hace tiempo.

–¿Y si se ha disuelto, para qué lo necesita?

–Porque quiere rastrear un –agachó la cabeza, como para indicar que él no tenía la culpa- modus operandi que se desmarca de los otros. Le juro que son sus palabras. Lo siento.

–No se preocupe. Ya sabemos de dónde lo sacó Daneri. Solucionar, no solucionan nada. Pero las palabritas que usan... Vamos a dejarlo ahí. ¿Qué le contestó usted?

–La verdad. Que no tengo ni idea. Que yo también buscaría, por si acaso. Pero no veo... ¿Usted sabe de alguno?

–Mire, Jiménez, no estamos para perder tiempo con tonterías. Todos los que empezaron, de una forma o de otra, se fueron integrando a los que hoy conocemos. Me parece que este chico está meando fuera

del tarro. No le dé bola –señaló la libreta-. Cuénteme qué pasó con el detenido de la otra noche.

-Hice lo que usted me ordenó. Como él había insistido en que le avisara si se producía algún nuevo caso, fingí recordarlo de golpe y le ofrecí la posibilidad de asistir al interrogatorio.

-Le dije que para ganarse su confianza aparentara hacerlo sin mi consentimiento.

-Sí, sí, es lo que le iba a contar. Y él me contestó que no me preocupara, que asumía toda la responsabilidad. Así que si le dice algo...

-Lo que yo tengo que hacer ya lo sé. ¡Siga!

-Perdón, Señor, es que fue bastante desagradable todo.

-¿Lo interrogaba Bossio?

-Sí. Ya sabe cómo es. Yo le pedí antes que fuera con cuidado, porque este hombre estaba muy interesado en averiguar lo sucedido. Pero el chico ése llevaba ya un día y una noche de... Bueno, desde que lo trajeron. Casi no podía abrir los ojos, y apenas se le entendía, porque tenía la boca también...

-¡Déjese de mariconadas y dígame qué pasó! ¡Me importa una mierda cómo estuviera ese infeliz!

-No, claro... Yo lo digo, porque no sé si se le podía dar crédito a lo que gritaba. Me parece que medio había perdido la chaveta. Como notó que el Tula aflojaba un poco con los golpes –apenas lo cacheteaba-, aullaba que quería saber cómo estaba la mujer, que él decía lo que quisiéramos, pero quería verla. Ahí intervino Valbuena, asegurándole que si decía la verdad él mismo se encargaría de llevarla para que la viera. Por supuesto, Valbuena no sabía lo que pasó con ella. Y yo preferí callarme.

-¡Más vale! ¡Y no ponga esa cara! ¡Esas putas son peores que sus machos! No me extrañaría que la que tuviera los contactos con la guerrilla fuera ella.

Jiménez clavó los ojos en la mesa. No tenía ningún sentido recordarle que no existía el menor indicio acerca de esa relación. Y tampoco que, una vez más, el Tula Bossio había hecho de las suyas. Probablemente el cadáver ya había desaparecido, al igual que el chico.

-Puede ser. De eso usted sabe mucho más que yo. Y de cualquier manera, con lo que pasó, Valbuena después ni me preguntó por la mujer.

-¡Lo que pasó ya lo sé! Hablé con Bossio. Lo que me interesa es cómo reaccionó el cubano.

-Estaba sorprendido. Y trataba de calmarlo al Tula, para que el otro explicara por qué decía eso. Pero como el detenido repetía que unos militares habían ido, antes del operativo, a avisarle que éste se produciría, y ofrecerle sacarlo del país, Bossio estaba furioso. Lo amenazaba con reventarlo si seguía mintiendo. Y aquél gritaba y juraba que dos militares fueron a salvarlo. Valbuena levantó una mano, supongo que para preguntarle en qué se basaba. Bueno, no, no lo supongo, es lo que le dije. Y el pobre boludo, en su afán de hacerse creer, volvió a gritar que llevaban botas militares, y que él sabía muy bien cuando eran milicos. Lo malo es que al adelantar la cabeza escupió sangre, y le salpicó la camisa a Valbuena. Entre eso, y que dijo milicos, se ve que el Tula no aguantó más y le pegó un bollo con todas sus fuerzas. Para mí, ya ahí lo rompió. Pero además voló de espaldas contra la mesa y... Bueno, usted ya tiene el informe. No sé si todavía estará en coma.

-¡Qué coma ni ocho cuartos! ¡Ése ya fue! ¿Me va a decir qué conclusiones sacó nuestro amigo? Es tarde –miró el reloj, con gesto de cansancio aburrido-, y me quiero ir de una vez a casa.

-No sé, Señor. Estaba enojadísimo con la actitud de Bossio. Porque se ve que él pensaba que podría sacar algo más en claro. Lo que sí repetía es que era muy raro. Que ese hombre no mentía. O al menos estaba convencido de lo que decía. Que, por su estado, no le notaba las reacciones de quien miente para salvarse. Pero que, claro, por otra parte, lo que decía era imposible. Yo traté de llegar a un punto intermedio, recordándole que quizás los golpes, y la situación, lo habían dejado medio loco. Me miraba y me decía que sí, con la cabeza. Pero igual que hace muchas veces, cuando le hablo de nuestro funcionamiento y esas cosas. O sea que me dice que sí, pero no me cree nada.

-No me extraña.

-¿Cómo, Señor...? –no pudo evitar la reacción indignada.

-¡No sea boludo, che! Estoy hablando de aquel otro –el Jefe se había levantado hacia el perchero, y fingía restarle importancia a lo dicho-. No me extraña porque, ¿sabe quiénes son las personas más desconfiadas? Los que mienten todo el tiempo. Y estos que nos mandan, en eso sí que son expertos.

-Ah, claro... Ya entiendo –Jiménez asentía. Buena gambeta la de Gambetta. Pero no le creía. Cosa que al otro evidentemente le importaba un carajo, porque ya se había puesto el saco, tras hacerle señas de que por ese día estaba bien.

PASARELAS

Mamá Gansa está demasiado mansa. ¿Qué pasa acá...? Dale, Jorge, vos que la conocés casi a fondo. Ya sabemos lo que le dijiste a Graciela. Pero nosotros no nos conformamos tan fácil. La mitad del tiempo, en tus visitas, calladita y guardada por ahí. ¿De verdad te creés que es lógico...? ¡Uy, che, qué mal está la cosa! Ni siquiera se ha encogido de hombros. Y esa miradita de asco, por encima del hombro...

No es de asco. Penita nomás. Tan grandes, y tan omniscientes a veces, y necesitando que sea yo quien les diga cómo seguir. Porque eso es lo que les pasa. Quieren contar tormentas de miseria humana, pero con la soleada claridad de una mañanita campera. Déjense de joder. Saben lo mismo que yo, y pueden inventar lo que se les de la gana. Sin embargo se meten con mi chica, que les saca yardas de ventaja. Sobre todo en ese profundo conocimiento que, con muy poca gracia y mala leche, me apuntaban de pasada. Sí, ya... Era para que reaccionara. No les digo que me dan pena.

A ver, vos, Héctor, que deberías ser el más responsable y serio. Porque el Ele es un chismoso resabiado. ¿Qué es lo que te extraña, o esperabas? En todo caso, lo mismo que yo. Que a la vuelta de Río Cuarto me chuteara por la ventana y se acabó la fiesta. Está bien, no lo hizo. Y digo que está bien, porque me permite seguir al lado de Graciela. ¿Por cuánto tiempo? Preguntásele a ella, que tampoco lo sabrá. Y ojalá no despejáramos nunca la incógnita. Que es a lo que, sin esperanzas, juego yo. Saltará, esa liebre saltará, cuando se canse, o considere que es el momento. No hay otra, quítenselo de la cabeza.

Y una vez visto, es boludo de tan fácil. Si lo hacía ahora, tenía que decirme: Fuera, porque se me da la gana y listo. Es la que manda ahí. Pero,

justamente, demasiado fácil y corto. Contradictoriamente nos ayuda su aburrimiento, su necesidad de historia. El último acto debería ser de árbol prohibido, variadas frutas, unas emponzoñadas, otras brillantes y seductoras, todas estratégicamente diseñadas y colocadas por la Diosa; con serpientes aduladoras y víboras descabezadas. Adán asustado y sorprendido, con las manos en la mesa, en la masa, a ser posible en las musas o misses. Arrepentido de su torpeza, y dolorosamente admirado por la inteligencia de Mamá Gansa, que de acechar no se cansa. Restallante capítulo de telenovela siestera. Largo prólogo, largo epílogo, escenas a todo color, trompetas apocalípticas. No sé, che, tiene que ser Lo que el Viento se llevó, porque es la película que les pasará a quienes no tengan más remedio que escucharla, y durante mucho tiempo, calculo.

Si lo que extrañan son las ambiguas, y no tan ambiguas meloneadas, que me pegaba a solas, jódanse. La puta condena que cuelga de ahí arriba me ha salvado de aquello. De la telenovela cambiante, las preguntitas capciosas, las acusaciones, los tanteos, una madre es una madre, pero una mujer es una mujer... En fin, todo el floreo, la esgrima con varillas de sauce, en la que yo debía limitarme a esquivar y defender. Tomó esto por debilidad, y en lugar del floreo sacó floretes, dispuesta a pinchar a fondo. Perdón por la grosería. Pero es que además de ridícula, la trampa fue sucia y grosera. Bah, ya saben lo que sucedió. ¿Cómo, y de qué, podríamos hablar ahora? Más vale que, a solas, de nada. Como les decía: de eso, al menos, me he librado.

Y lo otro... Llegará cuando llegue. Quizás sea cobarde, o sensato, negarme a pensar qué haremos después Graciela y yo. Let it be, man. En realidad, y literalmente si prefieren, estoy sobrepasado de cuestiones y problemas a resolver. Especular con lo posible deberá esperar turno. Acá mismo, en lo de Mamá Gansa, tengo que sembrar de hilos el piso. Hebritas difusas, para la curiosidad y la especulación, de quien sí tiene tiempo de sobra para ello. Y piolines con carnada, de los que vayan tironeando hasta entrar en los diversos juegos que les proponga. Mientras la tenga distraída seguirá soñando con armar su escena ideal. Sólo con lo del grupo de desfiles tengo hartos sedal, y gusanitos que perder, en descuidados gestos. Síganme ustedes también. Ténganme paciencia y piedad. Es la

única manera que poseo de alargar mi tiempo con Graciela. Con la triste conciencia que llamamos euforia del fracaso. No les repetiré lo que pone en la camiseta. Pero, por favor, no me vuelvan a pedir que además les ayude. Cada centímetro, de esa enloquecida euforia, está siendo puesta a prueba por la confusión de lo nuevo que empiezo a descubrir, y el demencial cansancio de lo viejo que penosamente compruebo.

De verdad, síganme por donde quieran. Para ustedes mis secretos van dejando de serlo. Y no sé si mi importa. Entre lo resuelto en el lago figura la difícil decisión de reunificar los yoes. Aceptar que todo soy yo, y que con ese todo y ese yo nos reuniremos en la tapera. Está más cerca, bulín o tapera. Habitación con vistas a uno mismo. Acompañenme, muchachos. Denuncien y chismorreen sobre lo que se les dé la gana. Juzguen y critiquen hasta hartarse. No sólo para Mamá Gansa, para ustedes también soy carne de historietas, o telenovelas. Despreocúpense. Si necesito putear, o confesarme, apareceré solito. Pero, en serio, no vuelvan a tocarme así, en el hombro y por detrás. Ando más bien nervioso, y no sé cómo podría reaccionar. ¿Se entiende, no...?

PASARELAS

La mitad de la mesa del comedor estaba ocupada, por una perfecta reproducción a escala de los trescientos metros cuadrados del Mini-Golf, incluida la acotación y artilugios que rodeaban cada hoyo. Lo había levantado a lápiz Norma, y uno de los delineantes lo perfiló en tinta. Sigfrido se quejaba de que le robaban los empleados, pero estaba chocho con Jorge. El dueño del boliche, viendo lo que preparaban, le exigió que el pase de presentación fuera allí. Que él se encargaría de invitar a dueños de otras salas, representantes, y gente del ambiente. Por la céntrica ubicación, y la vasta convocatoria que aún tenía por lo novedoso, resultaba ideal. Sobre todo dentro del ámbito que rodeaba al mundillo de la moda.

Lo cierto es que, además de gustarle el proyecto y cómo trabajaban, Jorge se lo había ganado merced a una sugerencia efectiva. Al notar la sublime estupidez con que se gastaban el dinero aquellos bananitas, con ridículos golpes de dos metros, y estudiadísimas poses de minigolfistas, le preguntó por qué no ponía un carrito en el medio, lleno de palos distintos y distintos precios. Aquellos boludos se iban a pelear por usarlos todos, y convencer al resto que habían elegido el mejor para cada hoyo. Seguramente le sacaría el doble a cada vuelta.

Al día siguiente el carrito estaba ahí. Y no duplicaba, triplicaba por lo general cada recorrido. Los chetos de lo más felices, probando figuras y golpes, que cualquiera hubiera mejorado con una patada bien pegada. Lo de la patada también era cosa de Jorge, y no se refería exclusivamente a la pelotita. El dueño lo palmeaba, sonriente y pacificador: “Calmate, pibe. La sonsera de esta gente es lo que nos da la guita fácil. Y cualquier otra cosa que se te ocurra me lo decís, eh.” Ni

siquiera tuvo tiempo de pensar mal, porque como era fin de mes le llegó el sueldo; y junto a éste un sobre del propietario, en agradecimiento por la idea.

-Vos no perdés oportunidad –Sigfrido lo aprobaba, estudiando su reacción-. ¿Sabés lo que me ha preguntado? Si te ibas a quedar mucho conmigo. Creo que te quiere ofrecer que seás su relaciones públicas.

-¿En el Mini-Golf...? –el gesto de asco y terror de Jorge provocó la risa del otro.

-Imaginé que no era tu sueño. Pero no, al Mini-Golf le quedan tres meses de vida como mucho. Igual que lo que vamos a hacer nosotros. Ya te dije: Negocios de temporada. El tipo este viaja, ve lo que está pegando en ciudades más grandes, lo explota acá durante un tiempo; y antes que baje, se lo transfiere con ganancia a algún incauto. ¿Por qué ponés esa cara, pasa algo...?

-No, a mí no. Estoy pensando en los incautos.

Más precisamente en José Manuel, que se había convertido en un hijo de la parroquia. Casi todos los de la barra del Molino pasaban por ahí. Era su baño de alto standing. Aunque los precios también lo eran, y la mayoría debía conformarse con moscardear por las pistas siguiendo a quienes jugaban, o apoyarse en la barra con un vasito largo que estiraban hasta el infinito. Algunos seguramente enviados por la vieja, para informar sobre pecaminosos avances en los ensayos. Jorge los dejaba acercarse, soportaba las bromas, e incluso les presentaba a las chicas para facilitarles la tarea. Pero lo del Petiso era distinto. No se despegaba del dueño, le lamía las bolas, se ofrecía a ayudar en lo que necesitaran. Ya se vestía y peinaba como él, con las largas crenchas mojadas, que luego caían como un libro abierto, y las afectadas sacudidas de cabeza hacia los costados. Eran muchos como él los chicos de barrio, buscando esa metamorfosis exterior de sobacos irritados, pantalones ceñidos, y pasitos de equilibrista pesado. Sigfrido los llamaba el lumpen arribista. El sueño de roce con que pretendían un noviazgo conveniente, o la entrada a los secretos del poder económico. “Lo conseguirán, Jorge. La mitad de nuestros chetos ya vienen de ahí. Y no es ni malo ni bueno, sino un proceso lógico de nuestra clase media.”

Que hagan lo que quieran, pensaba él. Le daba pena el notorio vaciamiento de lo que eran, o habían sido, para convertirse en lo que nunca llegarían a ser de verdad. Pero, bueno, cada cual elige sus metas. En José Manuel no le sorprendía. Ya había intentado cien negocios, y se había estrellado en todos. Él y el dinero que le daba el padre para intentarlos. Pequeñas cantidades, pero siempre tiradas a la basura. Igual que había hecho con sus consejos cuando le advertía. “Vos de lo que sabés es de mujeres. De negocios no tenés ni idea. Dejame a mí y vas a ver. En ésta me paro para todo el viaje.”

Una semana atrás se había repetido esa charla. Antes que Sigfrido le confirmara la maniobra acostumbrada del otro. Y no volvería a agarrarlo ahora, por más precisos que fueran los datos. El Petiso ya se había juntado con otros dos clones del cabeceo, y tenían a medias acordado el traspaso del negocio. El tipo los había enjabonado, prometiendo que cerrarían contrato tras la noche de presentación del grupo de desfiles. Era un tiburón. Deslumbrados por los fuegos artificiales de semejante reunión Vip, aquellos –y sus padres, claro- firmarían lo que les tiraran. No, no serviría de nada que hablara con él.

Con la vista sobre la reproducción del local, mientras Graciela y él iban superponiendo transparencias de los distintos pases, lo distrajo la triste premonición de lo que le esperaba al otro. Quizás por eso, aunque también porque no le gustaba lo del Chacal, prestó una mínima atención a lo que ella le contaba.

-No puede ser que nunca te enterés de nada. Ha salido en todos los diarios y noticiosos. Dos minutos cuarenta y uno –anotaba bajo el título, el tiempo del disco elegido. Jorge, con los dedos, representaba la caminata y giros, marcando en el cronómetro.

-Bueno, ya sabés que no los leo. Y que tampoco le doy bola a la tele o la radio. Creo que alcanza justo. Aunque tampoco importa si termina unos segundos antes o después -hizo un tilde al margen y apartó la hoja-. Vamos con el de Mr. Blues. Debería sobrar.

-Por eso te lo estoy contando ahora –Graciela negaba, preocupada, mientras buscaba entre los discos-. Para que no le digás algo así a mi viejo. Porque él te acusaría de evadirte de la realidad, y vos... No, por

bruto que sea, después de escucharte media hora, analizando los medios de información y la realidad, se daría cuenta que lo tratás de idiota en varios idiomas.

-¿Tu viejo escuchándome media hora?

-Da igual, Jorge. Diez minutos. A vos te sobraría.

-¿Diez minutos Mr. Blues...? No, es más corto. Fijate bien.

-Siete veintiséis. No te hagás el sonso. Por favor, dame bola. En serio que está obsesionado con el tema. Hasta me preguntó si el tumbado de mi novio, cuando se iba de acá, cortaba por el Parque Las Heras.

-¿Dijo novio...?

-¡Qué importa! Sí, creo que sí. Él no es tan malo.

-Me estoy emocionando. ¿Pero especificó qué es lo que le preocupaba? ¿Que me violen y me maten? ¿O que lo hagan otros?

-¡Ni se te ocurra preguntárselo! Que te conozco. ¡Cagamos!

-Sí, acaba de entrar el coche. Tranquilizate y sigamos con lo nuestro. Vas a ver qué novio bueno y atento soy.

-Pero si no me has dejado que te cuente nada. Se va a dar cuenta.

-Así que..., siete veintiséis –Jorge se puso de espaldas a la puerta de la cocina, que es por donde entraría Don Marcos, y desparramó fichas de colores por la esquina de la hoja nueva-. Vos mové la mía, a ritmo normal, parando acá, que sería la Estación. Yo voy llevando las otras. Esperá, mejor poné también el disco, bajito, para controlar el fondo.

-¿A qué están jugando?

La madre, que ya había pasado a lo largo de la tarde en todas direcciones, se adelantaba al marido. Si iba a haber espectáculo ella no se quedaría afuera. A solas con los malditos no se atrevió. Pero ahora era otra cosa. Don Marcos prácticamente se había sumado a la pregunta, aunque sólo de reojo, mientras pasaba a colgar la campera. Jorge, consciente de los cebos ideales, midió el tiempo transcurrido y lo anotó entre paréntesis al margen.

-¿Un cronómetro...? ¡A ver, che...!

Si hubiera sido un surubí ya estaría pataleando en el aire. Casi se tiró sobre la mesa, para recibirlo de manos de Jorge. Hasta la vieja bajó

la cabeza, ante la facilidad con que le vendían un espejito al marido. “¡Y es bueno..., es alemán!” Cualquier cosa que pusiera Made in Germany lo derretía. Nada de casualidades. Entre los distintos cronómetros del despacho de Sigfrido, Jorge había elegido ése. Vaya a saber cuántas cosas más, de las desperdigadas sobre la mesa, sufrieron el mismo escrutinio especulativo. Ya habían remontado lo de no, no es ningún juego; y las variadas explicaciones sobre el nuevo sistema de desfiles ideado. Graciela disertaba, orgullosa, sobre la importancia concedida a su chico. “¿Pero, sos delineante también? Porque yo he estado ahí. Las heladeras del mostrador se las pusimos nosotros. Es un lugar muy fino. Y este plano está a escala, ¿no...?” El Surubí se hinchaba de importancia, sagacidad, y conocimientos técnicos. Y Graciela no perdía la oportunidad de pinchar en hueso. “No le hace falta. Jorge da las órdenes en el Estudio, y todos a su servicio.” La madre, amable y cariñosa como siempre. “¿Vos también...? Porque, por lo visto, acá tiene otra secretaria. Será cuestión de comprobar cuánto te pagan por eso.” “¡Uy...! Si tuviéramos que sacar cuentas por esto, y compararlo con lo que le debemos nosotros, perdemos como en la guerra.” Infinitesimal pausa, que sirve para que ahora sea Don Marcos quien mire cabeceando a su mujer, incapaz de dar dos pasos sin soltar una caída. Sólo que Graciela ya está aclarando, inocente infanta, que se refiere a las clases particulares sobre todas las materias, que su generoso novio le imparte desde hace un año y medio. Sin contar lo que a ella le divierte, y cuánto aprende ayudándolo, claro.

El práctico y preciso padre pregunta perentorio, para paliar las pelotudeces, por el pecunio percibido, o prometido. “Nada de promesas, Papá. El Arquitecto le paga treinta mil pesos mensuales, mientras diseña y dirige el proyecto. A lo que se sumará un buen porcentaje por cada desfile que haga.” “No está mal.” Concede el empresario, cruzando los dedos para que no le vayan a preguntar cuánto paga él a sus empleados. Jorge sonríe, sin dejar de mover las fichas, que luego va sacando una por una y restituyéndolas a su montón. No serán alemanas, pero va a picar igual. “Y con esas fichas qué hacés...?” Mirada a su secretaria, que ya había saltado. “Son sus chicas –bien remarcado el posesivo-. ¿No ves? Las pone y las mueve a su gusto. Tiene el bolso lleno de chicas. Cada color es una. Esta, roja, Claudia. Su preferida. La verde, Paty. La amarilla...” “¿Y

aquella tan..., explosiva, ya no está?” Mucho había aguantado la vieja. Y Jorge supo que le tocaba a él. “Justamente. La amarilla es Silvia. En un sketch la hago hacer de Marilyn. Le encanta.” Graciela se fue a quitar el disco, tratando de entender por qué había dicho eso. No era cierto. Y tampoco necesario. La madre ya la conocía, así que lo de Marilyn...

Pero al volver, ensobrando el vinilo, vio cómo su padre iba de la mujer a Jorge, y de éste hacia la ficha amarilla, buscando la información, o la imagen que le faltaba. No sabemos si lo pensó así, pero claramente se trataba de un anzuelo de largo alcance. Y sólo él sabría lo que esperaba sacar de ahí. Por lo pronto la ex-socia, de quien tampoco conocemos las intenciones, añadía carnada fresca, pormenorizando lo que recordaba y extras malignamente imaginativas. Incluyendo la estúpida pregunta a Jorge, si ahora ya no tenía miedo que la violaran. En todos los sentidos estúpida, porque ella sola anuló el tema en que tan cómoda y curiosa se hallaba, sirviéndole en bandeja el cambio a su marido.

-¿Che, se han enterado que el Chacal atacó de nuevo? Sólo faltaría que le sigan echando la culpa al pobre chico ese que está en el manicomio. ¿Leíste vos lo que dicen?

-No me hable, Don Marcos. Es horrible -Graciela respiró, ante el semblante compungido de su novio, que se había apartado de la mesa y encendía un cigarrillo-. Hay cosas que nunca podré entender por qué pasan.

-¡Porque estamos llenos de locos, y de gente fuera de la ley! Porque ya no se respeta nada. Ni la familia, ni las buenas costumbres, ni a los mayores...

-Pero, Papá... -Graciela no quería que fuera Jorge el que le discutiera esas cosas-. Las víctimas son todas gente joven.

-¡Y quién les manda que se metan ahí!

-¡Marcos... Los han matado! ¡Y además de esa forma!

-¡No, si yo no digo que se lo merecieran! ¡Ni que tengan la culpa! Pero..., no sé, es una imprudencia. ¿Vos no te irás por el Parque Las Heras a la noche, no...?

-No, Don Marcos. Yo tomo el ómnibus para casa en la Roque Saenz Peña. Voy derecho desde acá, por la General Bustos. Y sabiendo esto, imagínese.

-Además, Marcos, atacan a parejas. Somos las mujeres las que corremos peligro.

Otra buena idea la que le acababa de dar al marido. Pero, claro, sería difícil llevarla de noche hasta el parque, y empujarla adentro. Sin contar que el Chacal la devolviera, y exigiera reparaciones. Parece un coro mental telepático, o el famoso inconsciente colectivo, mas no hay pruebas de ello, así que no se culpe a nadie y sigamos. O que siga el viejo en realidad, metido ya en el trabajo de remontarse a rumores y precedentes. Distráidos, odiando a la madre, nos hemos perdido la forma en que Jorge logró llevarlo hasta ahí sin denunciar su ignorancia. Por la satisfecha cara de Graciela, debe haber estado a la altura de otros movimientos del día. No, no hay datos muy concretos. Y el primer caso atribuido es el de un mes atrás: Pareja sorprendida haciéndose arrumacos, de noche, entre la arboleda del parque. Según testimonio del chico, una linterna pequeña pero muy potente los alumbró de golpe, impidiendo ver al que, o a los que la portaban. La voz que escuchó era fuerte, áspera, casi animal, repitiendo qué bonito, qué bonito, eh. Pero enseguida se les echó encima, y a él le pegó con algo en la cabeza, que lo desmayó. No puede asegurar que fuera un desvanecimiento completo, porque escuchaba los gritos de la chica y esos como rugidos del otro. Insiste en que dijera lo que dijera, insultos, órdenes, o amenazas, el tono era brutal, eran ladridos y parecía eso, un perro rabioso. Como estaba caído, al costado del árbol en que los sorprendió, sólo pudo apreciar que era enorme y los iba a matar, otra cosa que repetía aquél entonces. Se incorporó apenas, y salió corriendo. Lo escuchó insultar y gruñir, también que le disparaba. Sin embargo no supo que lo había herido hasta salir, mucho más allá del río, y alcanzar la calle, donde se derrumbó y lo recogieron desde un coche.

La actuación policial de esa misma noche encontró a la chica inerte, en el lugar que él había descrito. Estaba desfigurada por los golpes, y por todo lo que le habían hecho, hasta después de muerta, según el informe forense. Aunque recuperándose en el hospital, de la fuerte herida en la cabeza, y el balazo en el glúteo izquierdo —él pensaba que se había golpeado con algo en la huida—, lo tenían bajo vigilancia. Y en cuanto pudo moverse lo trasladaron a Jefatura. El inspector a cargo

del suceso declaró que era el típico caso de demencia transitoria para taparse, y tapar ante los demás el horrendo crimen cometido. ¿Vos qué pensás...?

Por suerte Jorge no tuvo que contestar. La pregunta era retórica, y además se mezcló con la invitación a que lo siguieran a la cocina. A partir de ahí todo fue una mezcla. El viejo venía de unas reparaciones en Villa General Belgrano. Alemanes, por supuesto. Y les mostró la canasta, con una variedad de salchichas, gruesas como palos de escoba, un barrilito de cerveza, que ya había puesto a enfriar, pickles, chucrut, salsas y mostazas... Graciela le hacía señas que calladito, y que zampara a gusto. Ella, Marisa, y la vieja, habían puesto a calentar agua, y separaban ingredientes a la orden del cocinero delegado, que detallaba, con acento alemán, que no debía hervir, que el chucrut en esa fuente, que nada de cuchillo porque arruina el sabor; y unas doscientas especificaciones más que omitiremos. No, no hace falta que nos den las gracias.

En cuanto a lo otro, Don Marcos requería el testimonio de las féminas, porque él nunca había estado de acuerdo con la versión policial. Tenemos una policía más bruta aún que los choros. Para no complicarse, y acabar rápido, le encajan el bulto al primero que pasa y chau. Graciela, que venía con la bandeja de mostazas y ketchups, casi trastabilla en su afán de transmitirle a Jorge que no, que no aprovechara el inciso; que el padre sólo se refería a eso y no quería saber más. Pero el otro lo miraba, ansioso y expectante, al disertador: “No me diga, Don Marcos. ¿Y por qué piensa eso...?” “¿A vos qué te parece...? –ya estaba comiendo a dos carrillos, pero su alimento era este otro-. Ponele que el pobre animal se pegara un cabezazo contra algo, para fingir la agresión. Difícil, por el tipo de contusión, pero... –a cada término, más o menos técnico, la ceja derecha se le iba un poco más arriba y empinaba la cerveza-. Ahora, pegarse solo un tiro en el culo... No te lo perdás, que el chico es diestro. Y el balazo es en el glúteo izquierdo, sin salida, y astillando el hueso de la cadera –hizo todo el gesto, con la mano hacia atrás-. Fijate, ni diez centímetros podés conseguir. Se habría quemado el pantalón, el culo, y le habría salido por el otro lado. ¡Esos son los expertos en balística que tenemos! ¡Andá a cagar! ¡Hasta yo sé más que ellos!”

Obviaremos la exasperante cantidad de intervenciones maternas. Casi siempre pidiendo detalles de lo sufrido por la víctima. Algunos relatados con generosidad por el experto. En cuanto podían, Graciela y Jorge lo llevaban otra vez hacia el trámite detectivesco. Un par de noches atrás, también en el parque, habían encontrado otra pareja. Esta vez muertos los dos. El bestial ensañamiento igual, o peor aun, por las mutilaciones y desgarros. De ahí lo de Chacal, que ahora explotaban y pregonaban todos los medios de difusión. Incluso había algún periódico, y un par de revistas sensacionalistas, que agregaban sucesos anteriores, con características muy similares y rápidamente silenciados.

-¿Y entonces qué van a hacer ahora con ese chico? -Graciela estaba realmente tocada.

-¡Lo que importa es qué van a hacer con esa bestia que anda suelta!

-Sí, Doña Nilda, por supuesto. Pero la injusticia que han cometido con él, y las consecuencias que puede tener...

-Parece que en el psiquiátrico ha tratado de suicidarse un par de veces ya –Don Marcos movía las manos sobre la mesa, significando que no había mucho que hacer por el pobre. Aunque también podía estar expresando el final de la cena. Y el satisfecho cansancio del protagonista, una vez terminado su libreto. Realmente se lo notaba algo velado por la cerveza, y la más de media docena de salchichas devoradas, entre escoriaciones punzantes, violaciones anales, y otras minucias de aderezo virtuosamente expuestas-. Pero... –se limpió la boca con la servilleta, y lo señaló a Jorge-. Una cosa se me quedó por preguntarte antes.

-Diga, Don Marcos –obediente a la ceremonia, Jorge también se respaldó, servilleta en mano, resignado a seguirse haciendo el idiota humilde, y traspasarle la cosa si lo comprometía demasiado.

-Creo que, por las fichas que manejabas, las mujeres que desfilan son siete, ¿no?

-Sí... –no se podía creer lo que estaba escuchando. No, debía haber alguna relación. O una advertencia quizás, de que tuvieran cuidado. Sintió que algo se le revolvía en el estómago, y buscó los cigarrillos-. Sí..., sí, son siete.

-¿Y hombres, cuántos?

-Ah, no..., yo soy el único.

-Mirá vos... -Don Marcos se había levantado, y sacaba admirativamente el labio inferior-. Hay tipos que tienen suerte, che -esto último lo dijo, ya enfilando el pasillo hacia los dormitorios.

CABILDO

El Comisario, contra su costumbre, había madrugado, y subía a buen paso la escalera. Miró con curiosidad a Estrasa, que iba delante de él, y que apenas pudo hacer la venia, cargado de biblioratos. ¿De dónde estaba tan trabajador, a esa hora de la mañana? No llegó a preguntárselo, porque no bien llegar a la planta vio la puerta abierta del despacho de Valbuena, que salía a recibir la carga con los lentes en la cabeza. Éste agradeció al Cabo, y giró a depositar los papeles en el escritorio, mientras le daba los buenos días y lo invitaba a pasar si quería. Gambetta dudó, apoyado en el marco, pero el otro insistió, e incluso acercó el otro sillón con ruedas, y le ofreció que compartiera un café con él. Notó que tenía, en la mesita baja lateral, un recipiente de vidrio con cable. Se la habría traído él, calculó. Porque semejante modernéz en la repartición...

-Disculpe, pero no será de ese café que toman ustedes, ¿no?

-¡Noo...! No le haría eso ni a mi peor enemigo –el cubano mostraba los dientes, en una sonrisa concentrada sobre las tazas que servía-. Si lo ha probado alguna vez sabrá que es jugo de cucarachas tibio.

-No lo he tomado nunca –Gambetta se sentó, y dejó el portafolios que traía a sus pies-, pero me han hablado de él.

-Lo que le hayan dicho es poco. Horrible, verdaderamente horrible. Sobre todo para quienes estamos acostumbrados a un café fuerte y con aroma. No, de éste me trajo una bolsita Jiménez, cuando me vio alzar los ojos al cielo tras probar el primero. Es excelente. Creo que de una casa por acá cerca.

-Sí, supongo que será el de Bonafide. A mí también es el que más me gusta.

-Sí, eso..., Bonafide –Valbuena alzó una bolsa mediada de su último cajón-. Cuando me vaya me llevaré una valija llena.

-No hace falta, che –Gambetta hizo el gesto de escribir-. Nos deja una dirección, y nosotros le mandamos. Somos atrasados, pero buena gente.

-Por favor, Jefe, no me guarde rencor por todo lo que estuvimos charlando ayer. Yo, cuando trabajo, soy un perfeccionista. Tómelo como críticas constructivas.

-Si pudiéramos construir algo con eso, seguro. Sólo que no tenemos ni los medios ni los presupuestos que manejan ustedes. Mientras se olvide eso, todo lo que me diga...

-Usted sabe que no se trata solamente de eso –acercó la taza y los cuadraditos de azúcar, esquivando legajos, hacia su invitado-. Que hablamos también de fallos inexplicables. Y la falta de una actitud consecuente, metódica, organizada, ante ello.

-Dígame una cosa, Valbuena: ¿Usted había trabajado antes en Argentina, u otro país latinoamericano?

-Lo siento, pero comprenderá que no puedo responderle a eso.

-¡Bien dicho! –Gambetta lo señaló con el dedo.

-¿Me estaba probando...?

-¡Por favor...! ¡Ni se me ocurriría! Si algo tengo claro son las jerarquías –dejó caer un terrón sobre el café y, sin removerlo, tomó el primer sorbo-. No, reconozco que hice mal la pregunta. Sólo quería remarcar lo natural de diferencias, que usted considera terribles. Y que, salvo Norteamérica, el resto compartimos. Por supuesto que las condiciones económicas influyen, mucho más de lo que usted quiere admitir. Pero es que, además, eso nos lleva a funcionar, y pensar, de una manera muy distinta.

-Quizás si me lo explicara en estos casos, por ejemplo, por los que fui requerido... Son tantos, y tan poco documentados...

-¿Tantos...?

-Sí –miró sus apuntes-, hasta ahora he anotado exactamente cincuenta y tres, en unos cuatro años.

-Cincuenta y tres... –Gambetta cabeceó pensativo-. Sí, dicho así parecen muchos.

-Lo son. Cincuenta y tres misiones, de detención de elementos contrarios al régimen, fracasadas.

-¿Ve...? Dejando de lado el número, con lo del fracaso no sé si estoy de acuerdo –había encendido un cigarrillo, y echaba el humo lentamente sobre la brasa.

-¿Cómo que no...? –al cubano se le movían los lentes en la frente, por la forma en que contraía la mandíbula-. ¿Usted los consideraría un éxito?

-Voy a dar por hecho que los dos sabemos de lo que estamos hablando. Esos elementos contrarios al régimen, como muy bien dice usted, son gente molesta, que habría que encarcelar o sacar de en medio. ¿Hasta ahí bien...? –el otro afirmó, entrecerrando los ojos-. ¿En sus notas consta que a alguno de ellos se lo haya vuelto a ver por acá?

-Algunos –reparó en la libreta-, creo que tres o cuatro, recibí información de que se hallan en Chile, o Méjico. Del resto hemos perdido la pista, o al menos no se han manifestado de forma alguna.

-¿Puede entonces marcarme la diferencia? ¿El fracaso en lo que se quería? Seamos serios, y prácticos, Valbuena. La finalidad de la orden, no me negará eso, es que dejen de molestar acá, que desaparezcan. Y han desaparecido. Nos han ahorrado trabajo, y en algunos casos hasta vigilancia carcelaria y manutención. Sí, Señor. No sé si un éxito, pero sí misión cumplida. Personalmente, me da igual tener que traérmelos, o que digan: Ojo, que Gambetta tiene orden de engancharnos. Chapemos un bolso y rajemos.

-Es usted un cínico, Gambetta.

-¿Debo tomarlo como...?

-No, no es un insulto. Pero se trata de una filosofía que no sé si...

-Olvídese. Yo con la filosofía no tengo nada que ver. Si estoy donde estoy no es por filosofar, sino por cumplir siempre las órdenes que se me dan –interrumpió el gesto del otro-. Sí, ya sé, en el horario convenido para la operación nos encontramos con que habían volado. Estoy seguro que usted está mucho mejor preparado para filosofar que yo. Fundamente por qué ve el fracaso en el operativo, cumplido a rajatabla, y no en otra cuestión que se cae por su peso.

-Es que esa otra cuestión es la que nos preocupa.

-Y a mí –Gambetta cabeceaba, mirándolo con fijeza.

-¿Y no considera usted un fracaso, el no haber descubierto en tanto tiempo dónde se produce esa filtración?

-¡Aah...! ¡Ahora nos estamos acercando a la cosa! Si Gambetta no descubre quién, cómo, y por qué, lleva todo este tiempo filtrando información que nos perjudica, la culpa es de él.

-Es su trabajo. ¿O no...?

-Usted, o quizás debería decir todos ustedes, quieren cortar por lo más fino. Bien abajo, no sea cosa que las salpicaduras... Llevo mucho tiempo investigando delitos de todo tipo. Y si me mantengo en mi puesto es porque he aprendido que a partir de cierto nivel –puso la mano, como una visera, a la altura del mentón- se acabó la investigación. No sé nada, no veo nada, no digo nada. Los policías somos el escalón más bajo. No me haga decir quiénes son los que están de ahí para arriba. Usted, mejor que nadie, lo sabe. Y sabe que desde ahí, subiendo por las jerarquías, es desde donde parten las órdenes. ¿Aseguraría usted que ningún motivo, político o de cualquier otro tipo, puede estar produciendo dichas filtraciones, en el largo hilo de quienes deciden y transmiten hacia abajo? No, claro, ustedes quieren que el traidor sea un policía. Eso los dejaría mucho más tranquilos. Pero, ¿sabe qué le digo...? Que en este caso no. Porque eligen de cabeza de turco al pobre Gambetta, o alguno de sus agentes, y al paredón. ¿Y cuando, a la próxima, la filtración continúe, qué hacen? ¿Siguen acusando policías, por si acaso? Me imagino que lo debe haber pensado, y sólo me está presionando porque la otra idea no les gusta nada.

-Espere, espere, Gambetta. Parece que fuera usted quien considera imposible que ese escape se produzca entre sus hombres.

-Se olvida de sus propias palabras: Es mi trabajo. Y no he necesitado cuatro años para hacerlo. Claro que tengo una ventaja. Parte de mi trabajo es conocer muy bien a todos mis hombres. ¿Conoce usted igual de bien a todos sus compañeros? Tengo entendido que son muchos. Y siguiendo la escala hacia abajo, ¿responde por los políticos, empresarios, militares, y demás, que están al corriente de las órdenes que yo debo cumplir? Y antes que me acuse de estar señalando a nadie, considere que hablamos de investigador a investigador. Si de verdad lo que quiere es descubrir el fallo, recíballo como crítica constructiva. Como una ayuda de alguien que sí sabe de lo que está hablando. Ustedes repiten eso, por ejemplo, de la lucha contra el Crimen Organizado. Estamos solos, Valbuena. Entre bomberos no nos vamos a pisar la manguera. Si

está tan bien organizado, no serán los choritos de la calle quienes lo han hecho, ¿no? Y no me estoy quejando de mi trabajo. Todo lo contrario. Pero, por favor, che, no me venga a aplicar a mí la misma manganeta. Busque todo lo que tenga que buscar, pero búsquelo por todos lados, que no es el rancho de Gambetta el único que se llueve.

-¿No se estará dejando llevar por lo que decía ese pobre chico del otro día? Sería una insensatez creerse semejante despropósito.

-Yo no me dejo llevar por nada. Fíjese, hasta se me ha olvidado lo que decía –lo señalaba muy serio-. Ese es su trabajo. Y le deseo suerte. Perdona, Valbuena –miró el reloj, fingiendo sorpresa-, pero sentarse a tomar un café con usted es un peligro. Mire la hora que se me ha hecho. Y llevo esto –palmeó el portafolios, mientras se levantaba-, lleno de asuntos que tratar. El próximo lo tomamos en mi oficina. ¿De acuerdo...?

PASARELAS

No dejaba de repetirse lo de la suerte. Y también que a la suerte hay que ayudarla. Pero antes que eso reconocerla, saber en qué esquina del cuadro buscarla. Tener el tacto y la sensibilidad de mirarla, aun en los momentos en que esa arañita asustadiza se esconde, o repliega, por las tormentas de aerosol con que nuestra inseguridad y desconcierto la atacan. Porque cuando la excesiva matemática del raciocinio proyecta sus ecuaciones, para solventar los desbarajustes del hombre, hay que dejarle una puerta, un resquicio de intuición y alegría, un renglón que sólo ella puede rellenar. Esa parte de confianza inexplicable lo salvaba. Siempre lo había hecho. Y él era el primero en sorprenderse, cuando en lo peor de cada acontecimiento su tímida vocecita le indicaba el giro a realizar. A su favor apuntar que obedecía. Y fuera cual fuera el resultado, nunca renegaba de ella. Sabía aceptar también que en ocasiones salvarse no es triunfar. Pero que en muchas de esas ocasiones, el sólo hecho de poder seguir pensando y actuando ya implicaba una buena ración de suerte.

Esta vez, por donde lo mirara era completa. Si el mal paso de sus compañeros en las encuestas los habían dejado bajo vigilancia, las peculiares características de ese trabajo lo alejaban bastante de cualquier sospecha de activismo político. Para ciertas mentalidades hay cosas que marcan. Y allí, con el contexto y las cuestiones que se barajaban, el que un hombre hiciera desfiles de modelos vaya si marcaba. Hasta entre sus conocidos más inocuos, el comentario de mayor benevolencia apuntaba que si aún no se había vuelto loco, era porque quizás estaba a punto de convertirse en loca. Que ya no sabía cómo llamar la atención, que por ese camino terminaría mal. Aunque en apartes, de envidiosa capitulación, insistían en que al menos se apareciera por el bar a presentarles sus nuevas amiguitas, porque ellos también querían enseñarles algunas

coreografías. Aunque no fueran exactamente esas las palabras con que lo expresaban.

Sí, era un buen paso de baile el que había dado. Todo aquello se lo confirmaba. Al igual que para una vieja parte suya confirmaba, con algo de nostalgia -aunque una serena y distante nostalgia-, que aquella gente se le iba perdiendo desde muchos giros atrás. Los de la barra del Molino y el resto de bares céntricos, que ahora bromeaban con poses y morisquetas, ya habían empezado a caer en sus oscuras complicidades junto a la Vieja de Graciela. Los de los bares de la Facultad, compañeros de estudios y muy radicales filósofos de café, que criticaban la superficialidad pequeño burguesa de su nuevo empleo, ya habían dejado de provocarle la acostumbrada desazón de tiempo perdido. Ahora simplemente le aburrían. No dejaba de querer a algunos, sentir un cierto cariño por dos o tres voluntades rescatables, por los buenos y no tan buenos ratos compartidos. Pero soberanamente lo hastiaba la escasa profundidad, el poco fuego, y la increíble, agotadora cantidad de humo.

Sonrió al darse cuenta que parecía estarse despidiendo de los bares, o al menos simbolizarlo como eso. Y que no fuera así en absoluto. Por un movimiento de baile, como dijera antes, sólo se estaba desplazando de una zona a otra. En una ciudad, aunque sea tan pequeña como Córdoba, llevar el trasero desde El Molino hasta Calle Ancha, o a los sillones de la Galería del Trés Bien, que es donde habían estado con Claudia, es otra de las cosas que marcan, aunque ésta desde adentro. Y él empezaba a notar el inquietante y nuevo calor que lo estaba marcando.

Como dice el tipo que se cae desde la terraza de un rascacielos, ante la pregunta del que lo ve pasar por el piso sesenta y cuatro: “Hasta acá, vamos bien.” Aparición del desconfiado que también lo acompañaba. El que prefería verse, no sabemos si por el símil recién utilizado, como alguien que se ha lanzado en paracaídas, y prefiere no darle rienda suelta al júbilo, mientras el cuerpo no se haya enderezado por completo en tierra firme.

Muy bien, revisando: A riesgo de hartar con su típical topic, no había tenido más remedio. Asimismo, el entrenamiento actual

funcionaba con un engrase perfecto. La seda de las telas bien plegada. Los hilos controlados y dispuestos según sus físicas y dinámicas reglas. El salto realizado con corrección. El peso ventralmente inducido. Los brazos y las piernas serenando la necesaria postura de planeo, mientras los ojos cerrados cuentan y avisan al dedo que tira de la anilla en el pecho. La siempre tranquilizadora sensación de carreteles en movimiento, de envolventes venas circulando, hasta producir el sacudón que el cuerpo espera y agradece, dejando que las piernas basculen en su retorno a la verticalidad. Ese golpe que resuena, como un lejano desgarrar en el silencio, como un aletazo de arcángel protector, diciendo ya está, lo de afuera ya está, ahora sos vos otra vez quien toma el mando. Ese tirón que en las prácticas sorprende y duele, que parece que te va a desgajar desde las axilas, y que en cambio allá arriba es la más dulce caricia, el inefable instante en que el hombre contempla el mundo desde arriba. Se sabe pájaro, quizás se recuerda pájaro. Se asume aire, tierra, agua, fuego. Su ancestral memoria bulle, en la ausencia de sonidos, dando a unos claridad de visión, precisos panoramas de la vida y el tiempo. Engañando a otros desde la soberbia altura, con falsas promesas y medidas falsas. El hombre separando el todo de la parte. Extrayendo la cita que lo justifique, del libro que no leyó ni entendió. Condenado a saltar una y mil veces, a arriesgar y perder la vida, buscando en esa repetición física lo que su cabeza le quiso decir y no escuchó. Identificando el placer con el miedo, el desafío con la sensatez, el aburrimiento de lo repetido con el juego.

Sabía que no. Que el salto es una necesidad. Y sólo ante la necesidad se realiza. No es saltar el oficio del hombre, sino vivir. Eso comprende el que, liberado ya del temor, flota sobre el espacio, viendo cómo las lejanas cuadrículas más bien Klee, se van transformando en más bien Van Gogh. Más abigarrado territorio de espesos ocres, amarillos, verdes extensiones de pinceladas que se ensanchan. Viendo clarear los antes oscuros o plateados hilos, hacia movedizas serpientes de agua. Calculando, en sostén y conducción de sus propios hilos, la forma de superar esa zona de matorros que ahora es un bosque, para no perder la virginidad o algo peor, aterrizando entre las ramas que contemplan al extraño pájaro. Pedaleando en el aire, flexionando los músculos que deberán leer y salvar la accidentada superficie; propiciar la carrera de

llegada, doblarse y ayudarlo a rodar, para que todo acabe en el saludo de retorno que debería ser. En el rápido arrastre y plegado del hongo menguante, para evitar enredos, o ser él el arrastrado. Dominar el humano invento. Saber que está aprendiendo a dominar su vida. Tomar nota de lo visto y sentido. Volver a su condición de hombre que busca. Con los pies en la tierra y la cabeza atesorando aquel silencio. Lo que realmente le dijo el silencio del arriesgado salto.

Habría que acostumbrarse, si aún no lo hemos conseguido, a ese plantarse del susodicho en comparaciones un punto excesivas. Difícilmente se nos hubiera ocurrido a nosotros lo del paracaídas. Claro, el que salta es él. El que teme las rodaduras y los quebrantos de ánimo es él. No es otro quien viene dolorido, harto de empujones en caída libre, oteando el tramposo paquete que le pueden estar armando, patinando con liviana facilidad, pero las manos y los ojos prestos por si acaso. Es difícil creer, en su caso confiar, que lo de las islas afortunadas sea más que un nombre. Y sin embargo, aquel nuevo territorio parecía, dentro de su excepción de isla, la cartografía soñada a explorar. La pequeña y bella utopía, que el hombre puede construir en sus cuatro baldosas.

21 : 09 : 72

13 : 10 : 28

Si lo que insinúan es influencia alcohólica, están miccionando a diez metros del recipiente. Acusaciones sin ningún tipo de fundamento. Cualquiera que me conozca sabe que no necesito una cerveza para hablar solo. Lo que sí acepto es que no cae bien semejante sol encima de aquel amargor helado. La panza me chirría como los frenos de un camión en la bajada Esquiú. Habrá que dejarse de vueltas, llegar rápido a casa, y manyar algo. Junto a la verborrea que se me critica, ataca la angustia oral. Otro término de reciente cuño. Si no fuera por los freuditos seguiríamos llamándole hambre, o ragú a secas, con lo que ganaría el folklore, aunque perdiera el diccionario y los consultorios privados.

Claro, que siguen siendo vueltas. Y que hay un mareo instalado por ahí. Pero no en la cabeza. Viene de mucho más arriba. O más atrás, si hay que ser precisos. Tendría que frenarme un poco, voy como a marchas forzadas. Y no es excusa, la culpa también la tiene toda esta gente que te rodea a paso de maratón. Habría que filmar la avenida Olmos, camino del río, en este horario. Parece una competencia de desbocados, a la caza del bocado. Y dentro de un par de horas el mismo recorrido, pero en sentido inverso. Mirando sin ver, tropezando, alienados, mascullando cosas por lo bajo. Triste demostración de mi normalidad en su compañía.

No necesito escucharlos, sé lo que dicen, todos lo sabemos. Van repitiendo, incansables y cobardemente furiosos, lo que le tendrían que haber soltado al grasiento del encargado, o a la alcahueta de la cajera, que siempre encuentra motivos para hacerlos quedar después del cierre.

Pero a la próxima ya van a ver. Porque no se piensan callar toda la vida. Ah, no... Un día de estos explotan y mandan todo a la mierda. Que ni se sueñen esos que, por el sueldo miserable que les pagan, van a estar aguantando las torpezas y guaranguerías que a ellos se les ocurran.

Los pobres no ven el momento de entrar a las arrastradas en su casa, colgar el saco en el perchero, sacarse la corbata a tirones y dejarla en el respaldo de la silla, llevar un vaso hasta la heladera, mientras con la otra mano se desprenden un poco el cinto y la camisa, como para respirar a sus anchas. Todo esto persiguiendo a la mujer, que bascula desde la cocina hasta la mesa del comedor y vuelta para allá. Dejándole, por lo menos a ella, bien claro, que si el sindicato de empleados de comercio no fuera la basura que es, los patrones no se darían el lujo de reventarlos así. Pero eso sí, bien que te cargan la cuota gremial a fin de mes. ¿Y qué tenés por eso...? Un descuento roñoso en el Supermercado Tiburoncito, que les dará su buena comisión. Ah, y no te lo perdás: Peluquero gratis en la sede social. Que, encima de quedar en la otra punta de la ciudad, y tener que aguantar una cola de la gran puta, te asesinan. Si volviera Perón cambiarían las cosas. Yo sé lo que te digo.

Entre tanto la más chiquita, trepada a la silla, lo mira, se ríe, y mete las dos manos en el puré de manzana. El mayor llega, también arrastrando los pies, con los libros bajo el brazo, besa a los padres y se sienta en silencio. Comen sin casi mirar el plato, haciendo a un lado las botellas y la fuente de la ensalada, para ver mejor el noticiero de medio día. Cuando está por terminar cambian al del Canal 10, que es más completo y pasa los resúmenes deportivos.

A veces la esposa se le anticipa en el monólogo, o intercala lo que puede. Porque no te vayás a creer que esto es el paraíso. Parece mentira, pero la casa se me hace cada vez más pesada. Y además están las compras, que hay que pasarse dos horas en la carnicería, para que te roben la mitad del presupuesto semanal en un kilo de costeletas y tres cuartos de puchero. Así en todos lados. Y eso que vos sabés que yo estiro lo que me das como chicle. Quisiera saber cómo hacen los de enfrente, que se la pasan a pesceto y lomo. Claro que tienen un solo chico, y trabajan los dos. Ella es maestra, y las maestras ganan bien, aunque sean las que más se

quejan. Porque ya viste, cuando no están de huelga es feriado. Y después tienen tres meses de vacaciones pagas, decime si hay derecho. Yo debería haber terminado magisterio, como decía siempre mi mamá. Si no hubiera sido por los chicos... Ah, y no te he contado las notas que ha traído tu hijo esta semana. ¡Esperá, esperá vos, que le muestre la libreta a tu padre!

El chico agacha aún más la cabeza, y empieza a tragar como si la milanesa tuviera espinas. Sabe que a partir de ese instante no lo salva ni el Súper Agente 86, que está por comenzar. Ahí es donde los padres convergen en un mismo tema, y encima se ponen de acuerdo. Ahí es donde queda evidenciado que él, y parecería que nadie más que él, es el culpable de todo lo que les pasa. Y a ver si lo entiende de una vez, porque no hacen otra cosa que sacrificarse, para que se forme como un hombre de futuro y el día de mañana no sufra sus estrecheces. Ellos, que se desloman de sol a sol por su bien, para que les pague así, con casi la mitad de las materias por debajo del promedio. Lo único que le interesa es estar con sus amigotes, jugar al fútbol, y ver la televisión hasta las tantas. Pero vos sí que es mejor que te vayás olvidando de las vacaciones. Porque te las vas a pasar con profesor particular, para rendirlas bien a todas. Y más vale que no me pierdas el año, porque te saco del colegio, y se acabaron las canchereadas y la vagancia. A trabajar como todo el mundo. Que en mi casa no voy a tolerar hippies ni atorrantes.

Menos mal que hoy es veintiuno de setiembre, y el pibe andará por las sierras. De todas formas, a esa altura del discurso, el padre ya está manoteando la fruta y mirando el reloj. Bueno, y a ver si acá al menos se puede descansar un rato. Ché, vieja, me quedan veinte minutos. Despertame a las tres, que si no llego tarde, y encima me cagan a pedos porque cabeceo en el mostrador.

Así es como caminan. Como si aún estuvieran detrás del mostrador, o del escritorio, con las manos hacia adelante y la espalda encorvada. Como si se hallaran en el sur, y les tocara siempre el viento en contra. Al cruzar el Bulevard Guzmán, hacia el puente de la Veinticuatro de Septiembre, los miro y tiro los hombros atrás, en un reflejo que intenta restituir los huesos, los riñones, a su lugar. Una flexión que lo que en

realidad intenta es desalojar la molestia de llevar casi su mismo ritmo, ese paso mecanizado y ausente que se desliza por las oficinas. Porque, al igual que el chico, hoy me he salvado. En mi caso, por el parte de enfermo. Pero pertenezco a sus huestes. Yo también ficho, y puteo por lo bajo, y corro en los mediodías. Sé cómo he llegado ahí. Falta saber si podré salir, y en qué condiciones.

PASARELAS

No empezaría a construir mascarones de Pascua todavía. Pero ya llevaba un mes y medio en la isla, sin el menor conflicto. Sigfrido aparecía lo justo, observaba, opinaba, preguntaba cosas. Una sola reunión a la semana, con él y Claudia, en la que resumían el avance y planificaban. La eficacia de Norma, teniendo siempre todo dispuesto y solucionando los imprevistos. Las féminas entregadas con fervor al proyecto, y muy lejos de las tonterías y recelos que él había imaginado. Evidente mérito de Claudia y el arquitecto, que comandaban todo con energía y humor. Resultaba gracioso comprobar que fuera justo en un trabajo tan “superficial”, donde se logran conductas así de prácticas y profundas. Definitiva prueba, para más de un teórico comprometido y discursante. Sigfrido insistía que esas dos palabras tan parecidas –amor y humor-, eran la base del asunto. Amor hacia lo que hacés, y con quienes lo hacés, y buscar siempre la manera de discutir o solucionar lo necesario, razonando con humor. “Mirá, Jorge, si bromeás, o exagerás a propósito, cuando se te sube la bilirrubina, ya le has ganado una parte a tu bestia interior. Sí, claro, tenés que estar con gente que lo entienda, y funcione más o menos igual. Por eso selecciono con mucho cuidado a quienes trabajan conmigo. No me importa su acreditación profesional, recomendaciones, ni nada de eso. Cualquiera puede aprender a hacer lo que se le enseña. Pero no cualquiera quiere ser feliz y creativo en su trabajo. Y cuando deja de quererlo, lo indemnizo, le doy la mano y hasta luego. ¿O todavía no entendés por qué estás aquí?”

La respuesta fue que lo entendía, pero no se lo podía creer. Ante lo que el otro dijo que no se preocupara, que él también albergaba serias dudas, sobre si sería capaz de hacer en vivo lo que tan bien le salía en los ensayos. Buen gambito, y buen desafío. Era un maestro aquel tipo. Hacía

mucho que no se encontraba con alguien que le provocara ese respeto. Se calló que él también, desde siempre, había pensado así. Sonaría vanidoso. Prefería escuchar y aprender. En todo caso tenía razón: con lo que estaba haciendo diría lo que tuviera que decir sobre él.

Con el sueldo del primer mes había saldado todas las deudas personales. Bueno, quedaban un par de mangazos de menor cuantía, y Graciela, que también lo había ayudado. Pero liquidado esto ya empezaría a guardar para el bulín. Además, acababa de conseguir la casa de ropa que lo vestiría para los desfiles. El contacto lo había hecho el Jefe, ya que pertenecía a una de las tantas vidrieras que decoraba. Claudia lo acompañó. Antes Sigfrido le pidió que no hablara. Que no tratara de ganarse a la dueña, ni convencerla de nada. “No seas Jorge. Convertite esta tarde en un muchacho amable pero serio, curioso, que no se halla demasiado seguro si esas pilchas van con él. Probate lo que te den, y mirala siempre a Claudia, que es tu Directora, como preguntando qué tal, qué te parece. ¿Me entendés...? El resto dejáselo a ella, y no habrá problemas.”

Su vida. Ser cualquier otro menos él. En cada ocasión el que conviene, el que los otros esperan, o no esperan. Eso, por alegrarse demasiado. Pero tampoco se lo dijo. Al contrario. Aportó una reacción mas o menos confusa, que cabeceaba obediente. Consiguiendo que ambos lo palmearan, culposos, prometiéndole que todo saldría bien. ¿Y por qué no...? La Boutique la conocía. Era Mc Queen, en pleno centro de la Galería Libertad. Las últimas y más atrevidas tendencias en ropa masculina. Una especie de sucursal Apple y Carnaby Street en Córdoba. Por insistencia de la madre de Graciela había tenido que entrar, meses atrás, a ofrecerles el mensaje de ropa de playa que confeccionaban. Con mucho estilo, pero lo sacaron carpiendo. Sin drama, pensó. Y apostó consigo mismo que al chico de esa tarde ni lo relacionarían con aquel otro.

La primera extrañada fue Claudia cuando se encontraron. Salvo que no llevaba sus vaqueros desastrosos, iba como siempre. Sin embargo no hacía más que mirarlo de arriba abajo, y preguntarle qué se había

hecho. “Nada... Es que no soy Jorge.” “No, si eso ya... -y se mordía los labios, volviendo a empezar por los pies y subir-. Pero es que..., ¿estás más alto?” “¿Más alto que Jorge...? Sí, claro.” Por suerte para ella, no hubo más tiempo. Debieron entrar a la boutique, y representar su parte. Correctísima Claudia, que encontró además de la dueña –una señora en la cincuentena-, a la Encargada de la tienda, algo más joven. Por lo visto, ellas también se habían preparado para el examen. Jorge, tras saludar, se puso a recorrer el escaparate, mover con delicadeza la ropa colgada, y curiosear en las estanterías sin desdoblar nada. Bloqueó hasta tal punto los oídos, que Claudia tuvo que ir a tocarlo en el hombro para pedirle, por favor, que se probara lo que le llevaba, y ya le irían alcanzando más cosas.

Aunque cambiando mínimamente la pose, se mantuvo en un ir y venir desde el probador, acomodando algún detalle de las prendas, pero sin marcar ni exhibir nada. Mientras fuera un saco, o una campera, se cambiaba delante de ellas, con la tranquilidad del que está acostumbrado a hacerlo. Contestaba con gestos, u observando el efecto por sí mismo a los comentarios que hacían. Hasta ahí el promedio de elogios se mantenía, en un sobresaliente de cabezas que basculan y rígidos pestañeos. La dueña hizo notar, aprobando, que debía tener las medidas standard, porque ni los puños ni las botamangas denunciaban el menor pliegue. Claudia aprovechó para anotárselo a la más joven, que era quien elegía las tallas. Justo en el momento en que ésta, muy profesionalmente, agradecía la lisonja, Jorge, que ya la había visto fumar, señaló el paquete que estaba sobre el mostrador.

-¿Puedo...?

-¿Qué...? –el sobresalto se debía más a escucharlo hablar que a lo que hacía-. ¡Ah... Sí, sí..., por supuesto!

-Es que no los he probado nunca.

Antes de obtener el permiso, ya los había levantado y extraía uno. Eran Camel cortos, sin filtro, seguramente importados. Se lo llevó a los labios y la miró, tocándose la ropa, para recordarle que no llevaba fuego encima. Al verla titubear, Claudia notó que ahí estaba pasando algo. Pero tenía a Jorge casi de espaldas, y debió seguir a la mujer,

ahora encendiendo un fósforo e inclinándose hacia él por encima del mostrador.

-¡Mmm, qué dulce...!

-¿Cómo...?

-El tabaco –si con la primera bocanada no le hubiera soplado el fósforo, aquella se habría quemado-. Es fuerte, pero dulce. Me gusta.

Qué pedazo de hijo de puta. Con ese tono de voz, era para preguntarse cómo diría me gusta cuando no hablara del tabaco. Claudia podía imaginar la cara de Sigfrido al contárselo. Él, que le advirtió que la Encargada era una frígida sin remedio. Y faltaba lo mejor. Porque tras dos o tres pitadas, indecentes de tan lentas, se lo alcanzó, sugiriendo que lo compartieran. Era una pena apagarlo así, y claro, allí adentro –señalando el probador- no les iba a provocar un incendio. Por supuesto que no. El incendio ya lo había provocado. Claudia, aunque sólo fuera por orgullo, lo habría aplastado en el cenicero. Cualquier cosa hubiera hecho, menos llevarse así a la boca, y aspirar ese tabaco tan pero tan dulce, mientras el maldito pirómano les daba a todas la espalda y se perdía tras las cortinas.

Al recapitular, concedería a favor de la maniobra la rapidez con que empezó y acabó. Tuvo que ser cosa de segundos, porque la dueña –que había ido a descolgar un saco y un par de pantalones- no parecía haber advertido nada. O sea que hasta eso daba la sensación de estratagema controlada. No, no podía ser. Aquel otro se ganaba todos los premios de loco y sinvergüenza, pero no era una máquina. Y al verlo salir otra vez, derecho y mesurado como antes, incluso se dijo que quizás se hubiera tratado de un desliz natural. Sí, mejor considerarlo así. Algo nervioso por la situación, puede que lo del cigarrillo hubiera sido necesidad propia de descarga. Bueno, qué importaba, ya se lo preguntaría después. Ahora tendría que consolarlo, porque los ojos con que la buscaba, a causa de la chaqueta que le habían dado...

Los comentarios se mezclaron, prolongando ese pase. La pelirroja de los cigarrillos –era pelirroja, eso no tenía nada que ver con el supuesto incendio-, parecía que se hubiera tragado una vitrola. Seguramente para

compensar el dulce humo tragado, y el silencio posterior, hacía gala de incontinencia verbal. La ayudaba el agradable acento extranjero. Creía recordar que el Sig apuntó que era escocesa, o algo así, y quien viajaba a elegir y traer las novedades. También la ayudaba la presencia del joven cliente que acababa de entrar. Un ejemplar alto y churrísimo, que parecía encandilado con el saco de Jorge, y las volvía locas a preguntas, sobre ese tipo de cosas que acá no se ven. El único callado era el Jorge que no era Jorge. Aunque ella le leía el pensamiento: “¡Seguro que acá no se ven! ¿Quién va a salir a la calle, en Córdoba, con una chaqueta de floripondios, que parece un tapizado de Los Gobelinos?”

Que se la aguantara. Por si había hecho con intención lo de los puchos. Además ya no importaba. Era un éxito total. Por un lado el tipo aquél, que sólo hablaba de traer a todos sus amigos, porque ropa así en ningún otro lado. Aparte de lo bien que quedaba con ese pantalón. No sé, a lo mejor es por cómo lo luce este chico. Pero denme un par de tarjetas. No conocía el local. ¿Mc Queen, no? ¿Tendrán de mi medida? Y mil comentarios del mismo tenor. La dueña manteniendo la ceja arqueada, pero exultante, porque fue quien eligió la combinación. La Encargada igual, o mejor, intentando volver a su frígida distancia, pero diciéndole a su Jefa -en cuanto se marchó el cliente, prometiendo volver-, que lo llamara a Sigfrido. “Este chico es ideal para nuestra ropa. Ya lo ha visto. Pero eso sí –dirigiéndose también a Claudia-, tiene que ser en exclusividad. Sólo Mc Queen. Si es así, yo me responsabilizo de traer toda la variedad que necesiten, y los arreglos. Aunque me parece... ¿Me permitís que te tome unas medidas?” Jorge, tan profesional el pobre, abría los brazos y las piernas, y le permitía todo.

CABILDO

Otro más que se levantó temprano hoy, pensó Gambetta, cuando no bien salir del despacho de Valbuena vio al Gordo Muñoz, sentado sobre el escritorio de Jiménez. Por la alegría con que lo saludó este último, supuso que el Gordo ya llevaría allí buen rato martirizándolo. Lo tenía de punto al pobre. Señaló hacia su puerta, y Muñoz recogió una taza de café que tenía al lado, preguntando si él también quería. Negó con la cabeza antes de entrar. Ganas sí que tenía, pero trataría de aguantar un rato, porque si no después la acidez lo mataba. ¿Y Muñoz, tomando café en lugar de coca-cola? Miró la hora. Podía ser eso: Que llegara ahora de Buenos Aires, y se estuviera despertando. La cara, más seria y abotargada de lo normal, también ayudaba a pensar eso. Y la manera en que se tiró en el sillón de enfrente, tras cerrar la puerta.

-No me digás que se están haciendo amiguitos con el cubano –a pesar del notorio cansancio, no podía con su genio el Gordo-. Malas juntas, che. Y ya sabés que el que malandra, mala cabra –hasta la carcajada era más forzada de lo habitual.

-Diplomacia y tanteos, nada más.

-Pues se están tanteando lindo. Jiménez me contó que ayer estuvieron casi toda la tarde.

-¿Y vos...? Te has pasado casi tres días en la Capi.

-Dos. Primero fui a Rosario.

-¿Y sólo estás cansado, o hay algo más? Parece que no te hubieran sentado demasiado bien las vacaciones.

-Mirá, la verdad es que sentado no estuve mucho. Puro rajar de un lado para otro.

-No te creo. Con tantos viejos amigos, lo que habrás hecho es chupar y despachar parrilladas en la Costanera, hasta quedar culo parriba.

-Dale, burlate vos. ¿Sabés lo único que chapé de esas parrilladas que decís? Un zochori así de grande –marcaba con las palmas el tamaño-, y no te diré por donde me lo embutieron, aunque vos lo has insinuado. ¿A vos te invitaron a tomar una coca-cola, por lo menos? Bueno, a mí tampoco. Viejos amigos... ¿Te podés creer que todos tenían algo urgente que hacer, y chau, chau, Gordo, otro día nos vemos?

-Esperá, Muñoz –Gambetta iba sacando papeles de su portafolios, poniéndolos en los canastos de izquierda y derecha, con gesto pensativo-. Me parece que te olvidás de todo lo que sucedió. No me extrañaría que desconfiaran de tus intenciones al visitarlos. ¿Seguro que no los habrás asustado?

-iNoo...! Vos sabés que no les guardo rencor. Y ellos también lo saben. Nuestras reglas de juego siempre estuvieron claras. En asuntos así, está aceptado que cada cual debe cuidar su rancho. Yo los apreté durante años, porque podía. Y cuando la taba dejó un tiro a su favor lo usaron. Además el trato con los que entraban pasaba por ahí. No tenían muchas más opciones. No, hasta las pocas veces que nos cruzamos, en aquel tiempo, eran un encogerse de hombros y desearse suerte. Para que el negocio siguiera, más o menos igual, a mí me tenían que dar puerta. Las vueltas de la vida, che. Esas películas, de traiciones y venganzas, las hacen los que no saben nada del asunto.

-O que lo saben tan bien que cuentan otra cosa.

-Ponele. Yo no entiendo un carajo de cine.

-Yo tampoco. Pero los productores de cine sí que entienden de nuestros asuntos.

-iJoder, Viejo...! Charlar con el Yoni postizo ése te está cambiando. Tenés que contarme cómo lo llevan. Tu secretario me informó de la pelotera con el sindicalista ése que iban a buscar la noche que me marché. Las cosas que repetía, hasta que lo tumbaron. El Tula es una bestia que creo que se está pasando ya. Recordame que hablemos de él, porque tengo un pálpito. Aunque lo que me interesa es saber qué opinaba el cubano de esas declaraciones.

-No tengo la más puta gana de seguir con nada de eso por ahora –el Comisario lo cortó con brusquedad, y se asomó a la puerta a gritarle a Jiménez que trajera café para los dos, ya que el Gordo, sorprendido por la repentina seriedad, también había levantado el dedo. Y debió notar,

por el tono de la orden, que lo había embarrado al Sargento. El pobre no se iría hoy sin cobrar por jetón.

-¡Che, no te enojés con el pibe...! Yo lo volví loco, pidiéndole que me pusiera al tanto de cómo estaban las cosas.

-Y yo todavía estoy esperando que me informés de lo tuyo –le había pisado una uña jodida, estaba claro. Mejor dejarlo ahí, porque éste cuando se enojaba...

-Tenés razón, perdoname. Allá vamos: No me dieron bola. El resumen sería ese. Muy pocas palabras, ninguna cortesía, y menos aún entrar a lo que todos sabemos que hacen por detrás de la fachada. Como si yo fuera nuevo en la cosa. No, peor aún, como si no fuera nadie.

-Allá no lo sos.

-Pero saben perfectamente que sigo en activo. Que acá manejamos la cosa. Córdoba no es una isleta del Tigre. Tendrían que pensar que podemos recurrir a nuestros colegas de la Capital, para complicarles la vida, si se nos diera la gana. Eso es lo que me preocupa. Vos crees que era por miedo. No, no tenían miedo. Tampoco me trataban mal, no llegaba a tanto el fato. Pero, no sé... ¿Cómo tratarías vos a un jubilado?

-Todavía te falta para eso. ¿Pasaste por Jefatura también? ¿Averiguaste algo del cubano?

-Sí, pasé a saludar a algunos muchachos. Tampoco ahí me quedé mucho. ¿Viste...? Había una incomodidad... Un mirarse entre ellos, en cuanto me descuidaba. Y no preguntés cosas internas, porque te salen con Boca y River, o acá lo que mata es la humedad, ya sabés. Cuando me quedaba solo, por la calle, me daban ganas de chapar el chumbo, y a ver si lo que mata es la humedad.

-Muñoz, lo más probable es que en tu época vos también te pasaras bastante. Por lo que me decís, el recuerdo que tienen tuyo no debe ser el mejor. Y en el Cuerpo, tanto los que quedan, como los viejos, pueden pensar que el verlos en tu compañía tampoco sea buena referencia ahora.

-No sé cómo hable, o cómo piense el enviado especial –señaló con el pulgar hacia el extremo del pasillo-, pero creo que te está contagiando. Volví a casa, Gambetta. Jubilado, expulsado, o lo que sea, los hampones no tienen por qué perderte el respeto. Ni siquiera los Capos de cada asunto, que son los que visité. ¿Cuántas veces los hemos

tenido que meter en cana, y sin embargo, a solas, la consideración con ellos era la misma? ¡Claro que fui un hijo de puta! ¡Siempre lo he sido! ¿Y ellos que son? ¿Y el nuevo Jefe, que está ahora en la Bonaerense? Vos lo conocés. Decime que es una honrada monjita de la caridad, para que me pueda tirar al suelo de la risa. Y el que estaba antes que yo, y el que vendrá después. Lo mismo que los mafiosos se matarán, o se sucederán entre ellos. ¡Pero, no me jodás, no cambia nada!

-Está bien. Calmate, Gordo. Si te estoy chicaneando es porque quiero saber exactamente lo que has visto.

-¿Sabés qué he visto...? Que es como si no me vieran. Como si hubiera un vacío muy raro. Eso es lo que me están haciendo: El vacío.

-De acuerdo –Gambetta le señaló las tazas de café, que acababan de dejarle a ambos-, supongamos que hay una parte de bronca tuya, y otra que a lo mejor debemos considerar. ¿Fue así en todos los casos?

-Casi. Lo que pasó con el judío Vinkel fue peor todavía.

-¿Vinkel te trató mal...?

-Ya te dije que mal, mal, no me trató nadie. Y no, claro, Vinkel tiene su estilo, ya sabés. El único con el que fuimos a tomar algo.

-¡Bueno...! ¿Sigue al frente del Once?

-Y de parte del Puerto y las Aduanas. Ha crecido el guaso. Dicen que perteneció al Mossad.

-Sí, creo que es cierto. Y son cosas de las que nunca salís del todo. Como le pasará a nuestro Cubanito. Servís como contacto, como informador, y a cambio gozás de una capa de protección especial. No es ningún boludo el Judío.

-¿Conocés alguno que lo sea? Mirá acá Silverman, cómo se hizo con los gitanos y los choros de autos. Aquél es más fino. Un Señor el Vinkel. Hasta los Tanos, que están a matar con él por lo del Puerto, lo respetan y negocian con cuidado.

-Muñoz..., ¿me vas a decir qué pasó con él?

-Escuchá bien. Porque a mí me sigue sonando acá –se pegaba con el índice en la sien-: “¿Qué hacés, Gordo..., los fletaron ya?” Esas palabras. Ni una más, ni una menos. ¿Qué tal te suena? ¿Te gusta...? Dale, decí ahora eso de mi bronca –el Comisario se había echado hacia atrás en el sillón, y encendía un cigarrillo sin mirarlo-. Es un Señor, es fino, es respetuoso. Si vos no le confiás algo, finge no saberlo. Llevaba

años sin verlo, como a los otros. O sea que tiene que hacerse el burro, y no saber siquiera dónde está Córdoba.

-Aguantá, aguantá un cacho –Gambetta limpiaba con un dedo la ceniza caída en el escritorio-. No exagerés. Estar al tanto de que un viejo conocido, como vos, sigue en la brecha, no me parece...

-Estás perdiendo facultades, che. O no me has dado bola. Si la pregunta hubiera sido: ¿Te han fletado, Gordo?; podría verla hasta como una joda para iniciar la charla. Pero dijo “los”. Y eso sólo te puede incluir a vos. Alguien con quien no tiene la menor confianza. Totalmente fuera de su estilo. O se le escapó, o no se le escapó. Y no sé qué es peor.

-¿Qué más dijo? ¿Cómo lo explicó? Porque vos lo habrás achurado hasta que largara.

-Aparte que, para achurarlo a Vinkel, tendría que llevar una recortada por lo menos, no me dio tiempo. Calculá que a mí se me deben haber salido los ojos al oírlo. Así que, de inmediato, me pegó un palmadón en la espalda, y salió con eso de qué pasa, Gordo, ya no te aguantás una broma. ¿No ves que te estoy tomando el pelo? Etcétera, etcétera. Y andá a sacarle vos una coma más. Estuvimos más de hora y pico, en un barcito, charlando muy por encima de cómo le iba. Y charlando, muy por encima, de cómo me iba a mí. Porque, ya te dije antes, él ni siquiera sabía que seguía en el país.

-No he tratado nunca con él. Pero, sí, la imagen que me han pasado es esa. Estoy de acuerdo con vos: O se le escapó, cosa que no pega con el tipo. O nos está advirtiendo de algo. Cosa que sí pega.

-¡A mí me pega en los huevos!

-Y a mí. Si es tan vivo como dicen, ha jugado una moneda por los perdedores.

-Ese es Vinkel. Y vos ahora estás hablando como el Viejo Zorro que sos. ¿Por qué me estabas toreando así, Gambetta?

-No te toreo, boludo. Voy despacio, nada más. Vos embalás enseguida, y tengo que frenarte para ver todo lo que hayás recogido.

-Mierda es lo que he recogido. Salvo esa pelotudez, que puede que signifique algo, no me han dado ni chirolas.

-Pero esa pelotudez, sumada a las chirolas negadas, puede que valga el viaje.

-Sí, Negro, por favor, levántame un poco el ánimo, porque...

-No te levanto un carajo -Gambetta lo miraba, sacudiendo lentamente la cabeza y frunciendo la boca-. Prefiero pensar que se le escapó. Que fue un error, en medio de una joda torpe. Tengo que pensarlo bien, y juntarlo con muchas más cosas. Pero falta algo: ¿Qué averiguaste de Valbuena?

-No lo conoce ni su madre. Por supuesto, nunca mencioné el nombre. Y sugería que podía ser portorriqueño, o algo así. Ni bosta. Cero al As. Y en la Embajada han cambiado todo el personal. Ya no tengo a nadie conocido, así que más valía ni insinuarse siquiera. ¿Qué te parece a vos?

-Que no tiene nada de raro. Eso no. Estos tipos no sacan un aviso en los diarios cuando van a intervenir en algún lado. Y según Daneri, y él mismo, no había estado antes por acá. En una de esas es cierto. Ya veremos.

-Tendrías que contarme lo que han estado charlando. Yo estoy en bolas. Y así, con él no te puedo ayudar.

-Hoy no. Tengo una pila de cosas que solucionar. Pero no te preocupés, ya te llamaré y nos sentaremos a revisar eso también. Lo que quiero que hagás ahora es ir hasta la Séptima, y hablar con Anders y Zubito, para que se le peguen todas las horas que no esté acá.

-Buena idea. Como pesquisas discretos son los mejores. Y es cierto, conviene que se trate de gente que ni por puta pudiera cruzarse acá. ¿Algo más?

-No. Mirá, ya me tocó una grosa amansadera antes con él. Y las noticias que traés vos puede que no sean nada, pero también... No, vamos a darle tiempo a la cosa, y dedicarnos a lo urgente. Vos andá a descansar, Gordo. Te necesito fresco, y con mejor humor. Para mal genio, conmigo tengo bastante.

-Tá bien, Papito. Pero, acordate, llamame en cuanto podamos hablar de varios asuntos que han quedado colgando. En serio te lo digo, eh. Y no te enojés, que ya te estoy viendo la cara de nuevo.

-Voy a contar hasta tres. Y si todavía no has salido por ahí, te meto un plomo en el culo.

-Hasta luego, Jefe. Ya me iba.

PASARELAS

Al salir de Mc Queen, y como estaban a sólo unos metros, Claudia lo invitó a festejar en el Tres Bien.

-Pero eso sí, no empecés con lo de los licuados.

-Ese es Jorge. Yo tomo café con crema.

-Ya podés volver a ser Jorge.

-Ah, bueno. Entonces quiero licuado de manzana.

-¿Qué has hecho...? –Claudia había movido su sillón, pero no llegó a sentarse.

-No he hecho nada. He dicho que quiero licuado de manzana.

-¡Sí que has hecho algo! Ya no estás tan alto.

-Claro que no. Acabo de sentarme.

-No. Antes de sentarte. ¡No me charlés! Pensaba que eran los zapatos. Los tacos, o algo así. Pero recién, antes de sentarte, ya no tenía que levantar tanto la cabeza. Todo el tiempo eras más alto. Y de golpe...

-Nena... –movía una mano abierta delante de los ojos de ella-. A vos algo te ha hecho mal. ¿Qué has comido hoy? ¿No querés mejor un té? ¡Mozo...!

-¡Dejalo en paz al mozo! Y si no me querés enseñar el truco es cosa tuya, pero... ¡Hola...! –esto último dirigido al hombre que acababa de agacharse para besarla.

-Buenas tardes. ¿Puedo sentarme...?

-¡Claro que podés sentarte! Che..., éste sí que es alto –acotaciones de Jorge, que lo observaba con curiosidad, porque realmente era un morocho enorme, algo dientón, pero buen mozo.

-¡Mejor callate..., boludo! –A Claudia no se le pasaba el enojo.

-Estee..., si interrumpo alguna declaración de amor, mejor me voy.

-¡Dale..., ahora vos! –estaba nerviosa, y no sólo por lo anterior-. Jorge, te presento a Horacio. Mi peor es nada.

-¡Bueno...! ¡Por fin! Ya era hora que lo mostraras.

-No te hagás el idiota. Nunca te he hablado de él.

-Lo que yo digo –la señaló con la palma abierta-. Ya era hora.

-Sos un chanta. Y un mentiroso. Y...

-¿No era que se llevaban tan bien ustedes? –el guaso se había tirado hacia atrás, divertido, y también para que el mozo pudiera dejar las bebidas.

-No siempre. Vos no lo conocés –de golpe vio la taza de té que le habían puesto delante-. ¡Yo no quiero té! –el mozo se encogía de hombros, señalando a Jorge, que ponía cara de no le des bola, cada día está más loca, mientras ella intentaba calmarse-. No, mire, por favor, ¿por qué no se lo lleva, y me trae un... –miraba hacia el mostrador, buscando.

-Licuado no –Jorge movía muy serio su índice-. No es el mejor momento –Claudia se mordía los labios, y el manotazo que le tiró al dedo se lo habría quebrado si lo agarraba.

-Una copa de vino blanco. Gracias –acomodándose el flequillo, se volvió hacia el otro-. De verdad, Horacio. No sabés lo insoportable que se pone a veces –el aludido abrió inocentes ojos, alegando el total desconocimiento de las causas de tamaña acusación.

-En una de esas puedo ayudar –tenía una agradable voz de bajo, y ademanes pausados-. Cuando llegué creo que discutían sobre la estatura de alguien.

-¡Sí, la de él! –Claudia lo señalaba, furiosa. Pero Horacio lo miró, estirando la boca y las cejas.

-No veo el problema. A mí me parece normal.

-¿Normal...? ¡Éste no tiene nada normal!

-¡Guau...! No sé si deseaba tanta información al respecto.

Al coro de miradas al cielo, manoteos, disculpas, y aclaraciones irónicas aunque imprescindibles, se había sumado el mozo que, con la copa en la mano, estaba petrificado por lo que acababa de escuchar, y trataba de evaluar de reojo el asunto. Maravilloso, pensaba Jorge. Toda una presentación en sociedad, que el chismorreos obligado del camarero distribuiría en aquel ambiente. Hasta Claudia lo entendió, y abrió las manos jurando que no había sido su intención. Cosa que incrementaba las ambigüedades, bromas, y decisión unánime de dejarlo así, para no cagarla del todo.

Más distendidos, y con Horacio de moderador, llegaron a conclusiones de pura lógica. Primero lo interiorizaron de cuáles habían sido los planes y recomendaciones. Tras lo cual éste, que no sacaba los ojos de Jorge, sorprendió a ambos explicando que con sólo estirar las lumbares y el cuello, se podían ganar entre cinco y diez centímetros. Que sí, por supuesto, una cosa era decirlo así, y muy otra conseguirlo. Pero que, como todo, era cuestión de aprendizaje y método.

-Es profesor de educación física –no pudo ella resistirse a aclarar-. Y actor. Muy bueno en ambas cosas.

-Yo sí agradezco la información –dijo Jorge, replegándose con cautela-. Porque me dejaste duro con lo de las vértebras. Tenés que enseñarme eso –se adelantó a Claudia, que ya lo iba a reconvenir-. No, en serio. Te juro que yo sólo trataba de cumplir con lo que me pidió Sigfrido. A lo mejor, al ponerme tan derechito, y hacer fuerza para no meter la pata...

-¡Sí, y lo del incendio también te lo ordenó el Sig...! No te conoceré a vos, haciéndote el seductor.

-¿Qué incendio...?

En realidad fueron los dos quienes la interpelaron a coro, sorprendidos. Y tuvo que exponer su versión del inserto tabáquico y los dulces humos. Jorge ni siquiera protestó. Se limitaba a mover la cabeza, resignado ante la maldad con que se juzgaban hasta sus más inocentes e impremeditados actos. Horacio iba de uno a otro, asintiendo con ironía.

-Esto ya es otra cosa. Se parece más a las versiones que tenía. Ustedes no se aburren, eh. A ver, Mamita: ¿Aparte de ser una celosa de mierda, qué te jode si este bicho le ha sacado todo el partido a las veteranas? ¿No es lo que venían a hacer?

-Y, si me permiten –Jorge había levantado la mano, como en el colegio-, falta lo más importante. Que tu novia, de tan dispuesta a vigilarme parece que no vio. El que de verdad se comió a las veteranas, y nos dio servida la cosa, fue un guaso enamorado de esa chaqueta con tulipanes que me habían metido.

-¡Sí, de la chaqueta estaba enamorado...! –la franca risa de ella volvió a provocar el giro de ambos. Sobre todo Jorge, entrecerrando los ojos, y empezando a vislumbrar la jugada.

-¿Ves...? –ella miraba a Horacio, pero lo señalaba a él-. Por eso me confunde tanto. Lo mismo puede manejar todo que quedarse así, como ahora. No, bobo, ese tipo era el... novio, o como queramos llamarle, del Sig. Estaba previsto que apareciera, y lo hizo muy bien. Pero no me digás que no notaste cómo te miraba.

-Querida... Si hubieras mirado vos hacia afuera, te habrías encontrado con alrededor de cien personas, de todas las edades, desorbitados y tapándose la boca. ¿Debería sospechar perversas inclinaciones también en ellos, a riesgo de que me tratés de idiota? Con esa tela de tapicería por encima, y tan serio, lo imposible hubiera sido no mirarme y preguntarse qué le pasa a ese tipo. ¿Tenía que diferenciar su parpadeo del de los otros, sentir cosquillas en el culo o qué? Conseguí no gritar, no llorar, sudar lo menos posible. Agradecía la ayuda que nos estaba dando. Pero sólo quería que se callara y se fuera, para quitarme la puta chaqueta por fin. Soy muchísimo más primario de lo que creés. Había ido a portarme como un maniquí a cuerda, y creo que lo aguanté bastante bien. De acuerdo, me permití una salida de guión, para cobrarle a la pelirroja que me hubiera echado unos meses antes. No importa, ya les contaré. Pero dejá de perseguirme con una lupa. No hace falta. Tengo todos los defectos del universo. Con un poco de paciencia te los iré mostrando. ¿O tendría que hacer una declaración jurada con la lista completa?

-Calmate –Claudia lo miraba, tan extrañada como el otro-, creo que no es para tanto. Y disculpame, porque buena parte de lo que decís es cierto. Sabía que iba a venir Horacio. Y aunque no haya motivos reales para ello, estaba nerviosa. O sí que los hay. Mucho hablar de nuestra amistad y entendimiento pero, no sé por qué, me lo callaba. Y lo que él mencionó también es cierto. Soy una celosa de mierda. Todos tendrían que girar alrededor mío y nada más. Sentí que jugabas sin hacerme partícipe. Ya ves qué boludez. ¿Qué tal si brindamos, de una vez por todas, por lo que sí hicimos bien?

-¡Eh, vos, cuidadito...! –tras empinar cada uno su vaso, Horacio le guiñó el ojo a Jorge, haciendole señas del reborde que le manchaba los labios, ante lo cual éste se volvió hacia Claudia-. Ya te he dicho que me cuenta todo. Y reconciliaciones tramposas ahora no.

-Te juro que... –Jorge se limpió rápida y directamente con el dorso de la mano-. Ya sé..., no me van a creer.

-No, no te vamos a creer –Horacio sonreía con pachorra-. Es lo de siempre: Hacete fama... O peor, dejá que te la hagan y tendrás que morfarte las consecuencias. Pero, decime una cosa: ¿no te gustaría hacer teatro a vos? –notó la expresión del otro y lo paró-. No, no me refiero a nada de lo de esta tarde. Ella me ha contado el trabajo que estás realizando con el grupo, y no es nada fácil, ¿sabés? No cualquiera consigue eso. Si a ustedes no les molesta, me encantaría presenciar un ensayo.

-Puede que también en esto Claudia te esté vendiendo el Everest. Y no es más que una función de fin de curso, con minas lindas y música.

-Ya, por lo de las minas lindas, me gustaría verlo –esquivó un cachetazo de Claudia-. Pero llevo bastante en esto como para saber cuándo alguien tiene condiciones. Por sonso que te parezca lo de las canciones, guionizarlas, y lograr que no quede ridículo, es para hamacarse. Dejame que lo vea y después te cuente.

-Por mí bien. Al contrario, supongo que todo lo que digás me ayudaría. Pero...

-Sí, ya sé. Como la mayoría, tenés una idea del teatro que está allá, arriba de una montaña.

-Puede ser –Jorge se encogía, resignado, de hombros-. Una montaña de la que no sé un pito. Horacio, lo que estoy haciendo es porque necesito guita y no encontraba nada más. Todo este mundo en el que se mueven ustedes... Sí, hablo del arte, los espectáculos... No sé, la cultura en general, es algo de lo que no hondeo. Y para serte totalmente sincero, no sé si me interesa. Me atrae, me causa admiración y respeto. Pero vengo de unos quilombos... Necesito tranquilizarme, no enloquecerme más. Vos me preguntás si me gustaría hacer teatro. ¿Sabés que no? ¿Y sabés por qué...? Porque actuar si sé lo que es. Desgraciadamente lo sé, desde antes de saber que se llamaba así. Y se trata de ser otro. Algo que me sale de lo más natural. Perdoname la sinceridad, y no tomés la negativa como desprecio. Pero también dije que soy una bestia primaria. Necesito orden. Hacer una cosa por vez. Primero la guita, como sea. Después una habitación aislada del mundo, donde sea. Y entonces sentarme a leer, a escuchar música, a mirar las paredes, a no hacer nada más, hasta descubrir qué y quién soy yo. Qué quiero y necesito desde ahí. ¿Me entendés...? Comprobar con calma si ser yo me sale tan natural como antes me salía ser otro. Disculpenme la andanada. Digamos que a mí me

ha puesto nervioso presentarles este Jorge, del que no les había hablado nadie. Por favor, ustedes insistan, no me den bola. Síganme acercando a sus locuras. Creo que las necesito a pesar de todo. Ya veré yo cómo equilibrio eso. Y ahora me rajo. Es hora de firmar el libro. Habría sido lindo que mi peor es nada también hubiera podido juntarse con nosotros acá. Pero... Hasta luego chicos. Ha sido un gustazo, Horacio. Hací eso, pasate por los ensayos. Y vos no me mirés con esa cara. Fuiste la que invitó. Así que calladita y a pagar.

SOMBRAS

Tenía esa capacidad. Podía llevarte, sin transición visible, a un terreno neutro, de sombra, para descansar de la galopada. El Turco, conteniendo las ganas de putearlo, mantuvo su posición compartimentada, mientras Novari bajaba a abrir el portón, entraban, y volvía a cerrarlo. Recién entonces se enderezó, estirando los omóplatos y friccionándose el cuello. Ante la oscuridad se quitó los lentes, pero seguía sin ver nada. Escuchaba los pasos del otro, en el piso de cemento, y se decía que probablemente supiera ya moverse allí como los murciélagos. Corrigió, no sólo allí. En infinidad de casos lo había seguido, confiado en su percepción, a campo traviesa, en las más tenebrosas noches, e incluso en espacios desconocidos, donde usar una linterna hubiera resultado temerario. Cuando prendió la luz, de una lámpara de pie inclinada sobre la mesa, cabeceó para sí mismo, reconociendo el orden y la previsión con que aquel tipo hacía todo.

Al apearse de la furgoneta comprobó que ésta se convertía en una suerte de cuarta pared, en el sector acotado por tres paneles grandes con ruedas. En el centro estaba la mesa, con un butacón a cada lado, y la mencionada lámpara al costado, delimitando el ámbito de charla. Había estado mil veces en ese galpón, o lo que fuera. Pero, aparte que no sabría decir en qué punto de Córdoba se hallaba, tampoco hubiera podido describir su tamaño, o la distribución interna. Por la manera en que constantemente cambiaba las fuentes de luz y los elementos, podrían haber sido lugares distintos. Algo que, tratándose de él, no sería de extrañar. Aunque el baño y la pieza donde guardaban todo eran siempre los mismos. Y nueva corrección, pertinente: Casi que, por esto, podría dudarse. ¿Serían los mismos, o los repetía, idénticos, para causar esa sensación y cubrir la alternativa? Conociéndolo como lo conocía todo

era posible. Notó que lo observaba, apoyado en la mesa, y con los brazos cruzados.

-Hoy parece la celda de los interrogatorios.

-Lo es. Sólo que con vos funciona al revés –con la mano abierta le indicó su sillón-. Habrá que pegarte para que te callés.

-De cualquier manera, se agradece la comodidad del asiento. ¿Espero que me sacudás, o puedo despeinarme solo? No soporto más este casco de gomina.

-Sí, por favor. Tenés una cara de salesiano que das asco. Y eso ya no te va a hacer falta.

-¿Vos no te vas a quitar nada?

-Lo siento. Al strip-póker juego los sábados. Y sólo invito a mujeres bellas. Creo que no juntás ninguno de los requisitos.

-Podría disfrazarme.

-Sería genial que después de tanto criticarme te agarrara el travestismo.

-¿Sabés qué me gustaría...?

-¡No, no me lo digás! Prefiero quedarme con la imagen que tenía hasta ahora.

-Y que yo me quede con la de un tipo, medio amilicado, que... ¿También elegiste esa facha por lo de hoy?

-No. No especialmente. Pero fue una suerte. Porque, en cuanto chapaste la jugada, aquél se la tragó hasta el fondo.

-¿Creés que dirá algo? Bueno..., ¿que dirá que éramos militares?

-Seguro. Perdido por perdido, lo va a repetir hasta que le tapen la jeta.

-Se van a poner como fieras. Sobre todo tu amigo, el Gambetta. Cuando empezaste a dejar señales de ese tipo, a hinchar las bolas con que de vez en cuando lleváramos borceguíes y todo eso, yo no entendía qué mierda querías hacer. Pero, por lo que nos contó el Sapo de adentro, anda con un mareo y unas paranoias del carajo.

-Y en este momento puede que resulte perfecto. Sólo convendría ajustar un poco más ciertas tuercas, o meterle algún balurdo raro que lo descomponga del todo.

-¿Por qué? ¿Hay algo nuevo...?

-Turco...

-¡La puta que lo parió! –con una mano desarmaba el peinado, y con la otra se pegaba en la frente-. Se me escapa la tortuga a cada rato.

-No te preocupés. A mí también me cuesta asumirlo por completo. Vamos a hacer una cosa. Como lo del lápiz. Acciones físicas, que fijen ideas. Antes de la charla nos cambiamos. Ya con tu ropa, sos el que se va. Y de paso te voy a mostrar algo, para que me des tu opinión. No preguntés nada. Cuando silbe, entrás ahí atrás. ¿De acuerdo...?

Una vez listo se hallaba doblando la otra ropa, y amontonándola en la parte trasera de la furgo, cuando oyó el silbido. Tras el panel la luz también era baja, pero apenas tuvo tiempo de pedir perdón y volverse corriendo hacia el sillón. No se sentó. Movía la cabeza, incrédulo, con ganas de mandarlo al diablo por irresponsable. ¿Qué hacía esa mujer allí? Aunque era evidente lo que hacía. Lo que ambos hacían. ¿Pero, habría estado todo el tiempo, escuchándolos? Era una locura. Cualquiera de los motivos que se le ocurrían, sonaban igual de groseros y faltos de sentido común. Para colmo, el otro le gritaba que volviera, que no fuera salame. Le contestó que sería salame, pero que lo de él no tenía nombre. “¿Qué pretendés...? ¿Que encima vaya y los aplauda? ¡Te has pasado varias estaciones!” Pedazo de bestia. No podía reírse así, e insistir: “¡Vení, boludo...! ¡Siempre prejuzgando a la gente!”

¿Ah, sí...? Ahora le saldría con que las apariencias engañan, ¿no? A esa mina, que tenía colgada del cuello y con las piernas trepadas en la cintura, no se la estaba cogiendo. La sostenía del culo, y se movían así, porque había un terremoto. Fue, pisando fuerte, para que lo escuchara y dejara de armar quilombo. Iba a tenerle que explicar aquella insensatez, o los cagaba a patadas, a él y a la mina. En realidad se los llevó por delante al doblar en su busca. Porque el demente aquel, sin detener su gimnasia pornográfica, venía a lo mismo. Y, por si no fuera bastante, se la pasó, diciendo tomá, ahora te toca a vos. “¡No, che...! ¡A mí no me metás en esto, yo no...!” Sin embargo debió sostenerla, mientras el otro se desanudaba de sus brazos y piernas.

Y desanudaba era el término objetivo y correcto. Al Turco le latía el corazón como una locomotora. A ella no. Esa mujer no tenía

corazón. Por más que la olía a la fuerza, y tocaba, y miraba; y volvía a plantearse lo visto antes, ahora comprobaba que ni siquiera tenía brazos y piernas. Pero..., si él habría jurado... No quería darle la razón a la sonrisa canchera de Novari, que le señalaba, con las palmas abiertas, la evidencia que palpaba. Hijo de re mil putas. Aquello no era más que un almohadón mediano, con cuatro telas, o mangas semirellenas, en cada punta, y la extensa peluca cosida arriba, cubriendo casi por completo la supuesta espalda. En ese momento debía tener la expresión perfecta para hacer el papel de bobo, que normalmente le marcaba.

Dejó que le quitara el bulto, con suavidad, y lo dejara apoyado en el rincón. Todavía confundido, y renegando por lo bajo, aguantó inclusive las cargadas del maldito, que lo abrazaba y le iba explicando que sólo se trataba de una broma que preparaba a sus amigos. Si había quienes se ataban una muñeca a las piernas, y bailaban tango con cortes, él podía sorprenderlos con ese apunte de porno-show. Se le ocurrió probar con él, porque suponía que sería el más difícil de engañar.

-Ya has visto que es bastante burda la hechura. Dudaba si la imagen sería...

-Está bien –el Turco se sentó, sin mirarlo-. Dejé de hacerte el modosito.

-No te enojés... ¿Cómo iba a saber yo que reaccionarías así? Estoy seguro que, si no anduvieras tan atolondrado, algún fallo habrías notado. Que es lo que me interesaba cotejar. Pero, si mi cumpa se lo ha comido, va a ser un éxito.

-Mirá... Mejor no te digo lo que yo te haría comer ahora. Y no te voy a preguntar nada, como pediste antes. Así no seguís inventando mentiras. Vos no estás loco, Novari. Estás en la categoría siguiente, que aún no han descubierto. Espero hallarme bien lejos para cuando lo hagan –sonrió, cansado, apoyando las piernas extendidas sobre el escritorio-. ¿No pensás ofrecerme algo? Tengo hambre, che.

-Sí, a mí el sexo también me ha abierto el apetito. Tenemos unos sándwiches de salame y queso –no te sintás aludido-, especiales de la casa –de uno de los cajones extrajo dos envoltorios, y lanzó el más grande resbalando por la mesa. Luego giró, hacia un mueble chico, sacando tazas y un par de termos-. ¿Café solo, o con leche?

-Con leche, por favor.

-¿Vas a seguir embolado mucho rato...? Fue una joda, Tuqui –sirvió las tazas, y le pasó también terrones de azúcar y las cucharitas.

-No fue una joda. Fue una comprobación. Y ya te he dicho que no me importa –el otro lo miraba, apreciativamente-. Sí que me da un poco por las pelotas que, hasta el último día, consigás engañarme con tus trucos. Problema mío, de orgullo. Ya se me pasará. Decime que me vas a extrañar.

-Te voy a extrañar –Novari asentía, muy serio-. Pero estoy totalmente de acuerdo con tu decisión. Me parece honesta, inteligente, y muy a tiempo. Desde el principio acordamos que sería así. Puede que pensés lo contrario, sin embargo creo que me va a ayudar. Llevo, en general, una removida que no es nada fácil.

-Vos también estás cansado.

-No sólo cansado. Vos no dejás por cansancio exclusivamente. Es otra cosa. Un montón de otras cosas.

-¿Vas a seguir colaborando con las orgas?

-Si a lo que te referís es a acciones conjuntas, sabés que ambos resolvimos cortar con eso. No hay forma de entendernos. También ahí es honesto evitar fricciones que no nos llevan a nada. Pero no tienen nuestras cadenas de información, nuestros contactos exteriores...

-Si vas a comparar en serio, me voy, y vuelvo dentro de unas horas, cuando hayás terminado con la lista.

-Turco... No convirtamos la despedida en unos juegos florales. Quiero decir que, en cuestiones así, siempre les echaré una mano.

-Y yo, lo que quería decirte es que vos tenés la culpa de mi cansancio.

-¡Ah, bueno...! –Novari lo miraba, intrigado-. Ese terreno ya lo conozco mejor.

-No sólo vos. El Gallego, el Loco, y algunos de aquella gente, también la tienen. Pero, para mí, sobre todo vos. Han sido casi seis años.

-Cinco años, tres meses, y veintidós días.

-¡No me lo puedo creer! ¿Me estás tomando el pelo...?

-Te estoy tomando el pelo.

-Ahora sí que me lo creo. Mirá, boludo, tenés la culpa porque

es posible que hayás controlado hasta los minutos transcurridos. Uno se acostumbra a esa meticulosidad. A que se hagan las cosas bien, con seriedad, con responsabilidad. Incluso con humor y respeto. Llega a creer que es lo normal, ¿no? Eso es lo que me ha ido cansando, y decepcionando. Sí, Pibe, me decepcionó comprobar que el resto no saben si es lunes o martes. Yo estaba de lo más bien, porque antes de salir peleábamos hasta por el color de los zapatos. Y porque, al volver, había comprobado la importancia de esas peleas previas. No creás que no me jodían al principio. Pero vos lo explicabas, paso por paso. Y yo lo iba viendo, y valorando en la práctica. Nunca me importó que los del otro lado fueran cuadrados. Mejor, ¿cierto...? No siempre, ni todos, ya lo sé. Pero lo que me dejaba con la jeta abierta, y apretando el culo, era lo del nuestro. Los choques de todos los colores con quienes van en la misma fila. No poder discutir, sobre la cosa, porque ni siquiera la miran. Te miran a vos, como si fueras el enemigo, y se acabó. No preguntés, no analicés, no critiquéis, no pensés. Cada uno con su tarrito, y no me lo toquen. Qué carajo les pasa, me preguntaba. Ya no. Ahora digo que, si lo que llevan en el tarrito es bosta, que se la coman solos. Nechi fue el último, pero ni muchísimo menos el primero, lo sabés.

-¡Se enojó el abuelo! –Novari sacaba el labio inferior, y empujaba sobre el escritorio los cigarrillos, para que el otro se sirviera.

-¡No se enojó! Se hartó de jugarse por quienes no saben, ni quieren jugar en serio. Cuando funcionás bien, y ves por qué funcionás así de bien, sería muy hijo de puta callarte, al notar lo que está mal en el otro. Sólo que, después de recibir quinientos sopapos en la jeta, por esa buena voluntad, seguir haciéndolo... ¡Dejate de joder, Nova...! El orgullo y la estupidez se los lleva. Y lo peor es que más de una vez, por su culpa, casi nos llevan a nosotros.

-Estamos acá, Turco. Yo te entiendo. No es necesario que desparramés los papeles antes de irte.

-¿Ah, sí...? ¿Sólo a mí se me están volando los papeles? –lo señaló con bronca-. ¿Y vos...? Ponele que por una cuestión de fuerza, de responsabilidad, o de cabezonería, aguantés más. Tiempo, Nova. Es sólo tiempo. Hasta hoy el tren era el mismo. No te engañés. Los motivos de mi descarrilamiento también te han sacudido a vos. ¿Vas a esperar que se te salgan las ruedas, en plena bajada, como me ocurrió a mí? Yo tuve la

suerte de que estuvieras a mi lado. ¿Quién te va a sostener a vos, cuando te volváis loco?

-Espero no llegar ahí. Es muy cierto lo que decís. Pero ya ves que, por lo pronto, he aprendido a no prolongar el error de discutir con quien no quiere reconocer sus fallos. Al menos en terrenos peligrosos, claro. Por eso te pedía que los dejaras en paz. No tiene sentido culpar a los demás de lo que, a la primera de cambio, podemos ver. Somos dueños, y responsables, de nuestras decisiones, no de las de ellos. A la final, el mundo es cada uno.

-¿Vos, allá afuera, no serás profe de filosofía, no? –borró, con la mano en el aire, la lógica de que el otro no le contestara-. Lo digo, porque siempre me has recordado, cuando soltás cosas así, al que tuve en el secundario. Un loco genial. Que además se quitaba importancia, anotando en el pizarrón que la filosofía es un bastón, pero no los ojos.

-Capo, el guaso. Gracias por compararme. Pero no, mi forma de pensar es un despelote. No serviría para profe de nada.

-A mí me has enseñado un huevo de cosas.

-Y vos a mí. Yo era incapaz de unir bien dos cables siquiera.

-Fijate que yo pensé que me charlabas. Que las cuestiones técnicas, o mecánicas, me las derivabas un poco por vago, pero sobre todo para que no me sintiera mal.

-En lo de vago acertaste. Pero no, no me gustan. Jamás destripé un reloj, o levanté un capó para curiosear en el motor. Tuve que aprender acá, porque... Bueno, las razones son obvias.

-Quitame la duda: ¿Y con los fierros...?

-No, Turco. Los detesto. Odio cualquier forma de violencia. Ya sé lo que me vas a decir. Pero explicarte el proceso de esta locura, tan contradictoria, sería interminable.

-Me lo pregunté muchas veces. Ya desde que viajábamos juntos para la instrucción. Y me llamaba la atención que lo hacías bien, pero... No sé..., no te quedabas tirando después, ni los mimabas, o sacabas brillo, como nosotros. O sea, que tenía razón el Loco.

-¿El Loco...? ¿En qué tenía razón?

-En que aprendías así de rápido, todo, para no seguirlo haciendo. Nos cagábamos de envidia, y protestábamos siempre. Pero él se encogía de hombros, y nos decía que, cuando tuviéramos tu concentración, nos

haríamos menos la paja con los ejercicios y las demostraciones. Después me elegiste para tu grupo, y se me pasó. Pero hubo un tiempo en que te odiaba. Bah, todos te mirábamos con bronca. Por el trato especial del Gallego, lo callado que eras. Y después, cuando quedó claro que tu cara... Bueno, que no era la tuya, te hubiéramos despedazado.

-¿Y vos hablás de la mierda de no sé qué gente...? ¿Cómo le llamarías a eso?

-Pendejez. Y desubicación, y vergüenza... Qué se yo. De todas formas se acabó rápido. Ya sabés. Cuando el Rulo te tiró al suelo, para refregarte la cara y descubrirte.

-Fueron ustedes quienes lo provocaron para que lo hiciera, porque era el más grande y pulentudo –el Turco se tapó la jeta, asintiendo, abochornado-. Me lo confesó un tiempo después. Nos disculpamos los dos, por la burrada mutua.

-Pero le rompiste la nariz, y el brazo. Desde ahí te chapamos miedo.

-Manga de descerebrados –Novari buscaba, por la mesa, algo que tirarle-. Tuvimos suerte de que apareciera el Loco.

-Menos mal que aborrecés la violencia –el Turco sacudía los dedos de la mano, todavía mirando hacia abajo-. Si te llega a gustar...

-No has entendido nada. Y mirá que ejemplos... –calibró el volumen, y el peso, del codo de pan recogido, y lo desechó-. Porque la odio, respondo así. Necesito cortarla, acabar con ella de inmediato, como sea. Dejemos eso, haceme el favor.

-Está bien –probablemente llegó a visualizar la última parte del movimiento-. Y era una joda. Lo solté, porque me daba vergüenza que te hubieras enterado de aquella cobardía. Nunca me dijiste nada.

-¿Para qué? Pendejadas. Ya lo marcaste vos.

-Con razón... –el Turco claramente seguía despachando incógnitas pendientes-. Ahora cuadra más que al Rulo también lo eligieras para el grupo.

-No te olvides que la madre era brasileña. Estábamos planificando con el Gallego la arrancada. Había que recaudar. Para lo de allá nos venía espectacular, por el manejo del idioma.

-No me recités versitos. Todos aprendimos a chamuyarlo. Lo querías porque era idéntico al gorila ese de los escuadrones. Que, por

cierto, sigue en cana, recibiendo biabones y aullando que le colgaron algo ajeno. Dice el Carioca que nadie da dos mangos porque no lo suiciden un día de estos. Son rencorosos los de la Banca, che.

-Y ustedes dos unos chismosos de mierda. Menos mal que no se van a juntar más. ¿Te has quedado satisfecho con lo del Rulo? ¿Se acabaron ya las preguntitas?

-Necesitaríamos un mes, y vos no me lo vas a dar –aceptó el ofrecimiento de más café, ahora solo-. Ni yo te lo voy a pedir. Eso salió de pedo. Y, en realidad, lo que entonces me llamaba la atención, sobre todo con el antecedente de la pelea, era que el Rulo te permitiera teñirle el pelo, y eso de viruela que le hacías en la cara. Casi se matan, por tus disfraces, y después tan quietito y gastándose bromas.

-Conciliador y cariñoso que es uno –Novari se levantó del sillón, y limpiaba las migas y los papelitos de la mesa hacia un canasto-. Acá, la muchacha haciendo sus tareas. Y me vas a permitir una pausa, para ir al baño, y de paso cambiarme. Si querés más feca, servite con confianza. Ya vengo.

Se acercaba el momento de la despedida. El Turco sentía que había sido bastante torpe en la manera de explicarse. Su fuerte no era la elaboración de ideas. Y menos aún cómo expresarlas, para hacerse entender sin malentendidos. Tratando de mostrarle lo positivo de la larga colaboración mantenida, lo mejor que se le ocurrió fue echarle la culpa de su cansancio. Un prodigio de claridad. Tenés la culpa porque, después de jugar con vos, intentarlo con cualquier otro me aburre. ¿Suena a lo que es? No estaba seguro. Sin embargo, estaba ahí. Y, más que aburrimento, lo que mencionara antes: frustración, rabia, rechazo. Ahora mismo pensaba en la parte central del asunto: Quería salirse, y el otro lo apoyaba y consolaba. Ni el más mínimo reproche, o advertencias jodidas. ¿Cómo dejar de relacionarlo con el caso que giraba por ahí, de la mina que planteaba lo mismo en una de las orgas? Había caído su compañero sentimental, en una acción de la que aparentemente fue responsable ella. Porque además era de la Dirección, cabeza de célula, y prácticamente un archivo con patas. La muerte del compañero sólo fue el detonante. Ya venía desgastada por la lucha, los mil problemas externos e internos, y la claustrofobia lógica de la clandestinidad. Se había quebrado. No

podía más. Lo comunicó, en reunión con los otros mandos, y se armó el despelote. Para colmo, se negaba a abandonar el país. No tenía fuerzas ni para eso. No estaba claro lo que iban a hacer, ni cómo. Pero hasta se hablaba de juicio sumario por desertión. Traición a la causa. Recaída pequeño burguesa. El Turco lo masticaba, y le daban náuseas.

Novari enumeraría la cantidad de riesgos que esa decisión implicaba. Y cuando él contrapusiera su ejemplo, volvería a prohibirle las comparaciones. Menor cantidad de gente, distinta organización de estructuras, compartimentación absoluta, etc. Y se callaba, cuándo él protestaba que todos los etcéteras, con paciencia, reflexión, y autocrítica, podían trasladarse a cualquier situación y número de integrantes. No, él no tenía la culpa de la obcecación triunfalista de los demás. Ni de la miope estupidez de aquellos a quienes iban a salvar, y se aferraban llorando a la biblioteca o los discos de Julio Sosa. Ni de... Qué importaba ya. Debía decirle que no tenía la culpa de nada. Que su cansancio, su pérdida de ilusiones, eran eso: Sólo tuyas. Agradecer que nunca lo hubiera dejado acceder a un sólo dato que pesara ahora. Pedirle perdón, por todas las veces que lo había cargado, o discutido sus cambios de apariencia. Reconocer que sin esa rigidez metódica, sin las putas y estrictas medidas de seguridad impuestas, hoy habría sido difícil, sino imposible, la flexibilidad humana con que se despedían. Lo vio volver con su acostumbrada ropa negra. Traía también la campera de cuero y dos cascos. Se irían en moto. Mejor, porque el casco que le tocaba a él, bajabas la visera y listo. Tuvo la delicadeza de sentarse aún, indicarle que le sirviera también a él café, y encender un pucho. ¿Cómo tirarle pálidas, a un tipo que te trata así?

-¿Tengo que sentirme muy mal, por abandonar...? Quiero decir, por preguntarme a dónde hemos llegado. ¿Qué hemos conseguido, Nova...? No ha cambiado nada.

-No recuerdo que nos planteáramos llegar a ninguna parte. Nuestro objetivo era proteger a quienes intentan no retroceder. Ellos son los que, a lo mejor, van consiguiendo cambiar algo. Así que no me preguntés pelotudeces. Todo lo que pudimos, mejor o peor, lo hicimos. Tenés que sentirte bien. Hemos ayudado a que muchos de ellos continúen su batalla de hormigas. En una de esas, lo que vas a hacer es sumarte

al hormiguero. Abandonás una tarea, y te incorporás a otra. Afilá las antenas, Turco. La lucha, por una vida mejor, no se detiene porque te quités las cartucheras.

-¿Y entonces..., por qué no te las quitás vos también?

-Ya llegará el momento. No me apure, si me quiere sacar bueno

-Novari hacía argollitas de humo y lo miraba, entrecerrando los ojos.

-Es que me aterra que te quedés solo –vio que el otro hacía gestos exagerados de miedo-. No, aguantá... Te quedás solo y rodeado. La pesada de arriba, y la de... Bueno, mirá, digamos que a ciertos amigos convendría evitarlos todo lo que puedas. Aunque yo lo que te aconsejaría es que tapiés las loberas, vendás o enterrés el material, y vayás haciendo tu valijita. No me vas a dar bola. También lo sé. Y parte de la culpa es lo bien que has hecho todo hasta ahora. La escondés un kilo, pero hay una puntita de soberbia que te debe estar diciendo: no me importa, yo contra todos. Cortala, Nova –notó el semblante serio del otro-. No, lo de la soberbia es sólo una chicana, para provocarte. Me gustaría hacerte pensar que esta situación es algo que deberías aprovechar. Lo dijiste antes: Vos también estás cansado, y acercándote a ese punto sin retorno del kamikaze. No esperés a convertirme, como yo, en un animal rabioso, semiciego y asustado. Tenés razón: Hemos dado todo lo que hemos podido. Pero no somos irrompibles. Nadie te puede exigir, ni vos mismo, que lo sigás haciendo. Aunque sea por mi tranquilidad, che. No quiero estar todos los días leyendo las noticias, con el pánico de...

-No te preocupés. A mí no me vas a encontrar en los diarios.

-Dejá de charlarme. No se trata de reconocer un nombre, o una foto de carnet. Ni lo intento por ese lado. Pero a vos –lo señaló, dibujando un círculo con el índice-, al loco del Novari soy capaz de olerlo. Cuando más confusas, o más disparatadas sean las versiones sobre algún hecho, sabré que por ahí pasó mi amigo.

-Genial. Me vas a colgar hasta los terremotos. Cada vez que alguien diga: lo que mata es la humedad; vos marcándome una muesca en la culata. De todas formas, rogaría evités...

¡Me extraña, Jefe...! Soy animal, pero no tan animal. No voy a hacer una carpeta con recortes alusivos.

-¡Menos mal...! ¡Ese es mi Turquito! Genial, veo que ha mejorado tu ánimo –Novari se calzaba los guantes, satisfecho-. ¿Qué tal si vamos yendo?

-De acuerdo, vamos –respiró con fuerza para levantarse entero, como un hombre-. Sé que va a sonar como el culo, pero te quiero un montón, ¿sabés...?

-Yo también te amo –Novari lo llevaba, abrazado, y hacía ruido de besitos con los labios-. Lástima que no te travistieras cuando te di la oportunidad. Ahora quedaría como muy forzado.

-¡Andate a la mierda! –el Turco ya se había puesto el casco, con lo cual podía lagrimear a gusto. La voz le salía con reverberaciones-. Una última cosa: Para mí es imposible, no sabría cómo hacerlo, o encontrarte. Pero, vos sí. ¿No habrá alguna posibilidad, de que algún día...?

-Ojalá, Turco. Ojalá, en este infierno de país algún día, como vos decís, o en cualquier otro lado, a lo mejor...

-¿Me lo prometés...?

-Te lo prometo.

CABILDO

-Creo que lo que quiere es mostrarle a Usted lo que ha ido revisando, y lo que piensa.

-Ya me lo enseñó el otro día. Dígale que no rompa los huevos.

-Sí, me contó que a Usted no le había gustado mucho. Pero lo que tiene ahora es nuevo.

-¿Nuevo...?

-No, de ahora no. Son cosas, algunas viejas, que según él pueden estar relacionadas.

-Según él. ¿Y usted qué piensa?

-No sé, Señor. Como él se entusiasma mucho, y... Perdón –Jiménez levantó la cabeza de las notas-, ¿le dije que me hizo comprarle un pizarrón?

-Sí, ya me lo había dicho. ¿Qué pasa con el pizarrón?

-No, nada. Tampoco es que sea como los de las escuelas –sugirió el tamaño, abriendo los brazos-. Pero, le decía, que empieza a poner nombres, dibujar, remarcar, cruzar flechas. Y llega un momento que un poco me pierdo, ¿sabe? Se nota que ha sido profesor de algo. Las historias las entiendo. Sólo que después las junta en esos..., cuadros sinópticos creo que se llaman. Y siento que entonces, no sé...

-Hable tranquilo, Jiménez. No me va a decir nada que yo no piense ya.

-Bueno..., me parece que se le va un poco la mano. Que junta las cosas como si fuera todo de lo más claro.

-Y usted no lo ve así.

-No, la verdad que no. Aunque se nota que sabe de lo que habla. Y que tiene mucha información. Pero...

-Está bien, no se preocupe. ¿Ha hecho lo que le dije?

-Sí, Señor. Le doy la razón en todo. Y también lo otro: Trato que parezca que estoy de su lado, y que la mayoría de cosas que me pide

las cumpla sin consultarlo a Usted. En eso está de lo más contento, y hace que lo llame por su nombre. Dice que tenemos casi la misma edad, y que si vamos a trabajar juntos hay que dejarse de tanto protocolo y tonterías.

-Macanudo. Ahí es donde lo quiero tener. ¿Entonces qué es lo que quiere, que nos juntemos acá?

-Creo que prefiere que sea en su despacho. Allá tiene el pizarrón, ¿vivo?

-Claro... No le vamos a quitar su juguete. Haga una cosa: Pregúntele si le importaría que usted nos cebe mate mientras.

-¿Quiere que esté yo también? Mire que él sólo toma café.

-Por mí puede enchufarse la cafetera en el orto. Pero estando los tres podré torearlo mejor. Y me interesa ver hasta qué punto cree que juega dos contra uno. No se asuste por lo que yo pueda soltar, o porque me enoje. Con respeto, pero tírese hacia su lado. Vamos a escuchar al técnico especialista. En una de esas aprendemos algo.

Quince minutos después la reunión era la amable estampa de dos, o quizás tres, culturas diferentes. Gambetta en el sillón del visitante, sorbiendo con distante expectativa su primer mate. Jiménez en la mesita del costado, con todos los aditamentos del brebaje nativo. Y Valbuena, con el oloroso café humeando en la taza, junto a un par de tizas. Se había despojado de su chaqueta, y las mangas cortas de la camisa permitían apreciar la trabajada musculatura de los brazos. Uno de los primeros chimentos pasados por Jiménez hacía hincapié en las mancuernas, y gomas triples, que el cubano guardaba en su armario; y con las que se ejercitaba todas las mañanas, en las pausas de trabajo. Gambetta aprobaba, socarrón: Cuanto más infle el cuerpo, más desinflará la cabeza. Buen síntoma. Y el otro parecía darle la razón, en sus movimientos estudiados de exhibición, sumados al pantalón estrecho y las botas de vaquero. Desde que entraron no había parado de llevar carpetas y papeles hacia el escritorio. Y, por supuesto, de borrar con prolijidad los apuntes en la pizarra, preparando la clase. De a ratos usaba, como banqueta alta, el antepecho de la ventana, para dominar la estancia. Todos sus gestos daban la sensación de algo minuciosamente ensayado. Hasta el punto que los dos policías, pacientes y dedicados a la infusoria ceremonia, daban la impresión de un atento y entregado público.

-¿Sabe, Jefe, que he estado pensando mucho en todo lo que me dijo la otra mañana?

-Me alegro –Gambetta cabeceó, muy serio, hacia la bombilla-. Eso no le puede hacer mal.

-¡Correcto! Me ha ayudado a encontrar un punto de vista distinto al que tenía.

-Ajá. ¿Y cómo lo ve ahora?

-No, no... Yo sigo pensando lo mismo –los otros dos giraron al unísono hacia él-. Comprendiendo su manera de pensar; la manera de pensar y actuar de ustedes digamos, he encontrado el punto de vista de los otros.

-Discúlpeme –Gambetta, en su papel de alumno, alzó levemente una mano-, ¿pero, esos otros serían los que nos causan problemas, los que no conocemos?

-Exacto. Ahora tendríamos, por lo menos, el punto de partida de su estrategia.

-Que es...

-Bueno, sabemos que ellos saben cómo son y cómo van a reaccionar ustedes.

-Poco a poco: Ya sé que cuando dice ellos, habla de los que no conocemos. ¿Y cuando dice ustedes se refiere a mí, a la Policía?

-Sí, claro. Son sus enemigos, a quienes tienen que neutralizar, ¿no...?

-Lo siento, pero creo que no entendió nada de lo que le dije –Jiménez escondía la cabeza en lo que cebaba, pensando que le hubiera convenido no estar ahí-. Nosotros somos el escalón más bajo en la lista de enemigos. Es verdad que saben cómo actuamos. Más les vale. Pero les importa una mierda si pensamos o no. Ellos sí han entendido que nosotros sólo hacemos lo que nos ordenan. ¡Por favor, Valbuena...! ¡Sus enemigos principales son los que dan las órdenes! Y además, que yo sepa, cualquier delincuente, en cualquier lugar del mundo, debe empezar por enterarse cómo son los que va a enfrentar. ¡No me diga que eso lo ha descubierto recién ahora, y en Córdoba!

-De acuerdo. Quizás no lo he planteado del todo bien –el otro paseaba, a lo largo del ventanal, haciendo crujir las articulaciones de los dedos-. Aceptemos la ampliación de campo –trazó en la pizarra una línea vertical al medio-. De este lado el sistema: Policía, Ejército, Gobierno...

-La Banca, Las Grandes Empresas, Los Técnicos Extranjeros...
 -Gambetta salmodiaba, sosteniéndose la cabeza como si se le fuera caer al piso del aburrimiento-. Y del otro lado seguro que pone un signo de interrogación. No se enoje, pero es que hace rato que yo tengo hecho ese dibujito acá, toc, toc, y el espacio en negro sigue negro.

-Muy bien -la inclusión del Técnico no le había gustado nada, pero tras una inspiración lenta sopló en la tiza y siguió-. Tratemos de encontrar las características de este espacio en blanco -el acceso de tos de Jiménez lo cortó, y miró hacia ellos y luego de vuelta a la pizarra-. Supongo que se entiende. No nos pondremos ahora a discutir si es blanco o negro.

-Propongo que lo llamemos el espacio vacío -entre la risa y el mate, Jiménez se había atragantado, pero logró sosegar y contagiar un poco a los otros dos-, para limar asperezas.

-Gracias, Sargento. Quienes se esconden en este espacio vacío, es evidente que aprovechan los desentendimientos, errores, y disputas, de los del otro lado. Eso es lo que en principio quería decir, para empezar a caracterizarlos.

-Valbuena, usted se cree que yo lo peleo de puro jodido nomás -Gambetta utilizaba su mejor tono paternal-. Pero, como habrá visto en el dibujo, estoy de su lado. ¿De verdad hace falta tanto gre, gre, para decir Gregorio? A ver -simulaba escribir en el aire-, primera característica de los desconocidos: Son inteligentes. ¡Ya está! ¡Hágame la caridad...! ¡Llevamos veinte minutos, dando vueltas, para llegar a eso!

El Técnico levantó la tiza, como en un ofertorio, y empezó a inclinarse por encima de la mesa en dirección al Comisario, con la clarísima intención de invitarlo a dirigir la clase desde el pizarrón. Salvó la situación, o al menos la pospuso, la entrada en el despacho, tras golpear un par de veces, del Cabo Farías; quien venía a avisarle a Gambetta de la presencia del Comisario Peralta, de la Décima, que necesitaba hablar con él, y decía que no serían más de cinco minutos.

-¿Qué hago, Jefe...? ¿Le digo que espere? Creo que está en comisión, y anda apurado.

-¡Ah, sí, Peralta...! Me había olvidado. No, no, dígame que pase a mi oficina, que ya voy -Farías salió de inmediato-. Perdonen, che, es

un asunto urgente. ¿Ve, Valbuena, por qué me pongo nervioso con las vueltitas teóricas? Acá andamos así todo el día. Mucho trabajo, poca gente, y poco tiempo. Lo liquido y vuelvo. Aunque puede que sea algo más de cinco minutos. Aproveche para cambiar la yerba, Jiménez.

PASARELAS

Si a Don Marcos la nueva actividad del invasor bosquimano le producía una morbosa curiosidad, a su dulce esposa directamente la tenía enferma. No podía ser cierto. No podía escaparse con tanta desfachatez del castigo merecido. El panorama imaginado se le hacía trizas. Lo había echado del trabajo. Consciente de las deudas que él había contraído en esos meses, tampoco le había pagado un mango. Su ilusión era, al menos, verlo derrotado, buscando a la desesperada ayudas que no encontraría. En un primer momento temió que se fuera. Que el rencor y la frustración lo impulsaran a huir de allí. Y no era el final que deseaba. No se parecía en nada a la escena triunfal que necesitaba para desquitarse. Pero, bueno, si sucedía, por lo menos podría decir que había acertado. Y que demasiado había aguantado aquél estúpido, en su empeñamiento por llevarle la contraria. Ella lo había vaticinado desde el primer día. Ella no se equivocaba. Nunca.

Las desacostumbradas ausencias de Jorge, tras lo sucedido en Río Cuarto, parecían confirmar sus presentimientos. El par de ocasiones en que apareció, durante ese lapso, la tenían inquieta. Contradictoriamente, la asustaba el que se diera así. Trataba de no verlo. Prefería enterarse del hecho consumado, y decirse que la culpa no era de ella. Mirar como de lejos, aunque sin sorpresa, las lógicas consecuencias de un proceder tan equivocado. Notaba en Graciela un miedo similar. Perseguía en su rostro, en sus actitudes, la menor señal de esa despedida que se demoraba. De ahí el estremecimiento, confuso, al encontrarla renovada, desafiante. Temblorosa, también ella, pero afirmándose en una resistencia que se le antojaba inútil. Muy bien, que patalearan y removieran el barro todo lo que se les diera la gana. Antes se hundirían. Los dejaría que gastaran fuerzas. Ninguno de los dos tenía el menor apoyo real. Acabarían odiándose. En eso sí les ayudaría ella. Le sobraba el tiempo para hacerlo.

Sí, mejor que se resistieran. Hasta se divertiría, tirandoles cáscaras vacías, a los monitos de la jaula.

Probablemente por eso le jodió tanto quedarse, de golpe, con la bolsita de maní en la mano, y comprender que mejor la guardaba porque, aunque nadie la miraba, la boca abierta, de mandril incrédulo, era la suya. Jamás creyó en la invitación hecha por el maricón aquél. Se estaba divirtiendo, y de paso, con la tarjetita, probaba suerte. ¿Y este otro...? Tan hombrecito, él. Por lo visto le faltó tiempo para irse a ofrecer. Al final, terminaría haciendo con el puto lo que no quiso hacer con ella. Mejor no pensaba en eso, porque se ponía a fumar y a darle vueltas hasta que... No, y a lo mejor era un invento de él, para no reconocer el fracaso. Era imposible que tuviera tanta suerte. Aunque la boluda de Elba decía que sí, que el pobre se merecía un poco de suerte, después de lo que había pasado. Y que esa amiga suya habría influido para que lo tomaran. El pobre... Nunca entendería nada aquella cabeza hueca. El pobre era un maldito embaucador. Parecía mentira que los demás no lo vieran.

Con el paso de los días, cuando empezó a traer toda esa mierda de papeles, y planos, y fichas de colores, debió aceptar que como invento ya se estaba pasando un poco. Encima lograba que Graciela le ayudara. Otra estúpida sin remedio. De lo más feliz porque “participaba en algo tan lindo.” Ya se encargaría ella de abrirle los ojos. Lindísimo se lo debía pasar aquel hijo de puta, con las amiguitas del trabajo. Si se le podía llamar trabajo a eso. Una verdadera lástima el que ya no pudiera interrogarlo como antes. Si tuviera la dirección, iría a advertirles que hacían mal en confiar en él, los pondría al tanto de su catadura moral. Lo intentó, no bien enterarse de que ensayaban en el Mini-golf. Pero el dueño era un tipo desagradable que, en primer lugar, no la dejó entrar con la perrita. Tuvo que volverse y dejarla en el coche. Pobre criatura. Le partía el alma verla llorar tras el vidrio. Regresó decidida a amonestar seriamente al desalmado: ¿Acaso los animales no son hijos de Dios, como nosotros? ¿No sabía que la amistad de un perro, sobrepasaba con creces a la de cualquier humano? Iba a seguir, pero el otro levantó su índice hacia el cartel asqueroso de arriba de la barra: Reservado el derecho de admisión. Y cuando bajó la vista ya se iba, tras indicarle al mozo que

la atendiera. Algún gesto más debió de hacerle, porque ese chico, tan estúpido y agrandado como el dueño, la trataba como si hubiera ido a pedir limosna. Ni siquiera pareció escucharla, o que le importara, cuando le comentó que era la empresa de su marido quienes habían instalado allí las heladeras del mostrador. Y en cuanto a sus preguntas, sobre el grupo de modelos que ensayaban en el local, se encogió de hombros, aclarando que lo hacían fuera del horario de atención al público.

-Qué pena, ¿no...? –el chico la miraba, miraba el vaso de coca-cola, y dudaba-. No –ella sonreía, de lo más pizpireta-, es que me han dicho que las chicas son muy lindas. ¿Es cierto?

-No sé, Señora. ¿Comparadas con quién? –y al decir esto abría los brazos, en dirección al variado muestrario repartido por los sillones y las canchas.

-Bueno, sí, pero las modelos... Ya sabés...

-Claro, claro... Perdone, Señora, pero tengo que atender.

Y en todo el rato que se quedó, no sólo no volvió a acercarse, sino que estaba segura que habría hecho algún comentario extraño con los demás, porque sorprendía miradas y risitas claramente dirigidas a ella. Comprensible, por otra parte. Al fin y al cabo, ese era el ambiente de vaciedad en que ahora se movía Jorge. Corto consuelo. Porque lo cierto era que a esa edad todas parecían tontas y superficiales, pero algo más que atractivas. E imaginárselo ahí enmedio, pavoneándose y dirigiendo a su grupito de odaliscas... De bronca, no dejó propina. Debería probar por otro lado. Esta gente eran tan huecos como él.

O sea que le tocó a Graciela. A ella sí que le dolería. Y además no se podía escapar. Lo malo es que componía esa resignada cara de mundanal comprensión: “Mamá, vos me enseñaste cómo es esa cuestión. Lo que no le doy, no le puedo quitar. Es un hombre, y tiene sus necesidades, ¿no? Mientras a mí me respete, y me cumpla como novio...” Cada día más idiota y resabida. Encima se mostraba orgullosa de pensar que las otras se lo disputaran. Y el sucio aquel le traía fotos de los ensayos, para que las viera bien, de frente y de perfil. No, por el lado de los celos no picaba. Y las suspicacias, con respecto a las secretas condiciones que pudieran existir en el contrato con el arquitecto, le provocaban verdaderos ataques

de risa. Eso, cuando no le contestaba que Jorge, a esta altura, ya debía estar acostumbrado a que, con la excusa del trabajo, se lo quisieran atracar, y era lo bastante grandecito para defenderse solo.

No creía que le hubiera contado lo de Río Cuarto. Pero, por si acaso, mejor dejar esa parte. Ya encontraría algo concreto con que teparle la jeta. Cometería un desliz. Antes o después lo cometería. Era imposible que, rodeado de semejantes mujeres, aguantara mucho tiempo este noviazgo. La Claudita sería la primera en trincárselo, o la rubia de la biquini. Y no les haría ascos, seguro. De igual manera que no creía que fueran tan bobas como para dejarse usar, mientras él les seguía hablando de su caprichito con Graciela. Lo engancharían, bien enganchado, y a ver, Nene, si la acabás con esos horarios de visita, el amor puro, y el romance adolescente. Aunque habría que ver qué versión les daba él de esto. Con lo retorcido que es, cualquier posibilidad cabe. En una de esas se divertían, haciendo apuestas sobre lo próximo que pasara. Se burlarían de Graciela, por su metejón y su credulidad. O le tendrían lástima, por el papel de boluda que hacía. Eso es lo que debía mostrarle, para que se le cayera de una buena vez la venda de los ojos. Sólo que el infeliz era lo suficientemente vivo, y tenía perfectamente separadas las cosas. A menos que lo sorprendieran en su terreno, y se viera obligado a elegir. Ahora sí, ése era el camino.

-Decime, vos, que estás tan segura de tu noviecito –Graciela, concentrada en sus deberes, en la mesa del comedor, levantó la cabeza alarmada ante la sorpresiva irrupción de la madre-, ¿no te parece raro que, ni siquiera por cumplir, te haya invitado a participar de los desfiles?

-¡Casi me matás del susto! ¿Ya vas a empezar de nuevo con eso? ¿Qué te pasa ahora?

-¡Qué te pasa a vos! Que no te das cuenta de nada. O no te querés dar cuenta. ¿Te lo ha dicho acaso? ¿No es que quieren hacerlos con gente joven y normal, y blá, blá, blá...? ¿O considerará que vos no estás a la altura de las otras? ¿Lo habías pensado, eh...?

-No seás absurda, Mamá... No nos dejás ir ni a la esquina, y querés que Jorge me proponga hacer desfiles de modelos. ¿Por qué no un viaje a París? Ya que estamos...

-Sí, sí... Muy bien le viene a él que yo te cuide tanto. ¿Pero sabés qué creo...? Que lo que no le interesa es que te enterés de lo que realmente hacen allí.

-¡Uy..., me has sembrado la duda! De acuerdo. Dame la llave de casa, y ya me encargaré yo de vigilarlo. ¡Se va a enterar de lo que es capaz una novia celosa! –Graciela había puesto los brazos en jarras, e imitaba el gesto inquisitivo de la madre.

-Pobrecita... Vos también te sentís muy viva. Por eso decís tonterías. Para taparte lo evidente. Vamos a hacer una cosa: ¿Qué querés jugarte a que le pedís que te lleve a trabajar con ellos, y se inventa una excusa para decir que no?

-No le hace falta ninguna excusa. Sabe que no me dejarías.

-Lo que sabe es que él no quiere. No le conviene. Está muy cómodo con este juego. Pero se lo vamos a romper. A ver si te atrevés a pedírselo. Y a ver si él se atreve a llevarte. Así dejarás de creer que soy yo la que se imagina cosas. ¿Qué pasa...? –Graciela estaba muda y la miraba-. No me digás que no te ilusiona conocer a ese gente tan maravillosa. Mil contra uno, que se niega en redondo.

21 : 09 : 72

13 : 18 : 49

Por eso me fijo en sus caras. Supongo que lo que veo en ellas me asusta, porque llevo tan solo siete meses en el laburo. Después ya no notaré nada. ¿Siete meses, ya...? A ver, entré el doce de Marzo, creo. Si hago bien los cálculos son seis meses y nueve días. Pues sí, ahí lo tenemos, ya ha pasado más de medio año desde la entrevista con el Contador Barea. Desde que me tuve que afeitarse y recortar el pelo. No, pará, la barba me la había quitado antes, a fin de año. Cuando fui al Congreso de Poetas ya no la tenía. Y eso fue en Enero. Claro, la viarada me agarró aquella semana que pasé solo en el Dique Los Molinos. Toda una sorpresa encontrar la misma cara de antes. No sé, había pensado que encontraría marcas, huellas indelebles de lo sucedido. Pero no fue así. Lo que me había sacado era mi verdadero rostro. Abajo sobrevivía la máscara de siempre. Estaba bien, era preferible eso, la necesitaría. Tenía que tomar, obligado, otras decisiones. Tenía que enfrentarme a un intermedio, del que desconocía su duración, antes de saber dónde estaba entonces, y si volvería a ser yo.

No sólo ese yo feliz. Era mucho lo que se quedaba atrás. Junín, el lugar de mi verdadero nacimiento. Graciela y todos nuestros proyectos. El Desoán, otro sueño derribado por la estupidez humana. Quedaban atrás los laberintos de la gente, la ciudad, la noche, las luchas de todo tipo... El intermedio ahora se llamaba Pringles. O allí transcurría, en esa casa, que también tenía su historia. Pero que, a los hechos inmisericordes, significaba el apremio de un alquiler mensual de cuarenta mil mangos. Probablemente por eso lo del pelo costó menos. Había que mantener el departamento tres, porque representaba la ilusión de la que había salido.

Como alojaba los lamentos, y el revolverse entre las mantas, de la larga pesadilla en que aún estaba.

Así llegó la entrevista en Broccio e Hijos S.A. Los Contadores del Edificio Omega me recomendaron a un colega suyo que trabajaba allí, y yo me disfracé de jovencito bueno, que ha decidido ganarse la vida decentemente. Recité los estudios cursados, la experiencia, los antecedentes; tomé el primer café en pocillo de plástico, sentí en la nuca los murmullos y las miradas de mis futuros compañeros. Barea me dijo que los informes recibidos eran excelentes. En realidad, quien habló fue él. Yo no tenía mucho que decir, aparte de los formularios rellenos y el brevísimo test. En base a todo esto, dijo que le parecía un muchacho inteligente y que, por lo tanto, me recomendaba pensarlo muy bien antes de decidir quedarme ahí. Era una empresa que pagaba buenos jornales, por ese lado quizás no tuviera problemas, pero las posibilidades personales de mejorar eran casi nulas para alguien con inquietudes. Le contesté que, de todas formas, ya lo tenía decidido. Necesitaba un sueldo fijo, y esa u otra empresa me daban lo mismo. El asunto era empezar de una buena vez. El jovencito bueno omitió, deliberadamente, que sus inquietudes se habían ido al carajo.

Era buen tipo el Contador Barea. Provocó una pausa, releyendo con calma los papeles, e insistió paternalmente en que no creía que yo soportara aquello más de dos meses. Pero que, si se decidía favorablemente mi ingreso, trataría al menos de llevarme a su sector, para hacérmelo más suave. No cabía duda que aquellos chismosos de amigos suyos le habían hablado a fondo de mí. Sin embargo eso parecía predisponerlo al humor y la confianza. El resto de la charla fue más personal. Me contó que trataba de mantener su alma bohemia. Que entre sus amistades varios le habían hablado del Desván. Lamentaba no haber ido nunca, y que lo hubiéramos tenido que cerrar. Tener un lugar así, y vivir ese ambiente, era una de sus ambiciones irrealizadas. Charlamos sobre libros, autores preferidos, cine, teatro. Hasta polemizamos un rato de fútbol. Era hinchado fervoroso del San Lorenzo de los caras sucias. Se largó a reír: El típico romántico reprimido, ¿no..? Me hizo recordar las entrevistas con los altos cargos, cuando me tocaban encuestas industriales. Como entonces, sentía que

la oportunidad se la estaba dando yo. La oportunidad de hablar de algo distinto, con alguien distinto. La de salirse por unos momentos de la rutina. Y éste era el capo de toda la Sección Administrativa Contable. Un Jefe, con las mayores libertades y sin control de horario. Una advertencia en toda regla. Pero yo no estaba para advertencias. O no tenía las fuerzas suficientes para salir corriendo. El sí lo hizo, a principios de este mes. Pero eso es otra historia. Espero que, donde esté, siga tirándose a caballo por el pasamanos de la escalera, como a veces acostumbraba aquí; y que no lo llamen después a la oficina del Supremo, para el consabido tirón de orejas, como también aquí sucedió.

En lo que a mí respecta, no fui a su sector. El puesto a cubrir era el de secretario del Jefe de Personal. Alcahuete para todo, que le dicen. Antes de una semana me convocaron a la prueba definitiva. Y esta vez fue Ponce, el mismo Jefe de Personal, quien garabateó durante largo rato. El espejismo campechano del Contador Barea por desgracia, o por suerte para una visión más realista del asunto, desapareció tras este verrugoso funcionario transplantado. Sólo le faltaba Virgilio, y una lira, para glosar las interminables loas a Broccio S.A. y lo importante que es para cualquier postulante ingresar a sus filas. Porque, Señor Miranda, si usted sabe verlo, el triunfo está en sus manos. Claro que en la medida que vaya demostrando disciplina, corrección, capacidad, disciplina, contracción, entrega al trabajo, disciplina, integración a la empresa, ambición, seriedad, disciplina...

Todo un Cabo Primero de las planillas de horarios y los despidos colacionados. Después me enteré que le había errado por muy poco a la graduación. Allí le llamaban el Sargento García, por su babosa e infructuosa persecución del zorro de las dactilógrafas. Pero, además, porque era idéntico al personaje de la serie de televisión: el clásico gordo idiota y tozudo, con bigote y charreteras. Le faltaban éstas, pero confirmaba el desgraciado aserto de que el que sabe, sabe, y el que no, es Jefe. Sólo que a mí, a esa altura, lo único que me preocupaba era que se acabaran los exámenes y las entrevistas inútiles. Yo quería que me dijeran cuándo tenía que empezar y lo que cobraría. Ponce no me hizo esperar: El lunes siguiente, a las ocho menos cuarto de la mañana, y cincuenta

mil pesos. Que, con los descuentos de ley, se reducían a cuarenta y cinco. Maravilloso: pagando el alquiler, y haciendo a pata dos de los cuatro viajes diarios, sobrarían casi tres mil mangos para champagne y mujeres. En una de esas hasta comer podría.

Seamos sinceros: Si hubiera tardado un mes más en conseguir el laburo, me dedicaba a la prostitución. Así y todo, por las deudas acumuladas, tuve que sacarle otras veinte Lucas a Resznik, que ya me había dado para el alquiler del mes anterior. Y no podía seguir manteniendo en los lindes de lo platónico nuestra relación. Al judío le sobraba la guita, pero se estaba cansando de la lectura de poemas, las charlas, y la adoración contemplativa. Cada vez chupaba más, para animarse, y con mayor fervor intentaba pasar a los hechos.

De los que en un principio vinieron a compartir la casa y los gastos mejor ni hablar. El trato había sido afrontarlo un mes cada uno. Y no parecía tan difícil, siendo tres. Pero Sully tampoco estaba en una buena época, más allá que trabajar no fuera lo suyo. Su bohemia habilidad era el chamuyo, mangueos y sablazos en todos los estilos. Nada que hacer. Los puntos acumulados por La Sultana con las posibles víctimas, mientras reinaba en El Desvón, se agotaron enseguida. A decir verdad ya estaban agotados. Incluso en aquel tiempo, había jeteado a Dios y María Santísima, aprovechando la situación. Así que una vez en desgracia, en cuanto llegaba al Ángel, o al Très Bien, le escapaban hasta los perros. Creo que ni supo, ni quiso enfrentarse con sensatez, a la difícil realidad que nos había caído encima. Lo económico hube de solventarlo yo. Y no fue ese el mayor problema entre nosotros, pero el resto se hizo insalvable. En las condiciones que me hallaba tampoco tenía ganas de esfuerzos inútiles. Quizás por inercia aguantamos cerca de cinco meses. Cuando no soporté más le pedí, por su bien y el del chico, que se fueran. Eran los primeros días de Marzo, creo. Una, o dos semanas después, entré a Broccio.

Ariel, el otro tripulante que llegó con nosotros a Pringles, duró menos. No alcanzó ni los tres meses. Tampoco aportó nada, claro. Pero al menos nos dejó un agradecido recuerdo: Se fue sin avisar, un fin de semana que no estábamos, y en la fuga arrambló con la mitad de la ropa

y las pocas cosas que teníamos. El panorama era de lo más alentador. Por distintas causas, y poco a poco, me iba quedando solo, a medida que el naufragio se confirmaba como inevitable. O quizá el orden de los factores no sea el correcto. Pero, en definitiva, todos los saldos estaban en rojo. Y había dicho que de esto mejor ni hablar. Prioridades de rescate de la nave: O pagás el alquiler, o además de quedarte en bolas te van a comer los batracios bajo el puente. Así que...

Así que debía entrar a la bendita Broccio S.A. y convertirme, por orden alfabético, en la tarjeta número veinticuatro del Sector Administrativo. Así que tuve que correr, para llegar antes que el puto reloj de entrada empezara a marcar en rojo. No era cuestión de acumular numeritos rojos también ahí. Tuve que correr hasta casa a mediodía, para comer, cuando comía. Correr para entregar informes, que según el repetido y graciosísimo chiste de Ponce, "hacían falta para ayer". Correr para cagar, para tomar el café..., para todo. Tuve que aprender de los más viejos de la oficina y hacerme canchero. No se trataba de correr, sino de llenar de papeles el escritorio, y moverse lo justo cuando te miran. Así que ya soy canchero, ya no corro. Y eso es lo malo. Significa que estoy en vías de convertirme en uno de los silenciosos ellos.

Por eso, porque soy canchero, hoy camino despacio, gozando el parte de enfermo. Sin embargo no puedo dejar de ver a estos otros ellos, que corren aún por la Veinticuatro de Septiembre. O los que van amontonados en los ómnibus, respirándose el sudor y empujando para llegar a tiempo a la puerta de atrás, antes que se les pase su parada, y saltar, casi vomitados en marcha, corriendo por la vereda a causa de la inercia, arrugados y pendencieros.

Una vez más repito el gesto de echarme hacia atrás y relajar el paso. No, señor, hoy no tengo apuro. Mi único contacto con la empresa, será la visita del Doctor Gramaglia, a eso de las cinco y media más o menos. Ponce le hará las advertencias que corresponden a mi caso. Pero hasta él sabe que es inútil. El encargado de Accidentes de Trabajo y Enfermedades soy yo. El que trata, todos los días estos asuntos con Gramaglia, soy yo. Por lo tanto sabe que quien conoce y arregla cualquier descuido,

o error del médico, soy yo, y que ambos nos entendemos. Pequeños estúpidos triunfos, del estúpido sistema de trabajo que seguimos. Por lo tanto a las cinco estaré en cama, a consecuencia de la mala noche y peor mañana pasadas. Cosa que no deja de ser cierta, aunque con las variantes necesarias. Por lo tanto, tras el reconocimiento médico de rigor, firmaré el consabido informe de dispepsia biliar, que mañana a la misma hora me entregará Gramaglia en propias manos, ya en la oficina, para su correspondiente archivo en mi legajo.

Y hablando de dispepsias, gastritis, y anexos... Tengo que decidir aún con qué acallar las dolientes quejas de bandoneón que me están prodigando los intestinos. Lo mejor será hacerme una llegadita hasta Bettini, y llevar una porción doble de ravioles. Hambre, o ansiedad, o lo que sea, tenemos de sobra. Y motivos para festejar también. O tampoco, que más da. Hasta nos compraremos una botellita de tres cuartos. Total, hoy paga Broccio.

CABILDO

Cuando se quedaron solos, Jiménez y el cubano, transcurrieron algunos minutos de silencio y relativa incomodidad. El Sargento lo solucionó, cumpliendo con lo exigido por su Jefe. Vacío y limpió el mate, llenando también la pava de agua, antes de ponerla sobre el calentador al mínimo. Valbuena dio un par de vueltas por la estancia y finalmente, apoyado en el borde del escritorio, lo miró al otro arqueando las cejas, en clara señal de esperar una opinión sobre la marcha de la entrevista.

-Qué quiere que le diga, Adrián. Me parece que tiene razón el Jefe. Y también me parece que usted lo hace a propósito.

-¡Claro que lo hago a propósito! A mí lo que me interesa saber es lo que él piensa sobre todo este asunto. Y me he dado cuenta que no suelta prenda ni a tiros. Por eso trato de descontrolarlo. A ver si así...

-Pues no se enoje, pero la está pifiando. Creo que lo único que va a conseguir es que se cierre más. Y tampoco sé quién se descontrolará primero. Permítame una pregunta: ¿De verdad está convencido que la filtración está acá, entre nosotros?

-Por algún lugar hay que empezar. Y los que se encargan de las operaciones son ustedes. Mientras no podamos descartarlo...

-Ahí está el asunto. En que nosotros ya lo hemos descartado. El Comisario lo ha investigado a fondo, desde la primera o segunda vez que sucedió. Antes que llegara yo había cambiado toda la rutina. Casi podría decirle que hemos cerrado todos los puntos de escape. Además, claro, de comprobar el personal implicado, y soltar más de una vez pistas o acciones falsas, vigilando lo que ocurría. Le aseguro que no obtuvimos el menor resultado. Hace rato que ni siquiera yo me entero de los operativos hasta último momento. El Jefe se ha vuelto obsesivo con eso. Diseña todo él solo, y recién por la tarde del día indicado arma el grupo y lo envía, o pasa la orden al Comisario de la Seccional que corresponda. El número de

gente enterada, y el tiempo de que dispondrían para filtrar información, es menos que mínimo. Considerando algo también, que seguramente a usted se le escapa: En Córdoba sólo un seis por ciento de la población tiene teléfono: Gobierno y Reparticiones Públicas, Empresas, Comercios céntricos, y la zona, o el sector del barrio que se beneficie de ese tendido puntual. Ustedes están acostumbrados a pensar que todo el mundo lo tiene, y es de lo más fácil hablar de repente con alguien. Aquí no. Y mucho menos si consideramos el tipo de gente que constituye nuestros objetivos. Personalmente he comprobado que sólo en dos casos, por ejemplo, de esos cincuenta y pico que usted marcaba, tenían teléfono en su domicilio. O sea que los pasos que debería dar cualquier información de esas están seriamente condicionados. Es difícil, muy difícil, y por eso mismo se hace más raro aún. No sólo el Inspector, yo también me inclino a sospechar que la filtración es previa. Aunque, como él dice, no podemos asegurarlo, y mucho menos continuar por ahí la investigación.

-¿Pero usted comprende que no tendría sentido?

-El mismo que tiene pensar que nosotros nos boicoteamos a nosotros mismos. ¿Cuál sería el móvil? ¿Ideológico, político...? Justamente, el estrato policial es el único que se desentiende por completo de esas cosas. Los militares, los políticos, los empresarios, pueden beneficiarse o perjudicarse con un cambio de régimen. Nosotros seguiremos igual, y haciendo lo mismo, con cualquier gobierno.

-Se ha dejado la motivación económica.

-¿Quiere decir la promesa de un régimen político que nos va a subir el sueldo...? Yo no soy tan escéptico como Gambetta, pero me río más fácil que él.

-Quiero decir cobrar por pasar esa información.

-Ah, de acuerdo -Jiménez señaló el listado de la derecha en el pizarrón-. Si no me equivoco, es un motivo que vale para cualquiera de los anotados ahí.

-Para llevar sólo un año a su lado, ha aprendido bastante de ese escepticismo que niega.

-Adrián, soy mucho menos inteligente que ustedes, y bastante nuevito aún. Pero para entender estas cosas no hace falta ningún Doctorado. De cualquier manera, si prefiere empezar por acá, hágalo a fondo y ya veremos. Mire, más allá de las discusiones que tengan, sabe

que puede contar con el Comisario y conmigo, para investigar hasta el último hombre de nuestras reparticiones. No digo que nos causaría alegría, pero a todos nos vendría bien descubrir ese agujero.

-Su Jefe no parece darle tanta importancia.

-No le va a dar el gusto, ni a usted ni a nadie, de mostrar la bronca que se lo come por todo lo que ha pasado. Yo tampoco sé bien lo que piensa, las ideas que va juntando, o las hipótesis que habrá barajado hasta ahora. Sin embargo, no se engañe, para él es una afrenta personal, y no parará hasta descubrirla.

-¿Por qué no me deja entonces ayudarlo? ¿Por qué me retacea información, y recela todo el tiempo? ¿Porque soy cubano...? No, no esconda la cabeza. Veo que le he pegado en el ojo. ¿Qué se cree, que va a ser la primera vez que me cruzo con esa mierda? –no sólo el exabrupto, también el acento patinó hacia el cantito isleño-. Todos de reajo y oliendo feo: Que si gusano, que si espía de Fidel... Años, teniendo que convencer a cada uno de lo que realmente soy y pienso. ¿Por qué se imagina que estoy aquí? –señaló el pizarrón tan señalado ya-. Un espacio vacío, que no hay madre capaz de rellenar, o descubrir el garabato de partida. Muy fácil: Mandemos al cubanito para allá, y que se arregle. Y el cubanito tiene que seguir aguantando las suspicacias y celos estúpidos. Como lo del grandón ese que anda a veces por acá, pegado a una botella de coca-cola.

-Ah, sí... Muñoz. No se lo tenga en cuenta. Se pasa el día tomándonos el pelo a todos. No es mal tipo. Y es amigo del Comisario.

-No, si su historia ya yo me la sé. Y a la hora de fruncir la nariz, con él habría que usar pañuelo.

-Bueno, yo lo conozco apenas. Y la verdad es que nunca he tenido problemas con él. Y el Jefe... Comprenda que, con tantos problemas sin solución, desconfía hasta de su sombra. Yo puede que sea más ingenuo, pero no juzgo a la gente hasta que la conozco.

-Eso es lo que me gustó de Usted. O de Daneri. Aunque él, como fue alumno mío... Bah, no importa –junto a la serenidad, iba retomando su acento neutro-. Lo que sí le diría, como un consejo personal, es que se mantenga alejado del Gordo ese y sus matufias. No aprendería nada bueno a su lado. Es una pena que no esté usted en el lugar de Gambetta. Habría sido mucho más fácil nuestro trabajo.

-¡Uff..., falta mucho para eso, si alguna vez lo consigo. Por ahora obedezco, y ayudo en lo que puedo. En lo otro ni pienso. Tenemos Jefe para rato todavía.

-Eso depende..., de muchas cosas. Usted es joven, pero con buena cabeza.

-¿Qué quiere decir...? –Jiménez, algo envarado, lo observaba con atención. Valbuena se encogió de hombros y, de repente, cambió el gesto, señalando la puerta.

-¡Aquí lo tenemos por fin, al hombre más ocupado de Jefatura! –Gambetta acababa de entrar, parpadeando extrañado por el recibimiento-. ¿Sabe que su Segundo me ha convencido de que vaya al grano, y deje de tirarle semillitas?

-Gracias, Jiménez –Gambetta aprobaba, y señalaba el mate-. Recuérdeme que, por eso sólo, lo recomiende en los próximos ascensos.

-Le tomamos la palabra –el cubano hizo un ademán hacia el Sargento, abriendo los brazos, como confirmación de lo que le decía antes-. Recuerde que quedo como testigo.

-Y yo me quedo a la espera de ese grano reventón que nos va a dibujar ahora –el Comisario se sentó y se cruzó de piernas-. Soy todo oídos.

PASARELAS

Si hubiera sido por ellos dos la apuesta la habría ganado la madre. Estar más tiempo juntos, y compartiendo aquello, era casi un sueño. Pero dejarla entrar a ella significaba la posibilidad de convertirlo en pesadilla. No querían repetir lo sucedido con los amigos que llevaron a la casa. Y menos aún arriesgar ese trabajo, que era el paso hacia la independencia de él.

En realidad, la decisión de aceptar partió de Claudia y Sigfrido. Jorge les confió la disyuntiva y sus temores. Además que le jodía el traslado de una cuestión personal al ámbito del trabajo.

-Entiendanme, se mezclan las cosas: Una es que a mí me ilusione tenerla todo el día a mi lado, y otra, muy distinta, imponerla acá.

-No hablés de imposición, che –Claudia casi batía palmas de entusiasmo-. Todos tenemos ganas de conocerla.

-Pero el planteo de la Vieja es otro. Ya sabés –se dirigía a Sigfrido-. Si vos quisieras una pendeja, de dieciséis años, rompiendo las bolas en el grupo, ya la habrías buscado. No sé si me gusta la idea de pobres chicos, vamos a hacerles el favor.

-No sigás –Sigfrido le hizo señas de que se calmara-. Comprendo lo que pensás al respecto. Y me gusta que antepongás la responsabilidad al deseo. Pero te olvidás de un detalle: Graciela ya está trabajando para nosotros desde el principio.

-Me ayuda a mí. No es lo mismo.

-Perdoname, pero vos nos has contado la cantidad de horas que se pasan...

-¡Sí, sí...! –Jorge se encogía de hombros, molesto, restándole importancia-. Si lo hacemos con gusto. Es algo común, nos divertimos marcando los tiempos, buscando la música, inventando huevadas. Lo que quiero decir es que de ahí a considerarlo...

-¡Sos un explotador de mierda! –Claudia estaba furiosa en serio. Jorge la miró, y agachó la cabeza al entender lo que estaba diciendo-. ¿Qué pasa...? ¿Que, porque es mujer y pendeja lo que hace no tiene valor?

-Tenés razón –Jorge se mordía los labios-. No, me estoy peleando conmigo mismo. Claro que tiene valor. Más de la mitad de mis ideas vienen de ella. Pero, dado como está el asunto ahora, me sentiría un cretino por usar eso para que la acepten. En serio, entendeme, por favor.

-¿Se van a dejar de pelear? –Sigfrido basculaba la cabeza, impotente-. O andan a los arrumacos, o se tiran de los pelos. A ver si con la llegada de esta chica ponemos un poco de orden, che. Y se callan los dos, que el Jefe soy yo. Claudia ya lo sabe, pero te lo comunico a vos, para que te dejés de boludear: En cuanto estuviera terminado el esquema de la presentación pensaba darte un sobre con los honorarios de Graciela. Sé que no necesita el dinero. Y que no lo hace por eso. Pero, al ayudarte a vos, nos está ayudando a todos. Fijate lo que son las cosas, tu suegra nos lo ha puesto mucho más fácil. ¡Y no empecés de nuevo! –Jorge había estado a punto de interrumpirlo, emocionado y confuso-. No le iba a regalar una cadenita de oro, ¿no...? Olvidate de todo lo que has estado pensando. Graciela ya era del grupo, aunque su puta madre no se hubiera metido. Si quiere mezclarse con las chicas, a desfilas, tendrá que ganarse el lugar. Acá no explotamos a nadie, pero tampoco regalamos nada. Por lo poco que sé, estoy seguro que la quiero con nosotros. Dejá que Claudia y yo valoremos esa parte. Y en cuanto a la Vieja, también dejanos que la manejemos nosotros. Tu mejor papel ahí será no saber nada. ¿Lo chapás...? Pase lo que pase, vos lejos, y con esa cara de bobo infelicito que sabés poner tan bien. Nosotros nos encargaremos de ella. Y punto. ¿Qué te parece, Nena...? –Claudia afirmaba, con una sonrisa de felicidad indescriptible-. ¡Muy bien! Creo que nos vamos a divertir con la veterana. Andá, pichón de picurú, que se te ven las ganas. Andá a decirle a tu pichoncita, que la estamos esperando.

Habría resultado difícil, para alguien que entrara en ese momento a la historia, calibrar ni lejanamente el verdadero color de los distintos hilos. Todos radiantes y felices. Por una vez todos convencidos de que estaban haciendo lo mejor y lo que querían. La Vieja, en su mejor

estilo de señora mundana que lleva y va a buscar a su hija, saludando al elenco como antiguos conocidos. Jorge y Graciela, revolucionando aún más el ritmo y las ideas en los ensayos. Las chicas encantadas con esa especie de hermanita menor, que tardó cinco minutos en ser una más y borrar el temor de que fuera a marcar ningún tipo de terreno. Y Sigfrido apareciendo lo justo, con Norma a su lado para, ellos sí, remarcar, muy amable y seriamente, las reglas de comportamiento durante el trabajo. Oportunísimo ítem, ya que la exaltadísima dama quería saltar al ruedo, plena de ideas y movimientos novedosos.

-Disculpe, Señora, venga aquí, conmigo –era Norma quien le tocó en el hombro, y la condujo hasta un sillón bien alejado de donde trabajaba el grupo, mientras Sigfrido hablaba con Jorge y Claudia en la otra punta.

-Pero –la Vieja al principio se resistió un poco-, sólo iba a decirle a la chica ésta, la de los vaqueros, que caminara más erguida, porque...

-La hemos escuchado todos, Señora. Y, por favor, baje la voz –Norma lo hacía apenas en el tono indispensable para que se la oyera. Y lo cierto es que, más que tocarla en el hombro había tenido que sujetar por el brazo a la matrona, antes que se tirara hacia las chicas, mostrándoles cómo debían desplazarse-. El Señor Malbrán –señalando hacia Sigfrido- es muy estricto en estas cosas. Tenemos prohibido interrumpir, por ningún motivo, los ensayos.

-Sin embargo él lo ha hecho –fiel a su señorío alzaba la cabeza, desafiante. Y Norma volvía a mover la palma de la mano hacia abajo, indicándole lo del tono.

-Por supuesto. Él es el Jefe. En todos los sentidos un jefe maravilloso. Pero implacable, y muy serio con el trabajo. La orden es, para el resto del mundo –recalcó con fuerza esa parte-, respetar en absoluto silencio la labor del conjunto.

-Pues yo creo que es un error –la amazona no quería bajarse de su caballo. Aunque al menos ya no gritaba como antes-. Cuatro ojos siempre verán mejor que dos.

-Sí, ya había notado que usted usa lentes –y era una suerte que estos tuvieran cristales. Porque, en caso contrario, la asesina mirada de la Vieja la hubiera perforado-. Pero, si no le importa, todos los errores que vea desde aquí me los hace saber a mí. Y yo me encargaré después,

en la reunión diaria con el Señor Malbrán y el Señor Miranda, de transmitírselos. Ése es mi trabajo, ya que soy la secretaria de ambos.

-¡Ah...! ¿Jorge tiene secretaria? –destrozó el término, de tanto morder cada letra-. Pensé que Graciela le bastaba.

-¿Graciela...? -Norma miró al grupo, y volvió hacia ella con un gesto de asombro que hasta parecía sincero-. Estaba convencida de que era su novia. ¡Uyy...! –sacudía los dedos de la mano-. Espere que les diga a las chicas que no es cierto. Que es sólo su secretaria. ¡Les va a dar una alegría saber que está libre...! Mire, aquí viene el Señor Malbrán. ¿Le aclaramos a él también lo de su hija...?

-A ver, queridas cotorras –Sigfrido llegaba, frotándose las manos y sonriendo, a detener justo a tiempo la batalla-. Ya sé que son mujeres. Pero deberían considerar que esto no es una tertulia, sino un lugar de trabajo.

-Es lo que trataba de explicarle a la Señora –Norma ponía su mejor cara de secretaria asustada.

-Me imagino. No te preocupés. Es normal que, quien no conoce nuestras reglas, sea algo imprudente al comienzo. Pero seguro que la Señora ya lo ha entendido. Y, por cierto, ¿qué es eso que me iban a aclarar...?

-Nada. Una tontería. No le haga caso –en su furioso deseo, de atribuir la tontez universal a Norma, la Vieja volvía a subir sus decibelios, y los otros dos a mostrarle las palmas-. Y le repito lo mismo que cuando nos conocimos: Dejémonos de formulismos. Me llamo Nilda. ¿Su apellido es Malbrán...?

-Pongámonos de acuerdo –el arquitecto la miraba sobrador, desde arriba-. ¿Si hay que dejarse de formulismos, por qué tratarme de usted? Yo soy Sigfrido. Un nombre difícil de olvidar. Nuevamente, mucho gusto.

-Lo mismo digo –la otra se remecía, convencida de estar recuperando terreno-. Es verdad, che. Ya que compartiremos cosas, vamos a tutearnos. La seriedad no quita la confianza. Pero no me has contestado. ¿Así que te apellidás Malbrán?

-Desde que nació. Y vos, Borrás. ¿No es cierto...? –la mujer cabeceó, afirmando, antes de entender, con sorpresa, que le había dado su apellido de soltera. Por ganar tiempo, siguió.

-Es que en Monte Vechio había un médico, el Doctor Malbrán...

-Sí, mi padre –Sigfrido la observaba, divertido.

-¡Ah..., mirá vos...! Yo lo..., conocía.

-Sí, ya sé.

Corto y rápido. Con la precisión de un bisturí experto. Para pintar el resultado de la operación habría que recorrer todas las gamas, del fucsia al rojo egipcio, que el rostro de la madona reflejaba contra su voluntad. Consciente de la incisión producida, el arquitecto se había vuelto de inmediato hacia Norma, y repasaban las tareas a cumplir esa tarde, como si la otra hubiera desaparecido ya. Cosa que no tardó en hacer porque, según dijo entre dientes, a ella también la esperaban múltiples ocupaciones, que estaba desatendiendo.

Con el objeto de no despelotar los estudios de Graciela, resolvieron que asistiera a las prácticas tres tardes por semana, más las pruebas de ropa o ensayos especiales. Para la pareja fue una especie de fiesta continua, en la que prolongaban sus juegos, con más gente y en otros lugares. Con lo cual el proyecto ganaba un extra de frescura. Para pelearlo Claudia afirmaba que Jorge seguía igual de eléctrico y exigente, pero ahora con toma a tierra. Y él respiraba, feliz, al notar el compinchismo con que todas arropaban a Graciela. Puntualicemos que también resultó un relativo intermedio de paz en la casa, merced a lo entretenida que estaba la madre, y que no debía excederse, si quería conservar la imagen que le permitía pulular cerca de ellos, e inclusive sumarse algunas veces, cuando se sentaban a tomar algo en un bar, tras los ensayos.

De lo que no tenemos conocimiento preciso es de las estratagemas urdidas por Sigfrido, para dirigir convenientemente, y a la vez anular, los propósitos de la Vieja. Presenciamos el amable recibimiento, sutilmente cerrado con la advertencia de que le conocía hasta las bombachas. Pero, si bien no le hizo ninguna gracia, no era mujer de arredrarse por nimiedades. Un par de días después ya estaba en la brecha y olfateando. Parece ser que el arquitecto, con la complicidad de todo su equipo, se limitaba a caer, ingenuamente, en los casos de rastreo que ella proponía. Nunca de forma directa, claro, ya que ella tampoco lo hacía así. Bueno, su sistema ya lo conocemos. Así que no abundaremos en farragosos detalles. Una pregunta, una insinuación, una respuesta confusa, algún

detalle que en medio de todo eso se escapa. La rara habilidad de no haber dicho nada, dando a entender todo.

En resumen: Érase una mujer, convencida de estar socavando el entorno de su perseguido, para desacreditarlo y, fundamentalmente, descubrirlo manufacturando la perversa traición. ¿Cómo logró Sigfrido que las sospechas, y su feroz poseedora, recorrieran, casi por orden alfabético, al grupo entero? ¿Cómo conseguir que no mermara en su seguridad, caso tras caso; que se dijera esta vez sí, después de haber seguido mil pistas absurdas, y otros tantos fracasos? Es increíble que mordiera siempre. Habrá que atribuirle al arquitecto el profundo conocimiento de esa siquis enferma. Es lo que él decía, quitándose méritos. “Sólo hay que dejar que crea que es ella quien nos ha sacado la información. O preparar algo, y fingir que nadie más lo ve. El resto, su obcecación lo hace solo. No puede analizar los errores, y aprender, porque está convencida de que no los comete. Aunque choque cien veces contra una pared, volverá a salir corriendo en cuanto tirés la próxima prenda. Como los perros. Lanza la pelota, y allá irá. Sí, está bien, que me perdonen los perros la comparación.”

Debió haber más elementos. Una cierta variedad en las carnadas, o la forma de aderezarlas. Aunque Norma, que también en eso hacía de secretaria, jura que no, que en muy pocas ocasiones se esforzaron con el libreto. Y que al final casi le daba pena verla tan contenta y tan ciega cada vez. Ella le avisó a Graciela de una de las últimas, para que colaborara poniendo cara de sospecha, si la madre trataba de chicanearla. Ésta la tranquilizó, aclarando que era el papel que jugaba siempre, propiciando que el interés de la bruja no decayera. Sigfrido le había pedido a la voluptuosa Silvia que buscara la oportunidad de hablar con Jorge, en un momento que éste estuviera cerca de la Vieja. Y que le preguntara a qué hora era el concierto, y si tenía las entradas. Aquella lo hizo, y Jorge le contestó que a las diez, y que sí –tocándose el bolsillo-, que tenía las entradas.

Es probable que el arquitecto no disfrutara sólo con las reacciones de la mujer. Si estaba siguiendo la jugada, habrá aplaudido ante los truenos y relámpagos que atravesaban la faz de quien acababa de asistir, en vivo

y en directo, a semejante constatación incriminatoria. Pero también se habrá estremecido de placer, ante la afasia temporal de Jorge, que no entendía nada. Ni ebrio de mezcal imaginaría a Silvia interesada en un concierto de la Filarmónica. Y si le preguntaba por las entradas sería para llevárselas al Jefe, que fue quien le pidió el favor a él de buscarlas antes en Taquilla. Pero lo dejó con la mano en el bolsillo y salió a los saltitos, como había llegado. Lo que es la vida, y los infinitos planos de la mirada. Porque el asombrado festín de la Vieja estaba salpimentado de puteadas: ¡A medio metro mío! Y se queda así..., embelesado, tocándose por dentro del pantalón. Ella bailándole y él confirmando la cita, sin vergüenza ni respeto alguno. ¡Hay que ser hijo de puta!

En programa El Pájaro de Fuego, y obras contemporáneas de Schoenberg y Honneger. Hasta ese detalle había elegido el Maestro de Ceremonias. No podía predecir, pero sí imaginar el descalabro. Porque un par de semanas antes, en una de las charlas entre copas, había bromeado, delante de ella, sobre las especiales características eróticas de palcos y otras penumbrosas zonas del Rivera Indarte. La pelotita quedó picando, a lo largo, alto, y ancho, de nuestro coliseo. Huelga decir que la obediente cánida olfateó, y revolvió todo, en su busca, con la pobre Elba que la acompañaba y sudaba a mares pidiendo disculpas. Doblemente justificado el sudor, porque unas Señoras como ellas no iban a ir al Rivera Indarte sin sus tapados de piel. O sea que el animal acezante, y el animalito asustado, recorrieron fila por fila la platea, el Foyer, los pasillos, las escaleras varias veces, los palcos preferenciales, los de proscenio, y los más oscuros, las tablas crujientes del llamado gallinero, etc. Y no se fueron de vacío. Eso no. Sobre el sudor y el cansancio, acumulaban chistidos, persecución y advertencias de los acomodadores, insultos de todas clases, y hasta algún empujón desconsiderado en según qué palco. Por suerte ambas tenían la cabeza a punto de estallar, por el maldito pájaro en llamas, como decía Elba, y las otras melodías del infierno que seguían resonando cuando, finalmente, un par de empleados las amenazaron con llamar a la policía si no se iban.

Graciela, que las escuchó llegar tarde, recabó, escondida en el pasillo de las habitaciones, fragmentos del monólogo en la cocina. Monólogo esta vez, porque la paciente y pacífica Elba había perdido toda

contención. La Vieja intervenía apenas, y trataba de que se calmara y bajara la voz. Sin embargo era inútil. Puteaba porque tenía las piernas destrozadas. Si por lo menos hubieran ido con taco bajo. Y mezclaba, o sumaba, en ésta, todas las situaciones similares a que la otra la había arrastrado. “Y yo, como una pelotuda, acompañándote siempre. Pasando vergüenza y aguantando guarangadas. ¿Qué esperabas? ¿Encontrarlos sentados, y acusarlos de ir a escuchar esa mierda de música al teatro? ¿Hubieras dejado que fuera con Graciela? ¡No! ¿Y entonces...? Te lo he dicho mil veces, Nilda: ¡Estás loca! Antes decías que él te tendía trampas. ¿Y ahora...? Ni siquiera habla con vos. ¿A quién le vas a echar la culpa? Sos vos la que está imaginando cosas todo el tiempo. Y yo, como me das pena, te acompaño y me como caminatas, plantones, ridículos espantosos como el de esta noche... ¿De verdad te creés que, si un minón como ése –que hasta a mí me hace caer la baba-, le dice a un tipo que la invite a salir, la va a llevar a un concierto al teatro? ¡No, no me salgás otra vez con que a los palcos la gente va a coger! Demasiado educados cuando nos echaban. Yo, si entra alguien, a mirar por detrás de las sillas, lo corro a patadas. ¡Y aunque hubieras encontrado a alguien chapando! ¡Dejate de joder, Nilda! ¿Sabés qué...? ¡Ojalá Jorge se haya enfiestado, bien enfiestado, con la Silvita! ¿Y sabés qué más...? Si lo ha hecho, estarán ahora en la pieza de un hotel, de esos con espejos hasta en el techo, y dale que te dale toda la noche. ¡No, ni se te ocurra! ¡No tenés arreglo! Mirá, si querés recorrerte ahora todos los hoteles de la ciudad, pagando y aguantando groserías, para que te dejen espiar, andá. Pero a mí dejame en paz. Ya he tenido bastante por hoy. Muy rico el café. Y el pájaro chamuscado ése. Mañana me contás. Ya mismo me voy a quitar estos tacos de mierda.”

Tras el portazo de Elba, Graciela rajó a encerrarse en su pieza, tapada hasta la cabeza. Por lo tanto, ni siquiera puede atestiguar si la pesquisa continuó o no. Parece que no, porque no recuerda haber escuchado el auto saliendo del garaje. Y lo perfecto de estas pelotitas lanzadas por Sigfrido, es que hasta en su distribución temporal cumplieron. La Vieja todavía estaba dando vueltas y tropezones, el día anterior a la presentación en el Mini-golf, con Graciela desfilando junto a Jorge y sus nuevas amigas. Un maestro de las performances siniestras

nuestro arquitecto. Sabiendo siempre qué decir, cómo y cuándo, para poner en marcha a la bruja a pilas. Sabiendo dónde y cuándo estar, y cuándo no estar, también. Por ejemplo, a la fiestita en casa de Graciela no fue.

PASARELAS

La pasarela que me llevó a Junín estaba compuesta, o más bien descompuesta, por tramos que se peleaban con las leyes de lo visible y sólido. En una de esas todo el desajuste parte exclusivamente de mí, que soy quien la ve y trata de unir, respetando el concepto tiempo, aquello que también yo había desunido para evitar choques y riesgos. Puedo dibujarlo, en hojas transparentes, que al final coincidan en un mismo cuadro de superposiciones y suspiro de ahora sí. Pero explicarlo ya es más difícil, o trabajoso al menos. Porque los tornillos, las chapas, el enrejado que da la perspectiva, el retumbar de los pasos, fue sólo uno y el mismo. Quien no era el mismo sé muá, ni era uno todavía, aunque empezaba a caminar solo.

Esa novedad, contemplada y resuelta en los días del Lago, se complicó un poco a la vuelta, aunque sin variar el resultado. En lo que siempre me había mantenido aislado ahora me quedaba solo. A lo largo de los años transcurridos, casi todos los compañeros de un principio terminaron abandonando el país, o ingresando a las distintas organizaciones más radicales de lucha. Sólo uno de ellos continuaba a mi lado, hasta que el repetido desgaste de lo repetido quebró sus fuerzas. Él mismo insistía en que ya no podíamos hacer mucho más por algo que había cambiado las formas y el rumbo. En buena medida era cierto. Aunque también lo contrario. Con la formación, la infraestructura asentada, y la experiencia que teníamos, asimilarnos a ese rumbo hubiera sido un aporte de importancia. Pero no éramos, no fuimos nunca asimilables. Proveníamos de una paciente utopía, a la que defendíamos, con las mismas armas que ellos usaban para atacar al enemigo común. No desdeñábamos la lucha y sus consecuencias. Era necesario y justo defender, a quienes trabajaban por un mundo mejor. Sin embargo, jamás nos planteamos atacar a quienes mandan, para quitarles el mando.

Y aceptamos los calificativos, o descalificaciones, que esa decisión nos impusiera. Puede que nuestra miopía fuera incapaz de ver esa victoria final, que los demás con tanta claridad oteaban en el horizonte. Yo sigo respetando la valentía, y el inalienable derecho que tienen a hacerlo así, ante la imposibilidad de un verdadero juego democrático. Pero es cierto, nos movíamos en otras coordenadas que, de golpe, saltaron por los aires. Quedamos fuera de ese nuevo curso de los acontecimientos. Dentro de lo nuestro colaboramos todo lo que pudimos, y lo mejor que supimos hacerlo. Incluso intentando una discusión clarificadora que ayudara a ambos. Algo que muy pocas veces se logró y, a nosotros al menos, nos fue desgastando y apartando. En ese punto de ruptura nos hallábamos, cuando resolví facilitarle la salida a mi último compañero.

No diré que me sorprendió. Lo esperaba. ¿Deseaba, a lo mejor, que sucediera así, para facilitar las otras decisiones que me acuciaban? Podría alegar que fue casi al revés. Que ese cansancio, y crecimiento de riesgos absurdos, por el triste enfrentamiento con los supuestos camaradas, empujaba ya desde hacía rato. Pero es verdad que la sensación fue de alivio. Contradictoriamente, al quedar limitado en la acción, vislumbraba una libertad sin límites para ejercerla. Y pude comprobarlo de inmediato. O, mejor dicho, tuve que comprobarlo de inmediato. Porque, con ser un mínimo pececito de río, nuestras espinas estaban diseminadas por más de cuatro sillones de la represión. Y aunque sólo fuera para tomarme un descanso y pensar, primero debía asegurarme que los agujeros de sus redes fueran del ancho adecuado.

Sabemos que los salvadores de la patria, y los guardianes del orden, no se caracterizan precisamente por sus habilidades en la piscicultura. Bueno, en nada que suene a cultura. Ellos más bien pescan con dinamita. Sin embargo a veces, y esta era una de ellas, algún plomazo les insiste, ante cierta lista de fracasos en cartel, que prueben una obra colectiva. Y hasta les aportan un Director Invitado para la dramaturgia. Malos tiempos para la Lírica. Una de las frases del repertorio de Sigfrido, usada cada vez que se cruzaba algo. Malos tiempos para muchas cosas, por desgracia. Y particularmente para aquellos que, confiados en su suerte, o la torpeza de los demás, se olvidan de cerrar la puerta. No es

que existieran llaves diseminadas por ahí. Ni siquiera la dirección, o un mísero pálpito. Pero, ante la puta posibilidad de un súbito entendimiento; máxime al contar con un especialista en tramas, dejar que avancen los ensayos es un error de principiantes. Había que modificarles el guión, si quería seguir pensando en retirarme a una pieza, en meditativo trance.

Y eso significaba veinte cabinas telefónicas al día. Varias actuaciones estelares, gratuitas y riesgosas. Pormenorizada recabación de informaciones y chismes. Muy elaborada creación, con su posterior distribución, de específicos y confusos datos, a precisos oídos. Viajes relámpago, a las guaridas del trueno, para contactos tormentosos. Meticuloso enjabonamiento del empedrado, en zonas y bajo personajes, que ya venían resbalando. Suciedad a manos llenas, en el viejo y asqueroso teatro de la violencia. No, nada que ver con el de la crueldad. Lo de Antonín era una doncella de Orleans repartiendo caramelos, en comparación. Ni un solo gesto de alegría o contento. Limpiar el camino, a costa de pisotear mierda, sangre, y hasta las propias vísceras, no deja un buen sabor de boca. Aunque la obra fuera en las cloacas del poder, y con los carniceros de la vida degollándose entre ellos, merced a esas oportunas modificaciones en el libreto. No exit, man. No hay éxito en la salida cabizbaja de los protagonistas. El espectáculo debe continuar, dice la vieja ley. Y uno se arranca el maquillaje a tirones, mira las vacías calles por las que, una vez más, huye. Se mira las manos, levanta la cabeza hacia la soledad buscada, y agradece, y se pregunta ¿por qué? ¿para qué? ¿qué estamos haciendo...?

Sí, respuestas y explicaciones hay. Para todos los gustos y sinsabores. Las obviaremos. Ahora no se trata de eso. Y entonces lo buscado, lo que necesitaba, ya estaba hecho. Cerrado el candado. Cerrados también el confesional paréntesis, y el turno de preguntas para la fiscalía lectora. Me toca a mí. Menos protestas. Quién ha dicho que me alegre de que siempre me toque a mí. Sólo remarco el hecho que, en definitiva, nos ha juntado. Y por eso soy yo quien vuelve a preguntar, para quien no veía la dificultad de ubicar ciertos pasos, en la doblemente dichosa pasarela: ¿Dónde, en qué tramo poner, sin extrañeza ni equívoco, al loco de la moto, con su casco opaco, negociando oscuras confianzas, con tanto

más oscuros personajes? ¿Al atildado caballero, de traje claro y botas vaqueras, despachando provocadores bourbons en alejados barrios? ¿Al policía que, en plena y sonora noche, corre hacia la Roque Saenz Peña, con el uniforme manchado y una bolsa como de ropa bajo el brazo, se zambulle en el auto, y sale derrapando por las callejuelas? ¿Tendrían ustedes un lugar para ellos y algunos más, en la pasarela que nombro, como mi liberador camino de aquella época?

Pregunta retórica, claro. Porque yo lo tengo. Los retengo en mí, aunque cada vez, por suerte, se alejen más de esta realidad de hoy. Todos nosotros estuvimos en esa atestada ruta. Quien haya recorrido similares, y pedregosos, y esquizofrénicos senderos de nuestra pobre historia, quizás comprenda lo que estoy diciendo. Salud, camañero. Le deseo salud, y espero que usted a mí, comparada. Y vuelvo a la difícil explicación de aquel dibujo. A repetir que por eso hablaba de pasos superpuestos. Me sigo haciendo un lío al construir la pasarela en el recuerdo. Pasemos, si quieren, a lo más fácil: Calculen la de puntos suspensivos y frases ambiguas con que apedreaba a mis interlocutores de aquel largo otoño. Por ejemplo a Sigfrido, Claudia, Horacio, que me miraban con gesto decepcionado, cada vez que huía de sus invitaciones a integrarme en la barra de sus amigotes bohemios.

¡Por supuesto que tenían buenas intenciones! Las mejores, y las más generosas, considerando lo desagradecido que yo me mostraba. Querían desasnarme. Acercarme a lo que entendían como el mejor caldo de cultivo, para ese abrojo erizado de suspicacias en que me había convertido. Valoraban, seguramente en demasía, lo que por debajo imaginaban. Y yo escapaba con la verdad. Pero también con la grosera ineficacia de decirles que no tenía tiempo. Que ya había gastado demasiado tiempo y dinero por los bares. Que sólo quería lo que quería, y por favor me dejaran en paz. Y lo más increíble es que se reían. Me acusaban de tener un cocodrilo en el bolsillo. Garantizaban, con una complicidad que no merecía, que no debía preocuparme por eso. Que no me dejarían pagar nunca, que me ayudarían y protegerían. Que no debía tener miedo al ridículo, ni a todo lo nuevo que allí encontraría. No sé, ni sé si quiero acordarme, de mis furiosas respuestas y escamoteos.

Porque me ponía furioso aquella persecución. Veía padres y madres por todos lados. Muy cariñosos, sí. Muy comprensivos, y sólo sugerentes, pero señalando hacia otro colegio. ¡Ya estaba bien de academias, carajo! Ya estaba bien de organizaciones, de grupos, de escuelas y teorías y dogmas y doctrinas. Ya estaba bien de discusiones, y deducciones, y reducciones al absurdo, y discursos, y vacíos recursos, con los que había viciado el aire imposible de respirar. ¿Otra vez me iba a sentar, a escuchar las mismas tonterías? U otras nuevas, me daba igual, si es que existían. Preveía pomposos y viejos profesores, soltando diáfanos peroratos sobre el violonchelo. Retorcidas, aunque muy bien estructuradas críticas, sobre el último libro leído, o la obra de teatro, o el film que ocupaba las carteleras de ese fin de semana. Largas peleas, con los más rebuscados y exquisitos términos, para destacar que cada uno la tenía más larga que el otro, o que cada una lo tenía más sabroso y tierno. ¿Por qué mierda, unos y otras, ya que de eso se trata, no lo sacaban al aire, y sobre la misma mesa del asunto se despachaban, dale que te dale, en lo que no miente ni engaña? Y aún así, qué me importaba a mí que lo hicieran o no. ¿Qué me iban a decir a mí, que verdaderamente me importara, o sirviera?

Tenía un cacao con leche en la cabeza, que se me salía por las orejas. Necesitaba días de treinta y seis horas para batirlo, y para batirme con esa licuadora, que entonces llamaba mi ajetreada vida. Era un soberbio, y un desagradecido idiota. De acuerdo. Una mala bestia, incapaz de imaginar siquiera la posible bondad de manifestaciones desconocidas. Un guarango, que escupía con desprecio en los pies de quienes me ofrecían alternativas. ¿Era en realidad tan transparente, fuera de mis trabajadas opacidades, como para que soportaran todo eso sin inmutarse? Quiero decir, con lo de la transparencia, que vieran en mí lo que yo no veía, y consideraran que valía la pena. Algo así debió de ser. O la vieja caridad hizo lo suyo, ante el maltrecho cuzquito que les ladraba. Porque en parte suavizaron el ímpetu de recomendaciones y propuestas. Al final optaban por meterme, en los bolsillos de la campera, papelitos y programas, más alguna indicación oral de circunstancias. O sea que siempre tenía entradas, o invitaciones especiales, que a ellos les llegaban continuamente, para exposiciones, conciertos, u obras. Al final de las cuales, por supuesto, acostumbraban juntarse para charlar hasta

las tantas. Eso es todo, muchacho. Vos sabrás qué hacer con tu ocupado tiempo.

No lo decían exactamente así. A esa altura no era necesario. Dejaban el mensaje en la botella, y el náufrago boqueaba de reojo. A favor y en contra del susodicho náufrago, precisemos que exagera bastante, por vergüenza y remordimientos. No puedo asegurar si fui tan desagradable en palabras y actitudes, aunque muy probablemente sí en pensamientos. Y acepto hoy que miedo al ridículo también habría. Temor a las miradas de gente que sí sabía y quería lo que hacía. Pavor de que me vieran como el repelente burro que habitaba. Que sonrieran hacia el chico que estaba ganando guita con los desfiles de modelos, y me pidieran una vueltita de exhibición de los pantalones, y la puta que lo parió, hubiera salido corriendo. Sí, qué pasa... Tenía miedo. Podía matarme a palos con quien hiciera falta. Y diseñar, y llevar a cabo, complicadas estrategias, de aquella realidad subterránea en la que me movía. Pero no era más que un chico asustado, al que infinitamente le dolía ese submundo. Igual que me dolía, aunque el callo de la costumbre pudiera disimularlo, la demolición y el abandono de la casa en que me había deformado hasta la monstruosidad. Tanto como me abismaba, de impotencia y furia, lo soportado, y lo que aún deberíamos soportar Graciela y yo, en esa otra casa. Y, si no me asustaba, temía la confrontación conmigo mismo, en la tercera y escurridiza casa que aún buscaba. Temía no estar a mi altura. Defraudarme, no encontrarla, no encontrarme.

Demasiados temores, y demasiado vértigo, para aquellos veintidós años tan vapuleados. La velocidad, la continuidad suicida impuesta por aquella cacareada euforia de la derrota. Y a pesar de todo una confianza, impertinente de tan habitual y compañera, que se palmeaba con los miedos y les decía, tranquilos chicos, de peores hemos salido y saldremos. La misma confianza que a veces se volvía, me mostraba su espalda, donde ponía suerte. Y se reía, bonachona y sabia, como para convencerme que era las dos cosas. Que mientras la mantuviera a ella, la otra también me seguiría. ¿O no te acordás que, cuando lo del laburo, cuando todos los rebusques se achantaron, me diste bola, y buscaste en el bolsillo un toque de magia, que te sacara del pozo?

Porque una cosa es no creer, y otra no saber, que uno mismo ha clasificado, en gavetas de reserva, esa tarjeta de por si acaso. La de Sigfrido apareció así. No hacen falta palomas, ni sombreros de copa. Todo lo que hay que tener es confianza en que nada sucede porque sí. Que somos nosotros quienes sucedemos cada alternativa de nuestra existencia. Y, por lo tanto, guardar siempre cualquier botella, con su mensaje aparentemente en código, o lejano. Hay que guardarla, porque en circunstancias de naufragio, o isla desierta... Hay que saber meterse mano a tiempo, cuando todo lo demás pinta en negro, y hace falta un tubo supletorio de oxígeno.

Las casualidades, que nunca lo son, llaman a la puerta del que las causó, o supo retenerlas en el bolsillo de su campera. Esa noche fue la entrada que otra vez Sigfrido, o quizás Claudia, no lo recuerdo bien, pusieron ahí. Invitación especial. Un número en la platea, del Teatro Rivera Indarte, para la representación de La Gaviota, de un tal Chejov, por el elenco de La Comedia Cordobesa. Mala noche la vivida. Seguramente la peor y más jodida de aquel peligroso otoño. Necesidad de bañarse, cambiarse, y rajar a cualquier lugar, a pesar de lo tarde que era, para huir de tanta suciedad y tanta violencia. Incluso postular, ante lo imposible, una coartada. Ante mí mismo quizás. Poder mentirme, decir no estuve ahí. Ahora que lo pienso bien, esa noche estaba en el Teatro, viendo La Gaviota. Y después nos fuimos, por fin les di el gusto a aquellos, con toda esa patota de intelectualosos, al Calle Ancha, donde nos quedamos hasta la madrugada.

Saqué del bolsillo la arrugada entrada. Me quedé en las últimas filas de abajo, para poder decir que estuve allí desde el principio. A nadie le extrañaría ese retobamiento de solitario. Alcancé a ver la mitad del último acto. Y en cuanto se encendieron las luces me mezclé con la barra, aprovechando todos los comentarios que desgranaron por el camino, para defender mi versión, si la pedían. Sigfrido me abrazaba, feliz, y me presentaba a todo el mundo. En el bolichón de la 27 de Abril juntamos cuatro o cinco mesas. Contar lo que sucedió, lo que a mí me sucedió a partir de ese momento, me llevará más tiempo. Y tendré que decir boludeces, como que encontré la tarjeta, o la entrada en este caso, el

conejo, la galera. Que hice, de puro atropellado, la magia del que mete la mano y se ríe, porque una palpitante paloma se le escapa y vuela, cuando buscaba los pañuelos atados del supuesto truco. Aunque, también puedo decirlo de otra forma: Fui a esconderme, y me encontré. Eso que latía en el Calle Ancha, era mi mundo.

PASARELAS

Glorioso acontecimiento el de Doña Nilda. Desde el primer día había insistido en organizar un party en su casa –no iba a decir fiestita, en ese ambiente-, con el grupo como invitados especiales. Sin problema. En cuanto Sigfrido comprobó que las chicas ya habían tenido tiempo suficiente de cotejar sus advertencias, con el comportamiento de ella, consultó con Claudia, y acordaron el próximo sábado. Ya hemos dicho que él a último momento debió excusarse, por un repentino viaje de negocios. Y Norma casi ni necesitó avisar, dado que muy pocas veces participaba, fuera del trabajo, en sus actividades o salidas. Detalle, este último, que la Vieja agradecía, ya que no la tragaba.

El hogar, dulce hogar, de los Aprile, era un espectáculo deslumbrante para la ocasión. Estaban encendidas todas las luces de la casa, del garaje, del patio lateral y el fondo, del jardín de invierno, la terraza, y las dos picitas de arriba. Podían haber encontrado la dirección con sólo mirar al cielo y seguir la estela luminosa. Como en la noche de Reyes, decía Silvia. Y las otras le tapaban la boca, antes de tocar el timbre y que fuera a aparecer la Reina. Tampoco hizo falta el timbre, porque la puerta se hallaba abierta de par en par, y un bulto en el piso centelleaba hacia ellas. No, no se trataba de un sensor especial, o algún artilugio de bienvenida. Y mucho menos la perrita, que se estuviera electrocutando. Cosa que habría hecho las delicias de quien ya sabemos. Pero no, el bulto era más grande, del exacto tamaño de Don Marcos arrodillado, con su cámara fotográfica alemana, y flash tras flash, hacia la invasión de minifaldas.

Volvió a hacerlo a lo largo de la reunión. Hay que inmortalizar el monumento repetía él, obnubilado. “El momento, Marcos, el momento.”

Lo corregía su esposa, tratando de sonreír, mientras le pegaba con el codo en la nuca. “Sí, claro..., el momento –balbuceaba él, sin saber qué pasaba-. Eso dije, ¿no...?” Y las chicas se reían y bailaban, posando para el fotógrafo, que tuvo serios inconvenientes a la hora de incorporarse, hasta comprender que primero debería bajar los brazos y quitarse la máquina de la cara. Si pudiéramos aportar las fotos, quizás se atenuaría un tanto la sensación de ridículo del pobre hombre. Ya los comentarios de Rolando y Sergio, sobre esas catorce piernas que entraban, y el restante material que sostenían, resonaban, aunque en sotto voce, como un aullido lastimero. Fuera por indicación del arquitecto, o malvada decisión conjunta, los cortos y escotados vestidos, y las estrechas faldas, eran un abierto desafío a lo que los dueños de casa hubieran anunciado.

Relativicemos: Sólo se trataba de indumentaria joven y moderna, que en esos jóvenes cuerpos –modelos profesionales al fin y al cabo- resaltaba más que en otros. Lo sentimos, pero la Reina daba el contrapunto perfecto. Además de los inverosímiles tacos de aguja, que inclinaban peligrosamente la mole hacia adelante, el conjunto –esta vez amarillo- de dos piezas, también era más corto de lo aconsejable para su edad y volumen. Ni joven, ni modelo. Pero ella no se iba a quedar atrás. Y lo confirmó de inmediato, huyendo al baño, y volviendo tras doblar una vuelta la cintura de la pollera. Las miradas al cielo del marido y su hermano, Elba, la cuñada, los otros invitados, y hasta la perrita, parecían un cuadro de Fra Angélico. Graciela, que ayudaba a Jorge en los preparativos y acomodo de la gente, se la señaló a éste. Para colmo, la matrona acababa de sentarse al lado de Celeste, que era la más alta y de piernas más largas entre las chicas. “Fijate. ¿No es, propio, propio, la propaganda del antes y después de esas clínicas especializadas?” Jorge logró morderse y girar a tiempo. Pero debió arrastrar a su cómplice hacia la cocina, porque aquella, cuando empezaba a reírse, parecía el maldito perro de los dibujos animados.

Por suerte el tumulto, las presentaciones, y la consabida visita guiada por las excelencias del palacete, logró que se sumaran los comentarios, las obligadas exclamaciones, y en definitiva el juego de quienes se prestaron a ello. El Viejo, rendido sin condiciones, esta vez se unió a esa mezcla de trencito y can-can; y por tanto a los coros

exaltados que la pareja de malhechores comandaba, con la excelsa burla final de ahora viene lo del cuchillo eléctrico. Apoteosis de aplausos, fieles arrodillados y risotadas lagrimeantes, que la madre, en altísima inopia, continuaba agradeciendo desde su majestad serruchadora de pancitos.

Evidentemente la excitación causada por el éxito de la convocatoria no le permitía bajar a detalles sin importancia. Uno de ellos, que su cuñada, antes de media hora pretextara una infernal jaqueca y abandonara la reunión. Nuevamente Graciela, traductora simultánea en el congreso, puntualizaba a Claudia el raro efecto. “En cuanto el marido se quedó bizco con ustedes, a ella le agarró la migraña y se lo llevó cagando.” Silvia, que estaba al lado, definió, con toda seriedad, que eso se llamaba empatía. La expresión de Elba, al escucharla, no sabemos cómo se llama. Sin embargo, y quizás por solidaridad, parecía preguntarse: ¿Y ésta es la tonta...?

En otro momento, y mientras el bullicio estaba aún desparramado por toda la casa, Jorge se aproximó con extrañeza a Claudia y Paty, que tocaban con el dedo el borde del piano y los adornitos de la estantería.

-¿Qué están haciendo, che? ¿La prueba del algodón...? La Bruja debe haber martirizado a Graciela, para que dejara brillante todo.

-No, no es eso -Claudia oteó primero a los costados, antes de contestarle-. Mirá, Paty dice lo mismo: Está todo helado.

-¿Tienen frío?

-No..., nosotras no. Si suben un poco más la calefacción, nos vamos a tener que poner en bolas.

-Algunos lo agradecerían -Jorge bromeó, dirigiendo la vista hacia el grupo de hombres.

-Callate, por favor -ahora fue Paty la que torció el gesto-. Qué manga de babosos -en dicho grupo, amontonados contra el bar, además del Viejo estaban Rolando, Salvador, Sergio, y Eduardo. La patota de resistencia reclutada por la Reina Madre-. ¿Y esos son amigos tuyos?

-Lo eran. Una larga y fea historia.

-Ya se la conté yo -intervino Claudia-. Lo que pasa es que no se lo puede creer. Dejalos, no se merecen ni el asco. Pero esto... -volvió a tocar un muñeco de la repisa-. Todo en esta casa está frío, congelado,

muerto. Acá no ha habido nunca amor. Te juro que se palpa. ¿No ves cómo se ríe ella? Es una imagen de cera. Parece una película de terror. No sé, lo tocábamos con la ilusión de transmitirle algo, dejar un poquito de nosotras, para que los acompañen a vos y Graciela. Nos da miedo saber que...

-Vení, vamos –Jorge las empujó con suavidad, porque el idiota de Salvador acababa de gritar algo sobre el acaparador de bellezas-. Y gracias por haberlo notado. Creía que era sólo yo, y que me estaba haciendo viejo. ¡Uuh, la pesada ésta va a empezar con lo de las mezclas!

Cada nueva tanda de picoteo las arengaba, para que deshicieran el grupo y se mezclaran con los demás. En realidad, toda la distancia que separaba a unos de otros eran las mesitas bajas del centro. Estirando el brazo por encima se pasaban cosas, por ejemplo. Y además, el cuadro que hacían era magnífico. Habían copado el sillón grande, donde se comprimían cinco, y una en cada mullido apoyabrazos. Don Marcos ya había inmortalizado el monumento y, por la boba expresión de placer con que las escuchaba, no daba la impresión de querer que le cambiaran el panorama. Pero la Vieja debía soñar con la posibilidad de verlas estrujadas y vencidas en las rodillas de sus soldados. Es fácil imaginar que estos soñaran algo similar. Aunque las preguntas de cómo empezaste a desfilar, de qué barrio sos, o cuántos años tenés, dudosamente las arrastraran a la entrega. Lo cierto es que, hasta el momento, eran ellas quienes habían sacado mucha más información al resto. Hasta que Eduardo metió la pata, preguntando con displicencia si eso era todo lo que hacían. Silvia, como siempre, soltó esa carcajada que la volvía aún más hermosa, pero que claramente significaba que acababa de escuchar una estupidez. Sin embargo Noelia, la morocha que estaba en el centro, no se conformó con sonreír.

-¿Querés decir si sólo nos dedicamos a ser lindas?

-¡Eh, no, no he dicho eso!

-¿Te parecemos feas...? –Celeste se agarraba el pecho con las dos manos, asustadísima.

-¡Para nada! ¡Todo lo contrario! No me han entendido.

-Dale –ahora era Claudia la que lo miraba fijo-. Hacete entender.

-Quiero decir que... Bueno, que caminar..., con ropa. Bueno –movía las manos y se señalaba a él mismo y a los de alrededor-, que es lo que cualquiera hace todos los días.

-O sea que sí estás diciendo lo que planteaba Noelia –por lo visto se turnaban, y ahora le tocaba a Paty-. Sólo que vos, a diferencia de ella, vas a tardar una hora en darte cuenta. Es fácil, concéntrate: Si cualquiera es capaz de caminar con ropa, el requisito para que te contraten como modelo es ser lindo y tener gracia. ¿Cómo se dice esto, Jorge...? –levantó la cabeza, buscándolo, pero enseguida cliqueó los dedos-. ¡Ya sé: Quod eram demonstrandum!

Los aplausos y gritos de las mujeres presentes, con la única y sabida excepción, fueron acompañados hasta por Don Marcos, que movía la cabeza hacia esa cosa roja y humeante con bigote que estaba a su lado. Durante un rato la cosa degeneró en vapulear a los cuatro sicarios, que intentaban defenderse y la embarraban más, por la simple comparación de que todas ellas trabajaban, cosa que ellos aún no habían hecho nunca. Que sólo dos al menos estudiaban, pero todos mantenidos por los padres. Y para embretarlos a fondo le pasaron el micro al Viejo, preguntándole si él también había vivido así de cómodo y fácil. O sea que veinte minutos después, y tras varios intentos fracasados, casi tuvo que pegarle su mujer para que detuviera la gloriosa epopeya, de una sufrida familia de siete hermanos, etc., etc. No llegó a llorar, pero su agradecimiento por la oportunidad protagónica ofrecida, y el atentísimo silencio con que lo escuchaban, mostraba por qué causa se inclinaría el resto de la noche. La madre hacía denodados esfuerzos por encontrar ese punto de apoyo, desde el cual palanquear el asunto. No podía ser que estas tilinguitas estuvieran manejando su fiesta. Trató de disfrazarlo de reprimenda a su marido.

-Marcos, lo del trabajo está muy bien. Pero acordate que vos fuiste el primero en insistir que Marisa y Graciela estudiaran. Cuando tenés veinte años, a lo mejor te podés ganar un dinero desfilando –sus discípulos levantaban tímidamente la cabeza, admirados de la argumentación con que los salvaría la Jefa-. Pero el tiempo pasa... Y a lo mejor, cuando te querés dar cuenta ya es tarde –giró hacia ellas sus advertencias y consejos-. Eso también va para ustedes, chicas. No deberían despreciar tan a la ligera los estudios.

-¿Nosotras...? Perdoname, Nilda –esa Celeste, tan combativa, le empezaba a gustar a Jorge-, pero sos vos quien no nos tendría que despreciar tan a la ligera a nosotras.

-¡No, por favor, querida...! ¡Qué susceptibles están esta noche! Era sólo un consejo.

-¿Y si en lugar de aconsejar, preguntaras...? –la Vieja se quedó un momento en blanco, temiendo lo que podría seguir-. No hace falta. Te lo voy a contar, como si a alguno de ustedes le interesara y lo hubiera preguntado en serio –como era la que estaba en el borde izquierdo del sillón, iba señalando por orden-: Moira y Susana están en tercer año de Magisterio; Claudia hace Danza, y también participa en un grupo de Teatro; Paty estudia Arquitectura; Noelia es profesora de piano, y sigue en el Conservatorio.

-¡Carajo...! –Don Marcos estaba a punto de caerse de la silla-. ¿Y vos...?

-¡Ah, cierto...! Soy Radióloga –nunca sabremos si obviar a Silvia fue algo hecho a propósito. Pero se caía de maduro que la Vieja lo aprovecharía. Alguien tenía que pagar el revolcón sufrido.

-¡Ay..., pobre Silvia! ¡Te has olvidado de ella! Y estoy segura que a todos nos gustaría saber cuál es su carrera –miró alrededor, triunfal-. ¿No es cierto...? Quitanos la duda, querida: ¿Vos qué estudiás?

-Sicología –por una vez, sólo sonrió. Pero estaba igual de adorable.

-¡Qué...! –el grito de la Vieja retumbó en la garganta de varios.

-Una variedad de Medicina, digamos –Claudia usaba el tono y los gestos aplicables a un niño retrasado-. Como Siquiatría, o...

-¡Ya sé lo que es! Lo que pasa es que... –y ni por puta encontraba cómo seguir, sin cagarla más.

-No importa, Nilda – tuvo que ser Silvia, con esa calma feliz, quien le echara un cable-. Igual, si alguna vez lo necesitás, te atenderé gratis.

El despelote que se armó, sirvió para esas pausas en que todos se levantan, van al baño, hacen apartes cuchicheantes... Salvador y Eduardo aprovecharon para huir, sin avisarle siquiera a su benefactora. No pensaban seguir aguantando toda esa mierda. ¡Como si no lo conocieran

a Jorge! Otro de esos montajes que preparaba, milímetro a milímetro. Sí, claro, él ni siquiera había abierto la boca. Pero las otras estaban adiestradas a fondo. ¡Todas con carreras universitarias! ¡Sí, me convenciste... Vení mañana! ¿Sabés la carrera que van a terminar haciendo esas, no? ¡Y el hijo de puta del Viejo, que nos trató de vagos! ¡Escuerzo de mierda! Una cruzadita de piernas y se da vuelta. ¿Che, la Vieja te dio lo que nos había prometido? No. Eso era al final. Nos tendríamos que haber quedado. ¡Ma sí, que se lo pierda por el culo! O que se lo dé a aquellos dos, que por veinte mangos son capaces de aguantar cualquier cosa.

Cada vez que sucedía eso, o sea que se levantaban de sus asientos, la Vieja insistía en que las chicas se cambiaran de sitio. Y éstas daban vueltas, se dispersaban, amagaban con hacerlo, y finalmente volvían a acomodarse igual en su sillón. Jorge notó, lo que la otra bestia también debería haber notado, porque lo había visto en los ensayos. Pero, como dicen los gallegos, de donde no hay no se puede sacar. En un sketch, en el que él hacía de director de un coro, o algo así, ellas se agrupaban a su gusto. Entonces Jorge les marcaba diversas posiciones, todo nervioso y enojado. Ellas fingían obedecer, buscaban lugar, lo mareaban; y en cuanto se descuidaba, otra vez amontonadas. La repetición del gag crecía, por el absurdo de que fuera casi siempre igual, y los gestos de papá ganso, perdido y sorprendido, que él lograba. Pero su sustituta de esta noche se hallaba lejos de disputarle el puesto. La pobre animala ni siquiera entendía por qué esa imbécil traidora de Elba se reía así, cuando aquellas otras, que parecía que le habían hecho caso, estaban de nuevo en su sillón, y ordenaditas como en el colegio.

Otorguemos un punto a la mencionada Elba, y al perspicaz Rolando, que habiendo chapado más o menos el intríngrulis chingulis, conferenciaron en secreto con la Gansa. Así que, tras uno de los parates, en que habían estado bailando –nos negamos al detalle narrativo de esa secuencia. Cualquier lector inteligente podrá imaginar de sobra la atroz competencia osuna, y algunos sudores fríos, totalmente justificados-, decíamos que, al acabar eso, la congestionada Jefa gestionó la avasalladora toma del sillón grande. Rápida y violenta acción comando. Queremos significar que lo rápido provocó lo violento. Dos

vasos volcados en la mesita más cercana. Choques y empujones entre ellos. Órdenes y correcciones a voz en cuello sobre la distribución. La verdad es que, si ella se hubiera tirado en el medio, habría sido suficiente. Pero su estilo es su estilo. Y Rolando tenía que ser de este lado, Sergio del otro, Marisa y Graciela en los extremos. Ahora vos, Marcos, acá. Y Elba...

Nadie se equivoque. No es que se hubiera olvidado dónde quería embutir a Elba, a quien le tocaba la siniestra de la Siniestra Diosa y Madre. Lo que habían olvidado, con tanto ruido y empellones, era a esas chicas tan simpáticas, que los observaban cariacontecidas. Aunque eso sí, en perfecto e idéntico orden. Tanto, que ellos mismos miraron debajo suyo, para confirmar que habían ocupado el sillón grande. Pero es que aquellas otras -ya no sabía cómo llamarlas-, habían juntado los tres sillones individuales, y el cuadro compuesto no se diferenciaba un ápice del pretendidamente sustraído. Para colmo, quien rompió el silencio de la sorpresa con los primeros aplausos fue el insoportable ése, que se había mantenido tan modoso y servicial hasta ahí. ¡Claro, eran sus chicas! Que ahora también se aplaudían a sí mismas, y hacían la señal de la victoria. Agradeciendo que, otra vez, esos imbéciles que la rodeaban, festejaran y rieran sus gracias. Aunque no sabía cuál era la gracia. Ni qué había ganado, con ese despelote del sillón, si lo que quería desde un principio era mezclarlas.

Sacó pecho -es un decir, no se quitó ni se levantó nada-, y ya que estaban enfrentados, siete contra siete, las desafió a una partida de preguntas y dígalos con mímica. Cosa que ellas aceptaron enseguida, sugiriendo Claudia que, para evitar problemas, Jorge escribiera los títulos y cuestiones. Así, extrayéndolos de una bolsa, a ciegas, la suerte decidiría lo que le toca a cada uno. A la madre le pareció genial que él no participara. Y a él también, ya que es en lo que había quedado de acuerdo con Claudia si se daba. Mucho más ahora, que en la charla surgida, mientras él iba anotando y cortando papelitos en la mesa del comedor, habían vuelto al morboso tema ya tocado al comienzo de la fiesta, de lo sucedido un par de noches atrás con el dichoso Chacal del Parque Las Heras.

En vano supuso que lo habrían agotado. Se fundaba, sobre todo, en que el Viejo las habría agotado con sus discursos periciales, los asquerosos pormenores forenses, y la interminable rueda de juicios y valoraciones que se pegaban unos con otros. Sentía que sólo era asustar a las pobres chicas, con tanta truculencia desatada. Pero, claro, eso era algo que a la Vieja le encantaba. Rolando recitaba lo poco que sabía del Código Penal, y hablaba como si tuviera ya la toga puesta. Otro que resbalaba, cada vez más, hacia las cloacas. Sergio no. Ese continuaba soltando puntos suspensivos y manoteos en el aire. El día que fuera capaz de armar una frase completa tendría un derrame cerebral. Elba soltaba lugares comunes, sufría, se callaba. Marisa, con diez años, tragaba toneladas de información sangrienta y repulsiva. Graciela lo miraba de vez en cuando. Le guiñaba el ojo, como diciendo: vos sí que sos vivo, allá lejos y tranquilito, inventándote títulos difíciles para jodernos. Empezó a sonreír, asintiendo. Pero aquella frase lo paralizó, con el lápiz en la mano.

-Ese señor sólo hacía su trabajo.

Y no había duda, era la voz de Silvia. Esa tranquilidad, sin matices de fondo, que pudieran denunciar más sentido del que las palabras, por sí solas, tuvieran. Hacía tiempo, desde que empezara a trabajar con ellas, que aquella inicial visión, de la rubia tonta, iba dejando paso a una sensación nueva y no del todo clara. Esa misma noche lo había vuelto a sentir cuando dijo lo de sus estudios. Sabía que era cierto. Ya Sigfrido se lo había comentado, sin agregar nada. Con ese gesto suyo de no prejuzguemos a la gente. ¿Habría otra Silvia, por debajo de la perfecta rubia neumática? Tuvo que saltar hasta el combinado, para bajar la música. En su retiro la había alzado a propósito. Intentaba una cortina de soul, frente al desagradable impudor de los comenoticias. Pero esto era otra cosa. Tras la sorpresa, le llovían preguntas y amonestaciones: ¿A violar y matar, le llamás trabajo? ¡No, es peor, está tratando de señor a ese degenerado! ¡Falta que te parezca mal que, algún padre, con lo que hay que tener, lo haya matado! ¡Che, hablen de a uno. Déjenla que se explique! ¿Y qué va a explicar, vos no la has escuchado? Está bien, está bien. A lo mejor, como es Sicóloga, tiene algo que enseñarnos. Y no te pongas así, Marcos. Quiero decir otras cosas, además de las evidentes.

La Vieja, siempre imponiendo cordialidad y templanza. Y Silvia que, inclinándose con la generosidad doblemente expuesta, mantenía su angelical expresión.

-No entiendo por qué se ponen así. Sólo he dicho la verdad. ¿No era policía, acaso?

-¿Y eso qué tiene que ver? –Rolando debió pensar que, ante una sicóloga tonta, nada mejor que un abogado inteligente-. Podría haber sido mecánico.

-Entonces me habría callado. Porque lo que hacía en el parque no era arreglar motores.

-Está bromeando, ¿cierto...? –Rolando se dirigía a las compañeras, que movían la cabeza negando. Entonces se volvió hacia su Jefa, desconcertado.

-Dejame a mí, Rolando –no se estaban ganando el sueldo sus secuaces-. A ver, querida... ¿Estás diciendo que el trabajo de la policía es violar gente en los parques?

-Si recordás lo que he dicho, podés contestarte sola.

-Entonces, sí es lo que estás diciendo.

-No. Es lo que vos, Nilda, estás diciendo. Nada que ver con mis palabras. Yo soy tonta, pero hablo claro.

-O sea que la tonta soy yo.

-Vos sabrás. También eso lo has dicho vos, no yo.

-¡Esta chica tendría que ser abogada! –Rolando no sabía cómo suavizar la cosa y salir de ahí.

-¡Te dije que me dejaras a mí! –por si alguien tenía dudas sobre quién mandaba en ese contubernio, y cuál era el papel de sus invitados-. Mirá, Silvia, empecemos de nuevo. ¿Por qué no repetís lo que dijiste?

-Con mucho gusto. Y déjenme terminar, porque ya me está aburriendo el tema. Dije que ese señor, ¿entendés, Nilda...?, ése, y no incluí a nadie más, sólo hacía su trabajo. Por favor –detuvo con la mano a Don Marcos, que inmediatamente volvió a tirarse hacia atrás, pidiendo disculpas también con los brazos-... A la policía le pagamos nosotros. Si le pagamos, es que es un trabajo. Si el trabajo de ese señor, con los detenidos, era torturarlos, violarlos, y en algunos casos matarlos –dejó apenas un espacio, observándolos. Catorce bocas, y pares de ojos, tan abiertos, daban para otro cuadro que ahora mismo no se nos ocurre-... Y

si, en su tiempo libre, hacía lo mismo en el parque y la orilla del río; me parece que no es para que se pongan así cuando digo que lo que hacía, o repetía, era sólo el trabajo al que estaba acostumbrado. En todo caso, el otro error que cometemos, además de no escuchar con atención, es el de pagarle para que haga eso, y después quejarnos, y tratarlo de degenerado, cuando lo hace gratis. Algo anda muy mal, y nadie quiere hablar de ello. Qué pena, ¿no...?

La puta que lo parió. Esa chica era una trituradora cerebral. Jorge volvió a levantar la música y zambullirse en el comedor, a terminar su tarea. Por suerte Los Temptations le taparon lo que siguió a la avalancha de aplausos y protestas. No obstante, debían ser más los que pensaron como él. Y en cuanto reapareció, con las dos bolsitas de plástico, los asuntos en lidia eran mucho menos conflictivos. Graciela, que le ayudó a despejar un tanto las mesas y traer más bebida antes de empezar los juegos, le pegaba pataditas, y le preguntaba si él ya conocía esa versión de la belleza pensante.

-Un poco me hacía dudar. Por lo rápido que entiende y se adapta, cuando ensayamos números nuevos.

-Sí, yo también esperaba otra cosa. Sobre todo, después de la versión que había dado mi vieja. Pero es una compañera divina, tenés razón, no crea ningún problema. Y hoy, cuando dijo lo de psicología me alegré, porque le tapaba la jeta a la bruja. Pero creí que era un verso que habían preparado.

-No. Es cierto.

-Bueno, no importa. Me alegro el doble. Ahora..., lo de recién... Y todo con la misma carita. Miralo a mi viejo. Se debe haber mandado un pote de ginebra él solo. Creo que si le pide que suba a la terraza y se tire de cabeza, lo único que le preguntaría es cuántas veces.

-¡Y yo! Me estoy enamorando de esa chica.

-Tené cuidado con tu corazoncito. Conozco a otra rubia, salvaje, que te lo podría arrancar de un mordisco.

-Tendría que buscarlo en su propio cuerpo. Porque hace rato que se lo he dado –la besó, tratando de no derramar las copas que llevaban.

-Sos un chanta incorregible. ¿Sabés por qué te perdono? Porque Celi me contó que vos le pusiste así, para no decirle Chelita, como las

otras. Porque cada vez sufrirías, al pensar que yo no estaba allí. Estaba emocionada. Y me decía que eras un dulce, y yo tenía mucha suerte.

La madre los interrumpió, y apuró, al notar lo acaramelados que venían. Esa noche no iba a ser su noche por ningún lado. Y a la vampiresa aquella, empezaba a chaparle más bronca que a Claudia, Norma, y Sigfrido juntos. Ya no digamos cuando se iban, repartidos entre el coche de Celeste, con cuatro de ellas; y el de Claudia, que había dejado el asiento de atrás para Silvia y Jorge, quien fingía tomar aire exageradamente por la ventanilla, y zamparse después en el regazo de la explosiva carcajeante. Ni Rolando ni Sergio se reían. Saludaron apenas con la mano, y entraron a recoger y limpiar, para minimizar las iras de la Vieja. Elba estaba rara. Fue la única, además de Don Marcos, por supuesto, que besó con alegría a las chicas en la despedida. Hasta las últimas payaseadas de Jorge y Graciela, y los grititos de Silvia, amenazando con no devolverlo más al maldito, le arrancaban un gesto de ternura. Que debió corregir de inmediato, en cuanto los coches arrancaron, para que su amiga no le arrancara a ella la cabeza. Al marido también le hubiera arrancado con gusto algo. El muy baboso seguía sacudiendo los brazos, en medio de la calle, hacia la luneta trasera de esos dos que, seguramente, se iban de luna de miel.

Graciela agarró del brazo a Elba, y le dijo que en la cocina, fregando, es donde más a salvo estarían. Las luces se fueron apagando, y la reseña también. ¿Cómo...? Ah, ¿en los juegos...? Ni de lejos. Las chicas los barrieron.

CABILDO

-Ustedes no se acordarán –dijo Valbuena-, probablemente, de un caso muy sonado en Brasil, hace unos cinco años, sobre una banda de asaltantes que hicieron estragos.

-A mí algo me suena –Gambetta entrecerraba los ojos-. Bancos, ¿no...?

-Principalmente Bancos, sí. Pero, atando cabos, se los relacionó también con otros robos de similar importancia. Remesas de pago en Minas, grandes empresas de la madera, en plena selva, y a varios de los Hacendados más fuertes.

-Eso no lo sabía. Pero sí que, políticamente, fue un asunto que trajo cola. Porque terminaron siendo los integrantes de un escuadrón de la muerte. Y se armó una podrida bárbara.

-Que todavía no ha acabado.

-¿Ah, no...? Yo no volví a escuchar nada.

-Comprenderá que a muy pocos les interesa convertirlo en discusión pública. Sin embargo, hay dos aspectos fundamentales que no se han resuelto. El primero, que no ha habido forma de recuperar el botín. Y estamos hablando de cifras muy altas.

-O sea que habrá alguien que, en cuanto cumpla la condena, o arregle su salida, se va a dar la gran vida.

-Difícil cuestión –el Técnico negaba-. Si es que alguno de ellos logra salir. Ya han muerto varios, en extrañas circunstancias.

-Me imagino –Gambetta negoció de inmediato su comprensión, con una especie de suspiro-. Las cárceles allá son de lo más inhóspitas.

-Lo inhóspito es la calentura de la Banca. Y de los Coroneles, que no quieren ni oír hablar de que salga alguno, hasta que devuelvan el dinero.

-¿Los Coroneles...? -Jiménez debió sentir que se había perdido algo-. ¿También le robaron al ejército?

-No, perdón... -Valbuena borró, con la mano en el aire-. Coroneles se les llama en Brasil a los Grandes Facendeiros. Los...

-Los Terratenientes, Jiménez -simplificó Gambetta, hacia su Segundo-. Los dueños, como acá, de la mitad del país. Si además de romperles la caja fuerte a ellos, desvalijaban después los Bancos en los que son accionistas... No, tiene razón -dirigiéndose al cubano-, esos no salen más. Tendrán que aflojar la pasta. Y así y todo, si ya ha pasado tanto tiempo... ¿Que raro, no? Deberían haber arreglado hace rato.

-Muy raro, Usted lo ha dicho. Y lo más raro es que siguen jurando por su vida, literalmente por su vida ya me entiende, que no saben nada del asunto.

-Bah... Negar todo siempre es lo primero. No he conocido a ningún choro, de ninguna categoría, que diga sí, yo lo hice. Y estos tienen que ser gente dura. Los escuadrones no se formaban con seminaristas. A lo mejor saben que, de todas formas, los van a reventar. Y pensarán, jodete, vos tampoco lo vas a disfrutar. Para mí, sería caso cerrado.

-Judicialmente lo es. En careos, y reconocimientos entre mucha más gente, varios de ellos fueron repetidamente identificados, por empleados y guardias. Sobre todo al Jefe. Y además, en la caseta de las afueras, donde generalmente se reunían antes de los operativos, los oficiales digamos; tras levantar el piso se descubrió, junto a cajas de armamento, un maletín con bastante dinero. Pura miseria, en proporción a lo robado, pero ahí estaba. Aunque los billetes no eran prueba irrefutable. En casi ningún caso había numeración especial, ni nada de eso. Ya imaginará que esto no es ninguna película, ni el robo de moneda nueva al Banco Central. No obstante, lo curioso es que todos, prácticamente todos los Directores de Banco, o Encargados asaltados, recordaban los dos o tres detalles inconfundibles del maletín.

-No se extrañe -el Comisario asentía pensativo-. El miedo los lleva a no mirar a la cara, para no poner nervioso al asaltante. Lo normal es que miren fijo cualquier otra cosa, deseosos que acabe cuanto antes. Si el maletín era algo que tenían al frente, les quedaba como una foto.

-Correcto. Es lógico -Valbuena demoró antes de seguir-. Pero también pienso que, si lo que quiero es incriminar a su dueño, lo exhibiré a propósito en los robos, y luego lo esconderé en su guarida.

-¡Eeh, Valbuena...! ¿No quedamos en que no se trataba de una película? ¿El maletín era, o no era del tipo ése?

-Era –cabeceaba, frunciendo la nariz-. No pudo negarlo, porque hasta sus propios Jefes anteriores lo recordaban.

-¿Y entonces?

-Sí, es de película. Mala, para él. Decía que lo había extraviado, o se lo habían robado, con anterioridad a los hechos. Cosa que sus hombres confirmaban.

-¡Más vale! ¡Eran sus hombres, qué iban a decir!

-Ya estaban detenidos. Y separados.

-Eso da igual. En lo suyo no son tontos. Conocen de sobra los detalles que hay que borrar. Sí que me parece mala. Pero no la película, sino la excusa del tipo. Quién le va a creer que, a semejante guaso, le han robado la valijita. Casi que da risa. Pero, a ver: ¿Por qué defiende a esos tipos?

-No, no los defiende. En realidad todo lo que le estoy contando es de tercera mano. Me enteré del caso a través de un compañero, que a su vez había tenido de informante, en Río de Janeiro, al imputado como Segundo del grupo éste. Las dudas, y suposiciones extrañas, también son de él. No terminaba de aceptar aquello, de la forma en que se había dado. Y no por mera confianza en el que había sido su hombre. Creo que era más bien intuición, la certeza de que no podía cuadrar todo tan bien. Hay bastantes más cosas, por supuesto –hizo un gesto amplio, con los brazos, significando que no quería cansarlos-. Consiguió que le permitieran un viaje rápido, a investigar in situ.

-¿Y encontró algo?

-Efectivo, no. Había pasado mucho tiempo. Tenga en cuenta que se enteró cuando los otros ya estaban encarcelados. Meses. Creo que seis meses después del final de los sucesos.

-Vamos a ver si lo entiendo –el Comisario se adelantó sobre la mesa-. ¿Tras la detención se acabaron los robos?

-Sí, eso mismo. Un detalle de importancia, claro.

-De total importancia. Un ladrón no deja de robar, porque hayan encarcelado a otro en su lugar.

-A menos que en su planificación los robos también cumplan una finalidad. Y que, una vez lograda ésta, sólo le quede imputar al que

ha elegido y desaparecer. Recogido el monto que necesitaba, desviada la atención hacia un supuesto culpable, y misión cumplida.

-Misión Imposible, digamos. Si no es cine es televisión. ¿Esto último que dijo, también es de su amigo?

-Al cincuenta por ciento. Es lo que hablamos a su regreso.

-Sí, me lo imaginaba. Pero, bueno, supongo que ahí quedó todo, ¿no?

-Exacto. Asunto archivado.

-¿Y por qué lo ha reabierto ahora?

-Porque he encontrado acá efectos similares. Aparecen detalles, ha visto usted, en algún caso, que podrían incriminar a gente en principio libre de toda sospecha.

-¿Estaría usted igual de preocupado si, en lugar de botines, o tono militar, se hablara de tono policial?

-No confunda, Gambetta. A mí lo que me preocupa no es eso. O sí, lo que me preocupa es estar luchando a ciegas con alguien que deja esas señales, y ninguna más. Esa manera de hacer las cosas. Ese...

-¿Modus operandi? -al escuchar al Comisario, Jiménez lo miró de reojo, pero éste seguía lo más serio y con la mandíbula hacia adelante.

-¡Usted lo ha dicho! ¡Sí, Señor, eso es lo preocupante! Que sus modos operativos consistan en no dejar nunca el menor rastro propio.

-A menos que consideremos rastros propios los que no queremos considerar.

-¡Me niego, Gambetta! -la bronca del cubano, que ahora miraba hacia la ventana, claramente era contra la cuestión, y no contra quien le discutía-. No me creo ni el maletín del brasileño, ni las bobadas que probablemente inventó el chico ése. Si yo hubiera podido interrogarlo, estoy seguro que habría descubierto algo más.

-Lo que usted cree, lo que hubiera hecho... Con eso no vamos a ningún lado. Culpa al tiempo que pasa, a un interrogador que también se pasa... Lo que menos parece importarle es que allá se acabaran los robos, cuando encanaron a los del escuadrón, o que el boludo éste se dejara matar repitiendo lo mismo. Acuérdesse, también dijo que al brasileño lo señalaron sin duda en los reconocimientos. ¿Algún hermano mellizo tal vez...? ¡Párela, Valbuena! Por lo visto no hay que creerse lo que vemos, o sabemos, para poder ponernos a teorizar sobre... ¿Sobre qué? ¿Tiene

un sólo dato, una mínima cosa que de verdad sirva, para no tener que pensar que a lo mejor, quienes nos están haciendo la cama, como tantas veces ha pasado, están de este mismo lado de la raya? Ya sé que le voy a tocar las pelotas, ¿Pero usted es de los que siguen pensando que a cierto Presidente lo mataron los castristas? Y no estamos hablando de una pequeña filtración, para que huyan personajes molestos al régimen. Estamos hablando de matar a un Presidente, delante de cien mil personas. ¡Ese sí que es un caso cerrado! ¿O no...? Le aclaro que a mí me importa un carajo. Pero esto de acá sí que me jode. Y no me ayuda nada la historieta carioca de los ladrones de Bancos.

-Lo entiendo -Valbuena rascaba, con el índice, inexistentes manchas sobre la mesa-. No se preocupe. Sé por qué dice lo que dice. Y también la difícil posición en que está. Es cierto que mi manera de avanzar, sobre algo prácticamente invisible, es para poner nervioso a cualquiera. Le confieso que a mí el primero. Pero no tengo, no tenemos otra. A lo mejor la realidad es simple, y nos están engañando a los dos. Sí, es posible. Pero nuestro trabajo, y eso también lo dijo Usted, es buscar por donde nos es permitido buscar.

-Pare ahí mismito. No me lo puedo creer, pero está hablando con sensatez. Haga un poco de fuerza, y mantenga el ritmo. ¿Por qué traje lo de Brasil?

-Porque en el supuesto, sólo en el supuesto, de que no sea lo que parece, quienes lo hicieron manejan ese mismo modus operandi que los que nos están jodiendo acá.

-Hasta el lenguaje me gusta más ahora. Muy bien, son igual de vivos. ¿Pero no estamos juntando ladrones de Bancos con guerrilleros?

-¿Acaso los guerrilleros no asaltan Bancos, para juntar el capital que necesitan?

-De acuerdo. Pero sus móviles políticos los llevan a pintar las paredes, y sacar proclamas con que lo han hecho. Y, por lo general, son bastante torpes. Por fuerza que haga no me los imagino en asaltos limpios y rápidos, como los que usted nos contaba, y encima cargándole la autoría a otros.

-Es verdad. Tampoco yo los veo, salvando del secuestro a un sindicalista, o liquidando a cinco policías, sin sacar después en sus revistuchas que así castigan ellos a los esbirros de la represión.

-¡Muy bien! A lo mejor, recién ahora empezamos a caminar, despacito, pero juntos, hacia ningún lado. Y hablando de caminar –el Jefe corrió hacia atrás la silla y se levantó-, no sé a ustedes, pero a mí los mates me están empujando hacia el baño.

-La verdad es que a mí también –Jiménez agradecía notoriamente la iniciativa-, pero no me atrevía a interrumpir.

-Pues ya que estamos –el cubano se unía solidario al éxodo urinario-, cumplamos con lo que dijo Lincoln: Los hombres que mean juntos, piensan juntos.

-¿Eso decía...? –el Sargento se volvía extrañado hacia el Técnico.

-No sea boludo, Jiménez –Gambetta le pegó un empujón, que lo hizo salir el primero del despacho-. Se lo acaba de inventar.

Valbuena sonreía, corroborando esto. Y respetaba el orden local, desfilando el último en la comitiva. Desde todos los escritorios de la sala se percibía la curiosidad, y la extrañeza, ante lo que esa marcha conjunta pudiera significar. El más sorprendido, seguramente, Muñoz, que estaba repantigado en el sillón de Jiménez, con el botellín de coca-cola detenido en el aire, entre sus dedos pulgar e índice. Para colmo, el único que pareció percatarse de su presencia allí, con un indiferente aleteo de las pestañas, era ese payaso de los pantalones ceñidos y las botas vaqueras. Cuando la puerta del baño se cerró, tras el trío que bromeaba en voz baja, los agentes volvieron sus cabezas hacia el trabajo, como con miedo, o vergüenza, de hacer el mínimo comentario. Sólo el Gordo soltó algo sobre las cosas que hay que ver. Y se mandó en dos tragos lo que restaba de la bebida, antes de salir, arrastrando los pies, y puteando aquella puerta.

21 : 09 : 72

13 : 31 : 02

Estaba algo más calmado. Tampoco demasiado, cuatro cuabras más allá habría que entrar a la casa, a las comprobaciones, las dudas. De cualquier manera, sí que notaba una mayor claridad en cómo asumía esto. Mérito en buena medida del rato pasado con Eva. No sólo por lo hablado. Su compañía, saberla ahí, el apoyo inteligente y cálido que significaba, lo ayudaban a respirar mejor en situaciones como ésta. Una mina bárbara la Coreana. Maravillas del mestizaje. El padre, un marino andaluz, que aparecía y desaparecía cada tanto. La madre, diplomática coreana, había muerto cuando ella era pequeña. Entonces estaban, por su trabajo, en Argentina. La Tía Encarna, tía abuela en realidad, voló desde su Málaga natal para hacerse cargo de ella y llevársela para allá. Pero esta mija de cría se agarraba a las puertas y no quiso, decía. Según Eva, fue la Tía Encarna quien empezó a dilatar la partida.

La madre, probablemente pensando en retirarse, había comprado ese caserón antiguo en Nueva Córdoba. Y con ayuda del marido adquirieron también un amplio local céntrico, donde montaron la agencia de viajes. Por la ocupación de cada uno les sobraban relaciones y contactos, que garantizaran la buena marcha del negocio. Desgraciadamente, ella sólo pudo verlo funcionar un año. Sin embargo estaba tan bien organizado, que la Tía Encarna en un par de semanas pudo hacerse sin problemas con el control de la situación.

Ella misma le contó a Jorge -escenificando con su gracejo andaluz-, lo poco que le costó decidir, en una tarde que esperaban la llegada de Eva: "Oye, tú..., la China sería pequeñita, pero tenía cohones."

“Mi mamá no era china, era coreana.” “Da iguá. A ver si tú te crees que yo, que no he salío hasta ahora de aquel pueblucho perdido de la mano de Dios, voy a notá la diferencia. Lo que importa es que esto está montao de puta madre, con perdón, y que además es tuyo. Avé, pioja, ¿tú te quieres ir...?” “¡No, Tía, yo quiero quedarme aquí! Contigo.” “¡Pues ya está to dicho! Tu padre, que es tan mal bicho como tú, me advirtió que me pasaría esto. Aquí nos quedamos las dos, que me gusta este lugar. Y España no está pa que te cries tú chupando cirios, y gobernaos por el malaje afeminao ése.”

Ahí había aprovechado, para despacharse a gusto contra Franco. “Y no porque mi Pedro muriera en la guerra. Que esa también me la debe. Pero es un cabrón, resabiao y sotanudo, que se ha cargao lo poco bueno que teníamos. Y va pa largo, ya verás. No él, que le quedan cuatro telediarios. Sino la pandilla de los que ha alimentao.” No había querido volver nunca. Aquí tenía amistades, y con su hija, como le decía a Eva, siempre se llevaron bien. Cada una tenía su sector de la casa, y respetaba la independencia de la otra. Ya entonces, con ocho o nueve años, la niña había mostrado su carácter, flaqueando apenas ante la duda sobre el consentimiento de su padre: “¿Y mi papá...?” “¡Otro que tal baila! Él contento. Es lo que quería. Ya es mayorcito, y puede arreglarse sin mí. Además, pa lo que está en casa... No me pongas esa cara, chiquilla. Vendrá... Tú eres sus ojitos. Y después de alborotarnos todo, saldrá pitando. Mi marío era lo mismo. No sé qué les da el mar, que no pueden vivir sin él. ¿Pero, sabes qué te digo...? ¡Que ni falta que nos hacen, esos chuchurríos pasaos por agua! Nosotras también nos arreglaremos solas. ¡A que sí...!” Chiquitita, inquieta, con el rostro apergaminado, y el pelo estirado en un rodete, la Tía Encarna es el espíritu de la casa. Jorge, que al llegar Eva estaba embobado con la charla, lo comentó. Y la anciana, con los puños en las caderas, se le rió: “¡Toma ya...! Yo soy el espíritu. Y esta otra el cuerpo, ¿no...? ¡No te joe!”

Un balazo la vieja. La primera vez que los vio, muy acaramelados en la cocina, le chistó con el dedo en alto: “¡Cuidao con mi niña!” Y al notar el embarazo de Jorge, no pudo aguantar la risa: “Lo que te digo es que tengas cuidao, porque ésta os come a tos en pepitoria, y escupe los

huesitos." La Tía Encarna y la Coreana, dos personajes de verdad. La Coreana. Sonaba bien como título. Alguien tendría que escribir un libro sobre ella. Claro que entonces debería mandarse alguna cagada terrible, requisito indispensable para convertirla en protagonista. Pensó en Amelita, por ejemplo. Esa sí que reunía todas las condiciones. Sólo sería cuestión de agarrarlo a Pepa, en un día comunicatoo, y que se largara a contar lo que puede hacer con un tipo, una pendejita renga y con cara de ángel. Ciertas características parecían calcadas de Graciela. El supuesto candor, la problemática de las relaciones, la familia que había hecho una parva de dinero en pocos años... ¡La puta que lo parió! ¿Ya estaba otra vez...? Por lo visto, la obsesión es mayor que la prudencia, y siempre encuentra el ángulo desprotegido para incordiar. Buscando diagonales, presto, que veníamos de lo más tranquilos.

Ah, ya... Lo de Amelita surgió porque estaba pasando delante de su casa. Al doblar en la plaza se la encontraba de frente, antes de cruzar al Restaurante. Empujó las puertas batientes, maldiciendo la asociación de pensamientos, y también la cantidad de gente que hacía cola para llevar comida preparada. Dudó entre quedarse, o cocinar lo que encontrara. Dos poderosas razones lo llevaron a arrancar un número del talonario colgado sobre el mostrador. Si ya había resuelto adherirse al feriado, no se echaría atrás por una pequeña demora. La segunda era más contundente: Las últimas municiones de boca almacenadas, creía recordar, sucumbieron en el desayuno.

Que lo parió, estaban cantando el veintinueve. Y tenía el cuarenta y tres. Lo guardó en el bolsillo, resignado, y se puso a observar el salón. Tampoco quedaban mesas libres. Aunque la verdad es que no le gustaba la idea de comer ahí. Solo, sin tener siquiera algo que leer, sintiendo la mirada de los que esperan, el zumbido de las cajas registradoras, las conversaciones, el picoteo de los cubiertos sobre la loza. No, ni loco. Fue revisando la cola. Entre los más adelantados estaba el Pampero, uno de los chicos de la pensión de enfrente a su casa. Se le acercó, como si hubieran ido juntos, y le preguntó en voz baja si podía agregar su pedido, siempre que no fuera mucho lo que tenía que llevar. No hubo problema, así que le encargó dos porciones de ravioles, pan, y una botella de tinto.

Pensaba ponerse pupudo, pero cayó en la cuenta que había dicho dos porciones. Ni siquiera porción doble. Qué bien, ahora el otro le preguntaría sonriendo si esperaba a alguien. Y él empezaría a tartamudear explicaciones pelotudas, porque no era cosa de disertar sobre lo que son las traiciones del subconsciente. Para evitarlo sacó los cigarrillos, como si tuviera que ganar un duelo en el lejano oeste, y lo invitó. Más que invitarlo se lo enchufó en la boca, mientras comentaba, preocupadísimo, las posibilidades de los equipos cordobeses en el campeonato nacional. Porque Belgrano ya había hecho su experiencia, pero Talleres había que ver si se adaptaba a ese ritmo, ¿no...? Aunque yo creo que sí se va a adaptar, sobre todo por los jugadores que han comprado. El otro se anotó enseguida, aburrido de esperar solo. "Yo pienso lo mismo. Pero, che, Jorge, hablando de fútbol, Hugo me contó que lo conocías a la Pepona Reynaldi. ¿Has jugado con él?" "No, con quien juego a veces es con el Milo Tarducci. A la Pepona lo conozco de una cena que nos hizo una revista especializada, a gente del espectáculo, del deporte, y todo eso, cuando teníamos el Café Concert." "¿Y qué tal..., es piola, no...?"

Objetivo conseguido, hasta que les tocó el turno. Como era de esperar, ya se habían acabado los ravioles. Bueno, no importa, ponga lo mismo, ración doble –y ahora lo remarcó–, pero de ñoquis, con bastante salsa. Al salir, metió la botella en uno de los bolsillos del piloto, en el otro el pan, y la fuente en la mano libre. Tuvo que tirar el cigarrillo. Porque el calor, al principio agradable, de esos envases de aluminio, lo obligaba a cambiar constantemente de mano para no quemarse. Por el camino quedaron de acuerdo en patear un rato a la siesta. La charla los había motivado. Le dio las gracias por la gauchada, y prometió encargarse de avisarle a Plácido y los otros.

Tocó el timbre en la casa de Hugo, que recién llegaba de laburar. Le contó lo convenido con el Pampero, y le recordó que inflara el fútbol. El otro comentó que el Mono Viedma estaba de visita, así que se les uniría seguro. Cambiaron las tonterías de rigor, sobre la desgracia de haberse convertido en unos pobres currantes y tener que perderse la fiesta de la primavera. Aunque él al menos se había avivado con lo del parte de enfermo. Hugo bromeaba con esto y luego, como restándole importancia,

preguntó si había novedades sobre lo de Graciela. Jorge miró el pasillo, recogió la fuente del balcón donde la había dejado, se encogió cansadamente de hombros, y enfiló hacia adentro silbando.

PASARELAS

Jorge sabía que iba a recordar toda su vida ese trabajo temporal, y el esperanzador ejemplo que le aportaba. Era paradójico que, con todos los superficiales números en contra, marcara el más alto gráfico de coherencia laboral y humana. Sabía también que, al contarlo, le resultaría imposible hacer justicia a la realidad experimentada. Que él mismo guardaría el prurito vergonzoso, la minimización, el miedo a parecer exagerado, sólo porque le había servido de paso hacia el sueño de la habitación propia. ¿Cómo exaltar algo, considerado desde el vamos como la más estúpida muestra del vacío social? ¿Ah, sí...? ¿Eran buenas chicas? Mirá qué bien. ¿Y el maricón Jefe, respetuoso y considerado? Tuviste suerte, che. No es lo normal.

No, no era lo normal. Ser buenos y responsables compañeros de trabajo no es lo que se encuentra en cualquier actividad. Que el empresario, además de la empresa se preocupe por el bienestar de sus empleados; exija la discusión constructiva para beneficio de todos; esté permanentemente evaluando las condiciones de trabajo y los necesarios reajustes en el salario. No, desgraciadamente no es normal que en el trabajo te diviertas, aumentando con ello la efectividad laboral. Y mucho menos, acabar llamando amigos a los que allí te acompañan día tras día. Entre tantas cosas como aprendió en esa época, no fue lo menor la definitiva prueba de que los apriorismos sobran. Que la voluntad de ser libre, de pensar, amar, y vivir, es la más eficaz arma revolucionaria. Y él lo había encontrado allí, con un grupo de chicas que hacían desfiles de modelos, un arquitecto homosexual, y seis o siete personas más del mismo equipo. Había llegado allí, en un especial momento de crisis y replanteos varios. Fue la pasarela que lo condujo a otra vida. No, no podría, ni quería olvidarlo.

Casi que por las mismas razones, la Vieja opinaba todo lo contrario. Pero quitemos lo de las razones. Sería excesivo atribuirle esa capacidad. Mejor poner que todo lo bueno que veía no le gustaba nada. Ella también pensaba que eso no era normal. O sea, que eran una manga de anormales, tratando de joderle la vida. Llevó a Graciela para crearle, a ella y a todos, conflictos que los destruyeran. Y no sólo la trataron con cariño y la integraron al trabajo, sino que hasta el mismo Sigfrido jugaba con ella y la respetaba al nivel de Jorge. Por suerte, y merced a los sedales con carnada que le iba tendiendo aquél, estuvo tan ocupada, que no pudo enterarse hasta qué punto había beneficiado a los novios.

Ya dijimos que no sólo para ellos dos, sino para el proceso en general, fue como añadir un revitalizante. Dónde terminaba el juego y empezaba el trabajo, o lo contrario, era imposible de saber, e inútil como pregunta. Eso llevó a que todas las horas que pasaban juntos, transcurrieran tan rápido que les costaba separarse. Contando a Norma y las dos modistas del taller, Graciela había encontrado diez hadas madrinas, empeñadas en llevarla en brazos. Prácticamente literal. Aunque a veces los brazos fueran los de Jorge, porque les facilitaban el lugar y la oportunidad para breves escapadas. Cubriéndolos con la coartada de imperiosas e imprevistas pruebas de ropa, si aparecía el hada maligna.

Con lo cual, llegó la ansiada noche del estreno en el Mini-golf. Un éxito como presentación, como espectáculo, y como negocio. El local, de por sí enorme, estaba a reventar. Sigfrido, asediado y reclamado por todos, dejó casi ultimados los contratos para más de media temporada. Graciela y Jorge, doblemente felices por lo que compartían, y lo que comprobaban acerca de lo soñado, no se lo podían creer. Don Marcos se había hartado de sacar fotos, anadeando entre las pistas y el corredor por el que desfilaban. Fue una pena que Rolando y los otros se negaran a ir. Aunque Graciela aseguraba que quien se negó fue la madre. O sea, se negó a pagarles la saladísimas entrada, en castigo por los escasos méritos demostrados en el puto party de las pelotas. Cuando junto a Marisa, el marido, y Elba, brindaban por el fin de fiesta, en medio del

exitoso conjunto, ella tampoco se lo podía creer. O más bien entender cómo carajo había llegado ahí, y a eso. Festejando el maravilloso clima de compañerismo, las bromas que hacían y que le hacían; y encima todos los papeluchos esos que Sigfrido les mostraba, augurando más ganancias de las que esperaban. Confirmando, en definitiva, el papel de idiota útil que le había tocado con esa gente.

Volvemos a sugerir que esa comprensión es sólo una posibilidad. Sus coordenadas descartaban automáticamente toda autocritica. Sin embargo, por paños tibios que le metiera, los que saltaban de alegría eran los otros. Un rechinar más de la dentadura postiza, y tendría que ir pensando en encargar otra. No se podía esperar que la tregua concedida fuera mucho más allá. Hubo todavía un par de pases de promoción, en night clubs céntricos. Y el segundo desfile, a todo nivel, en los salones del Jockey Club. Ligeras contradicciones en su carrera, como irónicamente apostrofaba Jorge. Pero inmediatamente después Graciela dejó de trabajar con ellos. Una decisión que tenían asumida. Debido a sus estudios, y a que jamás la habrían dejado viajar fuera de Córdoba, con semejante banda de geishas y perversos. O sea que, sin mayores discusiones, podía haberse cerrado ese capítulo común. Pero nuestra señora de los malos humores no era mujer de retiradas elegantes.

Caliente por el tiempo perdido, sin una mala infidelidad que llevarse a la boca, se lanzó a una ofensiva de las suyas. Sin medir, ni considerar, los aspectos que tan claro le habían dejado, intentó sobornarlas para que boicotearan el noviazgo. Incluso inventó todo tipo de barbaridades, buscando enemistarlas con Jorge. Suplicó ayuda en nombre de su inocente hija, para salvarla de ese degenerado que seguramente a ellas también las engañaba en su provecho. Tampoco es que hubiera renovado demasiado el repertorio. Si otras veces le había dado resultado, por qué no ahora. Entre ellas se preguntaban cómo podía ser tan necia esa mujer, y qué pensaba lograr mostrando así la hilacha. Por lo tanto, cuando arrinconaba a alguna, las otras venían a buscarla con cualquier excusa y la dejaban hablando con la pared. Así que decidió probar con Norma, a pesar de la tirantez existente. Empezó diciéndole que había notado que la trataban como al patito feo. Que la hacían trabajar más que nadie. Que Jorge se burlaba de ella, y la

aguantaba porque era la protegida de Sigfrido. Al ver que la otra asentía y escuchaba, con gesto serio, se largó con el carro viejo rechazado por las anteriores. Hasta que la Secretaria, cabeceando resignada, le propuso que siguieran en el despacho, a resguardo de oídos indiscretos.

Subió pisando fuerte. La tengo en el bolso, pensaba. Y se recriminaba no haberla elegido desde el primer momento. Claro..., era la segundona, la que tenía que ver siempre cómo la gloria y los aplausos se los llevaban los demás. La resentida, seguramente harta de hacer de sirvientita de aquellas vedettes, y encima también de ese pretensioso, el nuevo caprichito de su Jefe. Pero, desde su puesto, sería la cómplice ideal. Ahora sí que pintaba bien la cosa. Aunque el escritorio al que acababan de entrar era el de Sigfrido, y éste las miraba inquisitivo por encima de los lentes. Se volvió hacia Norma que, cruzada de brazos y apoyada de espaldas en la cerrada puerta, hablaba como un torrente con el arquitecto, desglosando lo escuchado, y preguntándole a éste qué se podía hacer con esa arpía, aparte de matarla y tirarla por la alcantarilla. La Vieja respondió a los gritos, clamando que se llevaba a Graciela inmediatamente, e insultándola. Mala cosa, porque la otra agarró un pisapapeles de bronce y se le fue al humo. La salvó Sigfrido, separándolas y ordenando a Norma que fuera a buscar a Graciela, para que juntara sus cosas y se cambiara. Antes tendió la mano, y no la movió hasta recibir el pisapapeles y comprobar que la chica, aún roja de ira, abandonaba el despacho.

-Nilda..., si volvés a abrir la boca, la llamo y me voy. Apostá mil contra uno, que después habría que juntarte con cucharita. Y yo declarararía que te encontramos robando. Con tus antecedentes, no le extrañaría a nadie. Así que, callada y fugazza. Lo siento por Graciela. Que es una excelente modelo, y una excelente persona. Siendo hija tuya no sé cómo lo consigue. De Jorge es inútil todo lo bueno que pueda decir, porque hasta un ciego se da cuenta cual es el problema que tenés con él. Y me alegro de que lo sigás teniendo, ya que eso significa que aquella noche, tan arregladita vos, te quedaste con las ganas. Apostá un millón contra uno, que seguirá siendo así –sacó cigarrillos y la convidó, generoso, pasando del tuteo a un tratamiento más formal y distante-. Le agradezco, Señora, la diversión proporcionada durante estos meses. Aunque lo cierto es que siempre nos lo puso tan fácil... En cuanto a lo

sucedido hoy, y estos últimos días, habrá comprobado que somos un grupo serio de trabajo, y no nos interesan en absoluto los chismes ni las frustraciones de los extraños. Por lo tanto le ruego no vuelva a aparecer por aquí, porque me vería obligado a hacerla echar. Es todo. Vaya a la salita de espera, que ya me ha hecho perder mucho tiempo.

CABILDO

Tres cuerpos, combados hacia adelante, con los rostros como buscando algo en lo alto, sobre el gastado estuco veneciano. Antiquísima imagen, de masculina camaradería en esos menesteres. Giros displicentes, sacudidas leves, lento abandono del amoniacal reducto. Ahora sólo más café y cigarrillos. Jiménez que limpia, guarda el instrumental del mate y se acomoda, mientras Valbuena insiste en que le tengan paciencia con el recuento.

-Sólo en el aire podemos dibujar lo que todavía está en el aire. Hay que arriesgar hipótesis forzosamente. Yo especulo sobre una posible organización, o grupo, que llevaría tiempo en esto. Gente inteligente, muy bien preparada, y con los objetivos claros. Antes no lo mencioné, pero casi paralelamente a lo de Brasil, se produjo una línea de acciones muy similares en Perú y Bolivia. Me llama la atención, porque en Argentina no.

-Y piensa que es como lo de esos pájaros –aportó Gambetta-, que cantan lejos del nido.

-Algo así. Nos vamos entendiendo. De la misma manera que no puedo pasar por alto que el escuadrón imputado allá fuera justamente el más fuerte, el que más daño estaba haciendo a los opositores.

-¿O sea que habrían elegido ese grupo, como cabeza de turco, para matar dos pájaros de un tiro?

-¿No lo ve así?

-No me gusta nada la idea. Estaríamos hablando de gente, con una cabeza y un control perfectos.

-Perfecto no hay nadie. Confío en eso, para encontrar el desliz que nos hace falta. El que hasta ahora no lo hayamos descubierto, no significa que no lo haya. Sus características son rapidez, eficiencia, y una economía muy poco usual de la violencia.

-Se olvida del caso reciente.

-Estaba hablando aún de lo ocurrido en otros países. Y siempre suponiendo que se trate de la misma gente. Pero hasta en éste existiría una forma de explicarlo. Recuerde que hubo pelea física con uno de los policías, que inclusive llegó a disparar. Por lo pequeño del espacio en que sucedió, pienso que debió herir, o liquidar, a uno de ellos. Ante lo cual, los otros reaccionaron a mansalva. Deduzco la gravedad del herido por esto mismo. Ya que, en todos los casos, el primer impacto fue mortal. Y sin embargo los siguieron acribillando. Está claro que perdieron el control. Aunque no tanto como para dejar rastros de su sangre, o ese proyectil.

-Puede que lo llevara en el cuerpo el herido.

-Sí, es posible. Pero no quedó ni una mancha. Con los nervios de un tiroteo así, y que pudieran aparecer más efectivos en cualquier momento, es una muestra de sangre fría impresionante. No es fácil encontrarse gente tan metódica y cuidadosa. Además, en el enfrentamiento físico, son secos.

-¿Secos...? –preguntó Jiménez.

-Llamamos secos, a los que utilizan artes marciales en la lucha. Nada de trompeaduras y patadas a lo bruto. Cada golpe, propinado con la parte del cuerpo que sea, busca un punto específico en la anatomía del otro.

-¿Así que además saben karate? –el Comisario ya lo miraba, como si estuviera construyendo algo exagerado.

-Por lo recogido en todos los informes –realizó un ademán, englobando carpetas, versiones, y testimonios directos-, yo diría que no se limitan a una disciplina como la que usted menciona. Es personal entrenado a conciencia. Además utilizan medios que muy pocos tienen.

-Como ser...

-A los Directores de Banco los llevaban a colaborar sin estridencias, convenciéndolos que tenían secuestrada a la familia en su domicilio. Los invitaban a llamar por teléfono, y les respondía la voz de un hombre, confirmando el particular.

-Todo un despliegue de gente. Y bastante arriesgado.

-Se comprobó que siempre había sido un bluff. Lo que hacían era interceptar ese número, para la posible llamada. Un solo hombre más, pero tecnología y conocimientos de nivel. Por ejemplo, en ese aspecto

no consta, o no se pudo comprobar, que los del escuadrón llegaran a tal nivel. Tampoco lo contrario, es verdad, pero... Y otro dato: Recuerdo que mi compañero, tras entrevistar a algunos de estos bancarios, se quejaba de lo ambiguos y elusivos que se mostraban. O tenían miedo de hablar, u otras razones, que convertían sus testimonios en algo exasperadamente confuso. Por supuesto, ellos insistían en la tensión y el pánico del momento. Que no es descartable, lo admito. Pero cuando me lo contaba, este hombre, decía estar seguro que los habían sobornado. No antes, en el acto mismo. Que sabía que no podría probarlo, pero que habían recibido una compensación en efectivo, a posteriori, para ayudarles a olvidar el mal trago. No pretendo que estén de acuerdo. Pero explicaría esa conducta, y confirmaría la inteligencia de ellos.

-Muy marxista por otra parte. Hay que repartir entre los pobres. Mire, Valbuena –Gambetta se contenía, pero estaba a punto de explotar-: Si quiere le ayudo a cavar un túnel, para que escapen sus amigos del escuadrón. Pero déjese ya de...

-¿Puedo...? –con su habitual medida, Jiménez alzaba la mano-.

-¡Por supuesto, Sargento! Su intervención es tan importante como las nuestras –Valbuena en realidad agradecía el que hubiera cortado al otro-. Incluso resultaría un punto de vista equidistante de ambas quizás.

-Es que –se atrevió Jiménez-, lo estaría cortando a usted a cada momento.

-¡Hágalo..., por favor, hágalo! Así este señor –el Comisario empujaba casi a su Segundo- no me agarra bronca a mí solo –sonriendo benévolutamente, Valbuena negaba el comentario, y aprobaba la participación.

-Entonces, y dando por buena la hipótesis de este grupo, explíquenos cuál es su relación con lo que nos interesa.

-Ya les dije antes: Parte de una similar perfección en las acciones.

-¿Y esa enorme cantidad de dinero, sugería antes que les serviría para financiar su infraestructura?

-¡Muy bien! ¡Me gusta! Llévemolo así, punto por punto.

-Pero es que el próximo punto –Jiménez frunció la boca-, me parece que lo tira por tierra. Ya la selección, entrenamiento, y preparación

en general, de esa gente, habría insumido mucho tiempo y gastos. ¿De dónde salió eso? ¿Quién lo bancó? Perfectamente preparados, armados y, como marcó recién, con tecnología punta para la época –el Comisario y Valbuena lo seguían, con los ojos como huevos fritos-. ¿Lo consiguieron a crédito, prometiendo que en cuanto robaran unos cuantos Bancos pagarían la cuenta? Disculpe si suena mal, pero es que hace rato que lo estoy pensando.

-Y muy bien pensado –Gambetta exultaba-. Es verdad, Valbuena. No creo que huyeran con las bolsas del Banco a pie. Habría coches de sobra, y otros para cambiar y perderse de vista. Y también apuntó que fue una ola, rápida, continua, y en puntos muy distantes entre sí, sin contar lo de Perú y Bolivia. Manutención, escondrijos, aviones, muy posiblemente documentación falsa a rolete. Eso parece más obra de un señor grupo mafioso, que de los individuos supuestos por usted y su compañero. Hasta le diría que los del escuadrón puede que hayan trabajado para ellos, en algunos robos, y los hayan vendido para cubrirse. Reconozca que tiene mucho más sentido.

-No crea que no he vislumbrado esa posibilidad. Sólo que al hallarme en persecución de esto... La sucesión de hechos, con características idénticas en cuanto a lo inescrutable, me impulsaron a buscar por ahí. Un par de secuestros de empresarios grandes aquí, uno en Buenos Aires, otro en Uruguay, todos sin solución hasta la fecha. Todos igual de limpios, sin fallos...

-Qué quiere que le diga: En uno de los dos que menciona acá, tuve que detener la investigación, una vez devuelto el hombre, porque estaba claro que se había escondido en su Estancia del campo. Una punta nada desdeñable de millones a desgravar de Hacienda, y la publicidad gratuita de sus empresas durante meses, que le habría costado varias veces más que el supuesto rescate. Claro, había sido Senador, o algo así, tras el golpe a Perón, y sigue siendo una de las fortunas más grandes. Así que, llamada telefónica, y caso cerrado sin solución. No aseguraré que todos fueron igual. Dos de los cuatro fueron reivindicados por los terroristas. Lo que pasa es que, llegado un momento, empiezo a dudar hasta de eso. ¿Me entiende...?

-¿Y prefiere no preguntarse qué hay detrás de los fallos, o los ataques con que nos dejan en ridículo? ¿Qué pasó en El Cordobazo...?

¿Cómo explica que una ciudad, con semejante dotación policial, haya sido tomada, durante tres días, por la gente, hasta la intervención del ejército?

-¿Cómo lo explico...? Muy fácil -Gambetta asentía, y se mordía los labios con furia-: En primer lugar, diciéndole que usted lo ha leído, muy por encima, pero lo ha pensado con la misma profundidad que lo del grupo ése que hace un rato le revolcó Jiménez -Valbuena tuvo que hacer fuerza, para cruzarse de brazos sin reaccionar-. Y en segundo, mostrándole las órdenes escritas que recibí en esos días. Siempre exijo órdenes por escrito cuando sé que la van a cagar. Yo quería copar la salida de las fábricas en esa huelga. Incluso estaba de acuerdo con los de la Policía Federal. Hubiéramos cortado, a sangre y fuego, los accesos a la ciudad.

-¡Una masacre!

-¡No se me ponga en periodista zurdo, Valbuena! No estoy hablando de que supiéramos lo que iba a pasar. ¡Nadie se imaginaba que se iba a dar lo que se dio! Ni ellos mismos, téngalo por seguro. Generalmente, en esas huelgas, la mitad se va a Unquillo, o Saldán, a la orillita del río, a comer un asado con la patrona y los chicos. ¡Se anotaron todos! Los cagones de la Universidad, los vagos, los curiosos, hasta las putas de la calle Libertad. Los sindicatos ya sabíamos. Y por eso lo sensato era cortarles la entrada. Unos cuantos palos, algún tiro al aire, y que gritaran y soltaran sus discursos en las puertas de sus fábricas. En dos horas, todos cansados y satisfechos a casita. Sí, puede que en algunos casos tendríamos que haber entrado con todo, contra los más combativos. Y, viendo lo que pasó, hasta nos habríamos visto obligados a voltear cabecillas. Jodido, pero rápido. Y es como siempre: Si mi abuela hubiera tenido barba y poronga, sería mi abuelo. Fue como fue, porque nos prohibieron el enfrentamiento a full. Ni siquiera podíamos salir, hasta que nos dieran la voz de ahura. Claro, cuando la dieron parecíamos sonsos, queriendo arrear el ganado con silbidos. Ya no había forma. Diga que esas malas bestias, muy organizadas pensará usted, se conformaron con burlarse de nosotros, romper, quemar, y todo lo que habrá leído. Porque si hubieran copado una o dos radios, que podrían haberlo hecho, y entraban a largar proclamas, habría sido diez veces mayor la concentración de gente, y se les habría complicado el desfile a nuestros

amigos. Porque ellos sí que entraron con todo. Ellos sí podían disparar tupido, podían cerrar puentes y bajar francotiradores. ¿En los papeles que ha revisado está la lista de los cambios que, a partir de ahí, sucedieron en sus mandos y en el gobierno? Lea eso y tendrá las respuestas que buscaba. No soy tan boludo como para decir que programaron lo que pasó. No lo programó nadie. Era una huelga nacional, y se desbocó. No vuelve a pasar algo así en mil años. Pero tampoco soy tan estúpido como para no darme cuenta de las fichas que se movían. O tan mal policía, como para actuar, o no actuar, de la manera en que me obligaron. Desde la primera charla que se lo estoy repitiendo: Somos el escalón más bajo de la cosa. El trabajo sucio, y todos los errores, siempre serán nuestros. Por eso le pediría que lea con cuidado, y piense con más cuidado aún, antes de meterme el dedo en el ojo. Porque jode, ¿sabe?

-Discúlpeme, Gambetta –el tono de voz parecía sincero-. No sabía lo de esas órdenes. Y le creo, no necesito que me las muestre. La política, en general, tampoco es algo que me agrade demasiado. Lo cierto es que yo me había fijado, sobre todo, en una multitud de detalles significativos en el accionar de esos días. Me llamaba la atención lo de los francotiradores. Que, por lo visto, no sólo a ustedes, sino que en algunos lugares contuvieron incluso el avance de alguna columna de soldados, y sin causar ninguna baja.

-Eso es cierto. Tenían muy buena puntería los guachos. No es fácil, a distancia, meter plomazos a un metro, o medio metro, hasta de noche. Sí, a mí también me llamó la atención. Se ve que de tanto ir al monte a cazar pajaritos, o vizcachas, los cordobeses nos hemos hecho buenos tiradores.

-Yo diría que además atrás de eso hay una buena dirección.

-Póngale. Son rebeldes, pero buenos chicos.

-Sabe que no me refiero a eso. Los buenos chicos interceptaban y confundían las ondas de radio de las patrullas. Parece que más de una vez los mandaron a puntos ciegos, donde hasta capturaron y desarmaron a algunos policías.

-No me recuerde lo de las malas órdenes. Sí, nos llevaban culo al norte. Pero no se olvide que en el cinturón fabril hay técnicos de todo. Y que el cordobés, si se caracteriza por algo, es por la capacidad para improvisar, y hacer funcionar cualquier cosa con dos alambres.

-¿Y el personaje ese, El Ronco, que está en multitud de informes, apareciendo y desapareciendo de los lugares más conflictivos, solucionando problemas y dictando estrategias? Aunque también he visto que, en las declaraciones de los detenidos, al describirlo no se ponen de acuerdo. Da la sensación de que una serie de gente cumpliera ese rol organizativo, pero con características tan similares como para identificarlos con una sola persona. ¿Es curioso, no...?

-Olvídese. ¿Eso no lo habrá visto en las hemerotecas, no?

-No –pensó un momento-. Creo que no. Creo que lo he sacado de los legajos con los interrogatorios a los encarcelados. ¿Por qué?

-Porque ya tenemos bastante, con el agrande que les ha dado a todos estos hijos de puta lo del Cordobazo, como para dejarles a mano leyendas pelotudas como ésa.

-¿Y usted está seguro que no existe ese tipo, o esa serie de tipos, capaces de intervenir y desaparecer en momentos clave?

-La verdad, me importa tanto como cualquiera de esos fanáticos que rompen los huevos. Y que sea ronco, o cante como Caruso, me da igual. ¿No me saldrá ahora con que es uno de los millonarios brasileños, no?

-No. Me han quitado un poco las ganas de insistir con eso. Creo que me voy a tomar un par de días para repasar, fundamentalmente lo de aquí, antes de marearlos de nuevo. No es que lo deje. Pero voy a prepararlo mejor. Soy hombre de ideas fijas.

-Somos varios, no se preocupe –lo señaló a Jiménez-. Si usted quiere quedarse, y ayudarlo, sin problemas. Cuatro ojos ven mejor que dos. Buenos los mates, y bueno el café. Se han portado, che. Voy a que me vuelvan loco esos de ahí afuera. Hasta luego.

PASARELAS

Según Fatiga, toda la seducción por el nuevo ambiente se debía a los sillones del Tres Bien. Él, por hacer honor a su apelativo, y yo por el agotamiento que llevaba entonces, nos tirábamos en ellos a la menor ocasión. Pero aunque agradecía el mullido descanso, y arrastraba, o citaba allí a la gente, había unas cuantas razones más. Aparte que, de ser así, los respaldos curvos de las sillas del Calle Ancha, o las atroces y plegables de La Piojera, frente al Rivera Indarte, tendrían que haberme conminado a huir. Y no lo hice. Fueron ellos, todas aquellas personas, quienes me sedujeron. Los que desde antes insistían en que me acercara, y los que después me fueron rodeando, con tanta naturalidad como si siempre hubiera estado allí.

En primer lugar, me daba cuenta que a esa gente no podía clasificarla, como hasta ahí hiciera, en fáciles estratos. No existía división de clases, o categorías, como las experimentadas al sentarme en una u otra zona de la ciudad. En los bares de Trejo hallaba al estudiantado. En El Molino, o Sirocco, los viejos amigos, el tendal de desocupados y buscavidas, el boludaje de siempre. En cada lugar temas distintos, inquietudes distintas, hasta indumentaria distinta. Por no hablar del lenguaje, o las ceremonias de acercamiento. En cambio acá la mezcla era total. Gente de guita y secos peligrosos. Estudiantes y empleadas de comercio; los que vivían en pleno centro, y otros, de los barrios más alejados. Maestras, pintores de brocha gorda, escultores, abogados, mecánicos, locutores de radio, teatreros, electricistas, fotógrafos, poetas, profesores universitarios, un albañil, enorme y mechudo, al que llamaban Cafulcurá, del brazo con la primera bailarina del Ballet Provincial... Material humano de todas las edades, pintas y profesiones. La Babelia Cordobesa reunida por amor al arte. Como tan acertadamente los definiría Sigfrido, al presentarme y añadirme.

Realmente lo eran. Todos enamorados de alguna faceta artística, y los que, además, la practicaban como profesión, o en su tiempo libre. Porque la mayoría, por supuesto, no podía vivir de eso. No era ni el momento, ni el país más apropiado. Y sin embargo la actividad que desplegaban parecía indicar todo lo contrario. Sólo un recuento de las horas dormidas, y de los sacrificios a que se veían obligados, podía explicar el fenómeno. Hay etapas en que confluyen circunstancias históricas, basamento cultural, y ciertas personalidades, para producirlo. Recuerdo que Marcelo había hablado de ello en Carlos Paz. Y yo no podía dejar de relacionarlo con aquel hormiguero de buenas voluntades, y gente capacitada, que el Gallego veía como única posibilidad de avance, en una sociedad detenida que ya había metido la marcha atrás.

Resultaba extraño, por no llamarlo de otra manera, el giro que acababa de pegar. Y comprendí que giro era bastante más que un término adecuado. Que además podía verlo como el punto de término, en una línea trazada para que resultara así. Digamos cerrar el círculo, llegar casi por elusión al lugar que corresponde. ¿Lo habían previsto de esa forma aquel Tutor y el Gallego? Me parecía excesivo atribuirles una planificación que debía atravesar tanto tiempo y accidentes. Y no por inteligencia, o la comprensión necesaria para dejarme en ese camino. Ya que, seguramente, lo veían mucho mejor que yo. Pero me resisto a pensar que fueran capaces de anticipar que resultaría fatalmente así. Aunque lo aprendido a su lado, y tan afortunadamente usado en mil situaciones y conflictos, es que una buena estrategia siempre produce buenos resultados.

Recuerdo que me quedaba respaldado en la cama –las noches que conseguía llegar a ella-, mirando hacia el tejido metálico de la ventana, y sonriéndole descreído a la oscuridad. ¿De verdad estoy ingresando al poblado de quienes he defendido todos estos años? Luchaba por respeto, por admiración, por humana solidaridad, hacia los que, con valores muy por encima de los míos, entregaban su vida sin premio alguno -más bien todo lo contrario-, para construir, escalón a escalón, el ascenso del hombre hacia sí mismo. ¿Luchaba, entonces, también por mí? Sí,

eso lo sabía. Era mi aporte al universo en que quería vivir. Lo único en que entonces me consideraba útil. La escéptica mueca con que fumaba, surgía al decirme que, justo en el momento de ir cerrando puertas, por desgaste, cansancio, imposibilidades, o lo que fuera, en esa tarea de apoyo y defensa, llegaba esto.

Y esto era una puerta. Otra, nueva, al menos para mí. A la que no sólo no había llamado, sino que me negaba a traspasar. ¿Estaba entonces abierta desde mucho antes, esperando...? ¿Ese ciclo –se me acaba de ocurrir-, de siete años, podía considerarlo una prueba? ¿El rito de iniciación dispuesto para admitirme; o para que yo admitiera, por fin, que era la humana casa en que quería vivir? Estas ideas, con su terminología entre metafísica y masónica, son las que me llevaban a mover la cabeza y resoplar, preguntándome si no habría bebido de más. Pero de las recientes charlas con Marcelo tampoco podía olvidar que, al tratar de mal resumirle los empeños de la gente a quienes ayudábamos y protegíamos, los había definido, a falta de mejor símil, como una especie de masonería limpia y sin jerarquías. Al pegarme yo solo cachetaditas de sensatez, intentaba explicarme que, al fin y al cabo, eran las únicas y pobres palabras, con que mi pobre sesera traducía lo que estaba pasando.

Cosa que explotó, una vez más, cuando busqué a Pety para compartir los nuevos entusiasmos y dudas. Por supuesto, mencionando sólo la alegría de estar ahí, y la sorpresa de que me hicieran sentir uno más.

-¿Así que ése es tu mundo...? –hacia la necesaria pausa histriónica, antes de disparar entre los ojos-. No es por nada, y disculpame el tono de la pregunta, ¿pero la idea que te tiene tan excitado, te vino solita...?

-El tono es lo de menos. Ya estoy acostumbrado. ¿Pero no te estarás burlando un poco, no...?

-Todavía no –y lo malo del aire de amenaza, es que era cierto-. Sólo me preocupa tu salud mental. Vos contestame. Quiero saber si apareció..., desnuda, con espontaneidad dígame. O se trató de una fulgurante estrella. Ya sabés: un largo resplandor en el cielo, que te iba guiando hasta ellos –manoteaba y representaba la escena, con altos

riesgos de vertido del vaso de ginebra que jamás soltaba-. O algún ángel con trompeta: “Dios te salve Emmanuel...” ¿Tu segundo nombre es Manuel, no? Dale, soltá sin miedo. Que, viniendo de vos, estoy preparado para cualquier cosa.

-Pues, fíjese que no, che –no había más remedio que seguirle la corriente, dejar que primero escupiera el veneno-. Qué cosa, ¿no...? Se me habrá pasado. Por alto, quiero decir. Con tanta mariconada, estoy bastante distraído últimamente.

-No, si ya he visto la materia de distracción con que andás. Creo que hasta yo me distraería.

-Gracias. Eso me consuela. ¿Entonces...?

-Entonces –apoyó por fin el vaso, cosa que me tranquilizó, y me clavó sus negros y profundos ojos, como dirían en el radioteatro-, que te voy escuchando y no sé si lo que intentás venderme es que estaban ahí, esperándote, con el incienso y la mirra. Si en menos de un mes, de asistir a sus borracheras y discursos, ya te considerarás socio fundador. ¿O se trata del ciclo Artúrico: un rito de iniciación, antes de ponerle tu nombre a la silla? –casi saltó, con la mano en alto-. ¡No, perdón...! Corrijo: Antes de mostrarte la silla. ¡Que ya tenía tu nombre, claro!

-Pety... Sabés de sobra que yo no...

-¡Esperá, esperá...! –no habría piedad para mi alma-. Que lo otro con que me estás dando la tarde es que te acompañe.

-¡Claro...! Sería genial.

-¿No ves...? Te brillan los ojos de sólo pensarlo. Pero no, mi querido Lancelot du Lac San Roque. A mí no me busqués como escudero. Yo no soy el escudero de nadie. Y menos ante esos diletantes de mierda.

Cuando le contaba a Graciela estos arranques de Pety, en su mejor estilo Karamazov, me decía que nuestro método dialéctico daba resultado porque no había forma de saber cuál de los dos era más retorcido. “Quienes inventaron el sadomasoquismo, lo hicieron para tener una manera amable de calificar eso que ustedes llaman amistad.” Se entenderá que, además de quedarme babeando, después de frases así me tirara al piso a lamerle las rodillas, pidiendo más. El único inconveniente era que la vigilancia y ubicuidad de la puta Vieja, nos sorprendía casi siempre en estos menesteres, impidiendo su lógica continuidad. Y obligándonos a interpretar, en virtuoso despliegue improvisativo, la

desesperada búsqueda de algo que se nos había caído por ahí. Cosa que no se creía nadie. Y encima nos tenía hipando una hora, aunque la expresión de ella, y sus amenazantes comentarios, no buscaban, ni mucho menos, la relajante risa.

Pero, bueno, lo cierto es que Graciela tenía su parte de razón. “Será, como vos decís, tu mejor amigo. Y el que mejor te conoce. Ahora, acordate que también repetís que mejor no es bueno. O sea que todo su mérito descansa en que los demás te conocemos menos aún. Porque a mí me da toda la impresión que el Jorge que él tiene en la cabeza no sos vos. Con lo cual, por supuesto, cualquier cosa que hagás, o digás, estará equivocada o será una falsedad. Voy bien, ¿cierto...? Entonces, explicame cómo te puede ayudar eso. Sí, ya sabía... Toca que me soltés la sonrisita compasiva: Soy muy pendeja todavía. No entiendo a los mayores, ni la profundidad de las amistades masculinas. ¡Déjame, no te acerqués! ¡Salí de acá...! ¿Sabés qué...? Andá, y que te parche tu abuela los mamporros que te va a seguir metiendo aquél, cada vez que le hablés de tus entusiasmos.”

Qué le iba a decir. Hubiera tenido que explicarle que él también tenía su parte de razón. Estaba cerca mío desde antes que los más importantes cambios se produjeran. ¿Cómo registró la parte emergente y aséptica de esos cambios? ¿Qué vio, de lo que nunca vio ni supo? ¿Sé yo, acaso, quién era, cómo me comportaba, además de mantener al personaje con que me cubría? Sí sé que sus reacciones me ayudaron en este sentido. Y quizás de ahí la dependencia, y la necesidad absoluta de su compañía. Porque me atacaba, me enfrentaba, me discutía. Me obligaba a corregir, constantemente, las exageraciones que pudiera cometer en el ansia de mantener intocable al otro. Cuando me acusaba de farsante, de mal bicho disfrazado de angelito, comprendía que me estaba excediendo. Es feo reconocerlo, pero lo usé como a un sparring de lujo. No tenía otro. También es verdad. Y no lo busqué expofeso. Se dio, lo aproveché, y sólo espero que a él también le sirviera de algo.

Por lo pronto, y como decía Graciela, me chantaba unos revolcones de categoría. Lo gracioso del asunto –afortunado, digamos-, es que los temas, o actitudes mías que provocaban esas palizas, nunca

se lo merecían. En todos los casos –que yo recuerde-, era inocente de las acusaciones, o él se equivocaba en motivos y resultados. De ahí lo demencial para quien lo observaba desde afuera. Y lo demencial de mi comprensión –admitamos ese matiz masoca-, que jugaba con aceptar la intuitiva causa de sus enojos y puteadas. O sea que Pety me martirizaba sin razón, y yo lo asumía sin rencor. Todo un muestrario de las lógicas que regían mi vida. Si veía una actuación es porque existía. Si, impedido, por suerte, de valorar las contingencias y alcances de esa doble vida, demolía sin piedad al objeto de sus comprensibles dudas, al menos era honesto en su furia, aunque errado en sus argumentos. Tampoco a él podía explicarle, ni la situación, ni los motivos de mi estoicismo. Lo que acrecentaba su confusión, y sus pateaduras.

De todas formas, también aquí habría que aplicar lo de emergente a esa faceta de la relación. Nuestra amistad era mucho más que las descollantes, y a veces cómicas, peleas. Y yo lo hubiera necesitado y perseguido, aunque éstas no existieran. Me sirvieron como control, sí, de probables flancos descuidados, o reflejos poco entrenados. Pero no estaba ahí su valor. La amistad surge de detalles que, generalmente, no recordamos con precisión. Pety era un año mayor que yo. Atrevido, desprejuiciado, canchero, vicioso, contradictorio, inquieto, aventurero. ¿Por la suma acaso, por las evidentes diferencias? No sabría marcarlo con claridad. Me enseñó a jugar al truco, a la billa, al bowling. Y si después le ganaba se lo llevaban los demonios. Porque lo hacía a mí manera. Me saltaba las reglas, la ortodoxia, y eso no podía ser. Hubiera soportado el desafío de su mejor alumno, pero no del peor. Y lo exponía sin tapujos cuando abandonaba, caliente, el juego. Aunque la frase también lo pintaba en su otro perfil. Decía eso: que era su peor alumno, y su mejor amigo. No sé por qué siempre me empeñé en contestar, irónicamente, que él era mi mejor enemigo. Probablemente por aquella parte puntiaguda que se veía del iceberg. Pero estar con él, aún en silencio –costumbre que no nos incomodaba a ninguno de los dos-, fue la más cálida compañía de ese tipo que jamás tuve.

Y no es que me olvide de Marcelo. Pero la amistad con Marcelo fue algo que creció, y se consolidó, con el tiempo. A pesar que me llevaba

un año y pico más que Pety, creo que fui yo quien lo adoptó a él. Cuando nos encontramos, yo había envejecido hasta el límite de una seguridad salvaje. No encuentro mejor manera de definir la forma en que veía a quienes me rodeaban. Y tampoco vale ahora la pena hurgar, rastrear en la mente de un chico de quince años, los estragos producidos por el mantenimiento de vidas tan opuestas. Conocía a su padre, y me pidió que lo protegiera. No hacía falta. Marcelo sabía perfectamente lo que quería. Por desgracia, lo que en ese momento quería era a Mirta. Quizás por eso, lo apadrinamos ambos. Comprendimos el dolor que, sin pretenderlo, le causábamos. Lo invité a integrar el Grupo, como representante. Pasamos infinidad de momentos hermosos, y algunos incómodos. También me perseguía inquisitorialmente. Por lo visto es un signo fijo en mis relaciones. Pero fuimos congeniando, hasta llegar a esta casi hermandad que hoy nos une. No, Marcelo estará ahí siempre. Y espero que Pety también. Cada uno a su manera.

Pety escucha con más calma. Engrasa y amartilla el arma sin disimulo, pero también sin prisa. Sabe cuándo y qué preguntar, en la búsqueda de un análisis o una solución. Sabe ir dejando sobre la mesa los caramelos, o los cigarrillos. Fue él quien me descubrió a Dostoyevski, Filloy, Greene, en un tiempo que me gustaba leer, pero sin la menor base literaria. Sería interminable la lista de cosas aprendidas a su lado. Dije que lo perseguía, y es cierto. Supongo que a veces lo agobiaba, con esa imperiosa necesidad de tenerlo cerca. Es probable que también lo rebelara aquella dependencia mía. Y fuera otra de las causas de la severidad con que me trataba. Yo me enamoraba de todo. De todas, decía él, pidiéndome corrección lingüística. Ya ven, esta vez la lira que esgrimía, a favor de lo encontrado, no se paraba en géneros.

-De acuerdo, hay mayoría de tipos –parecía más calmado-. Aunque la chiquita esa que desfila con vos...

-La relación con Claudia viene de mucho antes.

-Sí, sí... No hacen falta detalles. Me acuerdo perfectamente de cuando te iba a buscar a la salida del colegio. Y no me digás que era cosa de ella. Te encantaba refregarnos por la cara esos minones.

-¿Ganaría algo, diciéndote otra vez que no? ¿Serviría que te lo confirmara ella misma...?

-No. Vos sabés muy bien cómo convencerlas para que te apoyen. Manejás todo, para ser el protagonista inocente. Esa es la chochera que tenés ahora, porque ya lo has conseguido.

-Por favor, che... ¿De qué protagonismo hablás? Si soy, en cualquier sentido, el último orejón del tarro.

-No, Pibe..., conmigo no la jugués de humildito. Allá te sale bien porque todavía no te conocen. Pero yo te tengo bien fichado. Y la otra noche lo comprobé: Te encanta que se peleen por explicarte las pelotudeces que preguntás.

-A lo mejor son boludeces, no lo niego. Sin embargo lo que me encanta es que me las expliquen. Dejate de joder. No me digás que no se aprende un huevo con lo que saben. Lo que pasa es que vos ni abriste la boca. Te rogué que vinieras porque estaba convencido que te gustaría. ¿Cuántas veces hemos charlado nosotros del universo misterioso del artista, de lo que debían ser los problemas de la creación...? ¿Por qué te quedaste musa? Teníamos la oportunidad de averiguarlo, de discutir sobre ello...

-¡Esos no son artistas en serio! ¡No comparés! ¿O te creés que, si tuvieran algo de calidad, estarían todavía acá, en Córdoba...? ¡Haceme el favor!

-Pety..., eso ya lo hemos hablado otras veces. Vos confundís éxito, o fama, con calidad. Y cada vez me parece más que no tienen nada que ver.

-¡Noo..., claro! Para ser un artista de verdad tenés que estar cagado de hambre, y que no te den bola ni las ladillas.

-Mirá, che, Tarro de Cicuta, si lo que necesitás son definiciones, buscate un diccionario. A mí me da igual el nombre que les quieras poner. Sé que hacen teatro, fotografía, música, hay varios que pintan...

-No te olvidés de tu arquitecto. Que no se incluye en los desfiles, porque una pelada, con vestido de lentejuelas, desentonaría –al menos se permitió la carcajada burlona, después del braceo ridículo que acababa de hacer.

-Y vos no te dejés a la escultora. Que es gorda, y con la cara llena de granos. Esperá, que seguro podemos encontrarles más defectos.

-No sé si mencionarlo, pero –alzó su vaso mediado, como ejemplo de ecuanimidad-, sí: Todos chupan como esponjas. Y a eso apostado que

es difícil que les ganen. Mirá, Jorge, si querés que te diga la verdad: Lo que yo veo es una banda de fracasados, más o menos cultos, más o menos delirantes... O el chico ése, el Fatiga, que es simpático, y parece ondear algo de cine. Pero que no deja de ser un bananita del Cerro de Las Rosas, pasando sus años de bohemia, antes de ponerse al frente de los negocios de Papá.

-No sé, Macho. Es difícil no frustrarse con vos. Antes te quejabas de que me rodeaba de una manga de boludos, más incultos y aburridos que chupar un clavo. Ahora encuentro gente con la que es un placer hablar de cualquier cosa, y seguís echando pestes con la misma cara. Sólo pretendo compartirlo con vos. ¿Qué mierda te pasa...?

-¡Ah..., tocaba la fase dolida! Ahorrátela. Ya te he dicho que conmigo no te hagás el chico inocente y generoso. Lo que buscás es basurearme. Pretender lo que pretendés ahora: Que ésa es tu altura. Y que yo tendría que acomodarme, para no perderte de vista.

-Mirá, Pety –ya estaba bien de tragar sapos-, vos, para perderme de vista, no precisás de un grupo de personas cultas que nos distancien. Sólo tenés que repetir, más seguido, lo de tantísimas veces cuando te he ido a buscar a tu casa: Hacer que salga tu madre, o tus hermanas, a decir que no estás. Y pasó que el inocente boludo, que ahora tenés sentado del otro lado de la mesa, tuvo la paciencia de aguantar en la esquina hasta verte salir, mirando cuidadoso hacia todos lados. Mi amigo, el Narigón Sulfúrico, me ha brindado esa bella muestra de hombría, honestidad y afecto, veinticuatro veces. ¿Le parecen suficientes al Señor, como para sentarse un rato en el banquillo de los acusados, y acabarla con sus celos y envidias? ¿O prefiere que yo sí le empiece a demostrar, con más hechos, y las pertinentes pruebas, quién es en el que no habría que confiar?

-No... No sabía que... –se le habían enrojecido los ojos, aunque también podía tratarse del efecto, por haber vaciado el vaso de un trago.

-Vos no sabés nada, Pety. Nunca has sabido nada, concreto y real, para atacarme como lo hacés. Y al menos deberías haberte dado cuenta, a esta altura, que es mucho lo que te debo querer como amigo, para soportar tanto desplante y tanta tortura injustificada. Hacé lo que se te dé la gana. Ya estoy hasta los huevos. Y así y todo, lo que más me gustaría es disfrutar con vos todo lo bueno que encuentre, como en este caso. Andá, pedí otra ginebra, que se te está pegando la lengua al paladar.

-A mí no me tratés de borracho, eh –recuperaba la sonrisa, algo forzada, mientras le hacía señas al Mozo-. Está bien. En algunas cosas tenés razón. Pero no te subás tan rápido a la estatua, porque te veo. Es difícil aguantarte, ¿sabés? Sos un maldito predestinado. ¿A quién conocés vos, que pierda todos los laburos, esté en Pampa y la vía, y de golpe chás –hizo sonar los dedos, para sorpresa del camarero, que acababa de dejarle el nuevo vaso en la mesa, y no entendía nada-, se ve rodeado de un montón de yeguones y encima le pagan? ¡Es la suerte de los elegidos, la puta que te parió! ¿Qué querés..., que me ponga a aplaudir, porque además caés sentado en medio del artistaje de la City? Lo único que tengo ganas es de llenarte de patadas el ojete –ahora ya se reía más relajado, y volviendo a su sarcasmo habitual-. Pero escuchame bien, yo que vos me compraría unos calzoncillos de lata. Porque la mitad de tus amiguitos bohemios van derecho viejo a por tu virginidad anal. Claro que, a lo mejor me equivoco, y lo de la virginidad...

Dejémoslo en su catarsis de ginebra, puchos, y risotadas sobreactuadas por la culpa. Ya lo había presentado en otros recuentos. Pero, bien, ese es Pety. Y ésta sólo una variante, de tantas charlas y peleas. Apareció porque repitió, con similares palabras, aquellas confusas disquisiciones mías a solas sobre puertas abiertas, ritos de iniciación y sillas, o lugares que me esperaban. Poco importa si me esperaban, inconscientemente lo buscaba, o entré a los tropezones. Somos energía. La energía se comunica, muy por encima, y a veces a pesar de nuestras voluntades. Bueno, tal vez. ¿Por qué no...? La predestinación, que mencionaba el Narigón, ¿es otra cosa que la desesperada lucha por alcanzar algo? Dos obcecados pensantes, uno a favor y el otro en contra, llegan a delirantes conclusiones gemelas. Y él acusaba con insistencia, de delirantes, a quienes provocaban esa pelea de términos iguales. Suene como suene, dicha suma de coincidencias me tranquilizó. Quizá por exceso cerró el capítulo. Dejé de preguntarme y discutirme causas. Si no era mi mundo desde antes, a partir de entonces lo sería. Sí, mil vueltas, para llegar a eso. No sé describir de otra forma el tornado, la tormenta en que me hallaba, y la repentina visión de tierra firme. La tierra prometida. La que sin saberlo, y desde hacía tanto tiempo, me venía prometiendo.

CABILDO

-Le agradezco que se halla quedado, Sargento. Todavía hay algunas cositas que me gustaría que viéramos.

-O sea que no abandona.

-Lo que dije fue para calmar un tanto a su Jefe. Es una fiera el hombre. Y reconozco que, además de motivos, tiene una idea bastante encaminada de la realidad. Sólo que lo ciega un tanto el personalismo. Me refiero a que niega todo el valor de lo que no haya pensado primero él. Dificulta demasiado cualquier avance. Fundamentalmente, como en lo que nos toca, cuando por fuerza hay que hilar supuestos. En el resto, en lo concreto y conocido, creo que estamos de acuerdo.

-¿Por ejemplo...? -Jiménez se pasó al sillón que antes ocupara Gambetta, como si no quisiera perder ni un detalle de la exposición.

-Por ejemplo, en lo que hace a los grupos subversivos. Él lo deduce de las órdenes recibidas. O, mejor dicho, de las no recibidas. Se queja, como en lo que planteaba del Cordobazo que, conociendo todo lo que se conoce de sobra, la opción sea controlar y no reducirlos.

-O sea que usted también piensa que habría que hacer lo segundo.

-En una lógica, de enfrentamiento al enemigo, sí.

-¿Y no es el enemigo? Perdóneme, pero es que ahí es donde me pierdo.

-El destino de una política se rige por matices no siempre de fácil comprensión. No le diré que los conozco, pero puedo suponer sus estrategias. Y le aconsejo que no se rompa la cabeza con ello. Vamos a ver: Conocemos prácticamente todo lo que se refiere a estas Organizaciones. Y sabemos también que no amenazan de verdad la estabilidad del sistema. En Argentina no. Es un país muy grande. Acuerdese que se han constituido como guerrilla urbana. El apoyo popular es mínimo,

y en el campo inexistente. Empiezan y acaban en ellos mismos. Están aislados, divididos, enfrentados con cada uno de los otros. Habrá notado que las acciones conjuntas podríamos contarlas con los dedos de una mano. Ni con las armas, ni políticamente, tienen futuro. Hablan de pueblo, y campesinado, pero, por suerte, ni los conocen. No, en un país más pequeño y conflictivo, con selvas y montañas, y eso que llaman proletariado, podríamos empezar a preocuparnos. Sin embargo estos grupos se ven obligados a reclutar sus miembros en grandes centros urbanos, entre los estudiantes o, como aquí, en el cinturón industrial. O sea, entre gente que ya tenemos individualizada. Ninguna sorpresa, ningún peligro. Sí, se trata meramente de controlarlos.

-Pero a veces...

-Por supuesto, hay acciones molestas. Nada más, Jiménez. Por eso le digo que estoy de acuerdo con su Jefe. A la política, a los que diagraman esa política, y por lo tanto un proceso, que sólo ellos saben hacia dónde conducen, estos hechos no les importan. Es algo más o menos previsto. Y mientras no se escapen de las manos, irrelevantes. Para nosotros también.

-Pero usted, Adrián, ha venido por algo.

-Perfecto. Por eso que acababa de señalar: Se está escapando la identificación de una serie de sucesos. ¿Me entiende? No es el suceso en sí, sino los autores quienes nos incomodan.

-¿Quiere decir que, si descubriéramos que son Los Montoneros, o las Far, por decir alguno, quienes se hallan por detrás de esas evasiones o enfrentamientos, se acabaría el problema y seguiríamos igual? Lo digo porque nos han matado gente, porque usted mismo hablaba de una burla a la institución. ¿Seguiríamos sólo controlando?

-Bueno, tampoco es eso, Jiménez. Supongo que quizás se implementarían algunas operaciones punitivas. Pero sí, lo más preocupante habría desaparecido. Y no se olvide que entonces convendría actuar sobre determinados personajes, para dejar claro lo de las filtraciones informativas también.

-Supongo que estoy influenciado por las convicciones del Comisario. Pero parece que lo que nos tiene nerviosos es que no le encontramos por ninguna parte -Jiménez dibujaba una ce en el aire con el índice, y la envolvía- el... ¿cómo se llama la inscripción esa, en los registros...?

-¡Ah, el copyright! –Valbuena se reía y lo señalaba.

-De acuerdo, el copiright. Pero lo que no me deja nada tranquilo es pensar que, si ese copiright es de los Montos, muy bien, nos ayudan hasta con tanques a pegarles por malos. Ahora, si la etiqueta se halla en ropa más cara, digamos política por ejemplo, hay que olvidarse de muertes, burlas, y quedarse en casa silbando bajito. No se enoje, Adrián, pero...

-Con usted, aunque use el mismo lenguaje de Gambetta ahora, no me puedo enojar. Y la mejor muestra de ello es que vamos a cambiar de tema. Yo no he escuchado nada. Sólo le advertiré que si estoy aquí es porque consideramos que hay que despejar esta incógnita, sin consideraciones hacia ningún tipo de etiquetas. Yo vengo a limpiar de hollín, y de incompetencia esta cuestión, Sargento. Y todo lo que haya que limpiar lo limpiaré.

-Creo que sí se ha molestado –Jiménez se echó hacia atrás, como retirándose de la pelea-. No era mi intención.

-Le repito que entiendo perfectamente lo que dice, y por qué lo dice. Usted razona a partir del dolor por lo sucedido a sus compañeros, y desde la honradez profesional. No me atrevería a asegurar lo mismo de los demás. De ese gordo de las coca-colas por ejemplo. Y mejor vamos a dejarlo ahí. Quisiera que me informe sobre lo que le pedí, acerca de aquel agente lisiado. ¿Averiguó algo?

-Sí, Señor –el Sargento recuperó su posición inicial, apoyando los brazos en el escritorio-. De la repartición a que pertenecía prometieron enviarme mañana el legajo. Hay informe médico, pero no las radiografías que usted deseaba. Y suponen que, por el tiempo transcurrido, tampoco las encontrarán en el hospital, pero harían la gestión por si acaso.

-¡Son un desastre! No lo digo por usted, no tiene la culpa. Pero no entiendo; o mejor, sí que entiendo por qué van las cosas como van acá. Mientras para otros asuntos, que mejor no mencionamos, la organización es perfecta. ¿Cómo hago para averiguar algo si no lo documentan debidamente, o no se preocupan de conservar esa documentación? Perdone –Valbuena resoplaba furioso-, cuénteme la versión que le hayan dado.

-El Subcomisario mismo me leyó por teléfono lo que había, y lo que él recordaba. Fue en agosto del 67, frente a la Facultad de Economía,

en la Ciudad Universitaria. Un grupo de alumnos improvisaba un mitin, y distribuía panfletos, criticando las medidas gubernamentales. Fuimos avisados por la Dirección, y una Patrulla se apersonó en el lugar.

-¡Está bien, está bien... Deje de recitar formulismos, y vamos a lo que nos ocupa.

-Estee... Bueno -la incomodidad de Jiménez era patente-, mientras los otros integrantes de la Patrulla dispersaban a la fuerza a los manifestantes, el Agente Sommer retiró hacia otra zona a una de las líderes del evento, para interrogarla. Y fue ahí cuando sucedió el extraño incidente.

-Espere, Sargento, cuando usted agacha la cabeza y titubea... ¿Qué es eso de otra zona? ¿A dónde la llevaba? ¿Y, si creía que podía ser importante lo que le sonsacaran, por qué no la arrestaron e interrogaron en su centro?

-No pregunté eso, Señor.

-Me imagino que no. Pero deje de dar vueltas. Quiero su versión, no la de ellos.

-Sólo estaría suponiendo, Señor.

-¡Deje de decirme Señor! Quedamos en que hablaríamos con confianza. No me gusta lo que oigo, ni lo que pienso. Pero el problema no es con usted, y lo sabe. ¡Despache!

-El lugar al que llevó a la interfecta es una arboleda, en los lindes de la Universidad.

-¡El mejor lugar para interrogar a una líder, que debía estar muy buena!

-No consta en el informe. O al menos...

-¡Jiménez...!

-Sí, Adrián, qué quiere, yo pensaba lo mismo cuando lo escuchaba. Por desgracia, usted sabe, esas cosas suceden, y...

-A ver, Sargento: Lo que suceda con esa gente, de las puertas hacia dentro de nuestras reparticiones, me importa una mierda. Lo que no soporto es la zafiedad, y la estupidez en sus funciones, de gente que no se debería permitir semejantes baboserías. ¿Quién lo atacó al imbécil este? No creo que fuera la chica.

-No. Parece que había un linyera por ahí, sentado entre los árboles.

-¿Un qué...? –Valbuena abrió los ojos, intrigado.

-¡Ah, sí, perdón...! Un marginal, un vagabundo. Acá les decimos linyeras.

-¿Y se dejó golpear por un vagabundo? Muy mareado debía estar por el interrogatorio.

-Creo que el..., interrogatorio, no llegó a realizarse. Como vio al viejo ese...

-¿Además era viejo?

-Parece que sí. Sommer declaró que tenía el pelo y la barba blancas, iba mal vestido, y caminaba apoyándose en un bastón. Él lo amenazó y le gritó que se fuera de ahí.

-Claro, no lo dejaba interrogar en paz –a su pesar, Valbuena sonreía y negaba con la cabeza-. ¿Y entonces?

-Dice que el viejo pareció obedecer, agachando la cabeza y rengueando; y cuando él se volvió hacia la chica, a la que tenía agarrada del pelo, sintió un golpe en la cabeza, y después sucesivos golpes en todo el cuerpo, hasta perder el sentido.

-No debería, pero me alegro. Por cojudo. ¿Cuál es el informe exacto de las lesiones?

-Bueno, exacto, exacto, hasta que no lleguen mañana... Pero tenía una herida en la cabeza, fractura de la muñeca derecha...

-¿Llevaba el arma?

-Sí, eso le iba a decir. En esa mano llevaba la pistola. Y, además de diversos golpes por el cuerpo, le destrozaron los huesos de las dos rodillas. A pesar de las operaciones hubo que darlo de baja, y sólo puede andar con muletas.

-Quiero hablar con ese hombre.

-Lo haremos venir, Señor –apretó los ojos, ante la expresión del otro-. Perdón, Adrián. Me pone muy nervioso hablar de esto.

-¿Ah, sí...? Imagínese lo contento que me pone a mí que haya gente tan bruta. Y no hablo sólo de ese Sommer. Porque estoy seguro que el informe hablará de un viejo todo el tiempo.

-Es lo que declaró el agredido.

-¡Por supuesto! Dígame ahora lo que usted piensa.

-Que pudo ser, Se..., Adrián. La descripción del bastón con que fue atacado nos resulta conocida.

-¿Conocida...? ¿Qué quiere decir?

-Que son los que usa esa gente. Ya sabe, los gitanos viejos, o maleantes, también de edad, para ayudarse a caminar, y mantener a raya a los más jóvenes, hacerse respetar. Suelen ser de tacuara –levantó la vista y aclaró de inmediato-. Tacuara es la caña del campo que antes usaban los indios como lanzas –hizo con la mano el grosor-. A veces revisten un fierro, o las rellenan de plomo.

-Ya. Ahora sí. Es cierto. Yo los he conocido de bambú, forrando un hierro, como dice, e incluso con un estilete que se desenfunda. ¿Y es habitual aquí, dice?

-Bueno, no sé si habitual. Hablo de ciertos sectores. Gente acostumbrada a la violencia, y a defenderse.

-Claro... ¿O sea que usted piensa que pudo ser un anciano, realmente?

-A lo mejor no tan anciano. No sé. Pero si tenía el pelo y la barba blancos, y andaba con un bastón...

-No me mire como si estuviera loco. Había pensado que... Tengo que contemplar todas las posibilidades.

-Por supuesto. Y no, lo que pasa es que me extrañó la pregunta.

-Está bien, déjelo. ¿En el caso del boxeador ese, retirado, que trabajaba para ustedes como instructor de los que..., bueno, de los que efectúan las tareas de...?

-Sí, lo he entendido, Adrián. Fue campeón sudamericano de los welter, ¿sabe? Yo, de chico, era fanático suyo.

-También le rompieron las rodillas, ¿no? –Valbuena lo interrumpió, sin disimular su impaciencia.

-Y los pies. Lo hicieron bosta. Ha quedado en silla de ruedas, y lo cuida la madre, que es viejita. Pero eso creo que fue como dos años antes de lo que hablábamos de Sommer.

-¿Y fue un viejo también?

-No –Jiménez tardó un poco en contestar, como tratando de adivinar qué le pasaba al cubano-, él contó que había sido un chico, creo. Bah, un muchacho joven. Y antes que me pregunte, no fue con ningún bastón. Le dio directamente con un fierro que manejaba con las dos manos. Y tampoco pudo aportar demasiados datos sobre el agresor, porque era de noche, y por lo visto lo esperaba a la vuelta de su casa.

-¿Y las manos, se las rompió?

-Ahora que lo dice... ¿Qué raro, no? No, las manos ni se las tocó. Le dio grosso, en las rodillas y los pies.

-¿Le robó? ¿Le dijo algo? Quiero decir si lo insultó, o lo acusó por lo que hacía.

-¿Por lo que hacía...? ¡Ah, usted se refiere como instructor nuestro. Tampoco. Ninguna de esas cosas que menciona. Grimaldi dijo que entró a darle, de callado nomás, hasta que se desmayó. Vaya a saber. Usted conoce lo que es el mundo del boxeo. En una de esas debía alguna pelea arreglada, en la que no cumplió. O cualquier otro asunto.

-Sí. Me he enterado que ya entonces ocurrían ciertas irregularidades por acá. Y que él participaba. Pero, bueno, lo que a mí me importa es esa curiosa coincidencia, esa costumbre de romperle las piernas a los policías, o colaboradores. Coincidencia que parece que a nadie más le ha llamado la atención –la ironía sibilante con que lanzó esto hizo resoplar a Jiménez.

-Por favor, Adrián... Podría taparle la habitación con casos iguales. No sé en otros lados, pero en Córdoba, y sobre todo en ambientes más o menos bajos, la amenaza de romperle las piernas a alguien por cualquier tipo de falluteada, es normal. A un vecino mío, en el barrio, se las partieron los hermanos de la novia, por dejarla preñada y hacerse el sonso. En serio, donde menos va a encontrar de eso es en la policía. Fueron dos casos, totalmente aislados. ¿Qué es lo que ve usted ahí?

-No sé, Jiménez, no sé –Valbuena parecía más frustrado que confuso-. Tenemos, funcionando a pleno, una red clandestina para facilitar fugas, perfectamente informada y perfectamente invisible. Gente que roba, secuestra, mata policías, o los deja inválidos, que conduce y organiza la toma de una ciudad. Y tenemos más de estos..., misterios vamos a llamarlos, haciéndonos cosquillas en el culo, sin que seamos capaces de verle ni una puntita al piolín. Y encima, cada vez que yo creo notar una puntita de esas, usted, o Gambetta, me tratan de delirante.

-No, Adrián –Jiménez alzó los brazos, defendiéndose-. Yo no le he dicho eso. Trato de aportarle datos para...

-Ya sé. Ya sé que lo que trata de poner es un poco de sensatez. Y no está mal. A lo mejor soy yo quien empieza a pensar que deliro. Sin embargo, todos aquellos robos de Brasil y, bueno, la cantidad de

cosas que estamos revisando acá... No puedo dejar de sentir que están relacionados. Hay algo que se me escapa. Un detalle, que sé que los une. Justamente esa falta de cara, de programa expreso. Al fin y al cabo es una característica fija y repetida. El accionar de los que van contra la ley siempre sigue las constantes de un juego. ¿Me entiende?

-Con lo del juego no estoy muy seguro. Pero como ya lo ha dicho otras veces... ¿Eso es algo que estudian ustedes?

-¡Por supuesto! Conocer a fondo la psicología del criminal, del fuera de la ley, es imprescindible para un investigador. Hay que entrar en la cabeza del adversario para derrotarlo. No es tan difícil de ver lo del juego. Ellos están de un lado y nosotros del otro.

-Sí, sí... Pero de ahí a pensar que juegan, que respetan las reglas.

-A ver... Yo no dije que respetaran reglas, Jiménez. Está claro que el enfrentamiento se produce porque las violan. Pero lo hacen de forma que el partido pueda continuar -vio que Jiménez se rascaba la cabeza-. Sí, no se extrañe tanto. Necesitan el desafío, sentirse importantes. Y lo que los confirma en esa importancia está en que se la demos. Que hablemos de ellos, que los persigamos.

-¿Quieren ser perseguidos?

-¡Claro que lo quieren! Usted está pensando en la liebre, el cazador, y todo eso. Póngase, como hombre, en el lugar de la liebre, en una acción supuesta: Tiene a los cazadores, corriendo y disparando detrás suyo. En el zig-zag de su huida ve una cueva en la maleza, se zambulle y sale allá lejos, a espaldas de sus perseguidores, que siguen disparando a lo loco en su rabia de haberlo perdido -notó que el Sargento soplabla despacio, y medio sonreía-. ¿Ve...? ¡Qué subidón, eh! Descontando que después se enterará de la frustración de los otros, y las burlas que reciben. Va a ser dueño de los titulares unos cuantos días. Muy bien. Ahora viene la pregunta: ¿Una vez pasado el efecto, cómo llega otra vez a esa euforia?

-¿De nuevo a correr, con los cazadores detrás? -la expresión de Jiménez distaba galaxias de anotarse a esa placentera confrontación.

-Es la manera en que se consiguió -el otro se encogía de cejas y de hombros, ante lo irremediable del proceder humano-. Sí, lo mismo que las drogas. He conocido pinchetas que, antes, la sola visión de una jeringa los aterrizzaba. En el fondo, los sigue aterrizzando. Pero el deseo de

eso otro es más fuerte. Nosotros estamos sanos, Jiménez. Por eso usted se niega a la idea. Pero el asocial es un enfermo, que necesita llamar la atención. Incluso le diría que precisa de la detención y el castigo. No, no es tan raro lo que estoy diciendo. Disfrutan de la persecución, y ese absurdo protagonismo. Pero, sobre todo, inconscientemente nos están pidiendo que los detengamos. La tensión constante de su mal proceder, los picos entre la euforia y el pánico, la culpa...

-¿Y, si tienen culpa, por qué no lo dejan? A lo mejor no tienen.

-Es imposible eso. Son antisociales. Saben que lo son. Que están dañando a la sociedad en que viven, que los protege. ¿Usted cree que los maricones están contentos de serlo? ¿O los asesinos? Interiormente detestan lo que son, y lo que hacen. Por eso desafían tan abiertamente al sistema, y van dejando todo tipo de rastros, para que los ayudemos a acabar con ese sufrimiento.

-Perdóneme, Adrián, pero, ¿de verdad piensa que los ladrones, por ejemplo, quieren que los agarremos? ¿Y, sobre todo, que se sienten protegidos por la sociedad...?

-¡Ay, Jiménez...! Usted me hace cada pregunta...

-Es que yo no he estudiado psicología. Pero a los ladrones creo que los conozco bastante bien, y a algunos subversivos. Y me da la impresión que es todo lo contrario. Que más bien lo que hacen es porque están recalientes con la sociedad. Yo lo llevo a cualquiera de las villas de acá, y pregúnteles si tienen remordimientos, si piensan que la sociedad los protege. Le juro que no le estoy poniendo piedritas en el camino. Pero es que me cuesta un montón creer que, aunque sea muy en el fondo, están colaborando para que los detengamos.

-Reconozco que se trata de mecanismos difíciles de entender –con claridad Valbuena puentesaba la respuesta a lo planteado-. Son sicópatas. Y a veces muy inteligentes. Quizás tendríamos que centrarnos en un caso concreto, para poder seguir y destripar ese mecanismo. Es una pena que el trabajo que nos ocupa no me haya permitido, por ejemplo, echar un vistazo a lo del Chacal ese, que anda violando y matando parejas. Hace tiempo, allá, tuvimos un demente parecido. Caryl Chessman se llamaba. Y lo conocían como el asesino de la luz roja. Porque con una linterna de ese color se acercaba a los coches de las parejas, y actuaba de forma similar. Pues bueno, ahí tiene: Antes de asarlo en la silla eléctrica, pidió

perdón por sus crímenes, y agradecía a Dios que lo salvaran de seguirlos cometiendo. ¿Usted se cree que el degenerado este, del Parque, no está buscando lo mismo? Puedo apostarle que, si revisamos los informes sobre lo que ha hecho, y los testimonios de los supervivientes, encontraríamos más de una pista en su modus operandi, como bien decía Gambetta hace un rato, dirigidas a quienes tienen que descubrirlas. ¿Qué le pasa? ¿Por qué se ha puesto tan serio de repente? ¡Ah, ya sé...! ¡Nos estaríamos metiendo en el territorio del Jefe! No se preocupe. Sólo sería pegar una mirada, para ayudar. No pretendo robarle protagonismo.

-No, no es eso –Jiménez trataba de pensar, a toda velocidad, para alejarlo del tema-. En realidad seguía con lo anterior. Y pensaba en todos los datos que aún debo juntarle para encontrar un hilo, como usted dice. Me inquieta que estemos ante todo lo contrario de ese proceder típico que reseñaba recién. Aunque comprendo que también es una constante el no dejar pistas. Sólo que no veo en qué nos ayuda saberlo.

-Tranquilo, Sargento. Yo tampoco lo sé todavía. Pero hay cosas que me dan vueltas, y... Pero, bueno, ahora no importa. A medida que confrontemos lo que falta espero que se vaya limpiando el panorama. Y entonces a lo mejor me animo a confiarle más tonterías de esas que se me ocurren. Por hoy está bien. Llevamos horas dándole a esta pelota desinflada. Encárguese de traer todo lo que encuentre sobre esos dos que hablábamos y ya veremos. Le agradezco la paciencia –Valbuena sonrió condescendiente-. Y también las piedritas, no vaya a creer. Es todo un ejercicio tener que saltarlas.

PASARELAS

Al enterarse Jorge de lo sucedido, no bien entrar Norma a buscarla a Graciela, detuvo unos minutos el ensayo. Las chicas se extrañaban de la serenidad con que la pareja asumía el golpe. Es sólo uno más, entre cien batallitas ganadas y una guerra perdida de antemano, explicaban ellos. Hubo besos, abrazos, lágrimas, y la decisión unánime de cortar por ese día. En realidad faltaba poco, y no tenían ánimo para seguir. Jorge agradeció y se fue, meditando sobre la coraza a usar, ante el muy probable recrudecimiento de las hostilidades. Bueno, lo ilógico había sido esa tregua. Y la disfrutaron hasta el último segundo. Para qué amargarse. Lo que viniera los encontraría preparados. Que se amargara la Vieja. Ellos estaban vivos.

Lo otro que le giraba en la cabeza, mientras caminaba por la peatonal, era que pocas veces se encontraría respaldado por una actitud tan amistosa y coherente. Acostumbrado a que sus fieles amigos pegaran la espantada en cuanto la bestia los apuraba, o se conchabaran con ella para acorralarlo, lo de esta gente era poco menos que heroico. Sigfrido le restaría valor, diciendo que obrar de otra forma habría sido estúpido. Hasta comercialmente. No habían laburado tanto para dejar que una histérica los complicara al final. Además, Claudia no la podía ni ver; las chicas se habían encariñado con Graciela, y Norma... Bueno, lo de Norma era un caso aparte.

Y en esta ocasión libramos a Jorge de toda responsabilidad. Igual que los buenos maridos, sería el último en enterarse. Sumergido como se hallaba en el intrincado proceso personal, la difícil y agotadora búsqueda de un alquiler accesible, y el proyecto laboral que lo posibilitaría económicamente, es muy posible que hubiera desconectado sus antenas en

esa dirección. Trabajaba con mujeres hermosas. La prudencia aconsejaba un trato exquisitamente medido e igualitario. Eran sus compañeras. Si quería respeto, debía empezar por ofrecerlo él. Lo hizo, sin restar un sólo gesto de humor o cariño. Sigfrido alababa esto, complacido, felicitándose de no haber errado en su juicio inicial.

Pero el Amor, oh..., no entiende de medidas profilácticas. El día que Jorge llegó, con la tarjeta en su mano, quien le abrió la puerta fue Norma. Ya está. Ni los sioux metían esos flechazos. La interfecta, en los despiadados interrogatorios soportados, aducía que fue un lento flujo, una progresiva asimilación de las múltiples bondades del artefacto Jorge. Muy de examen imparcial su retórica y la topografía de los hechos. Pero Claudia, una luz para estas cosas, y más tratándose de Jorge, le hacía gestos de soplame un ojo; y aseguraba estar en condiciones de aportar, con los necesarios testimonios presenciales, el muy brusco y embellecedor cambio producido a partir del día de marras. Celeste le recordaba que fue a ella a quien recurrió, en busca de asesoramiento con el maquillaje y las cremas para el pelo. Y que sí, que coincidían las fechas. En realidad todos en el Estudio se codeaban, por la súbita dulzura que adoptaba en cuanto aparecía la nueva adquisición. Máxime ella, que jamás se había interesado especialmente por esa parte de las locuras de su Jefe. Para nada. Norma era un aventajada estudiante de tercer año de arquitectura, que cumplía con lo que le mandaran, pero, en lo posible dejame con los proyectos de construcción, o los de decoración en todo caso. Y sin embargo, sin embargo...

Por supuesto, la Secretaria perfecta. Creemos haberlo oído, o mencionado antes. Y probablemente fuera Jorge, que estaba asombrado. Felicitaba al arquitecto por su sabiduría al elegir colaboradores. El otro cabeceaba, deseándole por dentro que le durara mucho esa inocencia. Bastantes líos tenía el pobre ya, como para buscarse uno de semejante categoría. Sin embargo, Norma nunca fue un problema. Es verdad que era perfecta. Lo seguía por todos lados, con el infaltable block, anotando ideas, cambios, cosas que hacían falta. Solucionaba éstas, organizaba en distintas carpetas; tras la llegada de Graciela separaban en fichas los sketches, o los combinaban según el tiempo del espectáculo, o el lugar previsto. Bocetaban las coreografías, y le enseñaba a Graciela

a colorearlas. Rotulaban los discos. A veces la otra le dictaba y ella mecanografiaba los textos. Hasta hacía de transportista con su motoneta, una Vespa destartada y llena de abolladuras. Los días de prueba de ropa se convertía en una verdadera parva sobre dos ruedas, que iba y venía, entre furibundos bocinazos, hasta que el último vestido, o el último par de zapatos, recibía el aprobado y el etiquetado correspondiente.

Todo el tiempo que Graciela perteneció al grupo fue clienta fija del asiento trasero. Si la Vieja andaba a la caza de alguna de sus pesquisas, o ese día no venía, Norma era la que se encargaba de llevarla hasta la casa. Especialmente en aquellas ocasiones que los novios habían aprovechado, para una escapada hasta el departamento de Claudia, o algún otro escondrijo, y había que acelerar el retorno para evitar sospechas. Una vez, harta de esperar en la puerta y mirar el reloj a cada rato, subió a buscarla. La refriega amorosa debía haber sido de escándalo, porque la forma en que se quedaron dormidos también lo era. El cretino de Jorge pedía perdón y se tapaba la cara con la almohada. Sí, mucho perdón y mucha vergüenza, pero era lo único que se tapaba. Aparte de no ayudarlo a vestir a la otra, que se resistía, estirando los brazos hacia él, y clamando contra el destino que los separaba: “Salvame de esta Ogra. No dejés que me arranque de vos. Yo quiero más.”

Norma la bajaba a empujones y puteadas. Encima de alcahueta, apaleada. Soportando la venganza, durante el viaje, de la malditita, que le relataba, entre suspiros, las acrobáticas incidencias del encuentro. Hasta que frenaba y la amenazaba con dejarla a pata si no se callaba. Que es cuando Graciela apoyaba la cabeza en su espalda y ronroneaba, y le decía que era una buena amiga, y una santa, y que la quería mucho. Y llegaban a la casa, claro. Donde le tocaba a Norma componer el frío talante de sobrepasada esclava, y explicar que se habían demorado un poco porque ella tenía que pasar por la Facultad, o alguna mula por el estilo; mientras Graciela, por compensar, la invitaba a un café con leche y charlar un rato.

Si Jorge hubiera podido escuchar alguna de estas conversaciones le habría dado un síncope. Aunque también habría entendido que no fue sólo su suerte, y su habilidad, lo que le ayudó a conseguir tanto

entonces. El contubernio que se llevaban entre las tres –porque Claudia también participaba-, era digno de una logia masónica. El Gran Maestre, por supuesto, era Graciela. Las había dejado de piedra al provocar la primera reunión, con su desparpajo habitual: “Vengan, che. Vamos a aquella mesa nosotras. Podemos mirarnos de reojo, o ser sinceras. ¿Quién empieza?” Y, desde ahí, ni dentro ni fuera del trabajo se produjo el menor inconveniente, que al fin y al cabo era de lo que se trataba. Sigfrido, enterado del meollo, se encogía de hombros.

-Mientras a ustedes les parezca bien... Pero nunca había tropezado con un caso tan raro. Nena, lo tuyo es habilidad política innata. Sólo que legislás las infracciones como méritos.

-Lo del caso raro, de acuerdo. Pero lo otro –Graciela se volvió hacia las chicas, señalando con el pulgar hacia atrás-... ¿Ustedes me lo pueden traducir?

-Quiere decir que, como no lo podés evitar das permiso. A pesar de todo es un hombre, cariño. Creo que le jode que seamos capaces de entendernos –Claudia alzaba las cejas, con resignación.

-Vos chicaneame todo lo que quieras. Pero, en definitiva, va por ahí –Sigfrido la miró a Graciela-. ¿O no...?

-Puede que sí. Es cierto que no puedo evitar que Jorge sea así. Lo conocí así –Graciela remarcó la repetición-. Y lo acepté así. Pero no es política. Los políticos siempre hacen lo contrario de lo que dicen. Él no. Y yo tampoco quiero defraudarlo. No sabés los garrones que se come por mi culpa.

-Sí que lo sé. Aunque, siguiendo tus razonamientos, él los aceptó.

-No. Jorge firma el libro, y aguanta una familia que le rompe las pelotas porque, es cierto, por mi edad no tenemos otra. Pero lo que desde hace un año y pico le está cayendo no figuraba en el contrato. Esperá... No sólo mi vieja. Que ya sería bastante para que renunciara con motivo, y saliera cagando. Yo también se lo he puesto muy difícil. Si querés que te diga la verdad, no sé por qué todavía no se ha ido.

-Porque te quiere, Graciela –Claudia le agarró la mano-. Hace años que lo conozco. Y nunca le escuché decirlo como cuando se refiere a vos.

-¿A vos tampoco...? –la ansiedad atenta con que Norma escuchaba, o intervenía, era todo un síntoma-. Quiero decir..., entonces, cuando se conocieron.

-Ni a mí, ni a nadie. Y eso que la relación con aquella mujer...

-¿Mirta...? -Graciela fruncía el morro.

-Sí, ésa. A vos también te escuece, ¿eh? Pero no. Ni ella, ni nadie que yo le haya conocido, lo tenía como vos.

-¿Así que no viene de ahora el asunto? -Sigfrido se frotaba las manos, eufórico-. ¿Con la tal Mirta también estaban de acuerdo?

-No seás chismoso. Creo que casi ni llegué a hablar con ella. Pero ahí tenés: Debía entender, como Graciela, que la felicidad con alguien no pasa por tenerlo atado.

-Un momento -el arquitecto la frenó, y volvió a la protagonista -. ¿Es lo que pensás, o a lo que te resignás?

-No sé. No estoy segura. A lo mejor, si no estuviera encerrada, y pudiera compartir el tiempo con él... Pero no hay forma de saberlo. Es como dice Claudia: Jorge me hace feliz. Y yo quiero que él también lo sea, sin ataduras. ¿Cómo voy a negarle que quiera a más gente, o que lo quieran?

-Pero sabés de lo que estás hablando.

-¡Claro que lo sé! ¡Ahí está! En que él me lo dice. No hay engaños. Un poco de celos siempre te agarran. Pero después ves que no cambia nada. Que es limpio, podemos ser amigas. ¿Qué pasa...? ¿Que las tres queremos besarlo y estrujarlo? En una de esas, algún día lo hacemos todas juntas, y nos damos cuenta que es tan lindo como cuando trabajamos juntos. Perdoname, ya sé que suena...

-No tenés idea cómo suena, ni cómo me estás poniendo. ¿Vos has leído a Reich?

-¿A quién...? -notó cómo lo miraban al arquitecto las otras dos-. No, dale, decime bien el nombre -había agarrado la birrome, para anotarselo en la palma, pero Norma se la quitó y lo retó a él.

-¿Vos estás loco...? Imaginate que la madre se lo ve, y pregunta. ¿Tenés ganas de que lo metan preso a Jorge? Porque la culpa será de él, eso seguro.

-Es cierto -Sigfrido se frotaba la pelada-. Olvidate, Nena. No he dicho nada.

-¿Pero, me ayudaría leerlo?

-A todos nos ayudaría leer esas cosas a tiempo. No te preocupés -Claudia la tranquilizaba-. Ya te iremos contando nosotras lo esencial. Aunque creo que, con ustedes dos, lo estamos aprendiendo en vivo.

-La Revolución Sexual en las pasarelas –Sigfrido seguía en el aire, con el dedo índice, cada palabra-. Después de esto me retiro. Pero avísenme si hacen el cuarteto ese. Aunque sea para mirar nomás.

-¡No seas asqueroso! –Norma le pegaba con la punta de la bufanda.

-¿Por qué...? –era Graciela quien lo defendía-. ¿Y si a él lo hace feliz eso? ¿Sólo nosotras tenemos derecho? Claro, que habría que preguntarle a Jorge. Por..., democracia, ¿no...?

-Gracias, petisa –Sigfrido alzaba el puño-. Te tomo la palabra. Y me alegro que en algo le den voto a él.

-No empecés, que te conozco –Claudia lo señalaba con desconfianza.

-No, chicas. Es muy raro, y muy loco todo esto, pero debo reconocer que las admiro. Me encantaría comprobar que son capaces de mantenerlo. Cuenten conmigo, como apoyo logístico y amoral.

-Sin embargo... –Claudia continuaba esperando.

-Es un matiz, nada más. Pero no me acaba de convencer la forma. Que con toda esta trama de acuerdos, e intercambio de secretos, lo conviertan en el chico sobreprotegido, cuyas madres programan sus horarios de estudio o juego, y con quién pasarlos. Con lo cual, la idea de libertad...

-Sabía que algo así sería. Pobre Jorge, ¿no...? Parece mentira, Sig. Eso sí que es maternal. ¿Te creés que aquel sinvergüenza se chupa el dedo? Con su imagen de huerfanito duro, lleno de heridas, consigue que todos corramos a adoptarlo y allanarle las tareas. ¿No será él quien nos ha inducido a este cónclave? Y ahora se estará cagando de risa, mientras nosotras nos sentimos más conspiradoras que la mierda. Lo adoro, pero no me fío un pelo de su inocencia distraída. ¿Te pensás que en serio ignora lo de Norma...?

-Yo sí lo creo –Graciela disfrutaba con el nerviosismo de la otra-. A veces, para equilibrar, te pasás demasiado del otro lado. No supongás cosas con Jorge. Ese es el error que ha cometido siempre mi vieja. Y yo también. Es más fácil preguntarle. Te va a contestar la verdad.

-¿Vos le has preguntado...? –Norma abría los ojos, temblando.

-No. Lo veo cómo se comporta con vos. Sería incapaz de tratarte con tanta confianza y cariño, sabiendo que te puede provocar equívocos.

No. Hace rato que te habría llevado aparte para aclararlo. O..., para otra cosa.

-Ya la llevará. Dale tiempo. Se hace el burro, para añadirle emoción al asunto. Y si te invita a tomar licuado...

-¡Vamos, Claudia...! -Graciela se atragantaba de la risa-. ¡No me digás que no es genial!

-¿Te lo ha contado...?

-¡Claro...! Me dan ganas de pegarle, por cómo disfruta cuando se acuerda de esas cosas. Pero es su manera de jugar. Con vos, cuando te tiende la trampa; conmigo, al confesarse y provocarme... ¿Acaso no lo queremos por eso?

-¡Y él se aprovecha! Nos tiene controladísimas. Vos, Norma, nos dirás quién tenía razón. Es un chanta. Adorable, pero un chanta. Yo apuesto por el licuado. ¿Ustedes...?

PASARELAS

Mis padrinos fueron Claudia y Sigfrido. El resto de las chicas sólo se anotaban ocasionalmente a alguna reunión o espectáculo. La mayoría vivía lejos del Centro. Así que en cuanto terminaban los ensayos salían disparando. Horacio también llevaba rato empujándome. Igual que Fatiga, el fotógrafo del grupo. Hasta Norma insistió en que si yo me animaba era posible que se contagiara. Enseguida aplastaron mis excusas sobre el horario de visitas a Graciela, y la lotería del transporte público posterior. Ninguno de ellos, por el trabajo, clases, atención de la casa, ensayos, y demás, lo tenían fácil para verse temprano. Con lo cual el horario de encuentro del grueso de la tropa, era a partir de las once o doce de la noche. Bien, pensé, si el otro maldito asunto se va solucionando, tras despedirme de Graciela puedo bajar a pata hasta el Centro y agregarme. Falta encontrar dónde dormir, o cómo volver a casa.

Pero en cuanto asistí a un par de reuniones, comprobé que las cosas se daban rodadas. Y suspiré aliviado por lo acertado del símil. Ya Fatiga me había dicho que contara con él y su Seiscientos, en el que prolongábamos conclusiones durante el viaje. No obstante, me jodía usarlo siempre de chofer. Máxime notando que se quedaba, a veces, sólo por hacerme gamba. La solución alternativa fue Cafulcurá, con quien congeniamos enseguida y vivía en Nueva Italia. O sea que me dejaba de paso cuando volvía, en la enorme moto que, con él encima, no lo parecía tanto. Y por si acaso éstos fallaban, siempre quedaba Norma, un extraño caso de generosidad solidaria. Fundamentalmente porque pocas veces venía. Sin embargo la orden era que, ante la menor dificultad, me acercara a la pensión de la calle Ituzaingó, donde estudiaba por las noches con una amiga. Apuntemos que aún me faltaba cierta información, definitiva, por parte de ella. Así que apenas pude iniciar mis reservas, sobre ese ir a molestarla a las dos o tres de la mañana.

“Jorge... ¿Vos querés que me enoje? En realidad me vendría bien que lo hicieras siempre. Nos sirve para cortar y no quedarnos de más. Aparte que el paseo me despeja de tanto libro, trabajo, apuntes, y cigarrillos. Y vos me vas contando las últimas novedades de todos estos locos. Ya me gustaría ir más seguido con ellos. Pero después los exámenes se me echan encima, y estoy en bolas. Entendé que es un favor mutuo. A menos que mi Vespa, al lado de la Indian del Cafu, te parezca poca cosa.” Ya lo dije: Cuando el asunto viene barajado así, lo mejor era no preguntarme si lo merecía, ni cuánto duraría. Los resabios de la formación recibida me llevaban a sentir que la alegría es una emoción prohibida, de pronto y dramático pago. Que no hay que mirar la felicidad de frente, para no llamar a la desgracia. Sí, después puteaba y escupía. Lo equivocado, lo verdaderamente sucio y peligroso, es ese entrenamiento del valle de lágrimas. Pero andá a quitártelo para siempre, después de tanto credo, y tanto pésame, y yo me acuso padre. Todos los putos dogmas del miedo a vivir. De acuerdo, che, dale el gusto a la piba. En una de esas es cierto que le viene bien. Ya encontrarás cómo devolverle la gauchada. Mirá que estaba verde en algunas cosas, eh. Me agarra una vergüencita al recordarlo, que minimiza la que sentía con ellos.

Porque a las primeras tertulias fui con algo de miedo. Sabía que mis compinches ya les habían hablado de mí, y me sentía inseguro de las preguntas que pudieran hacer. De mis escasos conocimientos, y la relativa insustancialidad de lo que estaba haciendo. Encima, por la altura con que se expresaban, no daba para tenerse demasiada confianza a la hora de intervenir. Pero la forma de recibirme, sus bromas sobre que no me asustara de las cosas que decían, eran lo más parecido a un movimiento general de acomodate como puedas, que ya sos de la barra.

No sé si siempre serían así. O si me había ayudado el que esa noche el protagonismo lo acaparara un tal Lisandro, un petiso de treinta y tantos años, con bigote manubrio de bici, que por lo visto se hallaba preparando una obra de teatro para dentro de poco. El plus de interés lo ponía que hasta un mes antes estuvo dirigiendo en Buenos Aires, y todavía seguía la descarga de chimentos y novedades de la capital. Pero sobre todo hablaban del actual proyecto, de la sala en que se representaría, en

la Cañada, y los problemas a solucionar, por el espacio y la escenografía. Esto porque la obra, que se llamaba *Las Criadas*, estaba teniendo un éxito bárbaro en Europa, dirigida también por un argentino, cosa que los tenía revolucionados. Parece que había diseñado una plataforma inclinada para la actuación. Yo no me lo podía imaginar. A lo mejor dijeron acolchada, o algo así, y que las actrices iban con unos zapatos altísimos, al estilo griego según ellos.

Por supuesto, el Lisandro planteaba que tendría que conformarse con un montaje menos sofisticado. Eso sí, el toque estaría en que los tres roles femeninos del original los desempeñarían hombres. Uno de ellos, Aldo creo que se llamaba, aseguraba que así iba a cobrar mucha más fuerza, y que sería casi teatro isabelino. A punto estuve de preguntar. Pero cada vez me pasaba lo mismo: era tan interesante, tan loco, tan raro lo que escuchaba, que interrumpir se me antojaba un sacrilegio. Me atreví al final, cuando se estaban pasando el boceto del cartel, que había hecho Gerard, el novio de Sigfrido. Bueno, lo que hice fue consultarle en voz baja a Claudia. El título de *Las Criadas* atravesaba lo que vendrían a ser las cofias de tres monjas. Y yo inquirí por qué no ponían *Los Criados*, si la iban a representar tres hombres. No me gustó nada la cara de extrañeza con que me miraba. Y menos que después me pegara en el brazo, diciendo que no fuera tan jodido. No insistí, suponiendo que lo había entendido como una broma. Y, por si los demás lo tomaban igual, me callé. Aunque seguía pensando que la pregunta era de pura lógica. Ahora reconozco que no se trataba de que, en algunos aspectos, estuviera verde. Más bien, ni siquiera había sacado la cabeza del surco. Y, para Junín, que sería el despertar definitivo, me faltaban varios meses y varias materias.

Por descontado, no hizo falta que me volvieran a invitar. Terminada, o al menos anulada, la parte más peligrosa del asunto que me había ocupado ese mes, podía encarar el descanso reflexivo que buscaba. Y esto significaba disponer, por primera vez, de todo el tiempo en que no estuviera con Graciela, o ensayando. Así que, descansado y avaricioso, me anotaba a todo lo que salía. Le avisé a Fatiga, cinéfilo empedernido, que ya podía cumplir con sus amenazas de arrastrarme al vicio. Empezó

con una serie de funciones en cine-clubs. Me regalaba abonos, o entradas que él siempre conseguía gratis, para asistir a los ciclos del Sombras, o El Ángel Azul. Nos empachamos de Bergman, Ken Russell, Antonioni, Kubrick, Fellini, Glauber Rocha... No me daba tiempo más que a aprenderme los nombres, y los títulos de las películas, porque enseguida caía con uno nuevo, y mil anécdotas sobre los rodajes, o las historias secretas y no tan secretas de producción, de actores y directores...

Debía parecer que veníamos de una tormenta en el desierto, por los ojos enrojecidos y la actitud de náufragos desmayados con que aterrizábamos en los sillones del bar. Nos quedábamos horas, discutiendo detalles y datos técnicos. Fallos o hallazgos en la interpretación, la importancia de los encuadres, qué era un travelling, un plano-secuencia, la funcionalidad de algunas elipsis, o la imposible objetividad del que filma, y por lo tanto del que cuenta. A veces traía libros, y me leía los trucos fundamentales de un buen guion. Cuestión sobre la que peleábamos como monos en celo. Porque yo insistía en la credibilidad, la verosimilitud. Me jodía infinitamente esa parte tramposa, y demasiado cartón piedra, de Hitchcock. Mientras él era un fanático de quien consideraba el maestro del suspenso. Pero enseguida nos poníamos a babear a dúo con El Proceso, de Welles, o cualquiera de Chaplín. Sin contar las veces que vimos Woodstock, o Let it Be, donde era yo quien se explayaba a gusto en matizaciones y chismografía minoritaria.

Sin embargo, hasta en lo musical me abrieron otros campos, que conocía, pero apenas había transitado. El primero el del Jazz. Marcelo me había iniciado en él. Claro que sólo en su casa podía escuchar lo que me iba mostrando. En la de mis viejos ni siquiera pensar en poner la radio, sin crear un conflicto de mil pares de huevos. Y a la de él no quería ir por ahora. Sabía que, después de contarle lo de la tapera, haría lo imposible por solucionarme ese anhelo. Y no iba por ahí mi búsqueda. Debía lograrlo solo, sin trampas ni amigos con gaita. Así que minga de oír a ese Peterson que me encantaba, mientras no consiguiera el bulín.

Se entenderá que, en cuanto aquellos mencionaron una serie de actuaciones en vivo programadas, me les subiera a cocochito. En el

Goethe vimos al cuarteto de los hermanos López Ruiz. Enloquecido de gusto, asedié a Pety hasta lograr que viniera al siguiente, nada menos que en el Rivera Indarte. Un grupo alemán, o austríaco, que resultó un verdadero escándalo. A mitad del concierto se quedaron en camiseta malla, sacudiendo sus cabelleras e instrumentos. Yo no osaba mirar, ni de reojo, a mi amigo del alma. La mayor parte del concierto sonaban como los berridos de una estampida de elefantes, aplastando hipopótamos furiosos. Para no desentonar, el pianista parecía odiar el piano por cómo y cuánto le pegaba. Después, alguno de mis nuevos amigos, explicaba que esa era la corriente del free más rabioso. Y otros, entre ellos ya saben quién, aseguraban que lo rabioso era el colocón que llevaban los tarados teutones. Obviaré el sermón de la montaña, que se derrumbó sobre mis ya laceradas orejas.

Ni siquiera probé a invitarlo de nuevo. Parece mentira. Mil espectáculos maravillosos. Y yo lo recluto en la única bazofia. A eso sí que le podemos llamar predestinación. O mala suerte nomás, en cordobés básico. Bueno, yo me resarcí. Primero con una pequeña big band, del guitarrista Oscar Alemán. Aunque escuché Alemán y me frené. Pero se cagaron de risa y me aseguraron que nada que ver, que era de lo más clásico y amable dentro del jazz. Positivamente cierto. En la siguiente Banda figuraban el Mono Villegas, Horacio Malvicino, Oscar López Ruiz, el Chivo Borraro, y el Gato Barbieri. Nuevamente pensé que eran muchos animales juntos. Sin embargo, mientras transcurría, aquella actuación se me antojaba irrepitable. Sigfrido decía que probablemente lo fuera, porque reunir a esa gente ya lo era. Aunque yo me refería a escucharlos allí, en medio del Parque Sarmiento, recostado en las gradas del Teatro Griego. A disfrutar, por primera vez en vivo y desde afuera, ese simple misterio de los temas interminables. Cómo se turnaban en las improvisaciones, cómo mantenían los ritmos, cómo cortaban o modificaban la melodía. Espiaba las complicidades, los trucos de apoyo, la competencia juguetona de las voces que arrancaban a sus instrumentos. No quería que acabara nunca. Y no me consoló el que los otros, reloj en mano, mostraran que se habían estirado hasta una hora más de lo programado.

De todas formas, como sucedía al ir al teatro, o al cine, en realidad con todo, por buena que hubiera sido la obra, lo mejor venía después. Sin

merma de lo visto, para mí el verdadero espectáculo se ampliaba en aquella exposición de opiniones, críticas, o elogios apasionados. Una lluvia de información anexa, a veces volcada con exageración e histrionismo, en cuanto llegábamos al bar donde se encontraban los que no habían podido ir. Tratándose de música, generalmente quien moderaba la discusión era Tulio Cencini, que conducía un programa de Clásica y Contemporánea en Radio Nacional. Fue a través de él que cacé una serie de pequeños conciertos, ofrecidos por la principal casa de pianos de Córdoba, en una salita en los altos de su negocio, con capacidad para no más de ochenta personas. Ahí pude ver al mendocino Estrella, en un monográfico de Chopin extraordinario. Y un par de semanas después a un muchacho casi de mi edad, Daniel Barenboim, del que todos hablaban maravillas; y que, en contrapunto al anterior, se dedicó a sonatas de Beethoven.

No había tenido oportunidad de vivir la música clásica a esa distancia, en un ambiente reducido y mágico. Sé que la novedad, y el contagio, influían en la permeabilidad con que lo atesoraba. Pero es que con el jazz también sucedió así. Y con el teatro, y la danza. Hasta la pintura, a la que nunca presté mayor atención, empezaba a picarme la curiosidad. Me llevaron a exposiciones. Y también me invitaban a sus talleres de trabajo, donde los escuchaba defender las telas, o lo laborioso de sus grabados. Otros me animaban a tocar los hierros retorcidos, las placas de chapado, o usaban la gubia delante mío, sacando venas de la madera. Y desde allí nos íbamos al estreno de un monólogo, que alguno del grupo hacía en el Bomarzo, un sótano cochambroso y sin ventilación, que tuvo que cerrar a los pocos meses de su inauguración.

Pero entonces esas Peñas, esos Café-concert, esas salas de exposición, se abrían y cerraban una atrás de otra. Surgían prescindiendo del apoyo oficial, inexistente, e inclusive desafiando la represión y las mil formas de censura. Con todo lo castigada que había resultado la ciudad, apenas un año antes, la efervescencia cultural y artística era impresionante. Aprovechaban casas viejas, o locales destartalados, y levantaban espacios a fuerza de ideas y la mano de obra aportada entre todos. Hasta los futuros clientes curraban para adecentarlo, conseguir las mesas, la vajilla imprescindible, pintarlo, pelear por las licencias, y

llenarlo de entusiasmo vocinglerío y calidad artística, el tiempo que la siempre culta y comprensiva política municipal tardara en cargárselo.

Por el poco tiempo que disponía apenas colaboré en ese terreno. Era más un espectador privilegiado, siguiendo las batallas que permanentemente ganaban y perdían, en una interminable guerra de creatividad y solidaridad envidiables. Esas eran sus trincheras y sus armas. El deslumbramiento que sentía se explicaba solo. Asomarme a ese mundo reforzaba mi convicción acerca de la necesidad de un cambio de ambiente. No me engañaba con utopías, o paraísos de artistas. Justamente, la atracción radicaba en reconocerlos como seres absolutamente normales, pero con un ansia de vida y experiencias nuevas, similares a las mías. Cada uno tenía algo que mostrar, algo que ofrecer. Todos los días aparecía un proyecto, o posibles soluciones para el último problema suscitado.

Me gustaba esa gente. Porfiaban en su búsqueda, pero no se repetían. No había dogmas intocables. La rabia y el humor eran igualmente saludables y legítimos. Laboraban con el mismo ahínco que luego empleaban en emborracharse, o charlar del mínimo problema personal de cualquiera de ellos. En mi euforia, los relacionaba con aquella enloquecida patota del Olimpo. A Homero sí que lo había leído. Y, aunque desconocía buena parte del entramado subterráneo que poseerían, no me importaba. No me atraían los dioses sin mancha. Al contrario, estos sí que se parecían a los entes caóticos de la antigüedad. Sus caprichos tenían que ver con el amor, con la belleza, con el placer. Hablaban con pasión, y violencia incluso, pero también escuchaban. Pedían a las otras voces que los golpearan con verdades nuevas. Sabían reconocer la nota que a ellos se les hubiera escapado. Y la aplaudían, la incorporaban, la hacían suya de inmediato. Estaba fascinado. Para poner un ejemplo fácil, diría que no es que les gustara Boca o River, aunque fueran hinchas de uno u otro. Les gustaba el fútbol. Sin fanatismo, o compartimentos estancos. Todo estaba relacionado con todo. Para comprender un partido de fútbol había que comprender, y analizar, la sociedad en que se producía, la economía que lo propiciaba y manejaba, la política que lo utilizaba, y la falta de placer y libertad que lo hacían necesario. No es menos bello y

disfrutable un espectáculo, porque conozcamos hasta el último tornillo de la tramoya. Y sí que ayuda a considerarlo nada más, o nada menos, que lo que realmente es.

Sentía ganas de ponerme a gritar de alegría cuando decían cosas así. Sí, claro, lo exponían mucho mejor. Eran más simples y claros que yo. Aunque a veces se ponían barrocos y profesorales, o la hora y el vino enredaban un tanto la cosa. Pero pertenecían a esa vida sospechada, en la que ya no me sentiría un marciano. Ellos tampoco se conformaban con un obligado horario de trabajo, un horario de descanso para volver a trabajar, y quince días de vacaciones anuales. Robaban horas a ese descanso para soñar, e intentar hacer lo que soñaban y querían. Había madrugadas que terminábamos en el patio de la casa de alguno de ellos, improvisando un asado, tocando la guitarra y cantando, o amontonados, en tertulianos grupitos, hasta que el clarear nos dispersaba.

Ya he dicho que me mezclaba en todo lo que podía, mamando las últimas ideas, recogiendo lecturas que me recomendaban, o aportando las pobres sugerencias que se me ocurrían. Aquel espíritu de empresa común me fascinaba. Sin embargo, no estaba seguro de hallarme suficientemente preparado aún. Debía aprender más, de mí y de lo que me rodearía. Pensar con calma. Vislumbrar el lugar que me correspondía, antes de dejarme arrastrar y dispersarme. Temía el cansancio de otras experiencias. Bueno, en pocas semanas terminaría la temporada. Como había previsto Sigfrido, la novedad empezaba a dejar de serlo. Y por lo tanto el negocio también se acababa. Eso no me preocupaba. Además de oportuno, y económicamente rentable, me había abierto las puertas a todo esto. Sólo faltaba solucionar lo del alquiler, y usar esa pausa para bajar cada día; o mejor, cada noche, en la estación elegida.

Porque hasta entonces no había conocido esa estafeta de nuestra Córdoba. La bohemia ciudad de la noche. Ese pulso que distingue y define las ciudades. Ya que, de día, todas se parecen. Todas son ruido, mercancía, roles impuestos, y vértigo. La noche trae otros ritmos. Quizás encuentra los que le pertenecen en exclusividad. La gente se viste, o se disfraza, como se le da la gana. No debe su tiempo a nadie. Pasea

sus miserias y sus alegrías, eligiendo con quien compartirlas. Debe ser algo así. No conocemos una ciudad, si no la conocemos de noche. Y al menos ésa no era la Córdoba que yo había recorrido en ninguna de mis andanzas. Tenía que darme la oportunidad de saborearla y decidir. Con más convicción que nunca, ansiaba que mi tapera me lo permitiera. No debés estar muy lejos, le decía. No podés. Si este es mi mundo, quiero vivir dentro de él.

CABILDO

Esa mañana la sala del primer piso de Jefatura, salvo por los uniformes, más parecía la redacción de cualquier periódico, en horas previas al cierre de edición. De un escritorio al otro pasaban hojas, se consultaban respuestas. Cada dos por tres alguno pegaba un puñetazo a la mesa, o levantaba los ojos al cielo puteando. El Comisario circulaba por allí, dando órdenes y directrices. Iba en mangas de camisa, con el nudo de la corbata flojo y dos botones bajo, despeinado y, como para certificar la noche en blanco, unas ojeras que aumentaban el temor normalmente causado.

Ahora se hallaba inclinado por detrás del agente que tecleaba y lo consultaba de reojo, sin dejar de mirar el periódico pequeño que sostenía en la mano izquierda. Desde allí advirtió la llegada de Valbuena, que notoriamente contrastaba con el resto. Tranquilo, atildado como siempre, con su traje gris perla y las botas, recién duchado y desayunado. Gambetta intentó moverse, para quedar de espaldas, pero el otro le hacía claras señas de hablar, indicando alternativamente ambos despachos, dejándole la decisión a él. Otro que viene con el hacha, pensó, a hacer leña del árbol caído. Sin contestar más que con la cabeza, arremetió como un búfalo hacia su oficina. Dejó que pasara, y cerró con un empujón que puso a prueba el grueso cristal.

-Feo asunto, Jefe, ¿no?

-¿Feo...? ¿Qué le parece? Me están cocinando. Trate de agarrar el teléfono. Quema. Cualquiera diría que el degenerado soy yo. O que era yo quien lo mandaba a hacer esas cosas.

-Normal, era un hombre suyo. Y por lo que he leído, con una larga serie de denuncias por apremios ilegales.

-Todas esas denuncias salen ahora. Antes no se hubieran atrevido. La culpa es de estos putos periodistas, que están inflando el

asunto porque es lo que vende. Y los del canal de televisión de Buenos Aires. Llevan casi un mes acá, con un equipo móvil, rondando la zona del parque a la pesca de la primicia. Estaban antes que nosotros ahí, claro. Cuando acordonamos ya habían filmado y pisoteado todo. ¡Eso es lo que se llama colaboración de la ciudadanía con nuestro trabajo! Fíjese, usted que tanto se queja, en las condiciones que tenemos que atestar un hecho. Aquello parecía una cancha de fútbol, de la gente que había. ¡Y eso a las doce de la noche!

-¿Tenía alguna sospecha usted, de que ese hombre...?

-Sospecha –Gambetta cabeceaba, mirando el escritorio-. ¿Se piensa que, si hubiera tenido la mínima sospecha en su contra, lo habría encargado justamente de patrullar la zona por las noches? ¡Cómo me iba a imaginar yo, que este hijo de puta se había vuelto loco!

-¿Y estamos seguros? Quiero decir, positivamente seguros de que fuera él. Que no se trata sólo de un buen montaje, para inculparlo y perjudicarlo a Usted.

-No empecemos otra vez con el Triángulo de las Bermudas –con los brazos tiraba un imaginario peso hacia el otro-. ¡Ojalá! Se lo digo en serio. Supondrá que no me hace ninguna gracia esta seguridad. Pero ya le digo que esta vez los periodistas batieron todas las marcas de velocidad. Esa gente invisible que nos incordia, debe haberlos dirigido todo el tiempo –la ironía con que lo decía no ocultaba el regusto asesino que la sostenía-. No, no nos han dejado ni un margen así de pequeño. Quince minutos después de ser baleado, ya le estaban mostrando sus fotos al novio de la primera chica asesinada. No sé si sabe que está en el Neurosiquiátrico. Explíqueme usted cómo los dejaron entrar, a esa hora, y a lo que iban. Sin problemas, vea. Bueno, sí, con problemas. Porque al chico le dio un ataque. No es sólo que lo identificó a los gritos. Se tiró encima de las fotos, a romperlas y morderlas. Lo tuvieron que inflar a pichicatas para sedarlo. Igual que a la otra –notó que Valbuena apretaba los labios y negaba-. Sí, la otra superviviente también estaba en el Hospital. En el San Roque. Dicen que los llantos, y los aullidos al verlo, eran de cine. Lo serán, ya va a ver. Creo que a los dos los filmaron. Yo ordené que tanto esas filmaciones, como las fotos, fueran requisadas. ¿Sabe con qué me han salido? Con que sancionarían al Canal, y a los periódicos, pero que ese material ya estaba en la calle, y tratar de confiscarlo sería peor aún.

-Está jodido el asunto. Tampoco tenemos idea quién ha sido, me imagino.

-Imagina bien. Idea sí, pero nada más. No hay mucho donde rascar. Parientes, o amigos, de las víctimas. Tengo a la mitad de la gente comprobando la coartada de todos. Y son un toco. Manotazos de ciego por ahora.

-La lógica indicaría eso, sí. Sin embargo, y a riesgo de que se cabree conmigo, pienso que los disparos no parecen efectuados por cualquiera.

-¡No, si no me extraña! Ni que usted piense así, ni que a lo mejor sean nuestros enemigos de siempre. ¿No ve que, a la hora de los bifés, estamos igual? ¿Para qué me voy a extrañar? Un tipo lo cagó a tiros al animal de Bossio. Listo.

-No sé... Sólo tengo los datos periodísticos. Pero, ¿a usted no le llama la atención el orden, y la precisión de los balazos? El primero en el brazo derecho, inutilizándolo para el uso de su arma, dos en el vientre, y después otros dos para volarle el paquete completo, huevos y pinga. Alguien furioso dispara al cuerpo, o a la cabeza.

-Alguien furioso, con lo que estos estaban furiosos, le revienta el paquete completo, como usted dice.

-¿Con esa limpieza, en ese orden...? ¿Sabiendo que es mortal, pero más lento y doloroso? Lo hicieron para que sufriera un buen rato antes de morir.

-¿Si usted fuera el padre de una de las chicas no hubiera hecho eso? Y no se olvide que dispararon a medio metro.

-En la oscuridad.

-Sí, en la oscuridad. Y con el culo.

-¿Qué es eso de con el culo? ¿Qué está diciendo?

-Nada. Es una pista que seguramente Bossio dejó para usted. Deliraba. Yo no lo escuché. Pero los de la patrulla que lo sacaron de ahí, y lo acompañaron en la ambulancia, intentaban que les dijera qué había sucedido. No se podía hacer nada, la hemorragia era fatal ya, y sólo repetía eso: Que la mina lo había matado con el culo. O que le disparaba por el culo. Vaya a saber lo que tendría en la cabeza, en esos momentos, el pobre loco.

-¡Una mujer...!

-¡Seguro...! ¡Una guerrillera justiciera! Véndaselo a los diarios. Se lo compran ya.

-Espere, Gambetta... Espere un poco. Olvídese de los guerrilleros. Estoy pensando otra cosa: Aunque haya sido una venganza personal, ¿cómo hacían para saber que él era el Chacal?

-¡Carajo! –Gambetta se quedó duro, observando al cubano-. Tiene razón. Acá no hay filtración posible, ni boludeces de esas. Para descubrirlo, para estar seguros, tenían que verlo en acción.

-Muy bien –Valbuena lo señalaba, asintiendo-. Y la única manera, es la vieja del señuelo. O sea que debió haber una pareja.

-O, por lo menos, una mujer que lo provocara. Para estar seguros y bolearlo –el Comisario se levantó-. Le debo una, che. Ahora mismo les digo a los que están en la búsqueda que incluyan las mujeres. Si no hay otra cosa...

-Sí que la hay. En realidad yo venía a pedirle un favor, y nos enganchamos con esto otro. Pero, es verdad, vaya primero a decirle eso a sus hombres. Lo espero.

Gambetta, ya en la puerta, vaciló un instante. Pero el otro insistió en que lo primero era lo primero, y que no tenía apuro. Mientras notaba el revuelo, allá afuera, se entretuvo mirando el periodicucho clandestino que por lo visto habían requisado y blandía Gambetta cuando entraron. Nuevamente le sorprendió la rapidez con que esa gente se enteraba de todo. Estos tampoco habrían dormido, preparando el dossier de casos y denuncias atribuidas a Bossio. Hacían especial hincapié en los escabrosos detalles de sus crímenes, que relacionaban directamente con las declaraciones de quienes había sufrido sus “interrogatorios”. Y agregaban una lista de personas muertas, a las que se había encontrado tiradas por los alrededores de la ciudad, con señales de sevicias inequívocamente parecidas. Otros que designaban ese modus operandi como marca del Chacal –continuamente anteponían este apodo popular a su apellido-, y de lo tantas veces negado desde Jefatura. La calidad del papel y la impresión eran nefastas. Pero el material que apoyaba la reseña no parecía producto de una rápida improvisación. Pegaba con un lápiz en los textos, y se repetía con rabia que no existía el menor detalle uniendo los hechos y esa operación de denuncia. Ningún grupo, con intenciones

políticas, habría perdido la oportunidad de proclamarse justicieros, en defensa del pueblo. Sin embargo era como si, sabiendo lo que iba a pasar, tuvieran preparada la denuncia y los panfletos. Seguir llamando casualidades a algo tan oportuno, tan limpia e invisiblemente armado, se le atragantaba. Había un par de prioridades que reclamaban su tiempo. Pero se hizo la promesa que, a la vuelta de aquello, solicitaría el arresto de quienes habían impreso la revista, y los interrogaría personalmente. No se lo diría aún a Gambetta. Ya estaba bien de perder pistas a causa de errores o..., lo que fuera. Eso le recordó el motivo de su visita, justo cuando reingresaba el Comisario a su oficina.

-Ya está. Espero no haberme demorado mucho. Decía que quería pedirme un favor. Delo por hecho. Lo escucho.

-Ojalá sea así de fácil -Valbuena aprovechaba la buena disposición ganada-. Es poca cosa. Simplemente le rogaría me dispense de tener que aguantar esas dos personas que andan detrás mío, prácticamente desde que llegué. Comprenda que no me gusta sentirme vigilado -trató de abrir un camino excusable-. A lo mejor no lo ha ordenado usted, directamente. Pero estoy seguro que podría solucionarlo.

-Por supuesto que lo he ordenado yo -Gambetta se tuvo que tragar una puteada hacia aquellos imbéciles, antes de reaccionar-. ¡Pero no se trata de vigilancia! ¡Jamás se me ocurriría eso con Usted! A ver, Valbuena... Usted sabe que yo no le doro la píldora a nadie. Sin embargo ambos tenemos muy claro que es una situación especial. Y que usted es un personaje importante para nosotros. Lo mínimo que se merece es contar con la protección debida.

-De acuerdo -el cubano se rascaba la barbilla con parsimonia-. Me esperaba esa respuesta. Acuértese, Gambetta: en una de las primeras charlas, usted me dijo que entre bomberos no nos íbamos a pisar la manguera. Me hizo gracia, y por eso la uso ahora. Así que vamos a suponer que yo le creo. Más que nada para evitar enredarnos, en sutilezas de diferenciación entre una cosa y otra. Digamos entonces, que no quiero tener más sombras que la mía propia. Llamemos como llamemos a la función de esos señores, bastante torpes por otra parte.

-Ay, Valbuena... Me lo está poniendo difícil -claramente, Gambetta agotaba los disparos de fogueo-. Córdoba no es Chicago, pero... Ya ve en los líos que ando, sin buscarlos para nada. No quiero ni

imaginar que en una salida cualquiera, por ahí, a usted le sucediera algo. ¿Qué quiere...? ¿Que me cocinen en serio?

-No dramatice, Jefe. No hace falta. Lo único que quiero es que me dejen en paz sus gorilas. No me gusta que me vigilen, y no necesito guardaespaldas. Le aseguro que sé cuidarme muy bien solito. Además, y espero no sienta que desprecio su ciudad, no he venido aquí a hacer turismo, sino a trabajar. Si ellos no se lo han informado, lo haré yo: El único trecho que recorro de Córdoba son los ciento cincuenta metros que separan mi hotel, ahí enfrente, del otro lado de la plaza, hasta aquí. Deseo creer que no es esta la zona más conflictiva y peligrosa. Así que...

-Hay cosas que recuerda, y cosas que olvida –Gambetta no pensaba aflojar un ápice-. Por ejemplo, que existe un peligro, invisible e indeterminado, que ni ustedes ni nosotros controlamos. ¿Me está pidiendo que yo también lo olvide...?

-Le estoy pidiendo –ahora la mirada de Valbuena, dura y fría, parecía destinada a recordarle jerarquías que nunca pronunciaban- que retire a sus hombres. Supongo que hablo claro. Y que usted entiende cuando se le habla claro.

-Soy lento, ya le dije –se había tirado hacia atrás en su sillón y, con las manos entrelazadas, hacía girar sus pulgares-. Pero entiendo cuando se me da una orden. Confío en su buena memoria. ¿Recuerda lo que le dije sobre las órdenes que podrían acarrearle conflictos? Sí, Señor, veo que lo está recordando. Pues ya está. Vamos a hacerlo fácil para los dos: Una hoja de papel, la orden por escrito, y asunto solucionado. Supongo que yo también he hablado claro. Y que usted sabe escribir, ¿no...?

PASARELAS

La apuesta de Claudia se quedó en espuma. Máxime al meterse en el vértigo de presentaciones y viajes que sucedieron al estreno. De cualquier manera, tuvo que admitir que se había equivocado. Porque la noche que Norma se decidió a atacar, el desconcierto de Jorge podría haberse filmado. Fue en el primer viaje, poco después de abandonar Graciela el grupo. Quizás hubiera sido ese el trato entre ellas. La cosa es que él se estaba bañando. Y Norma, como siempre, ayudaba a recoger todo lo de los camerinos y les avisaba dónde irían a cenar, o los planes que hubieran surgido.

Pero esa vez, cuando salió envuelto en la toalla la única que quedaba allí era ella. Agarró la ropa que le alcanzaba, y terminó de secarse el pelo. “Se ve que me quedé dormido en la ducha. Tenés que buscarme un maquillaje más fácil de sacar. Ensucio los cuellos de las camisas, y después no hay jabón que valga. Mirame, parezco un gringo colorado del campo, de tanto refregarme.” Se palmeó con colonia y manoteó los pantalones. Ella doblaba las toallas, antes de meterlas al bolso que esperaba abierto sobre una de las sillas. Tras el bullicio que había albergado, ahora la salita de espejos semejaba un callado desierto.

-Che... ¿Dónde se ha metido la gente?

-Fueron a dejar las cosas en el hotel y se iban a cenar. Invitan los organizadores. Se han vuelto locos con las chicas, como siempre. Querían que luego fuéramos a bailar. ¿Cómo te encontrás de forma vos?

-¡Un toro, vea! –muecas de revisión dental, control de bíceps, un par de fintas contra el perchero; resoplidos varios, mientras se abotonaba la camisa-. Tengo que respirar despacio para no reventarla. ¿Usted qué cree, Jefa...?

-No sé, no sé... A veces las apariencias engañan –ante la desdenosa respuesta, Jorge le tira con el bolso, obligándola a cubrirse con él, y punteando puñetazos como si fuera la bolsa de arena hasta llegar a la puerta. Ya en la calle lo carga él, y la mira con expresión de boxeador sonado.

-¡Ve que todavía puedo...! ¡Deme otra oportunidad, Patrona! Lo de esta noche fue un resbalón. Le juro que no la voy a hacer quedar mal. Déle..., consígame una buena pelea, y me los como crudos, me los como.

La otra, acostumbrada a sus payasadas, le seguía el juego, manteniendo el gesto altivo de un entrenador decepcionado. Cruzaban la calle, y debieron detenerse hasta que pasaran un par de coches. Desde las ventanillas del segundo brotaron silbidos y frases sobre la cosecha de mujeres de ese año. Jorge, muy en su papel, la miró serio de arriba abajo, y luego a las luces traseras que se alejaban.

-¿Los mato, Jefa...? ¿Los mato? ¡Diga que se han escapao, que si no...! –y alzaba el puño libre, amenazante-. ¿Le han hecho algo? ¿La han tocao...?

Norma negaba y reía, mientras tiraba de su brazo. Porque ya habían entrado al hotel, y aquel chiflado observaba al Conserje, y a las dos o tres personas sentadas en el hall, como desafiándolas a que se acercaran. Lo llevó rápido hasta el ascensor, diciéndole que se calmara, que tendría su oportunidad de resarcirse esa misma noche. Él cabeceó como un mono.

-¡Tá bien! Ya sé: me ha organizao la pelea en el ní-clú, con luce estratoférica y rocanroll. ¡Los guá planchá a todos! Pero primero vamo a dejar los bolsos y manducá. Yo, con la panza vacía no soy el mismo. ¿Dónde nos espera la muchachada?

Norma acababa de abrir la puerta de la habitación. Encendió la luz, y se apartó para dejarlo entrar.

-Vos no vas a comer con ellos.

-Pero..., ¿no estábamos invitados?

-Vos, no. Vos estás..., invitado aparte. Digamos que por la misma Organización de la pelea.

Titubeaba. Estaba nerviosa. Miraba hacia afuera. Ya le había parecido notar un algo rígido en sus respuestas anteriores. Jorge llevó los bolsos a un rincón y, abandonando la actuación, le pidió que cerrara la puerta. La Flaca obedeció, y se quedó paradita al lado. Trataba de disimular, pero temblaba como una hoja. Claro, con razón habían desaparecido todos. ¿Qué cagada sería esta vez? Porque ahí había pasado algo que, con seguridad, no era bueno para él. Y le tocaba a ella decirselo. Sólo que la pobre no sabía cómo hacerlo. ¿Problemas con los contratos, o la gira? No, es algo que Sigfrido hablaría con todos. Lo que fuera, le afectaba sólo a él. Si los otros estuvieran en el mismo hotel el Conserje habría dicho algo. Lo habían separado. Parecía cosa de la Vieja. ¿Habría conseguido, por fin, meter cuña y joderle también esto? Y la pobre flaca, que no hacía más que alisarse la falda y mirar el piso.

-Vamos a ver, che... Liquidemos pronto el fato. Hay algún problema conmigo, ¿cierto...? No te preocupés, habla con confianza. Yo sé que, sea lo que sea, no es culpa tuya. ¿De qué se trata? –pero, bueno, pensaba, qué carajo pasa acá. Ésta se ha vuelto loca. Ahora no paraba de reírse y lo señalaba.

-¡Aahh...! Así que vos pensabas... –y seguía hipando y sacando cosas de la cartera como una maníaca.

-¿Que yo pensaba, qué...? Dejá de reírte y habla claro. ¿Norma, me oís...? ¡Quedate quieta, carajo! Si lo que buscás son los cigarrillos, los desparramaste allá, bajo la silla.

Ni por esas. Tuvo que encender uno de los suyos y pasárselo. Porque para abrir el paquete lo estaba destrozando. Ni idea por dónde iría el asunto, pero ahora sospechaba que la que estaba metida en un lío era ella. Reparó en la blusita escotada y la minifalda que se había puesto. Ya lo notó cuando le silbaron en la calle. Siempre pensó que era una linda mina, pero esta vez... ¿Tendría una cita? Claro, recordó que era de un pueblo cercano a éste. A lo mejor se había encontrado con un viejo novio, o... ¿Pero, y él qué tenía que ver? ¡Ah, no...! Que ni soñara que iría de guardaespaldas. Qué boludo. Por eso hablaba de la pelea. Ella a calentarle el caldo al otro, y él volviéndose después, solito, al hotel.

-¿Y ahora qué te estás imaginando? ¿Te vas a cambiar, o no?

-¡No me estoy imaginando nada! Deberías saber que los guardaespaldas no somos capaces de imaginar. Y además, ¿por qué me tengo que cambiar?

-No sé... Eso es cosa tuya. Pero, como tenés una cita...

-¿Ah, sí...? ¿Soy yo el que tiene una cita?

-¡Claro! Ya te lo había dicho.

-¿Y con quién? O..., mejor dicho: ¿cuántos seremos?

-Dos. Una mujer y vos.

Genial. Eso le pasaba por no ser un guardaespaldas, y andar pensando macanas. Otra vez le cambiaban el libreto. Y con la cara que lo había dicho. Dieciséis gatos encerrados. Le estaban haciendo la cama, con sábanas de seda.

-Muy bien. Esta vez, creo que lo tengo: Para concretar conveniente acuerdo comercial, deberé agasajar viuda anciana y respetable. Todo pago. Como me tocó con la representante de Silas en Córdoba. Pero, en lugar de té en La Oriental, esta noche cena con velas.

-Menos la pintura de la Dama, y quizás el aspecto comercial, el resto tibiecito.

-¡Ya sabía yo! Supongo que se recomienda traje y corbata.

-No estaría mal.

Abrió la puerta del ropero y, semicubierto por ella, empezó a desvestirse y buscar entre las perchas. Era extraño. Ahora que le daba la razón, recelaba más que antes.

-Así que no es vieja. ¿Viuda tampoco...?

-Ni siquiera casada.

Le estaba tomando el pelo. ¿Sería un juego, alguna broma que le habían preparado?

-Ajá... Y lo de respetable mejor lo obviamos, ¿no...?

-¡Ay, Jorge...! Ese es un adjetivo de hombres. Salvo en muy contados casos, a las mujeres no les gusta que las respeten.

¡Claro que estaba jugando! Y desde el comienzo. El retrasado era él. Doblemente. Porque debió ser su retraso en la ducha lo que le

dio a ella la idea. Vio salir a la patota enloquecida hacia el night club, y seguramente recordó sus quejas por lo que le aburrían esos excesivos finales de fiesta, puro ruido y chupe subido. Típico de la flaca. Era capaz de perderse aquello por hacerle pierna a él. Y sabiendo que guardaba cada moneda como un usurero, en la cajita que decía Bulín, estaba decidida a pagar ella la cena. Más vale que te adelantés y pagués vos. Portate como un caballero. En lo posible como un caballero chispeante, que le ayuda a disimular que se sacrifica por él. Al menos no sigás dando vueltas, estilo paparulo empachado. Comprendido. Terminó de colocarse el cinto.

-No es por nada, pero..., ¿qué tal está la mina? ¿Me va a gustar?

-¿Cómo querés que sepa eso? Mmm, no sé... Será más o menos como yo. ¿Te gusto, yo...?

Qué divina. Además de cumpa, divertida. No le conocía esa faceta. Todos los días lo sorprendía. Asomó la cabeza y entrecerró los ojos, como quien observa un cuadro. Sólo le faltaba medirla con el pulgar.

-A ver... Sí, la verdad es que con ese conjuntito... Aunque tengo una amiga que dice que las apariencias engañan.

Ya, antes de acabar la frase, había vuelto a esconderse tras la puerta del armario, conteniendo el deseo de pegarse un cabezazo contra el espejo. ¿Por qué mierda tuvo que agregar semejante pelotudez? ¿Esa era su forma de ser amable y caballero? Ni por puta es lo que quería decir. Se puso nervioso y soltó lo primero que le vino. Impresionante, che. La otra preparándole el ambiente, arreglándose como para una fiesta, aguantándolo para que no se sienta solo. Y echaba todo a perder con esa grosería. ¿Por qué? Había tenido miedo. No sabía muy bien de qué, pero igual que ahora. Miedo a salir de esa protección que significaba el ropero, y enfrentarse a la decepción de ella. Bueno, le pediría que le hiciera el nudo de la corbata. Sería un forma de romper el hielo. Además, siempre se lo retocaba. Decía que era un inútil para esas cosas. No sólo para esas, ya se estaría convenciendo. Macana, che, no había vuelto a abrir la boca. La jodiste bien, gilastrún. Le pareció escuchar un click. Probablemente el encendedor. O sea que sí, fumaba de puro embole. Rápido, pibe, hacé algo.

-¿Sabés una cosa, Flaca...? Se me ha ocurrido una idea –siempre oculto allá-. ¿Y si dejamos que sea Sigfrido el que se encargue de esa

mina? ¿Qué te parece? Nos hacemos los boludos, y nos escapamos solitos a cenar. Total..., si es como vos yo prefiero salir con el original.

-Me parece, que no voy a dejar que te engañés con las apariencias.

Tomá, chupate esa. Se lo tenía merecido. O lo arreglaba ya, o la había cagado del todo. Manoteó la corbata y abandonó el escondite.

-Perdoname, Normita. Ayudame. Ya sabés que soy muy... -se quedó clavado, a medio camino-. ¿Qué hacés...?

-Quito las apariencias de enmedio.

Ah, no... Eso no era ningún juego. Cuando la ropa cae así, el asunto es serio. Muy serio. Y hasta se puede considerar normal haber sentido miedo un poco antes. Ahora era más fuerte la necesidad de hacer algo. Cualquiera cosa. Debía parecer un imbécil con la corbata en la mano, que le temblaba, como si fuera una víbora a lunares. Pero es que no podía moverse, ni apartar la vista de ese cuerpo que se desnudaba en cámara lenta. Y tampoco pudo evitar que la voz le saliera así de ronca.

-¿Por qué...?

-Por eso. Para que me mirés. Para que me veás, de una vez por todas. Porque tengo que decirte que te amo, y no me dejabas -la voz de ella sonaba igual de trémula. Jorge consiguió soltar la corbata y dar un paso.

-Si hubiera sabido. Si... Por favor, chiquita, ¿dónde estuviste metida todo este tiempo?

-A tu lado. Siempre estuve a tu lado. Pero vos no me mirabas como ahora. Para vos no era una mujer, sino...

La atrajo de los hombros y la besó, hasta que renunció a terminar la frase. Toda su piel olía a un largo y dulce deseo. Sus brazos empezaron a desnudarlo, con una suerte de violencia contenida. La misma que imprimía con los labios, sobre el cuello y los hombros, al tirar de la camisa hacia atrás. Avanzó, pegada a él, obligándolo a sentarse en el borde de la cama, para facilitar la tarea con los pantalones. Jorge sintió la necesidad de dejarse caer de espaldas. Pero, antes, había algo que le quería decir. Evitar que aquello se ensuciara después, con disputas

o malentendidos. Sin embargo le faltaba el aire. No podía sustraerse al roce de los pequeños pechos contra sus muslos, el escalofrío de su cabello, cubriendo la voracidad de una boca que ya lo había hundido en ella. En medio del quejido apretó su cabeza, e intentó levantarla.

-Norma... –esta vez la interrupción fue provocada por el gesto, cómicamente resignado, de ella.

-Ya lo sé, mi amor... No hace falta hablar de eso. Sé todo lo que hay que saber. Y no me importa. Te quiero así. Te amo y te deseo así. Besame. Besame como recién, y no pienses más –en cuanto lo hizo, rodaron juntos por la cama. Jorge se apoyó sobre el codo, sonriendo, mientras la iba acariciando con la punta de los dedos, a todo lo largo de esa hermosa piel que lo llamaba.

-Lo que no sé si sabés es que nos vamos a perder la cena –vio cómo ella resoplaba, y lo volcaba encima suyo.

-Era en el comedor del hotel. Avisé que, si no bajábamos nos la subieran a las once. Falta una hora. Una hora estará bien, ¿no...? ¿Podés aguantar una hora...? Para comer, digo.

PASARELAS

La pasarela entre El Lago y Junín estaba construida con materiales desconocidos para mí. Separados aún en su ensamblaje, y a su manera quizás caóticos. Pero dispuestos y esperando esa opción, mecano y salvataje, que cumplieron. Quiero decir que yo desconocía la facultad de puente, durmiendo en su existencia. Y, por supuesto, los usé, cumplí mi parte. Aproveché, con desesperación de náufrago, cada placa y cada tornillo. Pero como el que está en la orilla y los ve llegar flotando, o tropieza y los desentierra de la arena. A diferencia de otros sucesos, no los había previsto ni organizado. Supe verlos. Ese fue todo mi mérito. Sí, de acuerdo, de algo me sirvió mantener los ojos bien abiertos. Pero sería injusto, y falso, atribuirme más que eso.

Tampoco descubro ningún misterio si insisto en que no me hallaba en mi mejor momento. Iba a desglosar. Sin embargo creo que no sería acertado. Que, desgraciadamente, no había mayores diferencias en el panorama. Ni en la decisión tomada para enfrentarlos: Hasta que no me echen no me voy. Yo no abandono. Con los dos años de distancia que lo contemplo ahora, puedo, si no réirme, al menos relativizar, y matizar, aquella arrogancia. Y es difícil evitar cierto sarcasmo interno, si la tacho de arrogancia juvenil, desde mis veinticuatro años actuales. Ya que no madurar, ¿podemos envejecer tanto en ese lapso? ¿Son los hechos quienes roban todo su sentido al natural paso del tiempo? Apostemos a favor de ello por el momento. En algo así habrá que apoyarse para entender, en parte, los pesados movimientos que hoy, con dificultad, hacemos.

No, no abandonaré el barco hasta que éste se hundiera. Y sólo ahí, ante lo irremediable, saltaría al último bote o salvavidas. Valeroso

Capitán, cumpliendo la honorable costumbre. ¿Y no piensa, el experto marinero, que podría haberse quedado sin botes, o con el salvavidas defectuoso? ¿O, mucho peor y posible, ser tragado por el remolino del hundimiento? Restallante la arrogancia de: a mí no me va a pasar eso. O la inconsciencia juvenil -ya que estamos-, desechando, entre las cartas a destapar, la más terrible. La definitiva. Vamos a revisarlo: Puede entenderse la confianza ante el panorama hogar paterno. Dada ya la alarma, encallada la nave, sabe -del audaz marinero hablamos- que tiene medio pie afuera, y que ese afuera para él es firme. Sigamos: También puede aceptarse su pesimismo, con respecto a la nave Nubedil. Y la salvaje seguridad de sobrevivir, si es capaz de luchar hasta que se produzca el naufragio. Menos fácil de sostener, con argumentos lógicos, es que en las facetas de lo clandestino piense igual. Y sin embargo era así.

No sé explicarlo. Aún hoy, no sabría hacerlo. Puedo intentar una descripción de ese paisaje, pero no explicarlo. ¿Puede hacerlo el saltimbanqui, el trapeceista, el juguetón equilibrista de la cuerda floja? ¿Cuál es su relación, y cómo la consiguieron, con el espacio, con los elementos de apoyo, y la desafiada y vencida ley de gravedad? ¿Están todos de acuerdo -ellos y los elementos-, para que suceda lo impensable, y desterrar lo inevitable del violento aterrizaje? ¿Es acaso imposible que suceda? ¿Que se castigue para siempre el atrevimiento? Nos inclinamos -con vértigo- a afirmar lo estadísticamente indeclinable de la caída. Cuestión de tiempo, de suerte, de habilidad y concentración constante. Pero estará ahí. Hay que considerarla. Y entonces, volvemos al planteo: ¿La consideran?

La respuesta es que, por locos que estén, conocen su amenazante existencia. Lo que no sabemos es en qué gaveta sellada guardan ese conocimiento. Porque con eso en la cabeza sería imposible saltar, volar, caminar cien metros por un cable sobre los edificios. Cuando desafías las leyes, puede que sea porque has hallado la manera de usarlas a tu favor. Y cada más difícil todavía es como que va enrocando, hacia un absurdo y sorpresivo mate, en el que estarían concebidas, para que alguien pudiera hacerlo así. La convicción del dominio de esos opuestos es imprescindible

para el volatinero. ¿Quién volaría sin ella? Sí, se puede expresar, confusa y metafóricamente, pero no explicar.

Además, al hacerlo me siento incómodo con los compañeros de comparación. Admirables y cercanos, casi vecinos. Pero no, no es lo mismo. Hay un punto de inflexión en el que ellos flexionan, saludan, agradecen. En cambio yo me escapo, me escondo. Su apuesta, desde el primer momento, lleva la firma. Convocan al mundo para que los vea saltar. En definitiva, luchan por su gloria. Yo, hasta ahora, lo he hecho por la libertad y la vida. Y esto hay que ocultarlo, claro. El agua, el duro suelo, el abismo al que me enfrento, tiene el nombre del miedo a esos dos conceptos. Quizás las técnicas, la interna locura, nos asimilen. Pero el ejercicio es inverso. Lo que en unos es llegar a la deslumbrante luz del uno, en mi caso descansa sobre la irreconocible sombra de todos. Y no pretendo que en la diferencia haya un mérito. Porque la complejidad de estos desafíos, la posible soberbia de realizarlos con éxito, también se esconde tras sus apariencias. No espero, ni necesito, el reconocimiento de nadie, podría decir. Me basta con el logro de esa tarea anónima, e indescifrable para sus perseguidores. Y, sin embargo, alguna vez he pensado que podría tratarse de la más alta arrogancia. Si el mundo, en definitiva, soy yo; si existe, o desaparece, cuando abro o cierro los ojos; ¿qué mayor reconocimiento que saber que sólo yo sé, lo que de eso hay que saber? Junto a la necesaria, y segura invisibilidad, coexiste la inefable autovisión de quien se contempla, dueño del secreto y la soledad.

Por lo tanto, relativicemos la confianza de aquel Capitán. Sabía que cualquier barco se puede hundir. Y que hasta el mejor de los capitanes puede perecer en el naufragio, o incluso en la más tonta tormenta. Como esta mañana podría haber sucedido en la Municipalidad, cuando fuimos con Eva. Un capricho, una confusión, se convierte en el vendaval más traicionero y absurdo, dentro del cotidiano terror en que vivimos. Creo que ahí sentí, juntas, la tranquilidad y la impotencia. Lo primero, porque no había ninguna posibilidad que se tratara de..., mi mundo secreto, digamos. Impotente, ante la ficha que nos pudiera haber tocado, en los sorteos que, día a día, se llevan a tanta gente inocente. Por si fuera así, sólo pensé en salvarla a ella, convencido de que, actuando con rapidez y

por sorpresa, tal vez consiguiera escapar después yo también. Una locura. Aunque sólo una locura más, entre tantas vividas. Por suerte no fue así. Otra tirada de dados en la que la fortuna, y las inquietantes casualidades, jugaron a favor del que se vuelca al tirarlos.

¿La relativización mencionada...? Que sí, que podría haber sido al revés. Que en ese choque estúpido, como una redada en el bar, o una requisitoria de documentos en cualquier puente, podría haber caído por la borda. Para siempre. Lo relativo, para aquella consciencia que otea el panorama, es que de ser así quien cae es el marinero con nombre. Nunca el oculto Capitán. Y aunque ambos sean el mismo, nadie lo verá ni lo sabrá así. Contra el éxito del reconocimiento, el consuelo del desconocimiento. Tristes consuelos, de tristes vidas, que luchan por mejorar la vida. No sé si he sabido explicarlo. Pero no cae quien salta en busca del trapecio, sino el que más tarde es atropellado por un coche al ir a hacer las compras. Y agreguemos que, si se salva del accidente, puede que después, al recordarlo, note que le tiemblan las manos, como a mí me pasa ahora. No las firmes manos que aferran la barra, sobre el largo cable. Sino las inseguras, que intentan contarlos. ¿Les temblarán las manos a los trapecistas, cuando se sacuden el talco en el camerino? Vaya a saber, che. Quizás ellos no se pregunten de qué materiales estaba hecha su pasarela. Suerte que tienen, quienes ya están del otro lado. A mí, entonces, me retumbaban los pasos sobre las chapas. Y con esos, y otros ruidos, era difícil vislumbrar con claridad lo que me esperaba.

CABILDO

-¿Eso le dijiste...? ¡Muy bien, qué mierda! Alguien que los ponga en su lugar de vez en cuando –Muñoz pegaba sobre la mesa, disfrutando el relato de Gambetta-. ¿Y qué hizo?

-¿Vos qué creés...? –el otro sacó una hoja de su cajón y se la puso delante-. Acá mismo, de su puño y letra, solicitando el retiro de custodias de cualquier tipo, y eximiendome de toda responsabilidad. Buenos días, Jefe. Taconazo de sus botitas, media vuelta, y hasta más ver.

-¡Calentitos los panchos! Aunque no sé cómo harán los panchos en Cuba. Con banana, seguro –el Gordo lanzó una de sus risotadas, y se frenó porque entraba Jiménez, con pinta de estar corriendo una maratón.

-Buenas, Jefe. Hola, Muñoz, qué tal. Perdone, me demoraron los periodistas allá abajo. Les he repetido mil veces que por ahora estamos en secreto de sumario y no vamos a hacer declaraciones. Que no entorpezcan el trabajo hasta que los convoquemos. ¡Parecen sordos! Siguen preguntando y empujándose con las grabadoras. Entiendo cuando usted dice que dan ganas de matarlos.

-Tranquilo, Pibe –Muñoz lo palmeaba, y le indicaba que se sentara-. ¿Querés una coca-cola?

-No, gracias. He perdido la cuenta de los cafés que me he tomado ya desde anoche. Míreme las manos –realmente, el temblor al extenderlas daba risa.

-¿Consiguió averiguar algo nuevo...? –Gambetta no se reía.

-Nuevo, creo que no –había sacado su libreta, del bolsillo del uniforme, y la repasaba-. Los datos del forense sólo confirman lo que sabíamos: El proyectil que rompe la muñeca interesó las venas. O sea que se desangraba a chorros por todas las vías alcanzadas. Fue una cuarenta y cinco.

-Como la que llevaba él.

-Sí, pero no es que se la quitaron. Los disparos fueron hechos con otra igual. La pistola de Bossio estaba bajo su cuerpo cuando lo alzaron, y no había sido usada.

-¿Habló con esos agentes, dijeron algo más?

-Lo mismo que pusieron en el informe. Parece que sólo se quejaba, y repetía esa guarangada de que la mujer...

-¡Sí, sí..., eso ya lo sabemos! -Gambetta casi escupía de la bronca-. ¿Y en el lugar no encontró nada?

-Le juro que busqué con lupa y a cuatro patas. Con la cantidad de gente que pisoteó aquello, hasta que se acordonó, era imposible. Revisé el tronco del árbol en que estarían apoyados, o escondidos detrás, vaya a saber. Ni un cabello, ni un trocito de tela desgarrada, nada. Ya le digo, los yuyos de alrededor todos aplastados, y las manchas de sangre donde cayó el Tula. Medí la distancia: Lo quemaron a poco más de un metro.

-Pobre tipo... Debe haber sufrido como un hijo de puta -Muñoz cerraba los ojos, y se agarraba la zona del bajo vientre.

-¡Ojalá! ¡Ojalá haya tenido tiempo de arrepentirse, por infeliz!

-No seas jodido, che -el Gordo trataba de calmarlo-. Está claro que había perdido la chaveta. Ya, con lo que le hizo acá a la mujer del boludo ése, el que hablaba de los milicos que fueron a avisarle, me di cuenta que estaba para el retiro. A mí me da igual, pero no era necesario, esa mina venía de rebote. Mucho de esto, ya sabés -se tocaba la nariz con el índice-, y no sabía parar. Yo la vi, cuando la embolsaban, y me acordé de las fotos del Parque.

-¡Ojo con lo que vas a decir! ¡Mucho ojito los dos, porque les estoy viendo las caras! ¡Y como empiecen con que ya me habían advertido, y pelotudeces de esas, voy a ser yo el que los cague a tiros en las pelotas!

Muñoz puso cara de santo, y el gesto de correr un cierre sobre los labios, mientras giraba hacia Jiménez, al que no hacía falta aconsejarle prudencia, porque tenía la cabeza atornillada a la libreta, como para aprenderse de memoria, y las manos unidas sobre el regazo. Posiblemente estuviera recordando las teorías psicológicas de Valbuena, sobre la forma en que los sicópatas avisan, y se denuncian, ante quienes podrían descubrirlos. El Comisario cabeceó, satisfecho, y encendió un cigarrillo.

-Lo pensé. Yo también sospeché de él, al ver lo que le hacían a las minas. Por eso le di una oportunidad. ¡Y estoy seguro que lo entendió! Le expliqué que era muy mal momento, para que nos acusaran de incompetentes por no chapar al degenerado ése del Parque. Y que quería agarrarlo yo mismo, para cortarle los huevos en público. Te juro, Gordo, que se lo decía y lo miraba así, como estamos ahora, bien a los ojos. Que, como confiaba en él, iba a patrullar esa zona todas las noches. Y que lo hacía responsable de que en ese puto parque no hubiera más cagadas. Recordándole que teníamos un yony en el cogote, supervisándonos. ¿Vos creés que no era suficiente? Hasta un animal como él tenía que chapar el mensaje. Me dijo que no me preocupara. Que él se encargaría de que el Chacal ése se rajara a la mierda. ¡Así, con esas palabras!

-Te repito que iba muy colocado siempre. A lo mejor él pensaba una cosa. Y de golpe, paf, se le cruzaba el palito en la rueda, y agarrate Catalina. ¿No ves las huevadas que soltaba? Vos te calentás, porque esperabas un dato, una ayudita. Yo también. Pero el guaso sabía que se estaba muriendo, se cagaba de dolor, y en lo que menos pensaría era en identificaciones. Lo que veía era el culo de una mina –Muñoz desatornillaba con el índice en la sien-. Lo que el cubano y vos dedujeron: Para atraerlo, le pusieron una mina con un orto así de hermoso –abría desafortadamente los ojos, y fingía masajear un enorme globo terráqueo-, y todo lo que te prometió se fue a cagar a los yuyos. Él también, sí. Lo mató un culo. Quería agarrar un culo, y lo quemaban a tiros. ¿Qué otra cosa iba a decir?

-¿Querés bajar vos, y explicárselo así a los periodistas? Con unos cuantos chistes por medio, para ambientar. Podría juntarte con Valbuena, y dan la conferencia de prensa. El boludo sigue pensando que es obra de un profesional. Que si la frialdad del plan, que la precisión de los disparos... Los contratarían a los dos, para salir en Sábados Circulares.

-¡Callate..., con ése ni a la esquina voy! Justo de él te quería hablar –miró de reojo hacia Jiménez, que también había levantado la vista, y cambió la dirección de su pregunta-. Che, Pibe, vos que andás tan culo y calzón con él, ¿qué hace cuando no está acá? Ya metidos en el tema: ¿qué le gustan, los culos o las porongas? ¿O las dos cosas? –la prevista carcajada sonaba como un lija-. No te ofendás, es joda. Pero, en serio, ¿de qué va el cubanito este? ¿Lo habrás sacado a algùn lado, no?

-No hay manera –Jiménez se encogía de hombros, impotente-. Sí, con el Jefe habíamos quedado en que me encargara de variarlo un poco, ver qué le gustaba. Pero no sale del hotel. Una sola tarde, y porque yo insistía, cruzamos al Sorocabana a tomar un café. Y hablaba de lo mismo que acá. Es un poco obsesivo, ¿saben? Y, de lo otro –volvía a encogerse de hombros-, creo que comentó que es mormón. Y yo, por no quedar mal, dije que claro y me callé. Sé que es una religión, pero nada más. A lo mejor les prohíben salir de noche. Vaya a saber.

-Sí, y cuando mean se la agarran con papel higiénico. ¡No me jodás! Justamente los mormones, que coleccionan esposas, como los árabes –el Gordo seguía, a las palmadas y risas-. ¿O sea que no ha salido nunca?

-Los dos inútiles que le puse dicen lo mismo –Gambetta confirmaba-. Dígame, Sargento: ¿en qué ha quedado lo de Grimaldi? ¿Sigue insistiendo en hablar personalmente con él?

-Como hay que ir a Santa Fe para eso, me ha pedido que lo acompañe. Ya le dije a los muchachos que nos prepararan el Torino, lo eligió él, para el viaje. Creo que saldremos mañana por la tarde, en cuanto acabe mi turno. Dice que prefiere que lo hagamos así, para no interferir en el trabajo que tenemos ahora, aunque lleguemos allá de noche.

-¿Se mencionó el avisarme, o pedirme permiso?

-Yo no. Usted dijo que fingiera siempre volcarme hacia su lado. Y él, como es fuera del horario de trabajo, supongo que no lo considera imprescindible.

-Está bien. Está bien, Jiménez. Sólo quería confirmar eso, por no meter la pata. Y no se preocupe si lo nota un poco caliente conmigo. Hemos tenido algunas diferencias, como siempre –Gambetta notó que Muñoz le hacía señas, con los ojos, en dirección al Sargento-. Bueno, eso es todo por ahora. Manténgame al tanto si surge alguna novedad.

-Sí, Señor. Con su permiso –saludó a Muñoz, que bostezaba, y abandonó el despacho.

-Dale, largá lo que tenés ahí todo el tiempo –Gambetta le señalaba la panza-. Se te ven las ganas.

-Así que nuestro cubanito es mormón –el Gordo asentía lentamente, sacando el labio inferior.

-¿Tenés información especial sobre eso? Yo tampoco sé muy bien cuáles son las costumbres de los mormones.

-Mentir, seguro. Como todos. Pero si además frecuentan malas compañías...

-¿Lo decís por Jiménez?

-No –negó el absurdo, inflando los carrillos-. Lo digo por cierto boliche, en San Vicente –se rascaba la oreja, con displicencia-. ¿Te suena El Botafogo?

-¿El del Chino Leiva...? –Gambetta entrecerraba los ojos, incrédulo.

-El mesmito, che. Para no salir nunca, parece que cuando sale pica en el panal, ¿no?

-Ahí no tiene nada que hacer él. No pega ni con cola en sus averiguaciones.

-Es lo que yo pienso. Mirá qué coincidencia. Como le agarró sed, se hizo unos kilómetros, hasta la cueva del que maneja la droga acá. En cualquier momento nos lo encontramos en Guiñazú, con los Borda.

-¡No jodás! ¿Ahí también?

-Tranquilo, todavía no. Como no vaya esta noche...

-Esperá, esperá... ¿Lo viste vos?

-No. Me llamó el Chino ayer. Y no hay forma de errarle. No creo que en toda Córdoba encontremos otro guaso con esa ropa y esas botas. Hasta la descripción física coincidía por completo. Me parece que le importa un huevo si nos enteramos o no.

-¿Pero, qué hizo...? ¿Le entró directo a Leiva con el tema?

-¿Para qué? Fue a hacerse notar. Era casi la una de la mañana. En ese barrio, en ese lugar, y con esa pinta... Estaba marcando el terreno. Andá a saber lo que se trae entre manos. Él, y los que estén con él.

-¿Marcar terreno...? Habrá tenido suerte de que no lo marcaran a él. ¿Vas a contarme todo, o qué?

-A eso iba, calmate –Muñoz disfrutaba el suspenso-. El Chino trató de sacarle charla, pensando que tenía que ser algún poli nuevo. De otra forma no se explicaba la imprudencia. La provocación, en realidad. Porque no sólo no le contestaba más que con gruñidos, sino que además miraba todo, y a todos, como perdonándoles la vida.

-Tenés razón: Es él. Me pone los nervios de punta esa paradita que lleva. ¿Quién carajo se cree que es?

-Bueno, imagínate Leiva. Se había zampado dos o tres whiskys, y le tiró sobre el mostrador un billete que todavía crujía. Antes que terminara de salir, el Chino había llamado a dos de los pibes que tiene atrás, y se los mandaba a llevarle una tarjeta.

-¡Putá...! ¡Qué raro! No me ha contado nada.

-Ni te lo va a contar.

-Pero, si esos guasos lo agarraron...

-Estaba llegando al coche cuando lo alcanzaron. Ya sabés las bromas y apretaditas con que empiezan. Estos ni empezaron. Los vio venir, se apoyó de espaldas en el auto, y los esperó. Antes que hablaran siquiera, se corrió el saco, para que vieran el cañón que llevaba en el sobaco. Pero lo mejor es que, al sacar la vista del artefacto ése, se encontraron con que en la derecha tenía un treinta y ocho, prácticamente colgando sobre sus cabezas. Tampoco ahí habló. Con un movimiento de cabeza les indicó que rajaran, y volvió despacito hacia el bar.

-¡No me lo puedo creer! ¡Ese guaso está loco!

-Totalmente. Calculá que debieron llegar más o menos al mismo tiempo. Ellos por atrás, y él por la puerta. No te digo que Leiva me preguntó qué pasaba con el tipo este. Se quedó en bolas. No sabía qué hacer. Los chicos habrán alcanzado a decirle algo. Pero el otro pegó en el mostrador, y cuando el Chino se asomó entre las cortinitas, le hizo con el dedo así –Muñoz movía el índice, como en las negaciones a los niños-, y le dijo: Muy mal, Leiva. Muy mal.

-¿Le había dicho su nombre antes el Chino?

-¡Ni por puta! Le marcó que lo conocía, y se fue. ¿Entendés la cosa?

-La entiendo, y no la entiendo. Creo que, mejor, no la quiero entender. Acá hay un guiso al que no me habían invitado.

-¿Sabés qué te digo? Que a lo peor, todas las cosas raras se van juntando en una sola. Vos lo decías la semana pasada: Demasiadas goteras, y todas en el mismo rancho. ¿Puedo ponerme en marcha? Algo me dice que, o nos movemos rápido o nos comen los albatros.

-Metete. Yo también buscaré por mi lado. Aunque, con esta mierda del Tula, va a ser difícil.

-Dejalo por mi cuenta. Creo que sé cómo solucionarlo. Mañana te cuento.

-De acuerdo. Suerte, Gordo.

-Suerte vos –Muñoz miraba por la ventana-. Creo que al que están amasijando los periodistas es al Interventor.

-¿El Comandante Suárez?

-Ese mismo. En diez minutos vas a tener una visita al spiedo.

-¡La puta madre que lo reparió! Justo lo que me hacía falta ahora.

-No discutás, ni expliqués nada. Agachá la cabeza. Estás agobiado y dolorido, porque era uno de tus mejores hombres. Llorá la traición, o lo que quieras, pero llorá. Y, sobre todo, pedile consejo. ¡No, boludo, no me mirés así! Te lo digo en serio. Haceme caso y vas a ver. No hay nada que les guste más que dar consejos. A los diez minutos se ha olvidado de la bronca que traía, y sos el hijo que hará lo que él diga. No puede cagar al que tiene que demostrar que sus consejos son buenos. Después ya harás lo que te salga de las bolas. Pero ahora llorá y ponete en sus manos. Me voy, che, porque no me lo quiero ni cruzar. Ése estaba allá cuando me garcharon. A ver: Poné cara de desolación –Gambetta no sabía si reírse o putearlo. A lo mejor por eso le salía un gesto penoso-. ¡Perfecto! Y desparramá papeles sobre la mesa, que te sorprenda con eso. Chau, Viejo. Mañana liquidamos todo. Confiá en mí.

PASARELAS

A despecho de la vehemencia con que arrancó, fue una relación tranquila. Mérito de Norma, por supuesto. Casi escandalosa de tan discreta, como sugería Sigfrido. El comportamiento de ambos seguía siendo el de compañeros juguetones y eficientes. Por otro lado, no pararon de viajar y hacer presentaciones hasta fines de Noviembre. En Córdoba, Jorge pasaba casi todo su tiempo libre con Graciela. Y a Norma se le amontonaban los exámenes finales de ese año. Así y todo, dedicaba un par de horas diarias a ayudarlo con las direcciones que aparecían. Se había tomado tan en serio el asunto del alquiler, que hasta le controlaba los gastos. Era una administradora terrible. Jamás le dejaba pagar en las salidas que hacían, a solas o con el grupo. Si en alguna oportunidad se distraía, y el otro conseguía alargar la mano con el dinero, el contagio obsesivo surgía en la voz de un coro, perfectamente aleccionado: “¡Noo, que Jorge tiene que guardar para el alquiler!”

Para colmo, encontrar el ansiado lugar era una odisea. En el radio céntrico, o alrededores, por el menor agujero pedían barbaridades: Un garante propietario, contrato de trabajo con antigüedad superior a seis meses, dos cuotas de depósito y una adelantada... Podían variar las condiciones, pero los precios eran siempre desorbitados. Al menos para sus planes y posibilidades. Sabemos que la idea de él era pagarse seis meses de entrada. Y usar ese tiempo para no hacer más que rascarse los piojos y mirar hacia adentro. O sea que el precio debía ser barato, a fin de mantener un fondo de reserva, y poder cubrirlo después con trabajos esporádicos. A partir de ahí, no le importaba que fuera una cueva de dos metros, o que el baño estuviera a una cuadra. Eso podría arreglarlo, o aguantarlo. Pero, por lo visto, no quedaban cuevas.

Las chicas lo instaban a buscar por los barrios, donde las exigencias por una habitación independiente serían más razonables. Y la que volvía a saltar entonces era Norma: “¡Nada de eso! No es lo que quiere, ni lo que necesita. Su medio es éste, la ciudad. La gente y los lugares en que de verdad se están haciendo cosas. Ustedes no quieren que razone, sino que se resigne. Jorge se ha pasado la vida en un barrio. Mirá qué joyita: Residencial América. Entre Villa Azalaiz y el Chaco Chico. Con esos antecedentes podés ser guardaespaldas de Sinatra. Creo que ahora, a los que nacen ahí, los eximen del servicio militar. Pregúntenle lo que es volver solo después de las diez de la noche. Claro, para el que labura, ve la televisión y se acuesta, vivir en un barrio es de lo más normal. Para mis viejos, vivir en un pueblo también lo es. Bah, aunque allá hay más iluminación que en cualquier barrio de acá, y no tenés una patota en cada esquina, esperando para asaltarte.”

Ante los silbidos, acusándola de exagerada, surgían también las experiencias personales, o de conocidos, que terminaban por darle la razón. Podía relativizarse, quizás habría barrios más jodidos que otros; pero en todos se repetía ese fenómeno de inseguridad en cuanto se hacía de noche. La visión de Norma era caliente, pero no equivocada: “Yo sí que me tragué un verso con la Ciudad de Córdoba. Acá, Ciudad son las ochenta manzanas del Centro, y se acabó. Me vine a estudiar, soñando con escapar del encierro y la monotonía. Y resulta que, como mi Tía vive a tres kilómetros de esto, estoy peor que allá. Minga de Ciudad. Saliendo de esas ochenta manzanas no hay un sólo cine, ni teatros, ni siquiera bares decentes donde una pueda entrar. Todos los espectáculos y la actividad cultural están en el Centro. Allá, a todo lo que podés aspirar es a levantar tierrita en el Centro Vecinal, los sábados por la noche, bailando pasodobles y rancheras, o pachanga de cuartetos. Y al que me salga con lo de la música y la cultura popular, le meto un patadón en el culo y lo mando a vivir ahí. Dejémonos de pelotudeces. Yo he nacido en un rancho. Y sé que la pobreza, en todos los sentidos, no es algo que se elige; sino lo que nos imponen, para mantenernos bien huecos y achantaditos. Lo digo, porque estoy hasta los ovarios de mis compañeritos de Facultad que, para sentirse masa de vez en cuando, se descuelgan en los carnavales a arrastrar los pies en el Deportivo Central Córdoba. Y después vuelven,

redimidos y autocríticos, y se compran algún disco del Cuarteto Leo, o de Palito Ortega, que guardan detrás de los de Los Rollings. Hasta que un día, de asado y chupe, les da de nuevo el ataque proletario, y te los hacen tragar con el yeite de la autenticidad y las raíces. Da la casualidad que casi todos ellos, hijos de inmigrantes, o sea con raíces bien europeas, además viven en el radio protegido e iluminado de la ciudad. Así que ni conocen, ni reconocen, la peligrosa aventura que sufrimos los del transporte empresarial. No, no me he equivocado: Si los ómnibus sólo funcionan, con cierta garantía, en los horarios de ir o salir del trabajo; y a partir de ahí cagate, no son transporte público sino empresarial. El pobrerío no tiene por qué salir para otra cosa de su casa, che. Si yo no le hubiera roto los huevos a mi hermano, para que me dejara traer la motoneta este año, seguiría enclaustrada entre los estudios y el Despacho; esperando el fin de semana para dar una vuelta por acá, ir al cine, y volver tempranito, rezando y mirando para todos lados.”

Llegada ahí, los que habían aguantado el tirón la acusaban de capitalista motorizada, infiltrada, traidora a su clase, campesina ilustrada, y demás descalificaciones, tendientes a restarle seriedad al discurso. Sigfrido decía que no terminaba de tener claro si era una agitadora nata, o una nativa agitada. “Por lo pronto, a éste, que no necesita demasiado –éste era siempre Jorge-, lo tiene bien agitado. Y hasta que no lo instale entre las luces céntricas, y a mano, ninguno de nosotros podrá dormir sin remordimientos.” Jorge la defendía, alegando que toda esa perorata, y sus obsesiones habitacionales, eran algo que la pobre le escuchaba desde el primer día; y quizás lo que hacía era resumirlas, para evitar la pesadez de él. “¡Sí, las samaritanas abundan en esta ciudad, de no sé cuántas manzanas; y los niños inocentes también!” Claudia no podía con su genio, y su rol de amiga combativa.

Porque en definitiva era, junto a Norma, quien más se movía averiguando lugares y precios. Ambas apreciaban la transformación provocada en él por ese ambiente. Quizás ella lo valorara aún más por conocerlo de antes. Y lo habían charlado con Graciela. Coincidiendo en que no se trataba de un mero deslumbrón. Si existía un medio, en el que se hallaba a sus anchas, era aquél. Incluso lo oían lamentarse por lo que

consideraba sus años perdidos, al no haberlo descubierto mucho antes. La avidez con que aprendía, o la seriedad casi tímida con que preguntaba, las sorprendían. Como la facilidad de asimilación que demostraba, reelaborando y traduciendo lo que engullía. En la mayoría de los casos, daba la sensación de estar confirmando viejas ideas propias, a través de los conocimientos y experiencias ajenas. Como si se hallara en un mundo presentido.

A Graciela, que es con quien se vaciaba de ese cúmulo de enseñanzas y entusiasmos, trataba de explicárselo diciendo que siempre había creído que pensaba cosas disparatadas y extrañas, en un idioma más extraño aún. Y ahora se encontraba, de golpe, con gente que hablaba ese idioma. Con creadores, actuales y antiguos, que habían pensado cosas similares. Se daba cuenta que quizás no estaba loco, ni era ningún iluminado. Sino un hombre, convencido de las dificultades que oponía la realidad en que vivían. Pero igualmente convencido de que eran muchos los medios aún no usados, por desprecio o ignorancia, para mejorarla. Norma, enterada por su socia masónica de la reflexión, al día siguiente lo agarraba por el cuello: “¿Vos, iluminado...? En Córdoba, seguro que no –se ve que lo de las luces de la ciudad le había jodido en serio-. Ahora, lo de loco, yo no lo descartaría tan rápido. Mirá que hablar de mejorar las cosas... Ocupate de mejorar lo tuyo, y ya será mucho lo conseguido.”

Hombre obediente y sensato, se aplicó a la tarea de inmediato. Una buhardilla, en la zona de La Cañada, lo dejó con la miel en los labios. Al final, los copropietarios del edificio decidieron que usarla como cuarto trastero supondría menos problemas. Algo similar ocurrió con la torreta del fondo, en una casona de Trejo; y después con la antigua vivienda de los porteros, a mitad de camino entre el Centro y la casa de Graciela, que habría resultado ideal. Estuvo a punto de cerrar trato por un sótano, a la vuelta del Mercado Central, pero Norma se lo llevó a los tirones. El precio y la bohemia estarían muy bien, pero se iba a tener que pasar las noches jugando al póker con las ratas. Vivían arriba de la moto y con el periódico bajo el brazo. Ya habían perdido la cuenta de los viajes y conciliábulos realizados en esos meses. Descartadas las agencias, por la comisión que cobraban y el nivel de las viviendas que ofrecían. A veces

se quedaban mirando al vacío, con el café que se enfriaba al medio, o mordiendo el cabo de la birrome con que tachaban círculos fracasados.

Después de insultar todo lo insultable, y arrugar hojas desechadas, Norma trataba de improvisar optimismo, con las vacantes que quedarían después de los exámenes, cuando los estudiantes regresaran por vacaciones a sus casas O, que mañana será otro día... En fin, aquello que se suelta cuando el ánimo empieza a flaquear, y en realidad no se ven demasiadas posibilidades. En cambio, la rabia de Jorge se manifestaba, puteando por la demora en aparecer del maldito bulín. Y en la diatriba no subyacía la menor duda sobre su existencia. Hablaba, como para sí, de un retardo misterioso. De un juego al escondite que ese algo, suyo ya, le estaba haciendo. Y bromeaba con acritud acerca de los patadones que le pegaría en las paredes, por el sufrimiento que anticipadamente le cobraba. Ella no entendía de dónde sacaba esa fuerza interior, esa convicción absoluta en su destino o lo que fuera. Sólo un loco podía enfrentarse, con tanta serenidad, o mejor, con esa alegría despectiva, a las adversidades.

Lo vivido en el ámbito nocturno de las amistades que Sigfrido les había proporcionado la ayudó en parte a acercarse a esta faceta de él. Cuando charlaban a posteriori sobre aquellos personajes, el mundillo descubierto, y los ecos de tantas ideas y gustos dormidos. Juntos habían analizado las obras, las exposiciones, los mil proyectos que se discutían acaloradamente. La diferencia entre los propósitos y la forma en que se llevaban a cabo. En los bares, o los viajes al interior, continuaban con esto, o vaciaban sus vidas en el hombro del otro. Notaba que la de él parecía moverse con las mismas coordenadas que aquellos proyectos. Que Jorge, tan oyente y visitante como ella misma, parecía estar en lo que sucediera, sin proponérselo. No encontraba mejor manera de explicarse lo que veía cuando estaban allí. Mientras que ella prefería acompañarlo, observar. Quedarse a las tertulias a veces, escuchando delirios, historias románticas, peleas de egos y envidias, o los descabellados planes con que querían transformar la ciudad y el mundo.

Jorge, captando su confusión, le decía que bajara el nivel de exigencia, que eso era sólo el fermento. Que no importaba lo absurda

y desquiciada que pudiera aparecer por momentos la mezcla. “Son ensayos, Flaca. Bocetos. Mañana, alguno encuentra la síntesis, y nos cae con un cuadro, un escrito, una teoría bien diagramada, o una canción. Y, al verlo en limpio, te caés de espaldas. Porque, hasta ese momento, todos pensamos que estaba hablando macanas. Andá a saber las barbaridades que se plantearían los tipos que vos ahora estudiás en la Facultad. ¿No ves que la única macana es callarse, tener miedo de buscar? Si vos te hubieras quedado en el pueblo, no me habrías conocido, y... Bueno, toda regla tiene su excepción, ¿no...?”

En ocasiones así, Norma debía echar mano de todo su autocontrol, para continuar siendo la chica discreta, que no hace según qué cosas en la calle. Aunque empezaba a creer que, con él al lado, también cambiaría eso. Si de algo se alegraría siempre era de haberlo conocido. “Nunca había tenido un amigo como vos. Y tampoco había tenido nunca un amante. El miedo de que una cosa jodiera la otra fue lo que me contuvo tanto tiempo. Pero Graciela me dijo que era una tonta. Que con vos no sucedería así. Es una mina increíble. No sé cuál de los dos está más loco. Pero los quiero muchísimo. Me han enseñado tantas cosas lindas, y además...” No es que se callara, o que se callara del todo, sino que a esa altura, como le daba el llanto, empapaba la chomba de Jorge, y no había manera de traducir lo que salía, entre sorbidas de mocos, escondidas de cabeza, besos, etc.

Y Jorge tampoco captaba mucho, porque ya había empezado a planear la tortura china que le aplicaría a esa novia maldita que la ciega providencia le mandara. Acababa de enterarse que la muy zaina sabía todo antes que él. Y lo dejó sudar petróleo, a la vuelta de aquel viaje, mientras le confesaba la culposa novedad, que se agregaba a su larga lista de libertinajes. Con razón se reía tanto. Y él, creyendo que el mérito provenía de su forma de contarle, y buscando cómo aumentar la gracia para hacerse perdonar. Encima Norma, consciente de haber metido la pata, y en su afán de arreglarlo, no hacía más que agregar datos y enfurecerlo el doble. “¡Claro, al final, el que se va a arrepentir sos vos!”

No, él tampoco se arrepentiría jamás de la ternura suave, y casi silenciosa, de Norma. Con ella, hacer el amor había sido prolongar

complicidades, hasta el descubrimiento de la pasión más profunda. Fue jugar desnudos, hablar con caricias, buscarse en el placer como se buscaban entre la gente al terminar el trabajo. Con la misma determinación, y la misma alegría, que buscaron aquel bulín. Festejando la magia de las explosiones en la piel, como festejaron la aparición de Raulito Del Bosque, a decirles que él sabía de una habitación, como la que buscaban, y que se alquilaba por seis mil pesos.

Cuando Jorge acabó de llevar sus cosas a Junín hacía más de quince días que habían terminado con los desfiles. Y Norma se hallaba encerrada con sus exámenes. Pensó en darle una sorpresa, inaugurando juntos la pieza, con cena, velas, y tutti quanti. Fue a buscarla a casa de la Tía. Pero ésta le dijo que no bien aprobar la última materia se había vuelto al pueblo. Sigfrido le comentó lo mismo. Esa flaca loca, y sus retiradas discretas. Ya aparecería cualquier día de esos. Y si no, cuando volviera al año siguiente a la Universidad, él se encargaría de demostrarle que eso no se le hace a los amigos. Córdoba era pequeña y fácil para los encuentros. Pero a Norma no volvió a verla nunca más.

PASARELAS

Acometer en el recuerdo las pasarelas plantea, como único conflicto, diferenciarlas. No de qué, sino de cuál estamos hablando. El qué sería lo más fácil, o inmediato, ante la obviedad de haber reunido bajo su nombre lo sucedido, desde que encontré la tarjeta de Sigfrido, hasta que mutuamente nos encontramos con Junín. Lo ocurrido, y también lo descubierto, en un mundo del que no esperaba nada. O sí. Esperaba trabajar, y ahorrar el dinero suficiente, para alquilar una habitación e irme de casa. La soñada tapera, el bulín, donde dibujar con rasgos propios lo que hasta entonces era un mal cómic de aventuras, si no mezcladas bastante revueltas.

Denominar así la etapa de los desfiles se impuso casi con naturalidad. Era un sinónimo aceptable. Además de corporizar –visión nebulosa desde los primeros despertares en Junín- el puente elevado que me depositó allí. Y toca precisar que –al menos en Córdoba- llamaban de esa forma a la estructura de metal, generalmente bordeada por un grueso alambrado de más de dos metros, que los peatones debían atravesar, para sortear por encima aquellos gigantescos terrenos de las estaciones de ferrocarril, o sus depósitos, sin verse obligados a efectuar larguísima rodeos.

La primera que vi y debí cruzar fue la de más corto recorrido. Pero así y todo me impresionó lo suficiente como para guardarla en el archivo de lo raro. No tengo idea qué hacíamos allí con mi madre. Posiblemente traer, o llevar, algún trabajo de las fábricas de calzado. Fue al poco tiempo de abandonar el conventillo, para irnos a vivir a un barrio lejanísimo de la Patagonia, que es lo que yo sentía. Tenía ocho años, y salvo al colegio –cuatro cuadras-, o las compras en el Mercado –otras

seis-, prácticamente no había salido. Todo era nuevo, en parte salvaje y extraño. ¿Por qué aquello se grabó así, con un algo de inquietante y antecedente...? No lo sé. Tal vez me resistiera al aparente engaño. Porque, aunque lo fuera no era un puente. De eso sí que habíamos cruzado en tranvía o caminando. En Córdoba, como en cualquier ciudad que se precie, la mitad de los tránsitos desde el centro hacia la periferia son a través de un puente. Pero están al nivel de la calle, son tan anchos como ella, y de cemento, igual que sus barandillas y columnas. Sobre todo, no tiemblan al pisarlos. Nadie puede temer el desprendimiento de una de las placas, justo la próxima, y el consiguiente precipitarse al vacío. No consigo recordar si es algo que sentí yo, o tal vez el miedo me lo transmitió mi vieja, con palabras o gestos. De cualquier manera, la primera pasarela –que no tendría más de cincuenta metros, y unía el comienzo de la Avenida Alem con las estribaciones de Talleres Oeste y Pueyrredón- me dejó el aprensivo retumbar de los pasos sobre las chapas, que parecían vibrar y hundirse; sumado al sorpresivo pitido de una locomotora, que nos envolvió en humo al pasar por debajo.

Lo que son las cosas. Hasta el momento de añadirla, no había vuelto la imagen de aquella máquina, ni la acre y espesa vaharada. Ahora deduzco que eso sí debió provocar el temblor en toda la estructura, y el lógico susto de quienes no lo esperábamos. Creo que nunca volví a usarla. Pero, además, porque estaba a muy pocos metros del cruce a pie de las vías. Y para colmo debería decir en bici, más que a pie, ya que a semejante distancia de casa raramente me encontrarían entonces caminando.

La segunda pasarela cambia todo. Sólo por temor a la exageración diré cientos de veces, en lugar de miles, al contar mis trayectos por ella. En bicicleta y a pata. Incluso en moto. Aunque ya sé, es verdad, yo nunca he tenido moto. Pero los otros sí. Los que a veces me habitan, o habito. ¿Estamos en proceso de reunificación o qué? Me cuesta, me agobia, me duele, todavía no sé hacerlo bien. Ni estoy demasiado seguro que se pueda hacer, sin provocar esas miradas de soslayo que ahora me dedican. Lo que sucede es que esta pasarela... ¡Aah..., ya...! Acabo de captarlo yo también: No es sólo lo de cientos, o miles de veces. Hasta

perdonan lo de la bicicleta: Dejalo, no le discutamos. Vamos a suponer que la cargaba por la escalera, hasta arriba, pedaleaba el chapado tramo, y volvía a cargarla para bajar. Claro que tendría que estar evitando un rodeo de kilómetro y medio al menos. Porque si no, un poco incómodo, ¿no...? Y así y todo. ¡Pero lo de la moto...! ¡No jodás, che! Ni juntando a los habitados para que te ayudaran.

Vamos a llamarlo lapsus previo. Traiciones del subconsciente, por estarlo traicionando. No acepta así nomás las nuevas instrucciones, y manda información desbolada. Chambonada mía que, de puro mareado en la limpieza, pierdo de vista el necesario orden. Ténganme paciencia. Consuélnense pensando que, cuando Martos me dijo que fuéramos en bici por la pasarela, también lo miré con esa cara. Dije que paciencia. Ya viene la explicación: Los Martos eran una familia que vivía en la misma cuadra. Éste el hijo mayor -aunque físicamente uno de los más chicos de la barra-, flaquito y peludo. Ya saben que yo hacía todos los mandados de la casa. Y era el transportista en bicicleta de las bolsas, con el laburo terminado, hacia las fábricas de calzado. Quedaran éstas donde quedarán. No sólo mi hermano, sino distintos cumpas de dicha barra, se anotaban por turno, o asalto, a los viajes, sentados en el caño del Comepiojos. Nueva y pertinente aclaración, supongo. Como la bici tenía manubrio de carreras, imagínense forcejear doscientos kilómetros encorvado, y con alguien en el caño. O sea, que doblé el manillar hacia arriba. Con lo cual parecía propio una mantis religiosa, conocida allá bajo el nombre de Comepiojos.

Bueno, entonces estábamos en que el Martos se me había apropiado de pasajero, para una repartida de aquellas. Iba meta pedal yo, en dirección al largo y sinuoso camino hacia Villa Corina, para enganchar luego Pueyrredón, Yapeyú, y finalmente San Vicente, que es donde estaban la mayoría de fábricas y curtiembres. En eso, gira apenas la cabeza, y juntando los cinco deditos pregunta: ¿por qué mejor no cortamos por la pasarela...?

Ya está. Ahí me tocó el turno de componer la caripela de marras, y el tipo de cuestionamientos que ustedes hacían y no repetiremos. Podrán

apreciar la diferencia en la respuesta recibida: “Agarrá por acá, boludo, y ya vas a ver.” Como en ese tiempo lo de boludo me tocaba siempre, y generalmente tenían razón, seguí las indicaciones callado, hasta embocar en un enorme e interminable paredón una entrada de no más de dos metros de ancho. Ni discutí lo de aprovechar el desnivel cavado, subir a la vereda, e internarme en aquel pasadizo, o –tuve que rendirme a la evidencia- pasarela a nivel del suelo. Intentaré describirlo: Piso de tierra, con baches, arenisca y piedras; bordeado, eso sí, con la tópica y alta alambrada, y los metálicos caños que la sostenían. Creo que el recorrido estaba compuesto por tres, o cuatro tiradas en zig-zag, de unos cien metros cada una, con las curvas en ángulo recto; y que finalmente salías al Deportivo Central Córdoba, a palo de chapar hacia Pueyrredón, Yapeyú, o Talleres Oeste, según gustos o encargos.

Mientras íbamos pasando por lo que, para mí, era un verdadero territorio comanche, Martos me instruía. No sé si alguna vez comenté que Residencial América se empezó a construir, en tiempos de Perón, como barrio para los obreros del ferrocarril. El Viejo Martos era uno de ellos. Y también ahí entendí que Barrio Talleres se llamaba así porque rodeaba los antiguos talleres, ya casi en desuso. O sea que si había un Talleres Este, y otro Oeste, se debía simplemente a la ubicación con respecto a los Tinglados. Tan pillado yo, con mis estudios y mis notas, y aquel negrito mechudo me estaba mostrando hasta qué punto era incapaz de ver lo que tenía ante los ojos.

Comprendo que el territorio comanche visto de lejos, y con la torpeza descriptiva que exhibo, no aporte las sensaciones que yo recibí. Seguramente no sumaré gran cosa confesando que lo veía como un interminable campo de batalla, donde inenarrables monstruos prehistóricos se habían destruido mutuamente; y eran sus fósiles restos lo que por doquier poblaba aquel brutal espacio, contemplado tras las alambradas, mientras jadeaba esquivando piedras, o los pocos transeúntes con que nos cruzábamos. Lo cierto es que se trataba de hectáreas, ahora baldías, donde habían crecido árboles, vegetación espinosa, e islotes de matorrales dispersos. Asomaban vías retorcidas bajo los restos de vagones desechos. Otras que se enterraban entre montañas de tierra

y escombros metálicos, o se perdían hacia ninguna parte. Habría que multiplicar esta dispersión de huesos y engranajes oxidados. Montarlo como la escenografía de un filme sobre catástrofes nucleares. El apocalipsis de las máquinas de tren. Junto a grúas, también derruidas, que simulaban enormes brazos amputados, o quijadas entreabiertas en una mueca de espanto, que el frío y la muerte han detenido hace tiempo. Aunque ninguna de estas tonterías que digo hoy, puede equipararse a la fascinación sentida entonces.

Entre otras cosas porque la infinidad de vivencias superpuestas en ese ámbito forzosamente afloran, para deformarlo, si intentamos su pintura como la de un solo momento. La culpa inicial fue de Martos. Él notó mi embobamiento, y cada vez me contaba algo nuevo, o me adentraba en los secretos del territorio. Conocía los pocos personajes que todavía, aunque esporádicamente, lo poblaban. Viejos amigos de su padre, con quienes había jugado allí de niño. Gracias a lo cual, en breves escapadas –desde casa cronometraban estos viajes míos-, nos dejaban entrar a un galpón en ruinas, o nos mostraban los restos de lo que había sido una locomotora, los coloridos tambores de petróleo abollados, amontonados y vacíos, las entrevistas montañas de ruedas, tirantes, y enganches; las únicas casetas supervivientes, casi a la salida de la pasarela, donde se guardaban pilas de documentación, y una especie de gran cuadro de mandos, cubierto por telarañas y polvo.

Mucho más que eso me mostró mi pasajero de la bici. Cuando yo me quejaba de que sólo podíamos entrar, a ese campo de aventuras, si milagrosamente aparecían sus amigos. Con la picardía de quien se ha guardado el as en la manga me enseñó a contar los caños de sostén, y cada cuántos, en sólo un par de lugares, podía despegarse apenas el alambrado y pasar sin que se notara. Para compartir después el más preciado de sus tesoros escondidos. Entre ladrillos, cabezas de unión, pinceletas secas, piedras, y otros fierros herrumbrados, removió un poco y sacó triunfal lo que parecía un caracol, achatado y grande, de lata, con una manivela forrada de manguera. Recuerdo que lo miré, pensando en los extraños gustos de cada uno. Y exageré la admiración causada, para contentarlo. Era su juguete secreto y favorito. Hasta que, con esfuerzo –no había parado de manipularlo, concentrado y cuidadoso-, logró media

vuelta de manija, y se me helaron los pelos de la nuca. Era una especie de sirena. Según él, la que usaban antes para indicar entrada y salida. Pero que así, sucia y destrozada, era el chirriante lamento de mil almas en pena.

La historia de Martos se acabó pronto. Creo que más o menos para el tiempo en que me metieron al seminario, ellos se cambiaron de barrio. O quizás de provincia, porque no volví a encontrar jamás a ninguno. Seguramente hubiera disfrutado, con algo de orgullo paterno, el jodido uso que le di a su sirena. Habrá aún gente de la zona, relatando las leyendas de una época en que pocos valientes se atrevían a cruzar, de noche, la oscura pasarela, a raíz de los infernales gemidos surgidos de sus entrañas. La oscuridad, en los barrios cordobeses, es una constante acreditada por derecho. Se dice que los escasos faroles esquineros -aquellos que la municipalidad a veces repone-, son bajados a hondazos por novios y malvivientes. Es probable que algo así sucediera también en las tres parejas de altos focos, distribuidas en los ángulos de la pasarela. La voz narrante confiesa -sin ningún tipo de remordimiento-, la utilidad y aprovechamiento de cierto predio, a lo largo de varios años. Precisemos, para los muy desmemoriados, que se habla de la época en que tan necesarios fueron escondites, y puntos de almacenamiento de material peligroso, difícilmente disimulables, y con escasa seguridad, en domicilios privados. Como Poe -entre otros-, avisara, no existe mejor escondrijo que el dispuesto a la vista de todos. Supervivientes que fueron activos -del Cordobazo por ejemplo-, sabrán el preponderante papel jugado, como alternativo punto de huida, o reunión y avituallamiento; y las violentas escaramuzas ganadas a la represión, en los terrenos de Forja -como también se conocía al territorio comanche-, donde no había forma de hallar, ni controlar, a los malditos insurrectos que los hostigaban.

Lo siento. Ya dije que la memoria, una vez liberada, recupera amontonando lo que tan separado creía tener. No eran estas tristes batallas, de feas y tristísimas realidades, las convocadas para el caso. Deseaba pintarles aquella pasarela, a ras de tierra, donde un niño, sorprendido y maravillado, robaba minutos a la represión de casa, para inventar sus prohibidos juegos. Aunque, mientras lo digo, la comparación

y la pregunta surgen, con la autonomía de lo evidente: ¿Cuál es la diferencia...?

Dejémoslo así. Las respuestas irán llegando solas, con el viento de la historia. Nos queda aún la tercera pasarela. La más clásica, si de definirla se trata. El póster que habría dibujado en Junín, a contraplano, para mejor representar el vuelo sobre obstáculos de la euforia del fracaso. Se hallaba a una cuadra del colegio, en la Jerónimo Luis de Cabrera, y atravesaba a buena altura –creo que eran tres los tramos de escalera, hasta llegar arriba- el predio central de la Estación General Belgrano. Salías casi directamente a la bajada Roque Sáenz Peña. Cerca de cien metros, contemplando el fluir de la gente en los andenes, los movimientos de carga y descarga en la zona de mercancías, o chispazos de soldadura y operarios afanándose en reparaciones y limpieza, entre galpones y rieles de desvío. Con el declive de su funcionamiento el atractivo formal no disminuía. A mí, al menos, me encantaba su pureza de líneas en el silencio. Tal vez esté diciendo que no me distraía ni intimidaba. Que las perspectivas, a derecha e izquierda, mantenían un trazado agradable, limpio, de huida hacia lo deseado y desconocido.

Está claro que, lo que diga de ella, sólo habla de mí. No soy un espectador objetivo. Si por las calles, aún hoy, en una acera cualquiera, hay ocasiones en que necesitaría el tiempo de descompresión de un buzo, para entender lo que yo mismo he dicho a quien me acabo de cruzar. Créanme, es así. Se trata de un buen ejemplo. O una información pertinente, sobre el energúmeno que habla, en todo caso. Consciente de mi naturaleza flotante –de alguna forma tendremos que designarla-, entre los que me habitan hay uno, desde siempre, que vigila en torno y me llama. O actúa con rapidez, improvisa en mi nombre, hasta que retomo el mando. No, no es tan difícil, ni tan raro. A peores automatismos nos acostumbramos, y ni siquiera en propio provecho. No me obliguen a recordarles cómo son ustedes en sus trabajos. Más quisiera volar. Mucho más deberíamos hacerlo todos. Pero, de acuerdo, se trataba de explicar que lo que veo, expresado a través de lo que imagino y siento al recordarlo, difícilmente serviría para levantar aquel mencionado plano a escala. Para traducir con fidelidad, lo que en ese instante me rodea. Y ya si hablo de una pasarela...

No le pongamos música de fondo. No sé si la tiene. Más bien no, porque es un intermedio. ¿No parece tan caprichoso verlo así, no...? La cosa es que salía del cole, por ejemplo. O, mejor, llegaba tarde. Yo, en el secundario siempre llegaba tarde. Sonámbulo y muerto de cansancio. Creo que la sorpresa, para los demás, se hubiera producido si lo hacía en hora. Tampoco sé por qué sólo meneaban la cabeza y, con gesto de no tenés remedio, dejaban que me tambaleara hasta el pupitre. A lo mejor porque nunca mentí. Jamás inventé pelotudeces, ni acusé al reloj, los ómnibus, mis padres, o el destino. Entraba al aula, alzando las manos, y poniendo mi testa a disposición del Profe que tocara. Increíblemente, en muy pocas ocasiones aplicaron el reglamento. O sea, media falta, y prohibición de asistencia a esa clase. El dato es útil. Porque alguna mañana, a media cuadra de llegar, arrastrándome, veía salir a Pety de su casa –vivía casi enfrente del colegio, y disputaba conmigo el récord de impuntualidad-. Me hacía señas engarfiadas con el índice, chapaba mis libros y los suyos, y los tiraba adentro, sobre un sillón, antes de palmearme y volver a cerrar la puerta. “Si ya nos hemos ganado media falta, y no tenemos ni un cuarto de ganas de aguantar el chaparrón, vámonos al Centro, che.”

No todas las veces que crucé aquella pasarela fueron esos los motivos. Pero parte de su sabor, de puente hacia la libertad, viene de las chupinas, seguro. Escapábamos de las aburridas obligaciones. Un corte de mangas al Colegio. Dejábamos atrás Alta Córdoba y bajábamos casi en Cofico. Asumiendo, tras el puente de la General Paz, la ciudad que nos esperaba. El sótano del bowling, o los antros con billares. Después un cuarto de pizza, y media jarra de vino. Pety es el que tenía guita, y siempre invitaba. Escuchábamos los discos nuevos que llegaban, en las cabinas de Vértice Musical. Charlábamos y discutíamos, café por medio, en cualquier bar. Oteábamos algún grupo de chicas a quienes arrimarles el sulky. Él definía la experiencia como un paso a dar: “Es otra vida, che. Ya estoy harto de pelotudeces. Cualquier día de estos, largo a la mierda los estudios.” Y no era hombre de promesas vanas. A mitad de tercer año lo hizo. Así que tuve que buscarme otros compañeros de ausentismo, o cruzar la pasarela solo.

También a ésta vamos a dejarla ahí. Como un dibujo abstracto. Más color y climas que líneas en fuga. Aunque en esa abstracción, su definición es la fuga. Bueno, añadamos, ahora sí, la música. Una fuga, en más y mejor, para mí. La más cercana y final. La más linda de todas. En sus cien metros se interrumpía todo lo que trajera bullendo. O sea que también se convertía en descanso. Ingresaba a una película personal, de pasos retumbantes, pero seguros. De túnel a un más allá, pero abierto. No hay nada que hacer. Un simple puente, de chapas atornilladas, y semejante sucesión de desvaríos. Soy carne de diván, tiene razón el Ele.

CABILDO

No era torrencial la lluvia, pero sí densa y continua. Gambetta había salido a comer, casi dos horas más tarde de lo habitual. El despelote de Bossio seguía arrastrando consecuencias en el trabajo de todos. Pero también lo hizo para desorientar a los periodistas apostados a la espera, aunque eran bastante menos que el día anterior. Utilizó el callejón lateral, tras comprobar que estuviera despejado, y se cubrió con un capote viejo y la capucha hasta los ojos. Un par de cuadras más allá pasó derecho al reservado que, para casos así, le guardaban los dueños del Fiumicino. Muñoz era quien lo había citado allí por teléfono, advirtiéndole que quizás demorara un poco en llegar. Pidió su acostumbrado plato de riñones al Jerez y una botella de tinto. Cuando trajeron la comida ya había mediado el vino, y asintió ante el gesto del camarero en cuanto a buscar refuerzos. La nueva botella apareció acompañada de una fuente de tallarines humeantes.

-¡Ojo, que esos son míos! –estos días los iban a matar. El Gordo traía su turno de agotamiento marcado en el rostro, y los movimientos más pesados que nunca-. Bah, si te portás bien te dejo sacar un cacho. Por eso pedí de más. Para que no chupés de vacío. Porque con esos riñoncitos no hacés base –mientras hablaba, casi antes de sentarse, iba liquidando su primera coca-cola-. Estoy deshidratado, Viejo. Cuando conduzco no bebo. Por los gases, ¿sabés? ¿Qué pasa...? ¿De qué te reís?

-No, nada... Esa costumbre tuya, de chapar la botellita con dos dedos.

-¿Qué tiene...? Soy un tipo fino yo, aunque ustedes no se den cuenta –la risa rebotó en los paneles de madera del reservado.

-Es que..., parece que hay gente que sí se da cuenta –el Comisario estiró la pausa, masticando, para preparar el efecto-. Tu amigo el Cubano, por ejemplo. Él también es muy fino, y ha estudiado sicología –el Gordo lo miraba, sin terminar de llevarse los fideos enroscados a la boca-. ¿Sabés

qué le dijo a Jiménez...? Que esa manera de agarrar, con el pulgar y el índice, significa que tenés la pinchila chica –Gambetta sólo esbozaba una sonrisa cargadora, pero Muñoz dejó el tenedor en el plato y rechinaba.

-¡Te lo dije! ¿Ves que es puto...? ¡No falla! Estos maricones van siempre igual: mirando y midiendo las porongas de los que pasan al lado. Pues más le vale que, si quiere llevarse el gustito de una poronga cordobesa, haga una parada a mitad de viaje y lo seduzca a tu ayudante. Porque si no...

-No te pongás así. Yo no le creo –sin mirarlo, Gambetta trasladaba con las pinzas una porción de tallarines..

-Y a mí me importa una mierda si le creés o no. Mirá, dejame comer primero. Porque, además de deshidratado, estoy cagado de hambre. Dame filo vos, mientras. Contame qué pasó ayer con Suárez. Me fui preocupado con eso.

-¡Ah, no..., nada! Ese tipo es más bestia que nosotros dos juntos. ¿Podés creerte que casi no hablamos del Tula? Estaba que se subía por las paredes, a causa de los periodistas. Sobre todo dos: Uno, Lamarca, ya sabés –Muñoz asentía, entrecerrando los ojos y con la boca llena-. Y el otro un pibe nuevo, del Canal Universitario. ¡Están locos! Se piensan que una caída nuestra les da piedra libre para pasar al contrataque. Si le llego a dar bola a lo que me pedía en ese momento, hubiera tenido que mandar a los muchachos a meterlos para adentro y fusilarlos. ¡Te juro que no lo decía en joda! ¡Quería colgarlos en el patio ya! Los muy boludos no paraban de restregarle las torturas, y meta con que si esos asesinos eran las fuerzas del orden que amparaban los militares. ¿Sabés que lo primero que me pidió, nada más entrar, fue una pistola; porque él, decía, había cometido el error de venir desarmado? Con la calentura que llevaba no sé qué hubiera pasado. Posiblemente el show completo –en las pausas para beber, la mano izquierda se le disparaba hacia el cuenco de queso rallado, y tapaba los fideos-. No me preguntés cómo conseguí calmarlo, y hacerle ver que no era el momento más indicado para una demostración de fuerza de ese calibre.

-Vos lo has dicho –Muñoz sacudía los dedos-. De ese calibre. Te advertí: Es un loco peligroso éste. De los que piensan que levantarle la voz a un militar, o decirle lo que no quiere escuchar, debe acabar a sablazos, o un tiro en la nuca.

-Tuve que prometerle eso. Y me dio quince días. En cuanto pase ese tiempo, boleta para los dos.

-¡Que se jodan! Ellos se la buscaron. ¿Pero, en serio que no te dio la biaba con lo de Bossio?

-De pasada, y al final. Pero tipo consejero espiritual, como me habías dicho vos: Que de ahora en adelante cuidara más la gente. Que los fuera licenciando, o cambiando de funciones, si notaba signos que excedieran lo necesario y conveniente. No, supongo que el sermón iba a ser más duro. Pero como le pasó esto... ¿Has visto, en las embotelladoras, esas cintas que dan vueltas...? Bueno, Suárez clavado a una de ellas. Me contaba las impertinencias, las provocaciones, de esos hijos de puta. La falta de respeto a la Patria y Sus Representantes, lo que había que hacer con ellos. Ahí me tocaba a mí serenarlo, prometerle, asegurarle, y... Vuelta a empezar, con que esos hijos de puta, tururú, tururú. Al final, yo de nuevo, tururú, tururú... Si te digo siete largas veces, palabra por palabra, en una de esas me quedo corto. Un disco rayado, che. Hasta en la forma que le subía y le bajaba la espuma. El mareo que tenía cuando se fue, no me dejaba ni levantarme del sillón. Vos que lo conocías, a nuestro Interventor, ¿estás seguro que le funciona el marote?

-Le funciona, como les funciona a la mayoría: En piñón fijo, y con orejeras. Pero, bueno..., son los que mandan.

-Sí, qué le vamos a hacer. Por un lado, mejor, ¿no?

-Mientras no se metan con nosotros, por cualquier lado –el Gordo iba alcanzando el punto filosófico, ante el plato casi vacío.

-¿Fuieste otra vez a Buenos Aires, vos?

-Fui –Muñoz le avisó al Mozo, que ya podía traer el postre y los cafés-. Y después a Santa Fe. Me he mandado un rally de locos. Pero, está bien. Ha valido la pena.

-¿Ha valido la pena?

-Sí, Papito. A los de la Capi no les pude sacar mucho más que en la primera vuelta.

-¿Al judío tampoco?

-Ése. Sí, señor. En su estilo, ¿cierto...? Pero no me negó lo que pensábamos. En la Mafieta de allá, y en la de Rosario, verían con muy buenos ojos que nos removieran. La vieja historia: Anexas Córdoba les significaría casi el monopolio nacional. Pero, para descabezar a los Capos

de acá tendrían que anular la protección que nosotros les damos. O sea que todas las cosas raras, hasta lo de Bossio te diría, podrían leerse como el prólogo a las acusaciones de una gestión incompetente.

-El término me suena. Valbuena lo repetía cada vez que hablábamos.

-¿Y no me dijiste que le estaba tirando maicitos a Jiménez, sobre lo contentos que estarían si él fuera el Jefe?

-Palabras más, palabras menos. Aunque el mismo Jiménez reconoce que está muy verde, y es lo que le contestó.

-O lo que te dije a vos que le contestó –los panqueques con dulce de leche desaparecían en las fauces del Gordo, que parecía disfrutar tanto de ellos como del cariz que tomaba la conversación-. Pero eso no importa. Lo que sí importa es que ellos lo ven como el títere perfecto. Y que ahora, el Técnico Extranjero tendría que levantar, por casualidad, una puntita de la manta, para que se nos vea el culo. A eso va a Santa Fe, ¿no...?

-No lo sé. La versión extraoficial, a través de lo que me bate Jiménez, es que anda tras la agresión a Grimaldi. Ya te dije que se le ha metido en la cabeza lo de ese grupo y sus acciones sincronizadas.

-¿Y vos te lo creés?

-¿Sabés qué pasa...? Más allá de que a mí tampoco me gusta el tipo, nuestras teorías no están tan lejos.

-Ya... Me había olvidado. Él piensa en un grupo, y vos en un sólo guaso. ¿Se lo dijiste?

-No. ¿Para qué? Al fin y al cabo la diferencia es de fondo. Si encontrara algo, serviría igual. Sólo que él imagina una serie de personas, muy bien preparadas y muy inteligentes todas. Los ve como una sucursal enemiga, que les hace la competencia. Y yo, si es que existe, y no se trata de otra cosa, veo una sola cabeza y los muñecos de siempre. Un funcionamiento, tan medido, no se mantiene cuando piensan varios. Pero, bueno, para qué darle vueltas ahora. Esperaba que Valbuena levantara alguna perdiz, porque a mí también me tiene las bolas al hombro ese asunto. ¿Vos pensás que no es eso lo que está siguiendo con Grimaldi?

-Vos también lo pensás –Muñoz rechazó el azúcar, que el otro le ofrecía. Necesitaba el café amargo para seguir en marcha-. El cubano ya debe saber que Grimaldi llevaba, hace unos años, lo mismo que yo ahora. Si lo que quieren es provocar el escándalo, les vendría de puta madre.

-Grimaldi no me haría eso. La casa que tienen allá, con la madre, y la pensión vitalicia, se las arreglé yo. Además, es un tipo derecho.

-Cada vez más doblado, el pobre, te diría yo. Y de las deudas y fidelidades olvidate. A mí, en cuanto los que te jedi les tocaron un par de veces la puerta, me vendieron hasta los hermanitos de leche.

-Está bien –Gambetta fumaba, reconcentrado-. Todo lo que me decís lo he pensado. Espero que no, pero hay que prepararse por si acaso. El fato ahora, es ver qué hacemos cuando vuelvan Jiménez y Valbuena.

-No van a volver.

-¡Epa...! –el Comisario miró hacia todos lados, antes de enfocar lo de nuevo-. ¿Sabés algo, que yo todavía no?

-Acordate que, por pura casualidad, acabo de hacer la misma ruta que les va a tocar a ellos. ¿Vos fuiste alguna vez a la casa de Grimaldi?

-No –Gambetta había pedido más café, y lo seguía con total atención-. ¿Qué pasa con eso?

-Nada. Curiosidad nomás –sacaba el labio inferior, y se encogía de hombros-. Está en las afueras. Al ladito mismo del Paraná, ¿viste...? ¿Tampoco te dije que, antes, pasé por el Tigre?

-Che, al final lo del rally será cierto. Claro, te quedaba de paso. ¿Alguna visita sentimental?

-Ya me conocés. Los amigos siempre tiran. Y por allá tengo a unos Paragua, de los viejos tiempos.

-Creo que me habías hablado de ellos. Contrabando, ¿no?

-Contrabando, y lo que les tirés. Algunos habían laburado en astilleros, otros en la Ford, me parece. Indios puro quebracho. Para sacarles tres palabras, ni con el Tula. Pero lo que tienen que entender lo entienden enseguida. Y esos no te fallan nunca.

-Entonces sí, son los que recordaba –lo miraba al Gordo, casi con amor-. Tenían su propia república en dos o tres islotes, me contaste.

-Donde no se acercan ni los peces. Bueno, los peces sí. Te hacen unas parrilladas que quedás culo parriba. Lástima que tenía el tiempo justo para dejarles los datos del Torino, y de los que se accidentarían con él.

-Mirá que hay accidentes que, cuando se revisan un poco...

-Los Paragua son expertos en accidentar. Además, lloviendo, de noche, conductores que desconocen el camino... No te imaginás lo resbaloso que está aquello. Y ya te dije, al ladito mismo del río.

-Gordo..., estamos hablando de un guaso muy bien preparado. Y de gente que, después, irá con lupa.

-La lupa, cuando lleven un pico de horas bajo el agua, se la tendrán que perder por el ocote. Los pescaditos de la zona, ante ciertos reclamos mordisquean a lo tonto. Un horror lo que queda de esa pobre gente –sacudía asqueado la cabeza-. Y en cuanto a lo de bien preparado... ¿Qué va a hacer si, de golpe, un mionca sin luces los tira a la mierda, con seis o siete locos arriba? No los conocés a estos. No hablan, pero son un equipo de comandos imparabile. Si hace falta, uno te agarra de los pelos, y otro va apretando el cogote contra el parabrisas roto, hasta dejarte colgando la cabeza. No es el primer accidente que me arreglan. Quedate tranquilo. Miden y borran hasta las escupidas. Un par de horas después, el camión ya no existe. Lo desarman y entierran.

-¿Y si pasa alguien más por ahí, a esa hora?

-Te he dicho que controlan todo. Apostan gente en los dos extremos, con uniforme si es necesario, para desviarlos. Son indios, Papi. No le tienen miedo a nada, ni les importa de quien se trate. Les pagás bien, hablás lo justo, y los tendrás siempre ahí, para lo que necesités. Cuando han chapado a alguno, lo tienen que matar o dejarlo. Porque, salvo el nombre, no les sacás más. Y eso si les entendés, que no es fácil. Yo, porque soy políglota –Muñoz frotaba la yema de los dedos, indicando el lenguaje adecuado, y observaba canchero al Comisario-. ¿Qué pasa...? ¿Remordimientos por el Pibe? No tenemos opción, che. Aparte que tampoco sabemos si está en la martingala. Dejar que vuelvan, sería patearnos en contra. De cualquier manera, tengo que llamarles, para confirmar. Vos dirás.

-¡Ma qué remordimientos...! Estaba pensando en el quilombo que le voy a armar a Daneri.

-Vas más rápido que yo. ¿De qué quilombo hablás?

-¡Cómo de qué quilombo? ¡Imaginate! Este hijo de puta, del especialista que nos trajo, se ha cargado, por imprudencia y soberbia, a mi ayudante. ¡Al que yo estaba formando, y quería como un hijo! Consiguió que se me insubordinara. Que se fuera con él, sin pedir permiso ni avisarme. ¡Sin comunicarme nada ninguno de los dos! ¿Ese es el trabajo conjunto que íbamos a hacer? Y encima, antes –miró al Gordo, cabeceando de lo más convencido-, fijate lo que son las cosas,

me solicita por escrito que le quite la custodia. ¿Qué intenciones tenía, al hacer eso? ¿Qué estaba escondiendo? Si hubieran tenido el apoyo de otro coche con mis agentes no les habría pasado nada. O, al menos, los habrían auxiliado a tiempo. ¡Eso es lo que conseguimos, por despreciar la experiencia de quienes sí sabemos en lo que estamos! ¡Putá si me van a escuchar! ¡Los voy a volver locos!

-Siempre me sorprendés, che –Muñoz asentía, admirativamente-. En los pasos siguientes todavía no había pensado. ¡Genial...! Los proyectos que tuvieran, se les van a convertir en supositorios. Y, aunque sospechen, que sospecharán, claro, la advertencia es transparente: Al que se mete al agua, se lo comen los pescados. ¿Sabés qué creo...? Que empezó jodido, pero termina de puta madre. Se lo van a pensar dos veces, antes de volver a tocarte las pelotas. Salís reforzado, Viejo. Me gustaría ver si lo de las filtraciones, y esas manganetas, continúa.

-A mí también. Me mantengo en la idea de que son cosas distintas. Pero, bueno, ya lo veremos. Cada cosa a su tiempo. ¿No tenías que hacer una llamada telefónica, vos?

-A las cinco –el Gordo miró el reloj y silbó, para que viniera el Mozo-. Nos queda tiempo para un coñac. Acá tienen un Gran Reserva buenísimo. Y habrá que brindar, ¿no...?

PASARELAS

Bajó del rastrojero y, con ayuda del dueño, descargaron las valijas y las cajas. Pusieron todo en la escalera, no bien pasar la puerta. Le dio las gracias y le pagó el viaje. Mientras se alejaba, sus ojos siguieron las tres últimas cifras de la patente. Cinco, siete, uno.

Quinientos setenta y uno, calle Villa Rica, Barrio Residencial América. La casa que acababa de dejar. Que veinte años no es nada, que fugaz la mirada. Que fugás la mirada, para no verte aún juntando ropa, cachivaches de cocina, el camping-gas, algo de vajilla y cubiertos, el Winco y los discos... Ya está, ya pasó el tirón, las dudas, y los meses de búsqueda. Lo primero que tendría que colgar en la pieza sería una foto de Norma, en homenaje. El apoyo moral y logístico de la flaca fue determinante. Sin la motoneta se habría vuelto loco caminando. Así y todo, sobre el final, parecían dos expedicionarios andinos extraviados. Cuando lo encontraron a Raulito, frente a la galería San Martín, eran exactamente eso. No les costó nada aceptar la invitación a tomar un café y charlar un rato.

Habían sido compañeros de Facultad. Por los apellidos, en distintas cátedras y distintos horarios de clase. En realidad le tocaba con Rolando, y fue a través de él que se conocieron y formaron aquel grupo, algo heterogéneo, pero que recordaba con agrado. Apenas se habían visto después que abandonara abogacía. De la última vez haría casi un año. Así que tuvo que contarle la serie de problemas laborales, lo de los desfiles –cosa ante la que el otro desorbitaba sus pestañudos ojos-, cómo iba el noviazgo con Graciela, etc. En el etcétera, Norma debió aclarar su anexo, porque la incomodidad y las miradas furtivas del pobre, cuando mencionaban a Graciela, daban pena. Una vez actualizados, y más tranquilos todos, lo pusieron al tanto de las peripecias tras un

alquiler cercano y barato. No hizo falta preguntarle si conocía alguno. Con entusiasmo, y un poco ruborizado, les dijo que él también se había puesto de novio. Aclarando enseguida que el padre de la piba tenía un caserón grande en el Boulevard Junín. La planta baja, habitada por unos parientes. Pero el piso superior lo destinaba a pensión. Y suponía que quizás pudiera conseguirles una habitación allí, a buen precio.

Ante la urgencia y los empujones de Jorge, prometió averiguarlo esa misma tarde, y tenerles una contestación para el día siguiente. La pareja se quedó haciendo cálculos eufóricos. Según las explicaciones era casi esquina Chacabuco, a escasas seis o siete cuadras de donde estaban sentados. O sea en pleno centro. Jorge no quería ilusionarse, pero sentía que la suerte respiraba a su lado. Boulevard Junín, trescientos cincuenta y cuatro, había dicho Raúl. Tres, cinco, cuatro.

No estaba seguro que esos fueran los otros números. La matrícula se perdía entre los demás coches, un par de cuadras más allá. Y él miraba ahora esa escalera angosta, desde la vereda aún. Subió las valijas hasta el primer rellano, para no perder de vista el resto. Con paciencia, y caja a caja, completó el segundo tramo de escalones, hasta el zaguán techado. El saludo de bienvenida estuvo a cargo de la variedad de prendas que el viento sacudía en las sogas del patio. El goteo de las sábanas dibujaba un estuario sobre las baldosas, cada una de una época y un dibujo distinto, confluyendo en el sumidero del rincón opuesto al pasillo abierto de las habitaciones.

La primera vez que entrara allí fue para encontrarse con Raúl. Se habían citado a mediodía. Así concretarían detalles con el hermano de la novia de éste, que era quien regentaba la casa. Tenía que llamar a la tercera puerta, contando desde el comienzo del pasillo. Pero no tuvo necesidad de hacerlo porque estaba abierta. En el interior, sentados a ambos lados de una cama grande, conversaban dos tipos. Uno de ellos era pelado, aunque no llegaría a los treinta años. Había algo rígido en su expresión, probablemente a causa de la quijada inferior, notablemente borbónica, o los ojos, de un azul demasiado claro. El otro era un negro delgadísimo. Le preguntaron si buscaba algo. Comprendió que, ante la

sorpresa de no hallar al amigo, se había quedado mirándolos como un idiota. Contestó que sí, que lo buscaba a Raúl. “Creo que ez evidente que no eztá aquí.”. La irónica observación fue del pelado. El negro se limitaba a observarlo, como desde arriba de un trono. No sabiendo quienes eran, prefirió callarse lo del alquiler. Pero sí insistió en que el otro le había dicho que se encontrarían allí. El pelado le dijo, con actitud de dueño, que le seguía pareciendo muy raro. Ya que, por supuesto, aquella no era la casa de Raúl. Aunque era cierto que venía algunas veces, después de la siete de la tarde. “Zi lo que querés ez encontrarlo, probá dezpuéz de eza hora.”

Encima de relajador, ceceozo. Le recordaba al Director de aquella obra que le contara a Sigfrido. La joda estaba en que, si ese tipo era con el que había que tratar, no le daba muchas esperanzas. Y no hablaba de Raúl como de un cuñado al que se aprecie. Siempre esos panoramas familiares, carajo. Entre el desconcierto, y algo de vergüenza por la situación, agradeció, y murmuró una disculpa, antes de pegar la vuelta y bajar las escaleras, pisoteándose el alma. Empezaba a calentarse, porque no entendía la ausencia de Raúl, ni lo que había pasado. Aquello más bien parecía una tomadura de pelo. Estaba convencido que no serviría de nada pero, por las dudas, se quedó aún un rato en la puerta de calle, esperándolo.

Todas las piezas tenían puerta doble, la mitad vidriada y con postigos. Sacó la llave y abrió el candado. El interior ya tenía su olor. Se había pasado la semana trabajando allí. Día tras día recogía los cajones de madera que tiraban en el Mercado Sud, o las tiendas del turquerío, a dos cuadras de distancia. Y con martillo, clavos, serrucho, y lijas, compuso lo indispensable: Tres asientos bajos, una mesita, otras dos, más chicas aún, a ambos lados del colchón sobre el piso, que era de parquet viejo, pero más cálido que baldosas al fin y al cabo. Apiló otros cajones, para la ropa, o puestos de perfil, como estantes. Yanpol –así llamaban al pelado–, pasaba de vez en cuando y lo observaba, entre extrañado y divertido. “Ez la primera vez que veo algo azí. ¿Te han dicho que zoz un poco raro...? ¿De dónde haz zacado todaz ezaz telaz?” Jorge le contestaba lo primero que le venía a la cabeza, o sólo sonreía, aplicado a la labor de clavar con tachuelas el forrado del improvisado mobiliario.

Tanto los mil retazos de tela, como las sábanas, o mantas -para un regimiento de granaderos a caballo, por lo menos-, y el colchón grande, pertenecían a la requisa hecha por Norma entre las chicas del grupo. Conociendo los planes de él para arreglar el bulín, insistió en que, aunque fueran cosas viejas, o usadas, ella prefería saber de dónde venían. La variedad y el colorido resultante eran espectaculares. Cualquier pintor abstracto se habría muerto de envidia. Los otros habitantes de la casa, guiados por Yanpol en su curiosidad, estaban igual de consternados y sorprendidos, al mirar de reojo en sus pasadas lo que hacía ese chico. Mientras tanto, él doblaba y apilaba mantas contra la pared, componiendo un par de divanes turcos. Y, como aún le sobraban, tendía tres alfombras, sobre las zonas más rasposas del parquet. La habitación, que era grande, estaba completamente vestida. Cuando el sábado acabó de acomodar y guardar su ropa y el resto de cosas traídas, miró hacia la puerta, como preguntándose si era cierto.

Aquel mismo día, del frustrado encuentro, había vuelto a Junín. Lo más importante era no perder la pieza, mientras quedara alguna posibilidad. Aunque sólo fuera por el monto del alquiler. Raulito había hablado de seis mil mangos, sin depósito ni garantía. Hasta entonces, lo más barato escuchado eran doce mil, y por el sótano de las ratas. Claro, que hacía falta que aquél pendejo maldito diera señales de vida. Y no las daba. Ni siquiera el pelado andaba por allí. Al único que vio fue al negro. Y éste se apiadó de sus continuos paseos por el zaguán, y las excursiones arriba y abajo de la escalera, invitándolo a esperar en su habitación. No era demasiado cómoda, pero al menos estaría sentado, le dijo. Se llamaba Amadeo, y tenía una voz cavernosa, tan altiva como su figura. El cuarto era el más pequeño de la casa. Antes había sido la cocina, y guardaba aún, atravesando el fondo de pared a pared, la base de material que debió sustentar la antigua mesada. Ahora estaba cubierta con tres almohadones azules, como un sillón, y probablemente le serviría también de cama, ya que ésta no se veía por ningún lado. Aparte de la mesa y un par de sillas, sólo destacaba como mueble una despampanante biblioteca de roble, con notorios signos de haber sido desprendida de un cuerpo mayor. Llena de libros y carpetas por ambos lados, la usaba como divisoria del bulín. Jorge miraba todo, como si palpara y reconociera una forma de vida largo tiempo

soñada. Los posters, las dos o tres rudimentarias repisas, también cargadas de libros y objetos; la bombita de luz, colgada directamente sobre la pared y cubierta por una taza de automóvil, proporcionándole a la estancia esa difusa iluminación de óvalos simétricos.

De vez en cuando el Negro levantaba la cabeza de los papeles que estaba revisando y lo auscultaba. Entonces Jorge se encogía de hombros y le ofrecía un cigarrillo, o le preguntaba algo. Según éste, todas las habitaciones estaban ocupadas. Por lo tanto, sabiendo ya el objeto de su presencia allí, deducía que si habían tratativas serían por esa misma en que se hallaban. Sonriendo, con una mezcla de tristeza y desapego, aclaró que era el más atrasado en los pagos, sin perspectivas de solución. Además ya quería irse de ahí. Cosa que, de todas formas, no podría hacer antes de uno o dos meses, porque el trabajo y la vivienda que le habían prometido se resolverían en ese tiempo. Hablaba de una manera confusa, como si todo lo referido a él estuviera sobreentendido. No había forma de saber exactamente qué hacía, ni de qué trabajo hablaba, o las causas que pudieran demorarlo. Al notar la impaciencia creciente de Jorge, y su desasosiego ante las noticias que le daba, trató de distraerlo un poco, preguntándole los motivos de su búsqueda, y cómo había llegado hasta allí. No bajaba de su trono, pero escuchaba con interés la historia. Incluso con cierto aire preocupado, a medida que aquél avanzaba en sus confidencias. Llegado un punto le aconsejó, con excesiva seriedad, que si lo que quería era un lugar para vivir tranquilo, mejor buscara por otro lado. Y en su tono no había signos de recelo por el posible desalojo. En todo caso, sonaba a la advertencia paternal de quien está de vuelta de la vida.

Justo lo que le hacía falta. Un padre suplente, disfrazado de esfinge negra, tratando de devolverlo a la buena senda con frases misteriosas. Llevaba más de tres horas esperando, como un huevón, que apareciera el refallutazo de Raúl, o el cuñado ceceozo, para resolver de una vez por todas algo tan simple y concreto como ese alquiler. Que le dijeran sí o no, para pagarles o irse a la mierda. Esa era toda la cuestión. Y aquel negro, con sus aires de asistente social, lo estaba convirtiendo en una antesala del Juzgado de Menores. Para calmarse, se repetía que la mitad de la culpa era suya. Si no hubiera tenido esa cara. Si no pusiera,

además, esa cara, tal vez la gente no se sintiera obligada a protegerlo y darle consejos en cuanto lo conocían. Pero había supuesto que sería la cara más apropiada para alquilar. Y entonces debía aguantarse las ganas de contestar que sí, que lo había pensado de sobra. Que haría lo posible por no mearse en la cama, ni llorar demasiado fuerte por las noches. Pero, por favor, que la acabara ya con los comentarios a medias, y las miraditas irónicas. Por si acaso se levantó y, con las manos en los bolsillos, se apoyó en el vano de la puerta a contemplar el movimiento nocturno de la casa. Por lo que le había sacado al negro, y lo observado a lo largo de la tarde, la mayoría de los inquilinos eran tipos solos. Ni una familia. Aquello era perfecto. Estaba más decidido que nunca, a pesar de los comentarios sinuosos de su anfitrión, a hacer lo imposible por quedarse. Igual que estaba decidido a agarrarlo a Raúl, en cuanto lo encontrara, y crucificarlo a patadas. Aprendería a jugar con el tiempo y las expectativas de los demás. Pero Raulito también era un tipo con suerte, y no llegó esa noche. Al menos no antes que Jorge se hubiera cansado de mirar la barandilla y se fuera.

Sin cerrar, y apoyado de espaldas en la baranda de hierro, contabilizó las dependencias. Las de delante, que daban a la calle, hubieran sido demasiado. Seguro que por ellas cobrarían el doble, o más. Aunque en espacio sólo tendrían un tercio más que la suya. Pero con balcón, y salida al zaguán techado. Cierta carcoma de envidia, y forzado consuelo, enumerando las molestias del tráfico, o de todos los que entran. Presto giro ocular hacia la primera del bloque interior. Ocupada ahora por Yanpol, a quien ayudó a llevar la cama, sillas y mesa, cuando llegó el lunes. Con puerta al patio y las sábanas, ya en hilera con las demás, sobre el estrechamiento de ruta que se transforma en pasillo -aproximado metro y medio de ancho, por unos diez de largo, con pared salpicada de puertas, y barandilla salpicada de pinturas varias-. Desde donde, y sin mayor vértigo, se divisa parte del patio embaldosado de la casa de abajo.

Otra vez en el sendero, la siguiente puerta, cuando está abierta indica desocupado. Y cerrada: andá a cantarle a Gardel. O sea que es el baño. Punto de la casa que no provoca ningún tipo de envidias. Quizás por

tratarse de un mal compartido. Puerta enorme, toda madera cuarteada de arriba abajo. Mínima claraboya en el cénit interior. En realidad, oscuraboya de mugre. Lo cual, unido a las también altísimas paredes, estucadas con un fino de pórtland, y la falta de cualquier tipo de calefón, lo convierten en un lugar sumamente fresco. Tirando a helado, podría agregar, tanto en verano como en invierno. Por el tamaño del piletón, se sobreentiende que debe cumplir además funciones de lavadero. Lo del espejo enorme ya no se entiende tanto. Pero, de cualquier manera, las crueles manos que lo fijaron con cemento a la pared se encargaron de mermarle considerable y surrealísticamente los bordes. Al fondo, la bañadera, hace honor al resto. Pesadamente erguida sobre sus patas, que simulan las de una gigantesca tortuga enlozada. Perdidos en el cuadro, los dos enseres de asiento supondrían el toque normal, o liliputiense. Se dice supondrían porque, en cuanto a lo primero, hay un detalle que a simple vista puede pasar desapercibido. Aunque a simple uso no: El depósito de agua del inodoro se halla al doble de altura de lo acostumbrado. Bien, sería coherente con la particular estética del claustro. Y se ha solucionado lo fundamental, agregando metro y medio de sogas a la cadena. Pero lo accesorio, hasta que se le agarra el tiempo, es atroz. La catarata enloquecida, que brota de las entrañas del artefacto, más que llevarse devuelve las materias ofrecidas. Amenazando inclusive hacerlo por la vía de origen, si el salto del desprevenido depositario no es lo suficientemente rápido. Cosa que a veces lo salva de una salpicadura de mayor cuantía, pero nunca, a causa de la atadura de piernas, del guastazo que lo planta de rodillas, en mitad del baño, sordo, casi sin respiración, y mirando con los ojos desorbitados hacia los cuatro puntos cardinales. Cardíacos abstenerse.

Al lado mismo estaba la puerta de Amadeo. Lógico, si recordamos que fuera la cocina de la casa. Había averiguado ya que era peruano y poeta. Parecía ser un buen tipo, a pesar de sus posturas. Al pensar en posturas, supuso que al negro también le habría sucedido lo del baño. Y entonces, al imaginárselo, entró a la pieza corriendo. No fueran a verlo riéndose solo en el pasillo. El loquito de la número tres, como le decían allí. No, que a él lo llamaran así era una suposición todavía. Se refería a que, al enumerar las habitaciones, también los demás prescindían de las

del frente. Encendió un pucho y volvió, de lo más serio, afuera. Al lado había otra, igual que la de él. Y de frente, cerrando el pasillo, la última, en forma de ele, algo más grande que el resto. Inventario y traslado cumplidos. El sonido de un avión le hizo levantar la cabeza. Se apoyó en la baranda, respiró con fuerza, y cerró los ojos. Ahora podía.

Norma también cerró los ojos, asustada por su reacción cuando, luego de rastrearlo por toda la Facultad de Derecho, encontraron a Raúl en el barcito del Monserrat. Lo traía aferrado de las solapas, casi en vilo, hasta una de las mesas de la calle. Y una vez allí, sin soltarlo, le dio a elegir entre aclarar y solucionar el asunto de Junín, o conseguirse una cara nueva. Por la que él tenía, la cosa iba en serio. Sin embargo el chiquitín, superada la sorpresa, reconoció riéndose que no había excusas: era él quien había fallado. Pero a falta de versos, y en desagravio, le ofrecía algo mejor: A partir del próximo lunes, el dichoso cuarto estaría a su disposición. La presa del cuello se convirtió en masaje, relativamente cariñoso, pero sin sacar las manos de allí. Norma, igual de desconfiada, aunque más diplomática, pidió café para todos, y lo incitó a explayarse.

Les contó que la noche anterior, bastante tarde, estuvo en Junín. Y allí, por supuesto, se enteró con detalles de las dos visitas que hiciera Jorge. Yanpol aseguró que le había caído muy simpático. Raulito imitaba el ceceo, y los gestos del otro, a la perfección. “No vamo a dejar a Amadeo en la calle. Azí que, hazta que ezte negro vago ze conziga otra por ahí, le puedo alquilar la mía a tu amigo. Y yo me inztalo en la de Jozé Vicente, que eztá de vacaciones.” El precio y las condiciones seguían siendo las mismas. “No te extrañés, son así de raros. Se divierten haciéndose los duros, y después les sacás lo que querés. Sobre todo a Yanpol. Ya lo vas a conocer.” Igualmente le parecía extraño el cambio de actitud. Demasiado bien todo. No sabía si creerle. Había algo, en esa suma veloz de hechos contradictorios, bromas, y comentarios de Raulito, que no lo dejaban satisfecho. Algo que no se decía, pero estaba ahí. Entre la invitación y la advertencia. En el orden opuesto a los consejos del Negro, pero produciéndole los mismos efectos. Norma, que debía sentir algo parecido, le agarró la mano. Fue suficiente. Supo que no podía perder tiempo averiguando tonterías, que al fin y al cabo no le concernían. Los

manejos y ralladuras de los demás no eran su problema inmediato. Él ya tenía bastantes, y tocaba resolver ése. Le pidió a ella que fuera hasta el Despacho, redactara seis recibos por el monto acordado, preparara un termo de café bien caliente, y los encontrara enfrente de Junín. No pensaba dejar que se le escapara Raúl, hasta terminar aquello.

Lo agarró del brazo, y salieron a buen paso hacia allá. El otro, malignamente divertido, se quejaba, por considerar que en su condición de secuestrado importante merecía mejores tratos. También dijo que, a causa de la hora, encontrarían a Yanpol durmiendo, y no se hacía responsable de las reacciones de éste. Estaban llegando a las callejuelas del Mercado Sud. Jorge lo afirmó contra una vidriera, con las dos manos, y le explicó con lujo de detalles lo que podía suceder, si un exceso de “rarezas” le hacía perder el alquiler, o siquiera una mañana más. “Suponiendo sus hábitos mañaneros, ya pedí el termo de café. El resto, lo has entendido, ¿no...?” Raúl, repentinamente comprensivo, aunque sin dejar de reírse, cabeceó asintiendo, y no volvió a abrir la boca.

Lo increíble es que Norma ya estaba allí. La Vespa estacionada en la vereda, el termo en una mano, y una carpeta bajo el brazo. Ante la zómbica situación de Yanpol, el café fue una medida excelente. Raulito había acercado una silla, para las tazas que trajo de otra habitación. Vaya a saber a quién incordió para eso. Probablemente al Negro. Jorge creía recordar la lata del azúcar, por los dibujos incaicos. El pelado, de a ratos, se daba cuenta de lo que estaba pasando, e intentaba protestar. “¡Ezto ez un atropello...!””, decía, tratando de cubrirse un poco con la sábana, ante la presencia de Norma. Raúl seguía, colorado y con la cara bañada en lágrimas de risa, colaborando en el allanamiento. Le ponía azúcar y se la movía, le alcanzaba la robe colgada tras la puerta y, sobre todo, hacía gestos a Yanpol de que no se resistiera, que era al pedo. Asimismo, le mostraba a Norma el tamaño de la pieza, el estado de las paredes, el parquet. Parecía un agente inmobiliario, convenciendo a la mujer del cliente, para no interrumpir la transacción.

No sabemos si llamar así lo que estaba sucediendo. Porque cada vez que Yanpol iba a decir algo, se encontraba con un cigarro que le

ofrecía Jorge, con un rápido rellenado de la taza, o con un fajo de billetes en una mano y una birome en la otra. Por fin, cuando pareció relajarse el clima, e incluso había liberado su mano derecha, y empezaba a levantar el índice, lo que encontró fue la diestra de Jorge, que se la estrechaba calurosamente emocionado. Lo siguiente fue una especie de murmullo incomprensible. Volvió la cabeza, de la puerta que acababa de cerrarse con suavidad, tras el chico tan simpático y su amiga. Confirmó que el murmullo no era otra cosa que las carcajadas de Raulito, arrodillado junto a la cama, y con la cabeza hundida entre las colchas. Dejó que sus ojos viajaran hacia un costado, donde descubrió el montoncito de billetes, y un poco más allá, colgando del respaldo de la silla, su pantalón y el cinto. Esto último fue lo que agarró, en un movimiento largo y vindicativo.

En el bar de enfrente Jorge decía chín-chín, mirando alternativamente la sonrisa de Norma y la carpeta abierta sobre la mesa, con los seis recibos debidamente cumplimentados. Por medio año el problema del bulín solucionado. Lo próximo sería el traslado de sus cosas. También eso, pensó ahora, lo he liquidado. Volvió a entrar. Encendió la cocinita y fue hasta el baño a traer agua en el jarro. Puso un disco. La patética Patética mantenía el clima de recuerdo. Había esperado el sábado, para sacar lo de casa, aprovechando que los padres se iban al Dique. Ese mediodía, aún allá, la comida había sido nada más que un ritual gastronómico. A cuenta de las probables hambrunas que se avecinaban. A falta de última cena se sirvió un nutritivo último almuerzo. Sin apóstoles ni apostillas. En la casa vacía de los fines de semana. La única propia y tranquila que había tenido. Mientras picoteaba, fue hasta el dormitorio y encendió la radio. La vieja Radio Serra, todavía a válvulas. Buscó Radio Nacional, y la dejó en el concierto del mediodía. Comió sin demasiado apetito, pero saboreando con lentitud todo. Repasó con un pedacito de pan la salsa, y vació el vaso de vino. “Cuando me vaya, nadie hará esto en nombre mío.” Se sintió tan herejinal, que corrió a preparar café. Lo tomó respaldado en su cama, mirando las ventanas, los árboles del patio, pensando que tampoco tenía la culpa que el último café fuera otra frase registrada. Y para colmo, en un tango.

Ahora, el primer café de Junín sería enteramente suyo. A menos que apareciera el cecezo de Pablo, a husmear y soltar ironías como

acostumbraba. Y hablando de aparecer, la única que no aparecía por ningún lado era la famosa novia de Raúl. Ahí no se veía una mujer ni de casualidad. Del pelado no le extrañaba, porque estaba seguro que tendría las nalgas flojas, como decía Sigfrido. Pero el resto debían ser medio solterones. Lo cual en definitiva lo beneficiaba. Menos mujeres, menos líos. Sacó el agua del fuego y bajó el volumen del tocadiscos, porque Tchaicovsky retumbaba en las paredes vacías.

Ya había terminado el concierto, cuando un bocinazo en la puerta le anunció la llegada del rastrojero contratado. Acomodaron en varios viajes la carga. Al arrancar, se quedó mirando la casa. Ese número, que después relacionaría con la tablilla del coche. Era una tarde nublada, o las ventanillas sucias, o quizás los ojos. Cerró la puerta. Sin decirse nada más, ni mirar retrovisores. Sólo dejó entreabierto uno de los postigos, para que entraran los últimos rayos de luz, y se estiró en la cama –en su cama-, con la espalda apoyada en la pared. Sorbiendo, a tragos cortos, el café tan distinto, tan calientemente nuevo. Encendió otro cigarrillo. El cuerpo se le vencía, junto al azul de la noche que avanzaba. Las formas perdían poco a poco sus contornos. El ruido del automático, al acabarse el disco, se confundió con los primeros pasos del sueño.

Ella podría.

Podría cruzar una, dos, tres pasarelas, como había hecho él. Todas las que quisiera. Las conocía de sobra. Es más: Podría aprovechar ese conocimiento, y el que él ya las hubiera atravesado, para encontrarlo en la estación y partir juntos. Ya que también la estación, de alguna forma era ella, y la nombraba. El comienzo de un camino, absolutamente nuevo: La Primavera. No porque sí ese día ingresaba a todos sus derechos. La fecha en que nació, dieciocho años antes, vaticinaba la vivida historia y aquel encuentro.

Podría volver a compartir el mundo que había perdido. Ser, otra vez, la pequeña mimada de ellos. Siempre sería la más chica. Aquella con quien jugaban, y a quien cubrían todos. Porque abrazarla y defenderla era estrecharlo a él, cerrar la rueda. Podría convocarlos, pedir que la ayudaran. Levantarlo, reintegrarle la sonrisa, la voluntad de lucha. No, no sería fácil. Ella causó el hundimiento. Y el posterior acoso, de promesas, desapariciones, y silencios cuerpo a cuerpo. Sabía, mejor que nadie, de los daños causados. Por eso los necesitaba. Aunando fuerzas lo conseguirían.

Podría, estaba segura que podría. Superaría el miedo a aquellos techos altos, las descascaradas paredes del patio, la opresiva amenaza con que la expulsaban. Era la casa que buscaron, con desesperación y casi sin tiempo, cuando un domicilio decente, y un trabajo decente, figuraban como los dos requisitos indispensables para recurrir al Juez de Menores. Quince días después, ella se negó a habitarla. Podría, sólo ella podría, explicarlo de otra manera y con otras palabras. Pero, en definitiva, lo

que su cobardía hizo fue eso. Y cada marco de puerta, cada reflejo en las ventanas, se lo recordaba cuando iba. Igual que hacía él, le pedían que se fuera.

Podría empezar por allí. Eso les diría, a él y a las paredes. Que la dejaran intentarlo. Que los amaba y quería vivir con ellos. Que la miraran bien. Porque era La Primavera, y los iba a volver locos. Conseguiría pintura de donde fuera. Asaltaría a los amigos pintores, de brocha fina o gorda, y traería latas, pomos, restos, barnices, cal, polvos de pigmentación. Lo que le dieran o se descuidaran. Mezclaría, aguaría, salpicaría y distribuiría con las manos el color. Con los pies, con la lengua si hacía falta. Les devolvería el calor robado. Acariciaría cada herida sin parar, hasta hacerlas florecer en una piel nueva que dijera de su presencia. Entre sus brazos brotaría la casa que debió haber sido y postergó. Claro que los volvería locos. Como ella lo estaba, de amor. El desierto de la terraza albergaría rupestres historias antiguas, superadas. Trasladaría los blancos, y fríos grises del patio, hacia los volcánicos frisos de Pompeya.

Podría, claro que podría hacerlo. Los había visto en las revistas de pintura de Ricardo Camargo, y le habían fascinado. Lo compincharía, para que juntos deliraran esa cálida recreación de otro ámbito, otra vida. Terminarían más pintados ellos que las paredes, y revolcándose de risa por el piso. Fregando a toda máquina, desesperados, y echándose mutuamente la culpa, cuando el Júpiter Tonante los abroncara por el enchastre causado. Lo esperarían cada tarde, a su regreso del trabajo, para llevarlo de una punta a otra, mostrarle los cristales emplomados, cómo iba cambiando el friso a cada aguada mano. Empujarlo por las escaleras, hacia las pictografías añadidas en la terraza, o el blanqueado, ahora mucho más limpio, de las dos pequeñas habitaciones superiores. Aguantarían que bramara un rato, los tratara de invasores, e insanos. Y después los abrazara, sonriendo. O, más seguramente, lagrimeando, y huyendo a preparar mate, porque en esta puta casa mucho amor, y mucho colorido artístico, pero a nadie parece importarle que mis pobres tripas...

Podría empezar por ahí. Calafateando la nave, y remendando a besos el uniforme del capitán. Remar a su lado, o ajustar las velas,

encenderlas de luz, hasta desencallar del oscuro y erizado bajío en que su deserción lo había dejado. Remontar, por fin juntos, el curso que tanto habían soñado.

Podría hacer eso, y muchas más cosas. Es lo que deseaba. Pero, antes de alcanzar aquella casa, debería abandonar ésta, en la que, postrada en su cama, pensaba. Sólo así cruzaría la metafórica pasarela.

¿Podría...?

